

JOÃO AGUIAR

EL RÍO SAGRADO

SIGLO II A.C.

LA PENÍNSULA IBÉRICA
SUFRE EL IMPLACABLE AVANCE
DE LAS LEGIONES ROMANAS

Lectulandia

Siglo II a. C. Las legiones romanas proyectan la ocupación total de la península Ibérica mientras las tribus que habitan a orillas del Duero y el Miño viven ajenas a la amenaza, sin saber que el final de su civilización está muy próximo.

El gran guerrero ibérico Viriato ha muerto, traicionado por algunos de sus hombres, y Numancia ha caído, tras una obstinada resistencia, en manos de las poderosas tropas romanas que ahora tienen el camino abierto hacia el norte.

En esos días inciertos, en un poblado de la costa galaico-portuguesa, había nacido Turio. Un niño de naturaleza frágil, pero elegido por los dioses para convertirse en portavoz de sus deseos y capaz de comunicarse con los elementos y de presentir peligros. Turio crece con los suyos a la sombra de su hermano mayor, un valiente guerrero admirado por todos que, ayudado por las premoniciones de Turio, defiende a su pueblo y lo lleva a ganar importantes batallas contra las tribus vecinas. Cuando la amenaza romana se hace patente, Turio parte como consejero con los suyos, en busca del enemigo desconocido. Y al llegar a las orillas del río sagrado intuye que el conflicto será a vida o muerte...

En *El río sagrado* João Aguiar ofrece un vívido retrato de la vida cotidiana de los primitivos pueblos ibéricos y recrea con gran maestría el escenario histórico en el que se desarrollaron los últimos capítulos de la resistencia ibérica a la hegemonía de Roma.

Lectulandia

João Aguiar

El río sagrado

ePub r1.0

Titivillus 06-02-2018

Título original: *Uma Deusa na Bruma*

João Aguiar, 2003

Traducción: Rita da Costa

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota previa

Cuando, a finales del invierno de 2000, fui a Póvoa de Varzim para participar en una iniciativa de la biblioteca municipal caí inevitablemente en las tupidas redes de la hospitalidad miñota, lo que me privó de valor para rehuir una insistente invitación: visitar el Museo Municipal de Etnografía e Historia.

No me apetecía nada hacer aquella visita. Me sentía cansado y tenso —a consecuencia de un inicio de año marcado en lo personal por hechos nada agradables— y no me seducía la idea de pasar revista a un vago repositorio de trajes regionales y aparejos de pesca, porque tal era la noción que tenía sobre aquel museo dedicado a la etnografía e historia de Póvoa de Varzim.

Por fortuna, como he dicho, me faltó valor para negarme. Lo que allí encontré nada tenía que ver con el «vago repositorio» de trajes y redes de pesca que me temía. Por el contrario, me hallé ante un hermoso acervo de gran interés, muy bien organizado y que contaba con el aliciente adicional de una sección de hallazgos arqueológicos relacionados con los abundantes vestigios de la cultura castreña que existen en la zona, y en especial de la Cividade de Terroso, situada junto a Póvoa de Varzim. La visita me brindó también la ocasión de conocer a una pareja encantadora: la doctora Deolinda Carneiro, conservadora del museo, y el doctor José Flores Gomes, arqueólogo municipal. Fueron ellos quienes me acompañaron personalmente durante la visita y en un momento dado, me lanzaron un desafío: escribir una novela cuyo contexto fuese la cultura y la vida castreña del noroeste peninsular, centrado quizá en la propia Cividade de Terroso.

Este libro es un intento de respuesta a ese desafío, que me llevó de vuelta a la época de Viriato dieciocho años después de la publicación de *Viriato. Iberia contra Roma*, no ya para tomar al héroe lusitano como personaje principal, sino para centrarme en el día a día de las tierras entre el Duero y el Miño —es decir, la zona meridional de la antigua Calecia— y la primera incursión romana en la región, llevada a cabo bajo las órdenes de Décimo Junio Bruto.

No me habría sido posible llevar a término (bueno o malo, eso cabe decirlo a los lectores) esta respuesta al desafío planteado sin las diversas muestras de apoyo que recibí, empezando por quienes me habían retado; ellos me facilitaron abundantes kilos de documentación, me llevaron a todos los lugares que necesitaba ver y establecieron los contactos que me resultaban indispensables. Pero también conté con la ayuda del doctor Paulo Costa Pinto, arqueólogo municipal de Vila do Conde y, como tal, responsable de la Cividade de Bagunte, así como del profesor Armando Coelho da Silva, de la Universidad de Oporto, no solo a través de sus textos sino también personalmente, ya que tuvo la amabilidad de guiarme en una larga visita a la citania de Sanfins y su museo. Por su parte, la doctora Isabel Silva me abrió las puertas del museo D. Diogo de Sousa, en Braga, que a la sazón aún no había abierto

al público, y me invitó asimismo a visitar el taller de restauración, donde actualmente se tratan piezas procedentes de varios museos del país. Por último Joaquim de Sousa se prestó con notable paciencia a hacer todas las fotografías que consideré necesarias para completar la documentación escrita.

Este libro es tanto suyo como mío, y así lo hago constar con mi más sincera gratitud.

J. A.



Prólogo

Un cielo velado. Enguatado por una niebla que transporta el olor del mar invisible, pero que se adivina: el viento está cargado de sal. El soplo es demasiado frío, demasiado fuerte para permitir comodidad alguna.

Tendría que haber un tiempo especial para las excavaciones arqueológicas, un microclima hecho por encargo, piensa la joven, ciñéndose la chaqueta alrededor del cuerpo. Ayer nos estábamos fundiendo bajo un sol de justicia, y hoy la humedad se nos cala hasta los huesos y esta niebla es casi lluvia.

Desanimada, mira a su alrededor. No hay conversaciones ni risas, todos están concentrados en el trabajo y el esfuerzo para resistir al frío excepto el profesor, cuya indiferencia frente a los rigores climáticos es ya legendaria. La joven se queda ahora inmóvil, mirando en la dirección del mar, pero Póvoa de Varzim se esconde tras un gran manto gris; ocultos permanecen asimismo el Alto da Viña, posible santuario del dios Mar, el monte de San Félix, donde hubo en tiempos el pequeño castro de Laundos, y la colina de Bagunte. El universo parece reducirse a aquella plataforma, la cima de un otero adornada con círculos de piedras y viejas losas irregulares, restos de lo que otrora fuera la Cividade de Terroso.

Ya tendría, se dice la joven, ya tendría que poder reconstruir todo esto en mi imaginación. Ver las casas redondas erguidas y completas, las paredes enlucidas y pintadas de ocre, de rojo, de amarillo dorado; ver las calles llenas de gente y los animales domésticos y los herreros y los tejedores y los alfareros, las mujeres en sus quehaceres, el humo de las hogueras. Tendría que poder, pero no puedo.

Con un suspiro, vuelve a centrarse en la casa VII de la fase II, que le ha tocado en la distribución de tareas, al tiempo que se percata de que le ronda una idea vaga y desagradable. ¿Cuál exactamente? ¿Y de dónde ha surgido?

Claro. Alfareros. La palabra «alfareros». Se ruboriza solo de pensar en ella, porque todavía no se ha recuperado del golpe.

Cuatro días antes, cuando se ocupaba ya de la casa VII, tumbada boca abajo en la tierra removiendo con infinito cuidado la oscura capa de cenizas y carbón que recubría el suelo de la vivienda, había sentido una súbita falta de aire y una punzada en el pecho: la púa de bambú que usaba en las operaciones más delicadas había dejado al descubierto un trozo de cerámica en la que se apreciaba un motivo pintado en negro, un arco de circunferencia perfecto y nítido. A simple vista, el hallazgo no mediría más de cuatro centímetros por cinco, pero todavía estaba enterrado en su lecho de ceniza.

Por un momento, había interrumpido el trabajo para comprobar la posición de los colegas. Quería hacer aquel descubrimiento a solas, quería esa pequeña gloria para sí misma. Después se había vuelto hacia la pieza; con la boca entreabierta, los ojos empañados por gotas de sudor —aquel había sido un día muy caluroso— había

explorado la capa superficial con más cuidado aún, soplando para apartar el polvillo. Poco a poco, de forma gradual, había extraído su tesoro. Era casi —bueno... casi, casi— media vasija, magníficamente decorada con círculos negros.

Los dedos le temblaban al posarlo en el suelo. Quizá pudiese encontrar los trozos que faltaban, quizá fuese posible reconstruir la pieza. Sin embargo —ese había sido su primer impulso— tenía que enseñar aquello cuanto antes. En teoría debía dirigirse al responsable de aquel sector de las excavaciones, pero la presencia del profesor era una tentación a la que no podía ni quería resistirse. Y había echado a correr, los ojos relucientes de emoción, al grito de ¡profesor, profesor, mire lo que he encontrado allí, en la casa VII!

Sus manos todavía temblaban al hacerle entrega del hallazgo. El profesor lo cogió, entornó los ojos. Pero esto... empezó a decir. Se interrumpió, miró fijamente a la joven; después, muy despacio, dio la vuelta al fragmento para observar el reverso, el interior de la vasija. Entonces sus ojos se transformaron en dos fisuras brillantes, las comisuras de los labios se fruncieron y, sin poder contenerse, rompió a reír a carcajadas. Lo hizo hasta que las lágrimas empezaron a rodar por su rostro en forma de grandes goterones. Y le devolvió la pieza, señalando el interior de la misma, en el que estaba escrito, con tinta negra y una letra precisa y metódica: *Made in Rome by Appius Claudius Ltd., 2nd century BC*. Para entonces, la escena ya había llamado la atención de todos. Arqueólogos y estudiantes se agolpaban a su alrededor. Y lo que le había dolido, más que las risas, había sido la imposibilidad de identificar al autor de la jugarreta.

Había llegado a pensar en abandonar las excavaciones. Una idea estúpida, reflexiona, al tiempo que sacude la cabeza para apartar la incomodidad que le trae aquel recuerdo. Porque Terroso es mi gran oportunidad, estoy haciendo realidad un sueño de adolescente. En cuanto llegué me sentí atrapada por esto, como si fuera una especie de hechizo. Y si perdí el sentido del humor al ser víctima de aquella jugarreta fue porque hizo añicos el hechizo. Pero por poco tiempo, un día nada más. Y después...

¿Qué es esto?

En los últimos minutos, sus manos habían estado trabajando solas mientras ella seguía el hilo de sus propios pensamientos. Ahora recupera la conciencia de lo que está haciendo y ve bajo sus manos la sección de pavimento que acaba de dejar al descubierto. Tal como había sospechado, está decorado con círculos (¡círculos, de nuevo!) grabados en la arcilla dura; la superficie que había limpiado los días anteriores tan solo mostraba vestigios difícilmente perceptibles, pero aquí, junto a la pared, son muy nítidos. No es eso, sin embargo, lo que le llama la atención.

Allí donde el suelo se une con la pared distingue claramente un círculo más amplio y distinto a los demás. A diferencia de aquellos, no ha sido grabado, sino que se trata de un relieve de escasos milímetros de grosor, una placa circular hecha de arcilla más clara que el resto del pavimento. Y en el centro de esa placa parece haber

marcas.

Atención, nada de precipitarse, nada de sacar conclusiones apresuradas, ya está vacunada contra ellas. Despacio, barre con una brocha los restos de tierra y polvo.

Es una marca, sí. Pero ¿de qué? Las señales son muy leves, desgastadas por el tiempo y quizá sobre todo (el eterno «quizá» arqueológico) por la historia de la Cívidade, porque aquella es la capa inmediatamente anterior a la destrucción que la cubrió de cenizas.

La joven posa la mano derecha levemente, como en una caricia, sobre los pequeños surcos, que parecen dispuestos en un abanico irregular. Apoya la mano y la retira enseguida con una exclamación.

La arcilla está caliente.

En este día sin sol, húmedo, cargado de niebla, barrido por un viento frío, la arcilla está caliente.

Es más que calor lo que siente. Es como si la arcilla estuviese cargada de electricidad, otra idea estúpida pero que no consigue apartar de su mente. Vuelve a posar la mano sobre la marca y siente de nuevo aquel ligero hormigueo que la había perturbado momentos antes.

Esto no puede ser, protesta mentalmente. Seguro que soy yo la que no está bien. Unas décimas de fiebre, quizá.

Es muy posible porque, repara ahora, el rostro se le ha cubierto de sudor.

I

EL GUARDIÁN DE LA CIUDAD



Vino un año en el que, durante cuarenta días seguidos, Tarróbriga fue castigada por los demonios del invierno. Desde el mar soplaba un viento extraño, preñado de bruma espesa y helada. Cuando el viento amainaba, la lluvia empezaba a caer, recta, pesada y tan copiosa que en la llanura que se extendía desde el monte de la ciudad hasta la costa los incontables riachuelos que la cruzaban se hincharon, se desbordaron, mezclaron sus aguas y transformaron aquella extensión de tierra en un inmenso charco donde se enterraban los pies de los hombres y las patas de los animales, de modo que era difícil o imposible acercarse a la orilla. Incluso el camino que conducía a Lanutai, encaramada en el monte de enfrente, hacia el norte, incluso ese camino se volvió peligroso porque la campiña estaba anegada y los bosques casi intransitables, y además era sabido que los espíritus hostiles desencadenados por el mal tiempo no dejarían de atacar a quien osara entrar en ellos. Para mantener el contacto entre las dos comunidades hermanas hubo que recurrir a las señales de humo, aunque solo en la medida en que lo permitía el agua que caía del cielo. En cuanto a Bocuntí, ciudad rival pero aliada, era como si hubiese dejado de existir: permanecía invisible, tragada por la niebla.

Las gentes de Tarróbriga no recordaban haber vivido un tiempo tan inclemente. La lluvia acabó colándose en las cubiertas de retama y tojo que protegían los tejados, empapó las vigas y empezó a colarse dentro de las casas, donde ya flotaba un olor a madera mojada que empieza a cubrirse de musgo y a pudrirse. Se pudrían también los cultivos, se agotaba el forraje para alimentar al ganado, hasta las gallinas agonizaban. Y se hacía difícil mantener las chimeneas encendidas, porque ya no se encontraba leña seca.

No hacía falta ser adivino para comprender que una divinidad irritada descargaba su cólera sobre aquella tierra. La cuestión vital que exigía, esa sí, la intercesión de un adivino consistía en averiguar la divinidad y lo que había que hacer para aplacarla. Por tanto, al vigésimo día, Caturó convocó el consejo de los ancianos.

Tenía no solo el derecho sino también el deber de hacerlo, porque tres años atrás había sido elegido como gobernante. Los forasteros ignorantes le llamaban coronero, pero él no usaba ese título. Tarróbriga, a diferencia de Bocuntí, no tenía un poder dinástico.

Así pues, Caturó reunió a los ancianos. Por razones obvias, solo pudieron comparecer los de la ciudad; no se presentaron los enviados de Lanutai, Nabi ni Argibai, las otras poblaciones ligadas a Tarróbriga. Y Caturó dijo a los ancianos:

—Ningún dios, ningún sueño me ha hablado, las hierbas sagradas no abrieron mis ojos ni mis oídos, tres veces y otras tantas eché los huesos divinatorios, pero no hubo respuesta a mis preguntas.

Una de las razones que habían llevado Tarróbriga a elegirlo como jefe —además

de su alto linaje y sus hazañas en la caza y la guerra— había sido su probada competencia en materia de augurios, aptitud que no basta aprender sino que es también un don divino. Aquella vez, sin embargo, los dioses habían guardado silencio. Y, añadió Caturu, el viejo Tiomace ahí presente, venerable que presidía las iniciaciones en los baños sagrados, tampoco había podido obtener una respuesta de los poderes celestiales.

Tiomace confirmó estas palabras del jefe. Entonces Caturu propuso que, una vez escuchadas las mujeres, el consejo decretase preces colectivas y una hecatombe, ofrecida a todos los dioses. La ciudad inmolaría cien animales de cada especie: caballos, bueyes, ovejas, cabras y gallos, y cuando regresara el buen tiempo los demás poblados la compensarían dándole la parte que les correspondía en el sacrificio.

Las mujeres escucharon las razones de los maridos, hijos o padres y las dieron por buenas. Echaron cuentas a las cabezas de ganado, establecieron el número que cada familia debía ofrecer y se ocuparon en separar las víctimas de los demás animales. Ejecutaron estas tareas prontamente, sin entusiasmo, que el tiempo no era de alegría, pero con gran determinación. Sabían, mejor que sus hombres, cuál era la situación económica de la ciudad y lo que ocurriría si las cosas no cambiaban de prisa.

Curiosamente, la única entre ellas que no mostró gran empeño en los preparativos fue Pelia, la mujer de Caturu. No se opuso a la idea del marido, aprobada por el consejo, pero le advirtió:

—Hágase el sacrificio, pues tal es la voluntad de todos. Pero esto no es la venganza ni la señal de la cólera de un dios. Sin duda el mal que nos aflige es la manifestación de una divinidad, pero no un castigo, sino una señal, un aviso, un secreto que debemos comprender. De nada servirá inmolar cien o cien veces cien animales de cada especie. Esto que te digo lo siento dentro de mí.

Lo que ella sentía dentro de sí, reflexionó el marido en silencio, era algo muy distinto. Pelia estaba embarazada por segunda vez y el día del parto se acercaba. De hecho, tanto las mujeres con más experiencia en la materia como el anciano Tiomace habían anunciado que podía ocurrir en cualquier momento. Caturu recordó que, antes del nacimiento de su primer hijo, Turaino —que ahora tenía cuatro años—, Pelia también se había conducido de un modo distinto, había tenido extraños deseos y presentimientos, había leído presagios donde no los había. Por tanto, pidió a su propia madre (que por entonces aún vivía) que se encargara de la división del ganado y dejó a Pelia entregada a los cuidados del embarazo. Tenía buenos motivos para hacerlo. Tiomace, cuya sabiduría era grande, le había advertido de que, en una mujer que va a parir, la cólera, la tristeza o incluso una simple contrariedad pueden perjudicar al niño. La pareja solo tenía un hijo, sano y rebosante de vigor, pero la infancia siempre es un tiempo de fragilidad, un tiempo de peligros.

Además, la situación era demasiado grave para que él pudiese o quisiese perder el tiempo en discusiones domésticas. Urgía conocer la fecha más propicia para el

sacrificio. Por fortuna, los huesos divinatorios lanzados por Caturu —siguiendo un ritual que observó escrupulosamente— no se negaron esta vez a darle una respuesta, señal favorable que significaba una primera sanción divina a la decisión del consejo y que brindó cierto aliento a la desmoralizada población.

En la víspera de la ceremonia, se purificaron las víctimas, se prepararon las mesas y en ellas se dispusieron los objetos litúrgicos: vasijas de madera y barro para recoger la sangre, hachetas rituales de piedra para descargar el primer golpe a los animales, espetos y puñales de bronce para completar los sacrificios, porque el hierro no se podía usar en las ofrendas a los dioses. Concluido este trabajo, se inició la vigilia.

Nadie durmió aquella noche, excepto los niños y los ancianos que no resistieron al cansancio. En las residencias, cada familia se reunió en la casa reservada a las comidas y recepciones, pero no para comer, puesto que aquella era una noche de preces y ayuno. Todos se sentaron en el banco corrido que se apoyaba en la pared circular, observando el orden ancestral: el jefe de familia (o su viuda) en el lugar de honor, delante de la chimenea central y del pilar de madera que soportaba el techo; a su derecha, los hijos mayores y casados con sus mujeres, y luego los demás familiares en orden decreciente de importancia hasta los siervos y esclavos, si los hubiera. Y empezaron las preces y cánticos sagrados.

Uno a uno, se invocaron y alabaron todos los dioses conocidos: en primer lugar Bandúa, patrón de la ciudad, en su epifanía de Bandúa Tarrobrigense, el victorioso, fuerte en el ardor guerrero, aquel que ata mágicamente los miembros del enemigo, señor de muchas huestes que acoge a los combatientes muertos. Y Coso, el ardiente, su hermano de armas. Y la diosa de las aguas, Nabia, señora de la media luna, que habita los ríos y conduce las almas al más allá, así como Reva, que comparte con esta el dominio de los cursos de agua dulce. Y muchos otros dioses y diosas: los que habitan las rocas y las fuentes, los señores de los metales, los protectores del ganado y las cosechas.

Toda la noche duró aquella vigilia grave y ansiosa. Al rayar el alba, las casas y calles apenas se veían, envueltas en la niebla, pero la lluvia había cesado. El sacrificio fue ejecutado por Caturu y —otro buen presagio— el fuego prendió en la leña de las hogueras y consumió rápidamente las porciones de carne reservadas a los dioses. Por eso, cuando el pueblo se reunió para comer las viandas que habían sobrado en un acto ritual que debía unirlo con la divinidad, se oyeron risas y cantos, especialmente animados a partir del momento en que empezó a correr la cerveza.

Pelia tomó parte en el banquete al lado de su marido, para no ofender a los dioses y porque así debía ser. Se sirvió un trozo magro de cerdo y bebió dos tragos de cerveza. Se sentía incapaz de llevarse nada más a la boca, pero no porque estuviera mareada; esa fase del embarazo quedaba lejos ya. Lo que le impedía comer era un sentimiento de excitación, una exaltación silenciosa mezclada con una angustia que no habría sabido describir ni explicar.

Seguía convencida de que la calamidad que sufría Tarróbriga no venía causada

por ninguna ofensa a las divinidades, sino que era una manifestación, un anuncio de que algo estaba a punto de ocurrir, algo de importancia fundamental para todo el pueblo.

La lluvia no regresó, lo que, a los ojos de todos, demostró que la medida propuesta por Caturó había sido acertada. Pero la idea de Pelia persistió en su espíritu.

La lluvia no regresó, es cierto, pero el tiempo se mantuvo nublado, ventoso y frío durante quince o veinte días más. Y fue durante ese período cuando nació Turio, el segundo hijo de Pelia y Caturó.

Al ver al niño, al tomarlo en brazos para reconocer con ese gesto su paternidad, Caturó tenía el ceño fruncido. Era un varón, sí, pero tan pequeño y de aspecto tan frágil y enjuto como fuerte era su hermano. Hasta en el modo de llorar había una diferencia enorme: al nacer, Turaino había atronado el aire anunciando su llegada al mundo, pero aquel trocito de persona no emitió más que un débil llanto, como si en su cuerpo no hubiera fuerza para más. De hecho, se calló poco después.

Lo entregó a la madre, diciéndole con una sonrisa, para amortiguar las palabras, pues la quería y no deseaba hacerle daño:

—Ahora descansa y aliméntate bien, pues debemos tener otro.

Se abstuvo de añadir: no creo que este sobreviva. Ella no dejaría de adivinar ese pensamiento, era inútil atormentarla más.

Sin embargo, Pelia no se sentía atormentada. Cansada a causa del esfuerzo y los dolores, se había entregado a un semiletargo, una especie de vértigo lento en el que veía luces bailando a su alrededor y oía voces desconocidas. En ese estado siguió hasta que su hijo empezó a llorar de nuevo. Entonces se despertó, lo estrechó contra su pecho, se lo ofreció y Turio empezó a mamar sin prisa, sin placer, como si lo hiciera por obligación, solo para mantenerse con vida.

Al fin llegaron los días en los que el sol brilló sobre Tarróbriga y toda la región. Vestimentas, mantas de lana, leña, enseres domésticos, todo se puso a secar. Poco a poco, los ríos volvieron a sus cauces. En la llanura que daba al mar los arroyos recobraron su volumen normal, los caminos se hicieron transitables. El ganado pudo salir a pastar en los terrenos húmedos, algunos de ellos todavía empapados.

Ahora se trataba de reparar los daños y, sobre todo, de intentar en la medida de lo posible rehacer las reservas de provisiones. Las mujeres partieron hacia los campos para ver si podían salvar al menos parte de las cosechas mientras los pescadores se dedicaron a reparar los barcos de cuero con los que salían al mar o los hilos que usaban para la pesca con anzuelo. Otros fueron en busca de marisco, sobre todo lapas, erizos de mar y mejillones, los más fáciles de coger.

Pero, más importante aún, se formaron dos grupos que se prepararon para emprender viaje: uno de ellos llevaría consigo cierta cantidad de sal y productos

hechos en Tarróbriga, así como armas e instrumentos de hierro y delicados adornos de oro, que intentaría cambiar por trigo, harina de bellota, verduras y otros alimentos en regiones menos afectadas por el mal tiempo y con las que la ciudad mantenía relaciones comerciales; el segundo grupo, liderado por Caturu, se hallaba constituido por los mejores cazadores y guerreros y tenía por misión obtener ganado con el que sustituir al que se había ofrecido a los dioses. Para ello, debería atacar y saquear pueblos hostiles. El objetivo principal sería Etóbriga, que el año anterior había robado a la ciudad el producto de todo un día de pesca. A la vuelta, cazaría conejos, jabalíes y otros animales salvajes.

Puesto que aquella era, por encima de todo, una expedición militar, los hombres se prepararon con especial cuidado: se purificaron en los baños de vapor, se cortaron la barba y el pelo y se ungieron con el óleo consagrado por Tiomace, tras lo cual ofrecieron a Bandúa un cordero sin mácula, al que rogaron el éxito de la empresa, y una pareja de tórtolas a Nabia, para que les permitiese vadear sin peligro los ríos que encontrarían a su paso.

Los habitantes de Tarróbriga asistieron a la partida de los guerreros entonando cánticos propiciatorios. En cuanto a los de Lanutai, con los que por fin habían podido hablar, al ver que los tarrobrigenses bajaban hacia la planicie guarnecieron las atalayas dispuestas en lo alto de su monte, pues en caso de ataque les competía la vigilancia y defensa de la ciudad.

El día después de que Caturu partiera a la cabeza de la expedición, Pelia salió de casa no bien el alba había despuntado en el cielo. Llevaba consigo al niño recién nacido, envuelto en paños de lana, y se encaminó a las murallas. Se disponía a poner en práctica una idea que no había dejado de rondarla desde que su marido le había dicho, al entregarle a Turio: «Debemos tener otro», queriendo decir no que necesitaban una prole más numerosa, sino que el niño no sobreviviría. Pero Pelia no solo seguía convencida de haber interpretado mejor que los demás los cuarenta días de mal tiempo sino que, mientras tanto, había adquirido una nueva convicción, la de la excepcional importancia de su segundo hijo.

El nacimiento de Turio había sido el acontecimiento anunciado por los días de temporal incesante. Tenía que serlo, porque durante aquel período negro no había ocurrido nada más digno de perdurar en la memoria. Turio era hijo de la tormenta, la señal de los portentos futuros que ella había intuido. Para bien o para mal, aquel niño al que su padre despreciaba a causa de su debilidad, de la flaca promesa de vida y salud que le daba, había sido puesto en el mundo por una divinidad con un propósito todavía oculto. De su supervivencia dependería, quizá, el cumplimiento de los designios divinos.

En todo esto pensaba ella al acercarse a la cintura de murallas que protegía Tarróbriga transportando al pequeño Turio en sus brazos. Debía llegar a la puerta principal antes de que saliera el sol, así que apretó el paso, por eso y porque no quería responder a las preguntas de quienes se cruzaban en su camino. Al fin avistó la gran

puerta de la ciudad, que justo entonces se acababa de abrir.

A escasa distancia, sobre un peñasco, vuelta hacia el exterior, se erguía la estatua del Guardián.

Turón, el Fundador, el padre común. El guerrero ancestral de los tarrobrigenses y también el antepasado directo de Caturu. Protegido por su escudo redondo, con la mano derecha posada sobre el mango del puñal honorífico, cogido al cinturón, contemplaba sereno e impasible los campos de alrededor. Era el encargado de custodiar no solo la puerta noble, sino también la propia ciudad. Las demás puertas que se abrían en la muralla tenían su propio guardián, pero aquel era el más ilustre, el más fuerte y venerado.

El sol apareció, nítido en un cielo limpio de brumas, envolviendo con su luz dorada al viejo guerrero de granito. En ese momento, Pelia ya se encontraba a un paso de su sombra porque conocía de antemano el lugar donde se proyectaría a esa hora. Se arrodilló despacio y posó en el suelo el pequeño fardo de lana. Con movimientos parsimoniosos, apartó la tela para exponer a su hijo a la sombra de Turón. Oyó entonces el mismo llanto débil que el niño había ofrecido a sus padres el día de su nacimiento.

—Este es Turio, segundo hijo de Caturu, tu descendiente —dijo Pelia en voz baja, la mirada fija en el Guardián—. Siempre será débil porque una divinidad así lo hizo. No será un guerrero famoso, como tú. Pero si no puedes hacerlo fuerte, protégelo y hazlo resistente, para que crezca y cumpla el destino secreto que la divinidad le ha asignado.

Tras pronunciar estas palabras, Pelia guardó silencio y contempló al niño, que había cesado de llorar. Ahora ya no se exponía al riesgo de que le hicieran preguntas indiscretas; los hombres y mujeres que salían de la ciudad entendían lo que estaba haciendo y, al pasar, se limitaban a alzar la mano derecha en un gesto que también invocaba la protección del ancestro.

Puede que no albergues en tu cuerpo la semilla de la fuerza, pensaba la madre, pero no hay duda de que eres hijo de Caturu, de la estirpe de Turón. Tienes sus ojos negros, su boca, eres su vivo retrato, así como tu hermano, que nació antes que tú, es el mío.

Se quedó allí mucho tiempo, mientras su hijo se dormía a la sombra del guerrero. Cuando el sol, en su curso, hizo rodar la sombra y la luz bañó el rostro de Turio, despertándolo, Pelia lo cogió en brazos y regresó al hogar.

Al entrar en el patio, encontró a su suegra, Abia, ocupada hilando lino al tiempo que vigilaba al mayor de sus nietos, lo que era de por sí una tarea agotadora. A sus cuatro años, Turaino no paraba ni callaba un solo momento.

Abia la miró con gesto interrogante y Pelia asintió en silencio. Se entendían bien; la visita de Pelia a la puerta de la ciudad había sido algo pactado entre ambas.

—Has hecho todo lo que has podido —murmuró la anciana—. Ahora, todo depende de la divinidad, sea cual sea.

Pero Pelia aún no había dado sus trabajos por concluidos. No tenía bastante con poner a su hijo más joven bajo la protección del Guardián de Tarróbriga; quería también encomendarlo al abuelo paterno, ya fallecido. Y quería algo más: algo tangible debía quedar de aquel hijo suyo si, pese a todo, un dios celoso se lo llevaba antes de tiempo.

La sepultura del padre de Caturó se hallaba en la casa que usaban para dormir. Ahí reposaban sus cenizas, en una urna de cerámica enterrada en el suelo, junto a la pared. Ese lugar, señalado con un círculo de piedras, albergaba asimismo las cenizas de otros familiares y recibiría las de Abia cuando llegase el momento. Fue, pues, sobre el círculo de piedras donde Pelia hizo la presentación, repitiendo las palabras que había pronunciado a la sombra de Turón.

Había realizado ya los preparativos —por lo demás, muy sencillos— para la última parte de su plan: la víspera, al anochecer, había ido a pedir un poco de barro al alfarero con la excusa de querer moldear un juguete para Turaino. Había guardado el barro junto al pozo, tapado con un trozo de lino mojado para que no se secase. Salió entonces a buscarlo y lo llevó a la casa ceremonial.

Había elegido el lugar de antemano: bajo el banco corrido de madera que descansaba contra la pared, el pavimento de arcilla y arena presentaba algunas grietas. Retiró aquella sección del banco y aplicó el barro sobre esa zona, usando la boca de una vasija como molde para darle forma circular. Después limpió los restos de barro que habían quedado en la parte externa del círculo y alisó cuidadosamente la placa. Había dejado a Turio acostado en el suelo, a dos pasos; lo cogió y, abriéndole la manita derecha, la apoyó sobre el barro fresco.

No sabría decir con exactitud cómo se le había ocurrido semejante idea. Ninguna voz, ninguna señal le había indicado lo que debía hacer. Tan solo pensaba, confusamente, que aquella marca quedaría ahí, impresa en el barro, y que de un modo u otro, viviese o muriese Turio, la voluntad del dios desconocido habría de cumplirse.

Veintiún días más tarde, Caturó y sus guerreros regresaron. Algunos venían heridos y uno de ellos deliraba, minado por la fiebre. Habían sufrido dos bajas en combate; los compañeros traían las cenizas de los muertos para que los sepultaran en sus casas.

Pero la campaña había concluido con éxito. Habían capturado caballos y cabras en gran cantidad, los despojos eran ricos en armas, cascos, torques y virias de bronce y plata. Transportaban asimismo cinco jabalíes y tres corzos, cazados en los últimos días del viaje de regreso.

Los hombres se lavaron —por primera vez desde la partida— en los baños de vapor y agua fría, mientras el viejo Tiomace atendía a los heridos. Luego, ya purificados, ofrecieron a Bandúa de Tarróbriga uno de los caballos capturados.

Aquel mismo año, al empezar el verano, la ciudad recibió la visita de los

guerreros de Bandúa.

Había un pacto de hospitalidad entre estos y los tarrobrigenses. La firma de ese pacto había surgido de modo natural: compartían dios patrono y, más importante aún, varios hombres de aquella hermandad eran naturales de Tarróbriga, aunque habían abandonado su tierra para jurar fidelidad a Arcio, seducidos por la fama de ese jefe y dispuestos a seguirlo en sus hazañas. En la hueste había también guerreros de Bocuntí, entre ellos un tío de Pelia, ya que esta era hija del coronero de dicha ciudad y su matrimonio con Caturu había sido un acto de alianza destinado a poner fin, en la medida de lo posible, a la rivalidad que en el pasado había enfrentado a las dos potencias.

Así pues, la hermandad fue recibida con honores y se hizo el habitual intercambio de regalos. Arcio, que venía cargado de despojos tras una campaña victoriosa contra los fiduéneas, ofreció a Caturu una hermosa torques de oro, y a cambio recibió del jefe una espada forjada por el mejor herrero de Tarróbriga.

Tras la ceremonia de recepción se celebró un banquete durante el cual los visitantes confiaron a los anfitriones sus proyectos: iban camino del Durius y tenían intención de atravesar el río porque se habían cruzado con gente de Cale que traía noticias del sur, llevadas por un barco que allí había tomado puerto para vender vino italiano y las famosas cerámicas de Cartago. Según habían contado los mercaderes, los lusitanos tenían ahora como jefe a un guerrero formidable, Púnico, que se había aliado con los jefes vetones para atacar a los romanos y los pueblos dependientes o aliados de Roma. El objetivo principal, según se decía, eran los bastulofenicios, y las primeras informaciones daban cuenta de grandes victorias. Arcio tenía intención de unirse a Púnico y tomar parte en los combates y saqueos.

Estas palabras llenaron de sueños la mente de los tarrobrigenses más jóvenes. Para ellos, Roma no era más que una vaga noción pero les seducía la idea de un viaje tan largo, tierras desconocidas, grandes proezas en combate que honraran su nombre, tanto más cuanto que aún no se habían estrenado en el uso de las armas, ya que Caturu no los había autorizado a partir con él en la última expedición porque, pese al apoyo de Lanutai, la ciudad no podía quedar desguarnecida. Por eso les entusiasmaron tanto los relatos de los huéspedes. Ese entusiasmo se contagió incluso a los niños, y hubo una carcajada general en la casa ceremonial de Caturu, donde comían Arcio y sus notables, cuando el pequeño Turaino declaró, muy serio, que también quería partir. Su madre le ordenó silencio, pero el padre no ocultó su orgullo, como habría hecho cualquier otro en su lugar ante un espíritu guerrero tan precoz.

Sin embargo, fue más digno de reseña lo que pasó después, algo a lo que Caturu no asistió y que su mujer solo le contaría más tarde.

El banquete se prolongó noche adentro. En un momento dado, Pelia abandonó a los comensales para dirigirse a la casa contigua, donde Turio dormía sobre un lecho de paja. La chimenea estaba encendida porque las noches todavía eran frescas. A la luz de las llamas, observó a su hijo. Por lo menos, reflexionó, sería un chico bastante

alto, a juzgar por lo que había crecido en los últimos tiempos. Le asaltó entonces un pensamiento, tan súbito que más tarde habría de compararlo con el primer relámpago de una tormenta que no se espera: puede que no llegues a ser admirado, mi pequeño Turio, pero serás respetado por todos, y eso para mí es suficiente.

En ese momento, el niño abrió los ojos y le sonrió. Y entonces ocurrió.

En la casa ceremonial el jaleo aumentaba con la animación de los comensales, que habían empezado a cantar: primero había sido Ato, la mejor voz de Tarróbriga y un buen poeta, quien había entonado su himno a la memoria de Turón, el Fundador. Ahora Arcio y sus hombres respondían con el cántico de guerra de la hermandad, dedicado a Bandúa Vencedor. Y ocurrió que, nada más oír las primeras notas, la sonrisa de Turio se desvaneció, dando lugar a una expresión que, de tan seria, casi daba miedo en un niño de pocos meses de vida. Y entonces, de forma lenta pero segura, irguió la cabeza, luego los hombros y finalmente el torso hasta quedarse sentado con el rostro vuelto en la dirección de la que provenía el sonido.

Pelia nunca había visto semejante autonomía de movimientos en un niño de tan corta edad, y menos aún en su propio hijo. Se le heló la sangre. Sin pensarlo, hizo con la mano derecha un gesto contra hechizos y males de ojo.

Pero Turio parecía tranquilo. De hecho, su ademán no tardó en cambiar: bostezó como cualquier otro bebé y se dejó caer hacia un lado. Su madre apenas tuvo tiempo de cogerlo, no fuera a hacerse daño. Con alguna sorpresa, se percató de que había vuelto a dormirse.

Todo aquello había sucedido de forma tan rápida que Pelia llegó a preguntarse si había ocurrido realmente. Y cuando se convenció de que no había sido una ilusión, se quedó mirando fijamente a su hijo. Sabía que no había dado a luz a un guerrero, pero la extraña, la increíble reacción de Turio al oír el cántico dedicado a Bandúa tenía sin duda un significado oculto que la inquietaba.

En la casa de al lado, su marido reclamaba más cerveza. Pelia se levantó y salió para hacer cumplir sus órdenes.

Sí, ha sido tocado por un dios, pensaba mientras volvía al banquete. Desde luego, no es como los demás. ¿Quién sabe qué será en el futuro?

Aquel mismo año, lusitanos y vetones, unidos bajo el mando de Púnico, derrotaron a los ejércitos de dos pretores romanos. Pero lo hicieron sin el auxilio de los brácaros de Arcio, pues la hermandad consagrada a Bandúa no llegó a las tierras del sur, atraída por otros desafíos y otras guerras, y tampoco volvió a Tarróbriga, donde la vida siguió su curso, casi siempre pacífico.

Turio creció del modo que Pelia esperaba: seguía siendo un niño enjuto, pero también resistente y ágil. Durante los primeros años, no hubo ningún incidente como aquel que tanto la había asustado y que había coincidido con el paso de los guerreros de Bandúa. Sin embargo, se veía que no era, en efecto, un niño como los demás.

Tenía un rostro tan delicado que podía hacerse pasar por una niña, y el pelo le caía sobre los hombros en largos y sedosos bucles. Lo que más impresionaba en él eran los ojos, grandes, líquidos, de un negro profundo y demasiado serios. Su comportamiento también era singular: participaba en los juegos de los demás niños, pero en lugar del entusiasmo o la energía que habrían sido de esperar, había en él un empeño tranquilo, concentrado, una especie de sordo fervor. El juego era un ritual y él, su sacerdote. Su pasatiempo favorito era escuchar a los ancianos de la ciudad, sus recuerdos, sus historias. No todos lo recibían con los brazos abiertos, eran muchos los que lo evitaban, y Pelia comprendía que no lo hacían por aversión, sino por temor. Para los más experimentados, las marcas de la divinidad eran visibles y palpables, como si un sortilegio lo envolviera.

El padre, que seguía prefiriendo al primogénito, no vio marcas ni sortilegios, sino tan solo a un chico débil, silencioso, ensimismado. Pero se conformó, intrigado por el hecho de que hubiera sobrevivido pese a todo. Más sorprendente, en cambio, era la actitud de Turaino. Pese a ser un pequeño demonio, siempre dispuesto a enzarzarse en peleas, se mostraba paciente e incluso cariñoso con su hermano. Siempre lo protegía, delante de los adultos y de sus compañeros de juegos. Cuando Turio cumplió tres años, insistió en enseñarle a usar la honda, la única arma que tenía permiso para manejar y que dominaba como nadie (demasiado bien para el gusto del vecindario). Imponía la presencia de su hermano pequeño en todos los juegos y se enorgullecía de sus pequeñas proezas.

La madre se sentía feliz con la amistad entre los dos hermanos, y también aliviada. Había llegado a temer que la infancia de Turio se viera ensombrecida por la hostilidad que siempre rodea a quienes se distinguen de los demás.

A los cuatro años de edad, Turio participó por primera vez en la fiesta del plenilunio.

La fiesta se celebraba en honor de la diosa Nabia tarrobrigense y las fuerzas misteriosas que habitan la luna, morada de los muertos. Por tanto, la oficiaban mujeres, las madres de familia que durante tres noches consecutivas se habían recogido y orado en el santuario dedicado a la divinidad, donde se hallaba la naciente que alimentaba los baños y los hacía sagrados. La primera parte de la gran noche estaba reservada a los sacrificios y ritos secretos que solo ellas conocían y a los que solo ellas podían asistir. Después, cuando la luna alcanzaba su cénit, se encendían antorchas y toda la ciudad participaba en la procesión, que recorría las calles alfombradas de flores y se detenía a la puerta de cada vivienda.

Durante la procesión, Turio desapareció. Los chicos se habían quedado al cuidado del padre, que rendía homenaje a sus antepasados junto a la sepultura de estos y solo se percató de la ausencia del hijo en el momento en que Pelia llegó a casa, una vez cumplidos los primeros ritos. En vano lo buscaron por todas las estancias, salieron a la calle, preguntaron a los vecinos. Nadie lo había visto, y la agitación festiva que recorría la ciudad no facilitaba la búsqueda.

Fue Turaino quien lo encontró, pero no lo trajo consigo. Se acercó a su madre y, cogiéndole la mano, dijo:

—Ven, está en la muralla. No lo asustes, puede caerse.

En efecto, Turio se encontraba de pie bajo la mirada directa del Guardián, inmóvil en lo alto de la muralla, contemplando la luna. Pelia no esperó a que llegara su marido. No en vano era una de las más rápidas en el ascenso durante los ejercicios militares. Y es que, entre los brácaros, las mujeres combatían al lado de sus hombres cuando se hacía necesario. En un momento subió a la muralla y cogió a su hijo con gesto enérgico.

Sintió el impulso de pegarle, de preguntarle qué idea loca se le había metido en la cabeza, pero se quedó muda. El cuerpo de Tuno estaba frío como el hielo y en sus ojos había un brillo vidrioso que reflejaba la luz de la luna.

Los suyos no eran ojos humanos.

Pelia se limitó a murmurar su nombre. Entonces, el chico se estremeció, respiró hondo y le preguntó dónde estaba.

—¿No lo sabes? ¿No sabes lo que has hecho?

A lo que él contestó con gesto de extrañeza:

—La luna me ha llamado...

Desde el lugar donde se encontraban veían toda la ciudad, iluminada por mil hogueras y antorchas, adornada en honor de Nabia, cantando sus alabanzas.

La residencia de Caturu no se distinguía de las demás en tamaño ni aspecto. Como las otras, estaba formada por un patio enlosado y cercado en torno al cual se disponían cuatro casas de planta circular con techumbre de tojo, el horno del pan, el gallinero, algunas dependencias de madera para almacenaje y un pequeño establo. Los únicos elementos de lujo se hallaban en la casa noble, donde el revoque interior se había recubierto con pinturas que representaban escenas de guerra y caza, y donde el pavimento —incluido el del pequeño atrio con soportales— se había decorado con círculos grabados en la argamasa de barro y gravilla. El pilar central de madera que soportaba la estructura del techo también se había adornado con pinturas y relieves.

Pero el verdadero centro de la vivienda era el patio. En ese pequeño mundo, Turio pasó la mayor parte del tiempo durante sus primeros años de vida. Tras el extraño comportamiento que manifestó en la fiesta de la luna llena, el niño pareció volver a la normalidad, es decir, su forma de normalidad: siempre demasiado silencioso, demasiado soñador y también, en el aspecto físico, demasiado enclenque. En compensación, creció rápidamente y pese a no poseer una musculatura fuerte, siguió dando pruebas de gran resistencia al cansancio y la enfermedad.

Tan solo sufrió una inflamación en las encías, que su madre curó lavándole los dientes con orina, tratamiento ampliamente conocido como el más eficaz.

Todo indicaba que Pelia estaba en lo cierto al predecir que su hijo jamás sería un buen guerrero. A los nueve años, Turaino era un jinete consumado y ya se había iniciado en el manejo de la espada practicando con una réplica de madera que su padre había mandado hacer con unas dimensiones adecuadas a su estatura. Turio, sin embargo, permanecía casi indiferente a la llamada de las armas, incluida la honda, cuyo uso insistía en enseñarle su hermano.

En realidad, nadie acertaba a saber cuáles eran sus gustos e intereses. Aparte de las historias que contaban los ancianos, su única pasión, su único objeto de entusiasmo era el mar. Mucho antes de haber pisado por primera vez la playa, ya se encaramaba a un muro o cualquier otro punto elevado para contemplarlo, y cuando había niebla se mostraba irritable porque no podía verlo.

Esta atracción se vio reforzada por un pequeño misterio.

Un día, hacia el final del invierno, estaba Pelia ocupada preparando bellotas, que pelaba para después hervirlas —así se fabricaba la harina que luego se mezclaba con la de trigo para hacer el pan—, cuando Turio se acercó a ella y anunció:

—Hay una luz en la playa.

Sin interrumpir su tarea, Pelia inquirió:

—¿Cómo lo sabes? Hoy no se ve el mar, el día ha amanecido nublado.

El niño contestó, al tiempo que se sentaba:

—No he visto el mar, pero he visto la luz. ¿Qué será? Está allí. —Y señaló en la

dirección de la Roca Sagrada.

—Una hoguera, seguramente.

—¿Para qué? ¿Quién ha encendido la hoguera?

—No lo sé. Algún hombre que ha salido a pescar. La habrá encendido para calentarse o para asar el pescado. Ocurre muy a menudo.

Turio no sabría decir por qué no dio crédito a la respuesta de su madre. Quizá fuera el tono de voz que empleó, o la forma en que habló, sin mirarlo. Tuvo la sensación de que aquella hoguera tenía otra razón de ser, y que la explicación de Pelia se destinaba tan solo a evitar nuevas preguntas. Comprendió que de nada serviría insistir, así que calló y, en su espíritu, aquella hoguera se transformó en un misterio tan sagrado como la roca. No en vano volvió a verla muchas veces, siempre al caer la tarde y en días nublados.

Preguntó a su hermano y sus compañeros de juegos, pero estos nada supieron o quisieron contarle. Preguntó a los ancianos cuyas historias solía escuchar; sus respuestas eran vagas, imprecisas, como las de su madre. Además, captó algún intercambio de miradas entre estos que no hizo sino reforzar su creencia de que la luz que brillaba junto a la Roca Sagrada (o quizá sobre la propia roca) poseía un significado oculto.

La fascinación que Turio sentía por el mar se hizo más evidente la primera vez que su madre decidió llevarlo a la playa, junto con el hermano, un día en el que iba a dirigir la recogida de marisco.

Ese día, un carro tirado por una yunta de bueyes que conducía Ato, el bardo, apareció a la puerta de la vivienda de Caturó. En él viajaban cuatro mujeres con un cargamento de vasijas. Turaino trepó rápidamente al vehículo y ayudó a Pelia a subir al niño. En cuanto ella se hubo montado, Ato incitó a los bueyes y condujo el carro hacia la puerta principal de la ciudad. Ahí, ya en el exterior, les esperaban quince jinetes armados, una escolta reforzada para la mujer del jefe y sus hijos que, ante la posibilidad de una acción hostil, podrían ser reconocidos y convertirse en el objetivo principal de los atacantes, ya que serían los rehenes más valiosos.

El carro bajó lentamente hacia la llanura, en dirección al mar. Las mujeres, que al principio iban charlando entre ellas, guardaron silencio cuando Ato empezó a cantar un nuevo poema que había compuesto días antes reuniendo fragmentos de viejas canciones medio olvidadas y fundiéndolas en un conjunto más armonioso y ordenado:

*Hubo un tiempo en el que nadábamos en la abundancia,
un tiempo hubo en que los dioses nos sonreían
y las flores se abrían solo para nosotros...*

El poema glosaba el mito fundacional de la ciudad. Otrora, narraban sus versos, los brácaros del litoral vivían esparcidos por la gran vega que separaba el monte sobre el que ahora se alzaba Tarróbriga del que habría de llamarse Lanutai. No había guerreros porque no había guerras, las armas solo servían para cazar y ahuyentar a algún que otro animal más osado; la floresta era más densa pero no ocultaba peligros, sino tan solo genios benéficos; hombres y mujeres trabajaban la tierra con parsimonia, y Nabia consentía que sus ríos se cruzaran sin peligros ni temores.

Un día, gentes aguerridas del sur, armadas con espadas, lanzas y puñales, habían cruzado el Durius y se habían abalanzado sobre aquella tierra como un lobo voraz sobre su presa. Se alzó entonces un inmenso clamor, el de las madres que floraban a sus hijos, las esposas a sus hombres, los hombres a sus mujeres:

*El cielo se rasgó con el tintineo del hierro y los gritos de terror.
Bandúa, el fuerte en la victoria, despertó.
¡Despertó del sueño divino y montó su caballo!*

Ato contó entonces cómo el pueblo se había refugiado en una colina y había luchado con piedras y hondas y porras antes de aprender a forjar espadas, un secreto que le había sido revelado por el propio dios. Este había atado mediante un hechizo los miembros de los guerreros enemigos y había concedido un ardor terrible al cazador Turón y a sus hermanos, convirtiéndolos en guerreros invencibles. El invasor fue repelido, huyó hacia el norte y su aventura concluyó miserablemente a orillas del río Limia. No bien los hombres sanguinarios intentaron vadear el río, Nabia, la señora de las aguas, los alcanzó con las flechas del olvido. Incapaces de recordar su pasado, sus propósitos e incluso quiénes eran, se habían ido quedando por ahí, dispersos, aturcidos. Sin embargo, Turón y sus hermanos no regresaron a la llanura. Fortificaron la colina y ahí se asentaron, y con ellos todo el pueblo. Al dios Bandúa, que los había salvado, ofrecieron sus vidas y una eterna hospitalidad, para que nunca los abandonara, ni a sus hijos. Así había nacido Tarróbriga. Tras fundar la ciudad, Turón y sus ilustres hermanos enviaron hombres a la cumbre de Lanutai, desde la que se podía vigilar todo el país hasta el Limia, de suerte que ningún invasor llegado del norte o del sur, del este o del mar, pudiera volver a sorprender a su pueblo nunca jamás.

Esto era lo que narraba el poema sobre la fundación de Tarróbriga. La realidad, obligado es decirlo, había sido distinta: cuando la expedición de túrdulos y célticos llegó al lugar, Tarróbriga ya existía, al igual que Lanutai, ya entonces una atalaya con la mirada puesta en el norte, y los verdaderos orígenes de ambas ciudades se perdían en la noche de los tiempos. La memoria de sucesivas generaciones había reunido y confundido hechos ocurridos en épocas diversas; el sueño de las mujeres sobre un tiempo feliz sin guerra y la exaltación marcial de los hombres habían hecho el resto para crear aquella tradición que ahora cantaba Ato.

El poema terminó, muy oportunamente, en el momento en que el carro llegaba a la playa. Las mujeres saltaron a la arena y ayudaron a los niños a apearse mientras los guerreros tomaban posición y se iniciaba el trabajo de recogida del marisco. Pelia había permitido que sus hijos fueran descalzos y Turio se acercó a la orilla para sentir el agua del mar en su cuerpo.

Aquella no era la playa de la Roca Sagrada, la que él más deseaba visitar para ver de cerca el lugar de la hoguera misteriosa, si es que era, de hecho, una hoguera. Pero ahí estaba el mar, infinito como el alma de un dios, divino él también. Turio permaneció quieto durante mucho tiempo, dejando que las olas le lamieran los pies y le treparan por las piernas. Turaino hubo de insistir varias veces para que corrieran juntos por la arena mojada y levantaran con ella pequeñas construcciones que las olas no tardaban en cercar y destruir. Aun así, el más joven de los hermanos interrumpía los juegos, lo que irritaba a su hermano, y se inmovilizaba en la contemplación.

Su madre se percató de su comportamiento y, ansiosa como estaba por comprender en qué clase de hombre se convertiría el niño, enseguida vio en su actitud un significado profundo. Por esta razón, llegado el tiempo de la fiesta en honor del dios Mar, decidió que Turio, pese a su tierna edad —contaba entonces cinco años— estaría presente en la misma.

Era una fiesta importante, como correspondía a una divinidad tan poderosa. Sin embargo, no se celebraba junto a la Roca Sagrada, que era una manifestación del dios en la que incluso se apreciaban sus marcas, pues los augures habían determinado mucho tiempo antes —aun en vida de Turón, sus hermanos y los compañeros de estos, según se decía— que la roca solo debía recibir la sangre de las víctimas, sin asistir al sacrificio, no fuera el mar a tomar ejemplo y hacer lo mismo con los hombres.

Por eso los habitantes de Tarróbriga y Bocuntí habían construido un santuario a cierta distancia, en un lugar considerado propicio, en lo alto de una colina cubierta de robles y castaños. Las dos ciudades se unían así en un homenaje común, lo que permitía asimismo que las familias de ambas se encontraran, solucionaran pequeñas contiendas y acordaran bodas. La unión de Pelia y Caturio se había decidido en una de tales ocasiones.

Turio no asistió a toda la ceremonia, que era larga. Ato lo condujo al santuario, junto con Turaino, poco antes de iniciarse el ritual de la oblación.

El chico miró en todas las direcciones en busca de su madre pero no la vio. En compensación, ahí estaba su padre, en la plataforma, a la derecha del altar, luciendo un casco engalanado con tres plumas y un traje de lino rojo con coraza y ornamentos de oro. De este metal estaban hechas las virias que adornaban sus brazos y la torques o collar abierto que le ceñía el cuello. Al otro lado del altar avistó a su abuelo materno, Cadriolo, el coronero de Bocuntí, un guerrero veterano cuyo aspecto, pese a

lo avanzado de su edad, seguía siendo impresionante. Al igual que Caturu, iba vestido de rojo, y también su cuerpo se prendía de destellos dorados al menor movimiento, y es que aquel día el sol se desplazaba por un cielo limpio de nubes y neblina.

Solo la vestimenta de los dos jefes era roja. Todos los demás lucían ropajes de lana blanca: los hombres, sayos y tabardos con las capuchas colgadas sobre la espalda; las mujeres, largas túnicas que rozaban el suelo. Exceptuando a los sacerdotes, dispuestos en media luna detrás del altar, hombres y mujeres —estas con guirnalda de flores silvestres en los cabellos— se agolpaban en una multitud compacta alrededor del santuario. El único espacio libre era el camino de acceso, a ambos lados del cual se alineaban jóvenes de ambos sexos que ese año habían alcanzado la pubertad, formando dos alas que empezaban junto a la plataforma, en el primer peldaño de la escalinata de piedra.

Acompañados por Ato, los dos chicos subieron los diez peldaños, saludaron a los jefes y se acercaron al altar para que los rociarán con agua lustral. Un hombre de elevada estatura y cerrada barba pelirroja se unió a ellos. Era Ambato, primogénito de Cadriolo y heredero de Bocuntí. Hubo entonces un momento de indecisión: Turaino debía quedarse, como era natural, al lado de su padre, mientras su tío Ambato se quedaba al lado del coronero, pero el ritual no preveía un lugar en la plataforma para el segundo hijo de un jefe. Las órdenes de Pelia habían subvertido ligeramente la tradición ancestral.

Cadriolo zanjó tan embarazosa cuestión llamando a su nieto para que se colocara junto a él. Cuando el niño —medio enfurruñado, pues habría preferido quedarse con el hermano— se acercó a él, le murmuró, muy serio pero sin aspereza:

—Estate quieto y callado. Los pueblos de dos ciudades tienen los ojos puestos en nosotros.

Turio no hubo de esforzarse demasiado para obedecer. Todo aquello era nuevo para él. Nunca había asistido a la fiesta del dios Mar, nunca había estado en aquel santuario ni había visto tanta gente a su alrededor. Tampoco tenía ni la más remota idea de lo que iba a ocurrir a continuación. Su madre le había dicho que Tarróbriga ofrecería un macho cabrío y Bocuntí un carnero. Seguramente, pensó, soltarían a los animales en la playa, delante de la divinidad. Pero ¿dónde estaban? Y más importante aún: ¿dónde estaba su madre?

Mientras se hacía esta pregunta, empezó a oír la música.

En un primer momento, le pareció que venía del mar y creyó que era el propio dios que se acercaba para asistir a la ceremonia, aunque no lograba imaginar cuál sería su aspecto, más allá del inmenso lienzo de agua ribeteado de espuma que tanto lo atraía. Pero no tardó en comprender que estaba equivocado, que la música, ahora más cercana, era de origen terrestre.

La procesión apareció a lo lejos, asomando tras una curva del camino. Abrían la marcha los tocadores de flautas y cornetas, precediendo al enorme carro sacrificial de los tarrobrigenses, que Turio veía ahora por primera vez porque solo lo sacaban en las

ocasiones más solemnes. Era magnífico, hecho de madera y bronce, tirado por dos yuntas de bueyes y tan largo que necesitaba tres pares de ruedas. Iba todo engalanado con flores. En la plataforma delantera viajaban de pie cuatro guerreros armados con lanzas —hombres elegidos a dedo, pues no era fácil mantener el equilibrio, aunque el pavimento de losas era bastante regular— y justo detrás, sentadas en pequeños bancos, iban las dos mujeres más ilustres de Tarróbriga: Pelia y Abia, la madre y la abuela de Turio, respectivamente. En la plataforma trasera, más pequeña y elevada, dos hombres custodiaban a la víctima, un macho cabrío inmaculadamente blanco sujeto por fuertes cuerdas.

Un poco más atrás, el carro de Bocuntí, con el carnero que la ciudad iba a ofrecer al dios, avanzaba seguido por un segundo grupo de músicos que cerraba el cortejo. Muy semejante al primero, le ganaba quizá en majestuosidad (el coronero había ordenado recientemente que le añadieran ornamentos y elevaran la plataforma reservada a la víctima). Puede que fuera aliado de Tarróbriga y que hubiera ofrecido la mano de su propia hija al jefe de dicha ciudad, pero en su opinión Bocuntí siempre sería más poderosa y opulenta, y debía demostrarlo.

Tan pronto los dos carros se atisbaron desde el santuario, el ritmo de la música cambió y la multitud empezó a cantar. El himno alababa el dios Mar como señor de gran poder —gigante sin principio ni fin, dispensador de sal y pescado, protector y amigo de los hombres aunque terrible en su furia, esposo de Nabia, cuyas dulces aguas recibía en su insondable dominio, padre de los vientos propicios y guardián de las tormentas— y le rogaba que lanzara una mirada benéfica sobre Tarróbriga, Bocuntí, Lanutai, Nabi, todas las ciudades y fortalezas de aquellos dos pueblos que respiraban su aliento sagrado.

Lentamente, los carros sacrificiales se acercaron a la escalinata que conducía al altar. Turio buscó la mirada de su madre, pero esta mantenía la cabeza erguida en una pose hierática. Su atención se fijó entonces en los dos animales. Le sorprendió que no se debatieran ni protestaran. No sabía que, con las primeras luces del alba, habían comido el pienso del sacrificio, hierba mezclada con jugo de amapola.

Los carros se detuvieron. Sus ocupantes se apearon y las víctimas fueron conducidas hasta el primer peldaño de la escalinata. Dos sacerdotes cogieron al chivo y lo acostaron sobre la mesa de los sacrificios, dispuesta frente al altar. En ese momento, el animal empezó a debatirse pese al aturdimiento, y en la breve confusión que se generó a continuación, Turio se escapó y se fue con su madre, que ya había ocupado el lugar que le correspondía en el primer escalón, al lado de Abia.

Caturo se apostó delante de la mesa, alzó los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia arriba en un gesto propio del ritual y entonó la larga oración de ofrenda, que Turio no acertó a comprender del todo. Por eso no esperaba lo que ocurrió a continuación. Su padre empuñó el destal de piedra ceremonial, lo irguió con ambas manos por encima de la cabeza y así permaneció mientras recitaba las últimas palabras de la oración, de modo que al muchacho le dio por reparar en el filo del

destral, que estaba teñido de un pálido tono rosáceo.

De pronto, los brazos de Caturó descendieron con violencia. El chivo emitió un sonido ahogado que se diluyó en el estrépito de la piedra al romperle los huesos de la cabeza. Rápidamente, dos sacerdotes hundieron los cuchillos de bronce en el cuello del animal.

Por instinto, Pelia asió suavemente el hombro del hijo al tiempo que lo miraba. El sacrificio de animales no era algo extraño para él, pero sabía que aquello era distinto.

Turío se estremeció y apretó los dientes cuando el destral alcanzó la cabeza de la víctima. Esas fueron las únicas señales que dio de la emoción que sentía y que no sería capaz de explicar, ni siquiera cuando fuese mayor y más experimentado: un vértigo, una voz interior, una llamada, una mezcla de excitación y terror.

En el santuario, el ritual había llegado a su fin. Tan solo faltaba llevar la sangre de las víctimas, recogida en vasijas de madera, en procesión hasta la Roca Sagrada, sobre la que sería vertida. Pero esa parte estaba reservada a los hombres adultos. Las mujeres y los niños regresaron entonces a Tarróbriga y Bocuntí.

Al cruzar la puerta de la ciudad, Pelia, que iba flanqueada por sus hijos, volvió los ojos hacia la estatua de Turón.

Guerrero, no olvides mi ruego. No olvides a este hijo mío que he confiado a tu protección.

Turío seguía callado, sumido en su mundo interior, un mundo que ella nunca alcanzaría a conocer.

Turio no se mostró afectado por aquella experiencia, pero quién sabe si lo que ocurrió a continuación fue una consecuencia, si bien tardía, de la fiesta del dios Mar.

Diez días más tarde, su hermano y él jugaban en la calle con varios compañeros. Era, para variar, un juego tranquilo, sin carreras: se trataba de imitar el acto divinadorio efectuado por los augures cuando lanzaban al suelo los huesos consagrados y leían, por la posición en que estos quedaban, los sucesos futuros o la respuesta a una pregunta previamente formulada. Los muchachos sustituían los huesos por piedras y, a falta de fórmula mágica, ya que esta era secreta, inventaban una. También habían inventado el método de lectura. Solo por casualidad, muy de tarde en tarde, lograban acertar, pero eso no le quitaba interés al juego.

Turaino tenía las piedras en la mano y se disponía a lanzarlas.

—Esta vez —anunció con un brillo de malicia en los ojos— sabremos con quién se casará mi hermano.

Todos rieron menos Turio, que hizo un gesto de asombro cómico. Turaino ordenó entonces:

—Las chicas tienen que estar más cerca... eso está mejor.

Cerró los ojos, imitó la pose del augur cuando recitaba la fórmula, echó las piedras. Cayeron todas juntas excepto una, que rodó hasta detenerse a cierta distancia de las demás.

—¡Andaitía! —exclamó Turaino batiendo palmas—. ¡Turio se casará con Andaitía!

Era una de las niñas más jóvenes, solo tenía cinco años, al igual que Turio. La piedra se había detenido a dos pasos de ella. Hubo risas y aplausos, algunas alusiones ya menos inocentes por parte de los chicos mayores que ninguno de los dos entendió. Turio y Andaitía se miraron un momento, la sombra de una sonrisa abrió ligeramente los labios de la niña, pero no duró más que un breve instante. Otro niño había cogido las piedras y exigía que alguien le presentara un desafío, previsión o misterio por desvelar.

—¡Yo te daré un misterio! —proclamó Turaino. Sin previo aviso, arrancó la cinta que sujetaba el pelo de una de las chicas y se alejó corriendo hasta desaparecer en la calleja más cercana mientras la muchacha protestaba a voz en grito. Seguía gritando cuando Turaino volvió sobre sus pasos, siempre corriendo.

—Cierra el pico, no quiero tu cinta para nada. Solo la he escondido. ¡A ver si la encuentras! —añadió dirigiéndose al chico que se había apoderado de las piedras.

Este murmuró apresuradamente una invocación que acababa de inventar y ejecutó el lanzamiento. Las piedras se esparcieron ante sí.

—¡Está en esa dirección! —dijo el aspirante a adivino, señalando la callejuela. Turaino soltó una carcajada.

—¡No, de eso nada! —contestó—. ¿Quién quiere probar? Ya lo tengo: ¡Turio! ¡Te toca!

Hubo más risas. El pequeño ni siquiera sabía echar las piedras, dijeron algunos. La dueña de la cinta empezó a lloriquear. Pero Turaino había entregado las piedras a su hermano.

Turio las observó. Llenaban sus dos manos ahuecadas. De repente las abrió y las piedras cayeron a sus pies. Los chicos mayores protestaron: ya te había dicho que no sabe, no ha dicho ninguna palabra y no las ha lanzado, las ha dejado caer. En medio del vocerío, Turio anunció:

—La cinta está en nuestra casa, junto a la leña.

Y Turaino se puso muy serio, porque era allí, exactamente, donde se encontraba la cinta. Había enfilado la callejuela para despistar a los demás, había saltado dos muros, se había metido por un camino estrecho que conducía a su casa y había hecho el mismo recorrido al volver.

—¡Quiero mi cinta! —exigió la expoliada. Turaino se vio obligado a ir en busca de la cinta para evitar una escena. Al volver, todos discutían la intervención de Turio. Unos decían que había sido pura suerte, otros le preguntaban cómo lo había hecho. «No lo sé», contestó. Y no mentía.

La idea de hacer nuevos intentos para ver si resultaban era irresistible, así que pidieron a Turio que volviera a lanzar las piedras. Aceptó, sin dudarlo pero tampoco con gran entusiasmo. Los demás escondían un objeto (las últimas veces llegaron incluso a vendarle los ojos), él dejaba caer las piedras... y acertaba siempre.

Tras el quinto lanzamiento, los muchachos empezaron a mirarlo con un respeto que tenía mucho de temor.

—¡Tu hermano es un brujo! —murmuró uno de los muchachos a Turaino, entre dientes. Este le lanzó un puñetazo, que el otro esquivó.

—A mi hermano nadie le llama brujo, ¿me oyes? —le advirtió en tono de amenaza. Y enseguida se armó una discusión. Empeñado en defender sus argumentos (muchos de ellos en términos abiertamente obscenos), no prestó atención a Turio durante un buen rato, hasta que sintió una mano posarse en su brazo. Era Andaitía:

—¡Mira! ¿Qué le pasa?

Turio estaba inmóvil, el cuerpo yerto, la boca abierta como si se ahogara. Se había puesto terriblemente pálido.

—¿Qué te pasa, Turio? ¿Qué te pasa?

No hubo respuesta. Todos los chicos, excepto Andaitía y Turaino, se apartaron de él con gesto prudente. El hermano le tocó el hombro izquierdo; estaba helado, notó el frío de su piel a través de la ropa.

—¿Qué te pasa? ¡Contesta!

Turio no lo escuchó, y tampoco podía hablar. El mundo giraba a su alrededor en un remolino loco, el cielo se había teñido de rojo, el sol había desaparecido, una multitud de espectros lo rodeaba y, en medio de la confusión, sintió que se

desvanecía, que se fundía con aquel cielo sanguíneo.

Escucha, Tarróbriga...

La voz que le brotó de la garganta, en un murmullo cavernoso, no era la de un niño.

Escucha, Tarróbriga...

Cuando volvió en sí estaba acostado en la paja de su cama, cubierto de sudor, mientras su madre le aplicaba un ungüento refrescante sobre la frente. Turaino había logrado reunir fuerzas para vencer el miedo y cargarlo durante buena parte del camino, hasta que una vecina se había percatado de la situación, había cogido al niño y lo había llevado a casa. Ahora, una vez superado el trance, solo le quedaba un vago recuerdo y un cansancio mortal.

—Duerme —le dijo su madre—. Si te despiertas y tienes hambre o sed, no te levantes. Yo te traeré agua, comida, lo que tú quieras.

Turio ya se había dormido. Pelia se quedó mirándolo largo rato. Avistó a Turaino junto a la puerta y le dijo que se fuese a jugar, que el peligro había pasado. El muchacho quería saber qué había ocurrido. Una fiebre, respondió ella al tiempo que lo instaba a salir con un ademán.

Cierto es que Turio tenía fiebre, lo que no era del todo extraño a su edad. Pero Pelia había visto bien en qué estado había llegado a casa, y por encima de todo tenía grabada a fuego en la memoria aquella voz ronca, profunda, de un hombre o un dios, y cada una de las palabras que había pronunciado:

*¡Escucha, Tarróbriga! ¡Vuélvete hacia el sur!
Contempla la traición, la ruina, la sangre derramada,
la vergüenza de los cautivos, animales vendidos.
Mira las insignias de la muerte
erguidas sobre los cadáveres,
escucha el paso de los hombres de hierro
y sacrifícame un caballo.
Pues yo soy Turón, tu padre y defensor.
¡Escucha, Tarróbriga!*

Al anoecer, aprovechando que los niños dormían —Turio aún no se había despertado—, Pelia habló con el marido mientras cenaban junto a la chimenea.

Caturo escuchó su relato de lo ocurrido sin hacer comentario alguno. Al final, bebió un gran trago de cerveza.

—¿No dices nada? —inquirió ella.

Caturo se encogió de hombros.

—Supongo que podemos ofrecer un caballo a Turón. Uno de los nuestros, claro, y en una ceremonia privada.

Eso quería decir que aceptaba ejecutar el sacrificio por simple precaución, aunque

no se tomaba completamente en serio lo que Turio había dicho durante el trance, ni el trance en sí. Respondiendo a la expresión crítica de su mujer, explicó:

—Tú misma lo has dicho: tenía fiebre. ¿Te acuerdas de lo que pasó con el mayor, hará unos tres años? También le dieron unas fiebres y dijo cosas disparatadas. Además, este hijo tuyo no es como los demás chicos, no es... del todo normal. Lo que ha dicho puede no tener significado alguno.

Abia, que hasta entonces se había mantenido en silencio, recostada sobre un saco lleno de paja —los años le pesaban cada vez más y sufría de dolores en la espalda— intervino en ese momento:

—También es hijo tuyo. En cuanto a si es normal o no... ¿cómo se puede ser normal cuando hay una divinidad presente? Ciertamente, si la fiebre es muy fuerte hasta los mayores dicen cosas extrañas que nadie entiende...

Caturo le dio la razón con un gesto, pero la anciana no había terminado aún:

—Pero él, o alguien a través de él, ha hablado alto y claro.

Se levantó con dificultad porque no permitía que la ayudaran.

—Me voy a dormir —anunció—. Piénsalo: ha hablado alto y claro. Y lo que ha dicho, «la vergüenza de los cautivos, animales vendidos... las insignias de la muerte»... no sé por qué, pero me ha hecho pensar que se refería a los romanos.

Salió sin decir una palabra más. Hubo un momento de silencio, tras el cual Pelia murmuró:

—Tu madre tiene razón.

Caturo respiró hondo.

—De acuerdo. Mañana enviaré emisarios en busca de noticias.

Cumplió su palabra. Al día siguiente, un grupo compuesto por algunos de sus mejores guerreros partió hacia Brácara a lomos de los caballos más veloces. Desde ahí, tenían órdenes de seguir hacia Fidóbriga —pese a las desavenencias entre la hermandad de Bandúa y los fiduéneas, los tarrobrigenses no tenían ninguna cuestión pendiente con dicha ciudad— y bajar hasta Cale con la misión de recabar información sobre guerras locales o una posible ofensiva romana.

Los enviados regresaron treinta días más tarde. Habían sido atacados por salteadores y oído relatos de pequeños agravios y desagravios entre diversos pueblos que vivían al norte del río Durius, pero no traían nuevas de guerra.

El incidente no tardó en ser olvidado por todos. Todos excepto Pelia, aunque no volvió a mencionar el tema. Caturo se mostraba irritado por haber expuesto en vano a algunos de sus mejores guerreros, por no hablar de los caballos, y su irritación alcanzaba, si bien que de un modo indirecto, a su propio hijo, por más que fuera difícil culpar a un niño de cinco años de la breve agitación que el envío del grupo había causado en la ciudad. A su mujer censuraba íntimamente el que no le hubiera dado un tercer hijo que los compensara por aquel ser extraño, tan débil y a la vez tan

aferrado a la vida, tan silencioso y sin embargo tan capaz de sembrar inquietud.

Llegó el día de la primera gran faena pesquera del año, cuando todos los barcos se hacían a la mar. Mucho antes, las mujeres de los pescadores ya habían cardado e hilado el lino necesario para reparar las redes, tarea que correspondía a los hombres, quienes también debían buscar piedras para reemplazar los lastres que faltaban y comprobar el estado de las embarcaciones.

Al igual que todas las demás actividades importantes, aquella primera salida de los barcos tras el invierno poseía una dimensión religiosa. La principal razón de ser de la fiesta en honor del dios Mar era la obtención de condiciones climáticas favorables, pero ahora que eso se había logrado, se hacía necesario asegurar las capturas. Los barcos partían desde las inmediaciones de la Roca Sagrada y volvían a descargar el pescado a la vista del dios y bajo su protección.

La playa se llenó de gente desde el alba. Allí se daban cita las mujeres de los pescadores, los hombres que los ayudarían a tirar de las redes, gran número de curiosos y un respetable contingente armado bajo el mando del propio Caturo, no solo porque se imponía evitar ataques de los etobrigenses u otros —de hecho, se habían reforzado los puestos de vigilancia en Tarróbriga y Lanutai—, sino porque el jefe debía recitar las preces habituales e inmolar un gallo blanco sobre la roca, junto a las pequeñas cuevas que había en su cima, marcas allí dejadas por la divinidad en los albores del mundo.

Así fue como, a media mañana, Turio pudo al fin acercarse al lugar donde tantas veces había visto la hoguera que excitaba su curiosidad. La madre, que participaba en el ritual propiciatorio, había decidido llevar a los niños consigo; Abia estaba cada vez más enferma, el último invierno la había dejado muy debilitada y no podía encargarse de ellos.

En cuanto tuvo ocasión, el niño exploró las cercanías de la roca. Aquel día no había hoguera, pues tampoco había niebla ni bruma, pero no tardó en encontrar el lugar donde solía encenderse, en un promontorio cercano: un círculo de piedras ennegrecidas y, en el centro de este, cenizas y restos de leña quemada.

Turio se ensució los dedos al tocar la leña. En ese momento sintió una presencia a su espalda y, al darse la vuelta, vio ante sí a una mujer alta, vigorosa. A sus ojos parecía muy mayor, pero en realidad no tenía más que treinta y pocos años y era aún excepcionalmente hermosa. Su cuerpo conservaba las formas generosas y firmes de la juventud, así como una larga cabellera negra, del mismo color que sus ojos. Sin embargo, había en su rostro castigado una especie de sombra que era una mezcla de desafío y amargura, y que persistía incluso cuando ella se permitía sonreír, como ocurría ahora.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

El niño no abrió la boca porque no sabía muy bien qué contestar. La mujer avanzó dos pasos en su dirección, se inclinó y le limpió las manos con el borde de su propia túnica. Después le acarició los cabellos.

—Sé quién eres. Turio, hijo de Caturu, nuestro jefe.

—¿Y tú?

La mujer volvió a sonreír.

—Me llamo Dovidena.

El nombre era un poco difícil de pronunciar, pero el niño lo intentó:

—Dovi... Dovine...

—No, Do-vi-de-na. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Y tú? —replicó Turio, molesto por la pregunta.

Dovidena soltó una breve carcajada:

—Ya veo que solo respondes con preguntas. ¿Quieres saber que hago yo aquí? Nada. A veces, enciendo una hoguera. Hoy no, que no hace falta; solo a veces.

Turio estuvo a punto de decir: las he visto, pero en ese momento se acercó su madre e interrumpió la conversación dirigiéndose a la mujer:

—Salud, Dovidena.

—Salud, Pelia.

Intercambiaron algunas palabras. No había amistad ni hostilidad en su tono. Era una conversación superficial, casi una formalidad. Al final, Pelia dijo:

—He venido a buscar a mi hijo. Los barcos están a punto de atracar y no quiero que se pierda en medio de la confusión.

—Bien, aquí lo tienes —replicó Dovidena. Hizo un ademán de despedida y empezó a alejarse, pero entonces se volvió hacia atrás, buscó la mirada de Turio y le volvió a sonreír. Luego, encaminó sus pasos hacia la ciudad.

—¡Ella enciende las hogueras! ¡Es ella quien las enciende! —declaró Turio a su madre, que asintió con la cabeza y admitió que así era—. ¿Por qué?

Pelia se encogió de hombros. «Porque le gusta», contestó. Y añadió, sin darle tiempo a replicar, que los barcos estaban a punto de llegar y que no podía tardar en volver a casa. Si Turio quería ver las redes llenas de peces, aquel era el momento. Luego tendría que volver a la ciudad con su madre y su hermano.

Se fueron para asistir al desembarco. Los chicos se entusiasmaron al ver cómo las redes llegaban arrastradas hasta la playa con su carga plateada resplandeciendo bajo el sol en una palpitación constante, los últimos estertores de los peces. Cuando todas las redes descansaban sobre la arena, y pese a los insistentes ruegos a la madre para quedarse un poco más, ocuparon su sitio en el carro que los había llevado hasta allí y partieron hacia Tarróbriga.

Por tanto, no asistieron a lo que ocurrió después. Ya estaban en casa en el momento en que se oyó un largo toque de corneta. Era uno de los centinelas de la ciudad que, desde la cima de la muralla, alertaba de algún peligro. Los centinelas de Lanutai no tardaron en repetir la señal. Sin embargo, en la playa, otros habían visto ya lo que ellos divisaban: una embarcación que, procedente del sur, se acercaba a la costa.

Caturu impartió sus órdenes al instante. Los guerreros montaron a caballo y

tomaron posiciones, portando sus armas. Los hombres de a pie cogieron las hondas y los dardos. Aquella visita podía ser buena o mala, según la procedencia del barco, y Tarróbriga había vivido experiencias de las dos clases.

Pero los de a bordo no tardaron en hacer señales con un espejo de bronce y, además, hubo quienes reconocieron la embarcación, que había pasado por ahí años atrás, así como los colores de su pabellón: eran mercaderes gaditanos.

Situada en el extremo septentrional de la península, Gadir era la ciudad más próspera y antigua de las Hispanias y sus barcos mercantes recorrían todas las costas, llevando cerámicas griegas y cartaginesas, vino de Italia, jarrones y adornos de vidrio, que cambiaban por los productos de las regiones por las que pasaban. En el caso de Tarróbriga, los gaditanos se interesaban sobre todo por los metales —hierro, estaño, plata y oro—, y a veces incluso les gustaban las joyas que ahí se fabricaban —principalmente pendientes, diademas y collares—, ya que los artesanos tarrobrigenses se habían convertido en expertos orfebres.

Con la ayuda de los hombres de Caturó, los marineros fondearon el barco. El capitán vino a presentar sus respetos, invocó sobre Tarróbriga las bendiciones del dios Melkaart, pidió cobijo y alimento para la tripulación, anunció su carga. Pero este discurso, que era ya tradicional, tuvo una variante: el capitán esperaba que las condiciones del trueque que se disponía a hacer con los tarrobrigenses le resultaran especialmente favorables, teniendo en cuenta que, además de la mercancía, les traía a uno de los suyos, a quien nada había cobrado a cambio del transporte.

—¿Uno de los nuestros? —inquirió Caturó, frunciendo el ceño. El gaditano, con una amplia sonrisa, señaló a un hombre que había desembarcado y portaba un morral de cuero. Estaba parado en la rompiente, hablando con Dovidena.

Y es que Dovidena lo había reconocido al instante, pese al pelo corto. Era Antubelo, que había abandonado la ciudad seis años antes para unirse a una hermandad guerrera que tenía por patrono al dios Coso de los fiduéneas, pues su madre había nacido en Fidóbriga. Aquella hueste había partido hacia el sur y desde entonces no habían vuelto a tener noticias de ella. Y ahora, de pronto, ahí estaba Antubelo, algo mayor, con el rostro surcado de arrugas y el aspecto de un extranjero, recién desembarcado de una nave gaditana.

Como se ha dicho ya, había sido Dovidena la primera en reconocerlo y había salido a su encuentro soltando un grito. Lo había retenido junto a la orilla, hablándole con ansiedad, sin duda haciéndole preguntas porque él, al contestar, meneaba la cabeza en señal de negación. No tardó en verse rodeado de una pequeña multitud que, entre exclamaciones de asombro y más preguntas, lo llevó a la presencia del jefe. Dovidena se quedó atrás y acabó por alejarse con paso lento. Los pocos que se fijaron en ella mientras emprendía el camino de vuelta a la ciudad repararon en que estaba muy pálida, tanto así que parecía enferma, y que tenía el rostro bañado en lágrimas. Nadie la abordó. La llegada de un barco, que por más señas traía a un hombre al que todos creían muerto, era motivo suficiente para atraer todas las miradas. Además,

para las gentes de Tarróbriga no era difícil adivinar la razón del llanto de Dovidena, y ella tampoco aceptaba de buen grado que la interrogasen.

Antubelo se hallaba ahora delante de Caturó, al que contaba su historia.

El año en que había partido desde Tarróbriga, la hermandad de Coso de los fiduéneas, liderada por Malceino de Fidóbriga, había cruzado el Durius, había entrado en Lusitania, donde tenía pactos de hospitalidad con varias ciudades, y desde ahí había pasado a Mesopotamia, nombre por el que se conocían las tierras entre el Anas y el Tagus. Malceino quería anticiparse a la expedición que Púnico, el jefe lusitano, preparaba contra los bastulofenicios. La estrategia no era la más brillante: integrada en la fuerte alianza de lusitanos y vetones, su hueste podía haber compartido el prestigio de las victorias y la ventaja de los saqueos, pero atreverse a desafiar a solas al gigante romano que, en el sur, tenía prácticamente bajo su dominio a los pueblos de Turdetania y Cincticum, era una empresa suicida.

Y, en efecto, los guerreros de Coso habían sido aplastados por los manípulos romanos en el primer combate que los enfrentó. Malceino había caído traspasado por un dardo poco después del inicio del combate, lo que ya desde entonces había hecho prever el desenlace del mismo, pues sus guerreros, desorganizados, solo pensaban en hacerse matar para seguir a su comandante y servirlo en el más allá. Los escasos supervivientes fueron aquellos que, habiendo perdido las armas, no pudieron seguir luchando ni darse muerte a sí mismos de modo honroso.

Antubelo, capturado junto con otros, se había visto reducido a la esclavitud y había sido comprado por un mercader romano que residía en Myrtilis. Ahí había vivido durante cinco años como esclavo. Había caído en gracia al señor —o, más precisamente, a la esposa de este—, por lo que no fue maltratado, sino todo lo contrario. Había tenido comida y bebida en abundancia, reposo suficiente, la señora de la casa le había satisfecho ocasionalmente otras necesidades, había aprendido la lengua de los romanos e incluso había encontrado tiempo para aprender a leer y escribir.

Pero nada podía compensar la pérdida de libertad. Esa era la herida que nunca curaba. Cuando las huestes de Cauceno, el sucesor de Púnico y Césaró, invadieron Cincticum y tomaron Conistorgis, el poderío romano en el sur pareció tambalearse, lo que le había dado esperanzas. Sin embargo, los lusitanos abandonaron Conistorgis tras el saqueo, y su incursión no tuvo consecuencias duraderas, tanto más que al año siguiente sufrieron una gran derrota a manos de Marco Atilio Serrano, gobernador de la provincia romana de la Hispania Ulterior. Antubelo se había visto obligado a contentarse con su suerte. Había escuchado, con el corazón encogido pero el gesto impasible, las atrocidades cometidas más tarde por Lucio Licinio Lúculo en el territorio de los vacceos cuando, sin que mediara la menor provocación, había destruido la ciudad de Cauca y había pasado por la espada a todos sus habitantes.

—¿Sin mediar provocación? ¿A todos? —repitió Caturo, sin dar crédito a sus oídos, pues aquellas no eran las leyes de la guerra entre los brácaros.

—¡Sí, a todos! —confirmó Antubelo—. Esto ocurrió el año pasado. Pero fue también el año pasado cuando logré huir de Myrtilis.

Mientras Lúculo mataba, destruía y saqueaba a su antojo en la Hispania Citerior, en la Ulterior, donde Serrano había sido sustituido por Servio Sulpicio Galba, los lusitanos, alzados de nuevo en armas, habían vencido a los romanos y el pretor se había visto obligado a refugiarse en Conistorgis, que mientras tanto había sido reocupada...

—¿Pretor? —interrumpió Caturo, que no estaba familiarizado con los títulos romanos.

«El gobernador, el señor de la guerra», explicó Antubelo antes de proseguir. Con Galba atrincherado en Conistorgis, el mercader romano que era su amo no se sentía seguro en Myrtilis y había decidido partir hacia dicha ciudad. Durante el viaje, Antubelo había logrado eludir la vigilancia del intendente y la escolta. Se había echado al monte, había pasado hambre y sed, había vivido aventuras que no por poco heroicas habían sido menos peligrosas. Finalmente, había logrado refugiarse en Gadir. Se había escondido en la zona del puerto y había trabajado en una taberna que servía a las tripulaciones. Así había entablado conversación con los marineros y había conquistado la confianza de algunos de ellos. El patrón de aquel barco, ahí presente, había dicho la verdad: se había prestado a llevarlo de vuelta a Tarróbriga sin exigirle a cambio más que unas palabras de recomendación al jefe.

—Esas palabras te las digo ahora —concluyó Antubelo—. Este hombre merece tu estima.

Caturo hizo un breve gesto de aquiescencia. Había algo que lo inquietaba, un murmullo interior al que no quería prestar atención pero que no lo dejaba en paz.

—Por lo que acabas de contarme —dijo entonces—, los romanos han sido derrotados en el sur... —Viendo que el rostro de su interlocutor se ensombrecía, añadió—: ¿o no te he comprendido bien?

Antubelo rindió la cabeza y bajó la voz al contestar:

—Sí que me has comprendido. Pero eso ocurrió el año pasado. En lo tocante a este año, traigo otras nuevas. Las recibí en Gadir, un día antes de mi partida: Lúculo ha saqueado Lusitania. Pero lo que he oído sobre Galba es bastante peor.

Galba había enviado emisarios a la principal hueste lusitana. Sabía, según decía en el mensaje, que sus campos eran pobres, que la necesidad los llevaba a realizar constantes incursiones en los territorios de Roma y los pueblos bajo su dominio. Por eso les ofrecía buenas tierras, toda una planicie fértil que podrían cultivar en paz si deponían las armas. Los lusitanos aceptaron su propuesta y el compromiso fue solemnemente asumido por ambas partes. Pero cuando aquellos entregaron las armas, las legiones de Galba se abalanzaron sobre ellos en orden de batalla, aunque lo ocurrido no fue una batalla sino una matanza en toda regla: cerca de diez mil

hombres, solo en los primeros dos días. Más de veinte mil personas, familias enteras, habían sido enviadas después a Galia, donde serían vendidas en los mercados. Y era evidente que Galba cobraría el producto de esa venta.

Caturo escuchaba a Antubelo y trataba de dominar el escalofrío helado que le sacudía el cuerpo. Dentro de su cabeza resonaba con extraña nitidez la voz de Pelia repitiendo lo que Turio había dicho durante el trance:

*... Contempla la traición, la ruina, la sangre derramada,
la vergüenza de los cautivos, animales vendidos.
Mira las insignias de la muerte
erguidas sobre los cadáveres...*

Ato, que estaba a su lado, le tocó el brazo para traerlo de vuelta a la realidad. Las redes habían quedado abandonadas en la arena, tenían que acoger a la tripulación gaditana según las reglas de la hospitalidad, debían discutir los términos del trueque de productos. Había mucho que hacer.

—Lo sabía —dijo Pelia—. Sabía que no era la fiebre. Un dios habló por su boca.

Marido y mujer se hallaban junto al pozo. El sol se zambullía en los vastos dominios del dios Mar, los niños dormían en una de las casas, donde Abia también se había recogido ya. Pelia se había enterado de las noticias mucho antes de que Caturo volviera a casa, pues en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa. La llegada de los gaditanos y de Antubelo eran los grandes asuntos del día, pero los ancianos comentaban sobre todo lo ocurrido en Lusitania. No porque se sintieran inquietos, ya que las guerras del sur no les incumbían (o eso pensaban), sino porque la acción de Galba los había conmocionado, y más aún porque suponían una inesperada confirmación de las palabras que el hijo del jefe había pronunciado. Aquel suceso no tardó en ser recordado y dio mucho que pensar a los más experimentados y sabios, pues significaba que Tarróbriga contaba ahora con un augur de cinco años.

—Un dios ha hablado por su boca —repitió Pelia.

—Sí, ahora creo que sí —concedió Caturo con un suspiro de cansancio, pues el día había sido largo.

Hubo un silencio, interrumpido tan solo por los ocasionales resoplidos del caballo que estaba en el patio, sujeto a una argolla de piedra.

—Siempre he sentido que había una razón especial para que fuera como es —añadió Pelia de pronto—. Lo importante, ahora, es intentar comprender.

—¿Comprender el qué?

Pelia se acercó al marido, posó la mano sobre su hombro.

—¿Por qué motivo se nos ha avisado? Todo esto ha ocurrido muy lejos de nuestra tierra. Nunca hemos visto a un solo romano. ¿Por qué hemos recibido esta

advertencia? ¿Acaso es posible que los romanos lleguen hasta Tarróbriga?

Caturo negó con la cabeza.

—Por lo menos sabemos que no andan cerca. Si conociéramos las razones de las divinidades, seríamos dioses nosotros también.

Dicho esto, se alejó. No se sentía solo fatigado. También tenía sed y necesitaba urgentemente tomar una cerveza.

La cerveza le supo mal. Estaba estropeada, o quizá el problema era él. No podía dejar de pensar en lo que Antubelo le había contado sobre la matanza de los lusitanos y la aparente relación que tales hechos guardaba con lo que Turio había dicho en su trance. Por más que se resistiera a profundizar en la cuestión, no podía evitar pensar en ella. Según todos los indicios, los poderes divinatorios de su segundo hijo eran superiores a los suyos, pese a ser el jefe, augur y sumo sacerdote de Tarróbriga. Por descontado, era bueno que dichos poderes se manifestaran en el seno familiar, pero habría preferido que los dioses distinguiesen a Turaino, y no solo porque fuera su favorito. El mayor de sus hijos sería un buen guerrero, de eso estaba seguro. Si, con el tiempo, pudiera añadir a sus cualidades marciales la de portavoz de la divinidad, se convertiría en su sucesor natural y se daría el primer paso hacia el poder hereditario, que hasta entonces solo existía en Bocuntí y Brácara.

No lo deseaba por ambición personal. Caturu era el descendiente directo de Turón el Fundador, pertenecía al primer linaje tarrobrigense y eso le bastaba. Pero si la advertencia que encerraban las palabras de Turio era más que una incitación al ardor guerrero, si un peligro grave viniera en el futuro a amenazar a los pueblos de la región, era deseable que la ciudad contara con un coronero, un jefe hereditario cuyas decisiones no se cuestionarían en tiempos de crisis. Sin embargo, las divinidades parecían haber decidido algo distinto al conceder a Turio los poderes del augur.

Pero aún no había nada seguro, pensaba Caturu. Cuando su hijo alcanzara la edad de entrar en la primera cámara, comprobarían de qué pasta estaba hecho.

Los mercaderes gaditanos concluyeron sus transacciones, subieron a bordo el oro, la plata y el estaño que los tarrobrigenses les habían vendido y partieron en busca de las otras dos naves que los habían acompañado en aquel viaje, pero cuyos comandantes habían preferido quedarse en Cale en lugar de seguir hacia el norte.

Antubelo volvió a instalarse en la ciudad. Antes de partir en su larga aventura había cedido a un hermano, ya casado, la posesión de la vivienda familiar y todos sus bienes, lo que podía generar ahora un grave conflicto si, como especulaban los vecinos, decidiera reivindicar la devolución de su patrimonio. Pero los amantes del escándalo se llevaron una decepción. Lo único que Antubelo pidió fue un lugar donde dormir y una ración de comida, a la que contribuiría dedicándose a la caza y la pesca con anzuelo. Fue esa actividad la que le permitió comprar a un tejedor telas de lino y lana para volver a vestirse como los demás, así como reconstituir poco a poco sus pertrechos de guerrero: espada, puñal, jabalina y un pequeño escudo redondo hecho de madera y cuero. Por suerte para él, Tarróbriga poseía buenos herreros y armeros. Las grebas para proteger las piernas y el calzado se los ofreció su hermano.

Pronto perdió el aspecto de forastero que tenía al desembarcar, pese a lo cual su integración no fue del todo completa. Ciertamente es que se dejó crecer el pelo, pero ni este ni la barba eran tan largos como los de los otros hombres de Tarróbriga, y parecía obsesionado con bañarse. Además, entre los objetos que guardaba en su morral de cuero, el único equipaje que había llevado consigo, se contaban algunos que sorprendieron a los miembros de la familia: un gran rollo de un material al que se refería como papiro y que, por una de sus caras, estaba cubierto de signos hechos con tinta negra —un libro, puntualizó, utilizando la palabra romana, lo que no contribuyó a la claridad de la explicación—, así como dos tablillas articuladas y recubiertas de cera por una de sus caras y dos esbeltos utensilios de cobre, afilados por uno de los extremos y en forma de espátula por el otro.

Aun sin tener en cuenta su excesivo empeño por bañarse, Antubelo se comportaba de un modo singular. No siempre dormía en la casa de su hermano. Se construyó una choza de madera cerca de la playa, no muy lejos de la Roca Sagrada, donde pasaba varios días seguidos, y no solo mientras pescaba. Cuando los suyos le preguntaron por sus motivos, contestó que a veces le gustaba estar a solas. Debía de ser cierto, pues era hombre de pocas palabras.

Una de las mayores excentricidades de Antubelo era su relación con Dovidena, la mujer de las hogueras. Después de la conversación que mantuvieron a su llegada, volvieron a encontrarse a orillas del mar, algo que era inevitable, ya que ella también frecuentaba la zona de la roca. Los habitantes de la ciudad empezaron por sacar la conclusión lógica: Dovidena, a la que llamaban «la viuda», era atractiva y vivía sola. Algunos hombres habían revelado un gran interés por ella, y por lo menos dos de ellos —uno todavía soltero y el otro viudo— le habían propuesto matrimonio, propuestas que ella había rechazado de un modo casi violento. Otro pretendiente, más osado, había intentado incluso satisfacer su deseo por la fuerza, al anochecer de un día en que Dovidena volvía del santuario del dios Mar. Esto había ocurrido dos años atrás y el hombre no había sobrevivido al cuchillazo que ella le había asestado a modo de respuesta, lo que ahorró a los ancianos el trabajo de juzgarlo.

Pero Antubelo jamás dio pie a semejante reacción, y se equivocaban las gentes de Tarróbriga en sus deducciones. Nada había entre ambos a no ser las largas conversaciones que mantenían, ya fuera a la orilla de uno de los muchos riachuelos que iban a morir a la playa, ya fuera sentados en la arena, contemplando las olas, o incluso junto al lugar donde ella encendía sus hogueras. Lo que se decían el uno al otro nadie lo sabía, aunque algunos, más atentos, pudieran imaginarlo. Sin embargo, incluso estos acabaron perdiendo el interés por la cuestión.

Y, a decir verdad, a partir del momento en que quedó claro que aquella relación no rompía las costumbres establecidas, tampoco había razones para que la comunidad se preocupara por ella. Antubelo ejecutaba todas las tareas que le imponía el jefe, cumplía sus turnos de vigía en las murallas, ya fuera de día o de noche, respetaba los compromisos asumidos con la familia. Les hubiera gustado que hablara más de la

batalla en la que Malceino había perdido la vida, del tiempo que había pasado en cautiverio, de las extrañas costumbres de los romanos, pero aceptaban sus silencios.

En cuanto a Dovidena, cuidaba de sus tierras, hilaba, molía su propia harina y hacía su propio pan. Participaba, aunque siempre silenciosa, en los rituales y reuniones de las mujeres. No era la más alegre de las compañías, pero tampoco buscaba la de sus vecinos. Si se iba a la playa sola o encendía hogueras en los días de niebla era asunto suyo, ya que a nadie perjudicaba con ello.

Entre ambos y Turio se trabó una inesperada amistad cuando el pequeño contaba aún seis años.

Un día, de madrugada, Ato el poeta estaba terminando de enganchar el carro —se disponía a recoger ciertas algas que la marea dejaba en la arena y que Tiomace usaba para preparar medicinas— cuando Turio vino a verlo y le pidió que lo llevara a ver el mar. Era una petición ya habitual, y Pelia le confiaba el muchacho a menudo, de modo que Ato lo cogió en brazos y lo subió al carro.

Partieron cuando el sol se despegó del horizonte, pero no lo vieron porque la mañana había nacido cargada de niebla. Las calles estaban casi desiertas, por todas partes se veía el humo que salía de las cocinas, donde las mujeres preparaban la primera comida del día.

—¿Ya has roto el ayuno? —se acordó Ato de preguntar. Si Turio aún no había comido, tendría que mandarlo de vuelta a casa.

Pero el chico asintió en silencio. Siempre dispuesto a ahorrar palabras, pensó Ato. Pero al menos no era tan movido como su hermano. Afortunadamente, Turaino no sentía interés por el mar; con él, Ato habría pasado la mañana ocupado no en coger algas, sino en evitar que se rompiera una pierna al saltar entre las rocas, o que se tirara al agua y se ahogara. Este era distinto... ¡y de qué manera! Ato, aunque no lo demostrara, sentía más respeto por Turio que por la mayoría de los adultos. Lo que lo impresionaba no era tan solo aquel poder misterioso del que había dado pruebas, sino también lo que había dicho en el trance. Caturó se lo había repetido y, fuesen o no las palabras de un antepasado, creía que sonaban como el inicio de un gran poema, y solo lamentaba que Turio, o quienquiera que había hablado por su boca, no hubiese dicho nada más.

Abandonaron la ciudad. El carro rodaba ahora por un camino de cascajo que la niebla había humedecido. Ato dirigió un pensamiento poco cordial a Tiomace. El viejo sacerdote bien que podía haber elegido otra ocasión para pedir un nuevo cargamento de algas... por supuesto, había dicho que aquel y no otro era el día más propicio, y Ato se preguntaba por qué motivo los días favorables tenían que ser casi invariablemente los más desapacibles. Echó un vistazo a Turio: ¿estaría lo bastante protegido contra el frío cortante de la mañana? Si el niño caía enfermo, su madre y su abuela se lo reprocharían a él.

Pero Turio no parecía acusar la temperatura. Se mantenía de pie, asiendo con firmeza uno de los adrales, mirando al frente, sin duda esperando ver el mar. Ato sonrió. No era solo respeto lo que sentía por él, sino también afecto. Por descontado, se sentía muy feliz de que sus hijos —cinco en total, tres chicos y dos chicas— fueran niños normales, sin el inquietante privilegio de servir de vehículo a los dioses, pero creía que en la familia del jefe de Tarróbriga tal distinción debía ser apreciada. Lamentaba que Caturó no se mostrara más satisfecho.

De pronto, la brisa le trajo el olor del mar. Turio lo sintió, respiró hondo, declaró que ya estaban cerca. En efecto, poco después llegaron al arenal y Ato hizo detener al buey para que las ruedas del carro no se enterraran. El muchacho se apeó de un brinco sin esperar ayuda y corrió hacia el mar, como siempre hacía nada más llegar a la playa.

Lo recordó de repente: en un día como aquel, Dovidena debía de tener una hoguera encendida en el lugar de siempre. Se volvió en la dirección de la Roca pero no acertaba a ver sus contornos, solo una masa grisácea y difusa que se desdibujaba en la niebla. Ni rastro de la hoguera.

Caminando por la orilla, se dirigió a la Roca. A medida que se iba reduciendo la distancia, empezaba a distinguirla mejor. Ya cerca, abandonó la orilla, corrió primero sobre la arena mojada, después seca, sin aminorar la marcha. Iba a emprender la escalada que lo llevaría hasta el círculo de piedras ennegrecidas por el fuego cuando la vio.

Dovidena se encontraba a unos treinta pasos, empuñando una tea empapada en resina a la que había prendido fuego momentos antes. Más arriba estaban las piedras, rodeando la leña ya dispuesta, que reposaba sobre un lecho de pinas secas y paja. Sin embargo, tardaba en encender la hoguera. Turio pensó que estaría rezando al dios Mar, porque se había vuelto hacia la Roca Sagrada, pero al acercarse comprendió que lloraba.

Dovidena lloraba en silencio, tan mansamente que los sollozos no le sacudían el cuerpo. Lloraba con total abandono. No se enjugaba las lágrimas, dejaba que rodaran libremente. Fue al ver su rostro cuando Turio sintió por vez primera —sin comprenderlo muy bien todavía— lo que era un cansancio mortal, una angustia largamente callada y reprimida, un ansia tan profunda e intensa que solo podía manifestarse a través de aquel llanto mudo.

Avanzó, ahora muy despacio, y se detuvo junto a la mujer. No habló ni le tocó, sino que se limitó a mirarla. Ella llenó el pecho de aire, que liberó suavemente. Caminó hasta la hoguera, clavó la tea en la base y después retrocedió un poco.

Lo que Turio hizo a continuación le pareció muy natural: en el suelo, a sus pies, había quedado olvidado un tronco seco de roble. Lo cogió y fue a arrojarlo al fuego.

Dovidena estaba cerca, pero solo entonces se percató de su presencia. Cuando el muchacho retrocedió dos pasos, como ella había hecho antes, posó la mano levemente sobre su cabeza y le acarició el pelo.

No muy lejos de ahí, un hombre asistía a la escena, quieto y callado, sin ser visto.
Era Antubelo.

Fue a partir de aquel momento cuando Turio conquistó la amistad de ambos.

No llegaron más nuevas del sur. A comienzos del otoño murió Abia, la madre de Caturu. Nadie se sorprendió, dada su edad y estado de salud. Se hicieron los lamentos rituales y el cuerpo fue incinerado fuera de la ciudad, en una pira condigna, mientras las mujeres invocaban a la diosa Nabia, que lleva las almas a navegar por el gran río invisible que fluye hacia el cielo y las conduce hasta la luna, su morada postrera. Las cenizas de Abia se recogieron en una urna de barro y se colocaron ceremoniosamente junto a las de su marido, en la sepultura de la casa en la que dormían Caturu y Pelia. Después, se celebró el banquete fúnebre.

La residencia del jefe de Tarróbriga ostentó las señales de luto, y no solo las señales, sino también los sentimientos. Pelia sentía un gran afecto por su suegra, que le había dado todo su apoyo cuando ella había llegado de Bocuntí siendo poco más que una niña, un mero instrumento de la política y la diplomacia entre las dos ciudades. Para los niños, la abuela era una presencia que brindaba seguridad, una defensa constante contra los castigos paternos, por lo que notaron su ausencia.

El tiempo siguió su curso, jalonado por breves conflictos con los poblados cercanos —una cabra robada, un trigal dañado por los cazadores—, que no alteraron en gran medida el ritmo de vida de los tarrobrigenses.

Poco después de las fiestas de las divinidades de las fuentes, llegó un mensajero del coronero de Brácaro que convocaba a Caturu a una conferencia de jefes. «Convocatoria» era un término tradicional, un vestigio de vínculos que habían sido más fuertes en el pasado. Brácaro reivindicaba cierto predominio sobre las ciudades de los brácaros, pero dicho predominio era esencialmente nominal y el coronero lo sabía de sobra. Cumpliendo sus órdenes, el mensajero se apresuró a desvelar el objetivo de la conferencia, pues ese era el gran argumento con el que esperaba persuadir al jefe de Tarróbriga para que compareciera: se trataba de discutir la posibilidad de organizar una expedición conjunta al sur que apoyase a los jefes lusitanos deseosos de vengar la traición de Servio Sulpicio Galba.

Caturu recibió al enviado con los honores debidos, le ofreció regalos, le preparó un banquete y lo escuchó. Al final, puso una sola condición: nunca estaría presente en una reunión a la que también asistiera el jefe de Etóbriga. Si dicha condición se respetaba, se comprometía a interceder personalmente con su suegro y coronero de Bocuntí, Cadriolo, para conseguir la adhesión de dicha ciudad. Esta exigencia no supuso un obstáculo, pues ya la esperaban. Tarróbriga, con sus minas y su floreciente metalurgia, capaz de fabricar el armamento que faltaba, tenía más importancia para el proyecto que el contingente de guerreros que los etobrigenses pudieran proporcionar.

Así, diez días más tarde, Caturu partió a la cabeza de una hueste lo bastante fuerte para hacer frente a los peligros de la expedición.

En aquella época, la ciudad madre de los brácaros aún no había bajado hasta la

llanura donde habría de ser reconstruida bajo el dominio de Roma, sino que se hallaba atrincherada en lo alto de un monte, detrás de su triple cintura de murallas. Fue en este monte donde convergieron las comitivas de los jefes de Tarróbriga, Bocuntí, Fidóbriga, Cale, Talábriga y muchas más. Durante los primeros cuatro días hubo festejos, banquetes, juegos guerreros, invocaciones y sacrificios a los dioses.

Los sacrificios no dieron presagios especialmente favorables y, cuando se inició la conferencia, dichos presagios se vieron confirmados: los distintos jefes, sentados frente a frente, se miraban con desconfianza, cuando no con abierta hostilidad. Además, no tardó en surgir un importante punto de discordia: ¿debería la expedición, que en la práctica equivaldría a una gran confederación militar, avanzar bajo las órdenes de varios comandantes o de uno solo?

Ambato, el heredero de Bocuntí que había acudido en representación de su padre, demasiado mayor para emprender aquel viaje, declaró al instante que sin un mando único la empresa fracasaría sin remedio, y Caturó apoyó a su cuñado. Esta solución era de un sentido común innegable, pero daba pie a un nuevo conflicto. Puesto que la propuesta había partido de Brácaro, lo natural sería que se le reconociera la primacía. Sin embargo, Fidóbriga temía el poderío de esta ciudad y aspiraba desde hacía mucho a reforzar y aumentar el suyo, por lo que propuso en el acto que fuese el jefe de Cale quien asumiera el mando de las huestes. Pero los de Cale no eran brácaros y estos, unidos por un acuerdo momentáneo, se opusieron en bloque.

No fue posible solucionar el desacuerdo. En realidad, ni Brácaro ni Cale, las dos principales potencias, estaban dispuestas a ceder lo que consideraban ser su derecho a liderar la confederación. Y pronto se hizo evidente que la conferencia, iniciada con un objetivo común, corría ahora el peligro de degenerar en una guerra a medida que los argumentos iban subiendo de tono.

Cansado de un debate no solo estéril sino también peligroso, Caturó, al que los años que llevaba de gobierno habían dado ya alguna experiencia, propuso que todos los jefes volvieran a sus ciudades para dirigir preces a sus respectivos dioses protectores y procurar obtener nuevos presagios, en lo que no era sino un modo de poner término a la reunión y posponer indefinidamente el proyecto sin perder el honor ni herir susceptibilidades.

La propuesta se aceptó, a falta de otra mejor. Los jefes partieron de Brácaro con sus escoltas y no se volvió a hablar de una expedición conjunta.

Mientras tanto, en Lusitania, en las tierras entre el Durius y el Tagus, el deseo de venganza seguía fermentando y se preparaba un ataque contra los romanos.

Durante el viaje de regreso a Tarróbriga, Caturó y los suyos fueron atacados por un bando numeroso y bien armado. No era una hermandad consagrada a ningún dios sino chusma, salteadores, hombres que habían huido de sus poblados por haber asesinado a alguien o saqueado el altar de algún dios, parricidas que habían logrado

escapar a la lapidación, violadores de vírgenes.

La desventaja numérica de los guerreros tarrobrigenses se vio compensada por la bravura y dedicación de su jefe, que los había entrenado infatigablemente. La refriega fue corta, los atacantes no tardaron en batirse en retirada dejando once muertos en el campo de batalla, pero los hombres de Caturu les dieron persecución y les causaron cinco bajas más. Lo mejor de todo: en la orilla del bosque del que habían salido, los de Tarróbriga dieron con el producto de los saqueos realizados por la banda en los últimos tiempos.

Así fue como, al llegar a casa, Caturu pudo ofrecer a su esposa un collar de cuentas de oro y vidrio de colores, fabricado sin duda en Cartago. En su parte del botín había también una espada con incrustaciones de plata que ofreció a Turaino. Para Turio reservó un puñal honorífico cuya hoja estaba decorada con símbolos sagrados.

Aquel era el primer regalo que hacía a su hijo más joven. A medida que se acercaba el séptimo aniversario de Turio, se operaba en él un cambio, no espectacular pero sí apreciable. Ya no vivía tan ensimismado, se había vuelto más espontáneo y hablador. También se movía más: se había convertido en un corredor eximio, hasta el punto de que a menudo ganaba las pruebas destinadas a los muchachos de su edad. Además, había empezado a aprender el manejo de la honda. La fuerza de los brazos no lo es todo, se decía Caturu. Al final, quizá tuviera ante sí a un combatiente. Cuando menos, se había convertido en un chico cuyo comportamiento ya no lo intrigaba ni perturbaba.

Pero, en esto, Caturu estaba equivocado.

Uno de los primeros días de aquel invierno, la ciudad se vio sacudida por un suceso grave, la muerte de un joven guerrero. La gravedad residía en el hecho de que, según todos los indicios, había sido asesinado.

Dos hombres que habían ido a Lanutai de madrugada volvieron hacia mediodía cargando el cuerpo sin vida de Tancino, hijo de Apino, que —según relataría la familia más tarde— se había ausentado la víspera para cazar. Lo hallaron en el bosque, cubierto de sangre, con la nuca destrozada. Ningún animal podía haber provocado aquella herida. Había sido un ataque, y un ataque cobarde, por la espalda. Catueno, uno de los que lo transportaban, afirmó que ya estaba muerto cuando se habían acercado al cuerpo.

El padre, un notable de la ciudad cuya familia había dado a Tarróbriga varios jefes a lo largo de seis generaciones, juró que no descansaría hasta vengar su muerte y apeló públicamente a Caturu.

En primer lugar se interrogó a centinelas y vigías, después a todos los habitantes de la ciudad, y luego a las gentes de Lanutai, Nabi y Argibai. Los huesos divinatorios, lanzados repetidas veces, nada revelaron. Alguien recordó entonces que, el año anterior, Tancino había tenido una desavenencia con un hombre de Bocuntí, y las acusaciones no tardaron en dirigirse hacia este, en buena medida porque era más fácil

—y tranquilizador— aceptar la idea de un asesino ajeno a la ciudad.

Caturo no creía en esa posibilidad, pues el joven había sido hallado en las lindes del bosque que separaba las tierras cultivadas de Tarróbriga y Lanutai —es decir, al norte de la ciudad— y Bocuntí se encontraba en el lado sur. Pero el hecho de ser yerno del coronero de dicha ciudad lo situaba en una posición delicada, así que se dirigió personalmente a Bocuntí, a la cabeza de una delegación del Consejo de los Ancianos y acompañado por Apino. El viejo Cadriolo frunció el ceño con severidad al oír las sospechas que pesaban sobre los suyos. Sin embargo, prometió hacer todas las indagaciones posibles y comunicarle el resultado en el plazo de diez días.

Cumplió su promesa. Transcurrido ese tiempo, tres Ancianos de Bocuntí fueron los encargados de llevar la respuesta: el hombre con el que Tancino se había enemistado había muerto a principios de aquel mismo año, y ningún otro hombre de la ciudad o de los poblados que de ella dependían había entrado recientemente en territorio de Tarróbriga. Los Ancianos añadieron que, además de proceder a los interrogatorios, Cadriolo había lanzado también los huesos divinatorios, arte que dominaba con maestría. Y, para alejar cualquier sombra de duda, el coronero estaba dispuesto, si así lo deseaba Tarróbriga, a hacer en nombre de su ciudad el juramento más solemne y sagrado, ante los dioses, los ancestros y los espíritus del agua, el aire, la tierra y el fuego. Un juramento que, de ser falso, atraería sobre Bocuntí un terrible castigo colectivo.

Mientras tanto, se realizó el funeral de Tancino. Se decía que, desde ese día, su madre no había abandonado la residencia familiar, ni tan siquiera la casa donde se habían sepultado las cenizas del joven, y se negaba a ingerir alimento alguno hasta que se encontrara y castigara al asesino de su hijo.

La respuesta de Bocuntí había convencido a los tarrobrigenses, pero no los había tranquilizado. Inevitablemente, se empezó a hablar de Etóbriga, el enemigo tradicional, siempre dispuesto a robarles el pescado y el ganado. También en este caso, Caturo se mostraba escéptico, ya que no veía utilidad alguna para los etobrigenses en aquel homicidio furtivo. Pero la idea de una guerra con Etóbriga no le desagradaba. Muy al contrario, la haría con mucho gusto ante el menor pretexto.

Sin embargo, debía hallar ese pretexto y honrar los usos y costumbres establecidos, así que decidió enviar una embajada a Etóbriga para exigir que el jefe de dicha ciudad inquiriera sobre aquel o aquellos que pudieran haber matado a un hombre de Tarróbriga sin provocación previa, a traición y en territorio tarrobrigense. La reacción a una exigencia de tal naturaleza no podía sino ser hostil, y muy probablemente insultante.

La certeza de que se avecinaba una guerra era tan sólida que la preparación de la embajada obedeció al ritual que señalaba el inicio de una acción militar. Rodeado de su familia, los notables y los Ancianos, Caturo se dirigió en solemne procesión al santuario de Bandúa tarrobrigense, y una vez allí, ante la Piedra Sagrada —los brácaros, al igual que todos los pueblos del Noroeste, no fabricaban imágenes de sus

dioses—, sacrificó un macho cabrío, tras lo cual procedió al obligado lanzamiento de los huesos divinatorios.

La respuesta se reveló inesperadamente ambigua. Y fue entonces cuando Turio sorprendió a todos los presentes.

El muchacho se encontraba junto a su madre y su hermano, a dos pasos del venerable Tiomace. Caturó no había hablado aún, e intentaba comprender mejor la posición de los huesos cuando de pronto, contraviniendo todas las reglas ceremoniales, su hijo se acercó al altar y exclamó:

—¡No! ¡Aún no es tiempo de guerra!

Era la misma voz profunda, cavernosa, que Pelia había oído antes.

Caturó se volvió hacia él sin salir de su asombro. Vio el rostro transfigurado del hijo, los ojos negros chispeantes, la boca entreabierta. Oyó el sonido ronco, áspero, la respiración jadeante.

—¡No! —repitió Turio. Y entonces se estremeció, y la luz sobrenatural de su mirada se veló. Volvía a ser un niño, pero algo permanecía en él de la intervención de la divinidad. Asió con fuerza los brazos de Caturó, que incluso después de la ablución ritual mostraban vestigios de la sangre del animal sacrificado.

—¡Padre! —exclamó, y volvía a ser un niño el que hablaba—. ¡Padre, no envíes esos hombres a Etóbriga! —Y señaló a los guerreros ya designados para la embajada.

Caturó lo apartó e hizo una señal a Pelia, que fue a buscarlo. Pero la ceremonia había quedado irreparablemente subvertida. Todos los presentes habían oído sus palabras. Los sacerdotes hacían la señal de protección destinada a aplacar a los dioses irritados, los Ancianos murmuraban entre sí. Uno de ellos se adelantó y comunicó al jefe que el Consejo se reuniría justo después de la comida del mediodía.

Poco después, una vez realizada la invocación final al dios, Caturó se dirigió al hogar en compañía de Ato. La multitud se había dispersado, y Pelia ya estaba en casa con los hijos de ambos. Las calles estaban casi desiertas y en aquel momento los dos hombres cruzaban la zona de la ciudad donde vivían y trabajaban los orfebres, y donde siempre flotaba un vago olor a azufre, fruto de las operaciones de separación del oro.

—Creía que había cambiado —rezongó Caturó.

—Y así ha sido —repuso Ato—. Pero los dioses no se han retirado de él, y debes estarles agradecido por eso. Todos debemos estarlo.

Caturó respiró hondo, masculló algo entre dientes y añadió:

—No sé, Ato. No sé si este hijo mío es una bendición o una maldición para mí y toda mi familia.

—No caigas en el sacrilegio, mi señor. Sin duda es una bendición.

Siguieron caminando en silencio. De pronto, Ato dijo:

—Cuando la divinidad no se manifiesta, Turio es un niño como cualquier otro.

—No. ¡De sobra sabes que no es así!

Ato insistió:

—Claro que no hay dos niños iguales, del mismo modo que no hay dos hombres idénticos, eso es cierto. Pero tú mismo has visto cómo se comporta últimamente. Caturó no contestó.

El Consejo de los Ancianos decidió que, en vista de lo sucedido poco antes con Turio, hijo de Caturó, se hacía imprescindible escuchar aquella voz que usaba el cuerpo del niño como instrumento. Por eso, declaró que no era aconsejable emprender una guerra con Etóbriga y recomendó que no se enviara la embajada. El Consejo aprobó asimismo el pago de una reparación a Apino por la muerte de su hijo en forma de ganado, víveres y objetos de oro, y dirigió una súplica a los dioses para que maldijeran a su asesino.

Posiblemente era la única solución sensata, pero no satisfizo a nadie, y menos al propio Apino. Caturó adivinó el rencor latente en la ciudad y lamentó no haber hecho callar a Turio con un sopapo. Ahora se sentía obligado a cumplir las recomendaciones y decisiones de los Ancianos, y nada podía hacer sin empeorar la situación. Además sabía que, aunque nadie podía considerarle responsable del rumbo que habían tomado los acontecimientos, los descontentos acabarían convirtiéndolo en la diana de sus censuras.

El vacilante afecto que había empezado a sentir por Turio se transformó en una hostilidad sorda. El muchacho lo sintió, como un perfume venenoso, en el propio aire que respiraba en casa. No tardó en sentirlo también físicamente, al cometer una pequeña travesura de aquellas que, en otras circunstancias —y si él hubiese sido un niño distinto— habrían hecho reír a su padre. La bofetada que Caturó no le había dado en el templo vino entonces con redoblada fuerza, arrojándolo contra una pared.

Turio no lloró, no abrió la boca. Sencillamente desapareció.

La madre recorrió toda la ciudad. El padre ordenó con gesto sombrío que lo buscaran mientras Turaino, que nunca lloraba, rompía en un llanto desesperado.

Esto ocurrió por la mañana. Al caer la noche, Antubelo lo trajo de vuelta; lo había encontrado vagando por la playa. Había recorrido a pie todo el camino entre la ciudad y el mar, y parecía a punto de desfallecer de agotamiento. Cuando Antubelo lo había cogido, Turio le había rodeado el cuello con los brazos y le había pedido que lo llevara a la cabaña de madera. Allí, ambos habían conversado largamente, pero Antubelo nada reveló sobre dicha conversación. Entregó el muchacho a su madre y se retiró.

Pelia, que ya había tenido un amargo intercambio de impresiones con su marido, tomó al niño en sus brazos, vio que ardía de fiebre, lo obligó a beber una poción y lo acostó.

—Ahora duerme —le dijo en voz baja—, y no pienses más en lo ocurrido. Tu padre no quería hacerte daño, pero anda cansado y preocupado, y por eso se irrita con facilidad. Debes tratar de comprenderlo.

Turio, que no había abierto la boca desde que había llegado a casa, murmuró entonces:

—Él no lo sabe, pero no ha sido a mí a quien ha golpeado.

II

EL CENTENO SAGRADO



El año nuevo empezó poco después. Exceptuando las sempiternas rencillas entre pueblos, no había en toda la vasta península señales que anunciaran grandes conflictos. En Lusitania, se demoraba la unión de clanes que haría posible una venganza contra los romanos. Estos, sorprendentemente, se mantenían tranquilos en las tierras ya conquistadas, sin intentar extender sus dominios, quizá porque los ejércitos de Roma estuvieran demasiado ocupados en otros parajes: por entonces luchaban en Macedonia, intentaban aplastar los focos de revuelta en las ciudades griegas y, sobre todo, emprendían una nueva guerra contra Cartago, la tercera y más encarnizada de todas, que habría de decidir el destino del mundo occidental.

En Tarróbriga, Turio completó los siete años de edad. El cambio del que su padre dudaba, pese a los argumentos de Ato, resultaba ahora claramente visible. Antes incluso de que alguien intentase imponérselo, quiso montar a caballo, y no solo aprendió muy deprisa sino que demostró tener un talento especial para tratar con los animales, con todos los animales, de hecho. Y ya no necesitaba la protección de Turaino; en una lucha cuerpo a cuerpo, su agilidad era su mejor arma y sabía usarla. La honda no tenía secretos para él y había empezado a entrenarse con la pequeña espada que el hermano le había cedido.

Ya no eran inseparables. No porque hubiera disminuido el afecto entre ambos, sino sencillamente porque Turaino —que a sus once años seguía honrando la promesa de convertirse en un guerrero temible, o por lo menos muy respetable— se sentía liberado de la misión de tutela que había asumido, y cada uno de ellos tenía ahora su propio círculo de amigos. Los del mayor eran todos chicos de su edad, mientras que los amigos de Turio incluían todavía (su única excentricidad aparente, durante ese período) algunos adultos, sobre todo Antubelo y Dovidena.

Su fascinación por el mar parecía haberse desvanecido. Ya no lo contemplaba, encaramado al muro de la residencia familiar o en lo alto de la muralla. Pero la gran extensión de arena, las rocas, el aire cargado de perfumes marinos representaban aún la libertad para él, y además era el lugar donde más fácilmente podía encontrarse con sus dos amigos.

Fue durante uno de esos encuentros, en aquella ocasión solo con Antubelo, que Turio miró intrigado lo que este sujetaba entre las manos y preguntó:

—¿Qué es eso?

Ato, al que Turio también contaba entre sus amigos, lideraba aquel día la pequeña hueste que protegía la recogida del marisco y se había ofrecido para llevarlo hasta la playa. Al llegar, Turio había avistado a Antubelo, que estaba sentado a la entrada de su choza de madera, ocupado en una extraña operación: tenía en la mano izquierda una tablilla recubierta de cera en la que dibujaba trazos y líneas curvas con la ayuda de un instrumento metálico aguzado. Eran los objetos que había traído consigo de las

tierras del sur y que los miembros de su familia ya habían observado con asombro, pero Turio aún no los había visto.

—¿Qué es eso? ¿Qué estás haciendo? —insistió.

—Estoy... —Antubelo dudó, buscando la mejor forma de explicarlo, pues su lengua no poseía un término adecuado.

Al final, optó por contestar que era un modo de grabar, en la cera o la piedra, los pensamientos, o mejor dicho, las palabras que servían para transmitirlos.

—A esto, los romanos lo llaman «escribir» —añadió—. Por ejemplo, voy a escribir aquí tu nombre, Turio...

—¡No! —gritó el muchacho, presa del pánico, asiéndole el brazo con fuerza.

—¿Por qué no?

Turio lo miraba con miedo. Después de frenar su brazo, retrocedió unos pasos, como si temiera su proximidad.

—Eso es sujetar las palabras. Es magia. Nunca me habías dicho que sabías hacer magia. Si pones ahí mi nombre, me quedará atrapado.

Antubelo soltó una carcajada. No, no era magia, replicó, al tiempo que se preguntaba —la enseñanza no era su fuerte— si sería capaz de hacer entender al muchacho qué eran las letras y cómo funcionaba la escritura. Quizá fuera una clase de magia, realmente, pero una magia buena que no aprisionaba a nadie, ni tan siquiera a las palabras, sino que las salvaba del olvido. ¿No le gustaría a él dejar un día escrito en una piedra «Turio, hijo de Caturu, agradece la victoria que le ha sido concedida por Bandúa tarrobrigense sobre sus enemigos»?

—Y los romanos no son los únicos que poseen escritura —prosiguió, cerrando el díptico y dejando a un lado el estilo de bronce—. Los griegos también la tienen, y las gentes del sur, las que viven entre los ríos Anas y Tagus, y alrededor del Promontorio Sagrado... pero esas escrituras no las entiendo yo, porque son distintas.

Mientras hablaba, Antubelo acariciaba distraídamente la superficie del díptico. Había en su rostro una especie de nostalgia, una añoranza oculta que, al percatarse de la penetrante mirada de Turio, se apresuró a disimular:

—Una de las cosas útiles que podemos hacer con la escritura —apuntó con entusiasmo— es grabar los himnos que cantamos a los dioses o los poemas y canciones de los poetas, para que nadie los olvide. Yo quise hacerlo con los poemas de nuestro amigo Ato, pero son muy largos, y solo tengo estas dos tablillas. No he podido traer conmigo una sola hoja de papiro...

—¿Papiro?

—Hojas en las que se puede escribir —contestó Antubelo—. No las tengo. Él podría recitarme los poemas en varias partes, que yo escribiría aquí y después podría grabar en piedra. Ya se lo he comentado, pero ha rechazado la idea.

A lo mejor, observó Turio, eso se debía a que Ato también temía aquella forma de magia. En el rostro de Antubelo se dibujó una expresión divertida:

—No lo creo. Lo que dijo es que la memoria le bastaba, y que un poema no se

compone solo de palabras, que también están la música y la voz, que forman parte de él. Y dijo incluso que si otras personas aprendieran las palabras exactas de sus poemas, alguien podría repetirlos con mala entonación y peor música, lo que ofendería a los dioses y a él mismo.

Justo entonces se acercó Ato con algunos de sus compañeros.

—¡He terminado! —declaró alegremente—. Turio, Antubelo, he terminado mi nuevo poema. ¡Ya está listo, aquí dentro! —añadió, señalando su propia cabeza. Después, volviéndose hacia uno de sus hombres, que llevaba consigo una flauta, añadió—: Le he enseñado la música. Ahora voy a intentar cantarlo entero por primera vez. Si queréis oírlo, lo haré aquí mismo.

Los presentes aceptaron la oferta, y no solo por quedar bien. Ato poseía una hermosa voz y, por lo general, sus poemas eran buenos, sobre todo los que cantaban hechos de armas. Así que se instalaron lo más cómodamente posible alrededor de la cabaña de Antubelo. Alguien ofreció a Ato un odre de cerveza, y este bebió un trago largo. Luego respiró hondo y empezó:

*Escuchad, dioses y diosas que vivís eternamente;
y vosotros, espíritus que habitáis duras rocas, verdes árboles,
las aguas de los ríos y las fuentes.
Escuchadme también, hombres mortales...*

La voz, que en un primer momento sonaba como un lento hilo de agua que fluye por un surco abierto por el arado, creció gradualmente en volumen y poderío, ganó ritmo, envolviendo a los oyentes en un largo abrazo.

Ato contaba la historia de un héroe rebosante de ingenio, invencible en el campo de batalla, un rey admirable que gobernaba su pueblo con una sabiduría inspirada por los dioses. Ese rey tocado por la fiebre de la aventura, deseoso de conquistar más fama para su nombre, se había unido a muchos otros guerreros ilustres para hacer la guerra a una ciudad poderosa. En cierta ocasión, el jefe de dicha ciudad había pedido cobijo al coronero de otro pueblo, su vecino más ilustre, y había violado las sagradas leyes de la hospitalidad al raptar a la bellísima esposa de su anfitrión, cuyo espléndido cuerpo deseaba. Tan grave ofensa eximiría incluso a su propio pueblo del deber de lealtad, pues ¿qué no podría hacer semejante jefe contra sus nobles y las mujeres de estos si no respetaba siquiera a las esposas de los jefes aliados? Sin embargo, inspirado sin duda por un dios destructor, ese pueblo se había mantenido fiel y se había atrincherado en la ciudad, desafiando las leyes divinas y humanas. Contra él y su infame gobernante marcharon los mejores guerreros del país. La guerra fue dura, y tan sangrienta que todos los ríos se tiñeron de rojo...

Sentado al lado de Antubelo, Turio estaba fascinado, atrapado por el poema. En un momento dado, volviendo el rostro hacia el lado derecho para espantar una mosca, vio que su amigo escuchaba con total atención, pero también con una extraña sonrisa,

un rictus divertido que no acertó a comprender.

Ato proseguía: diez años había durado aquella guerra, diez largos años. En ella combatían ya los guerreros que en sus inicios no eran más que niños. Hasta que un día el héroe magnífico, en un alarde de astucia, había ordenado que los suyos fabricaran un gran jabalí de madera en cuyo interior cabían dos hombres, armados solamente con puñales, y lo había dejado ante la puerta principal de la ciudad. Los defensores lo encontraron a la mañana siguiente y creyeron que se trataba de una dádiva de Bandúa, el fuerte en la victoria, en señal de su apoyo, por lo que se apresuraron a transportarlo al otro lado de los muros. El poeta narró entonces cómo los guerreros, ocultos dentro del jabalí, habían esperado hasta la noche siguiente para salir de su escondrijo, matar a los guardias de la puerta y abrirla a sus compañeros, y se recreó con deleite en la descripción de la caída de la ciudad. Pero, mientras la victoria sonreía al héroe en el campo de batalla, el pueblo del que era el jefe amado gemía bajo el yugo de ávidos señores que lo maltrataban y que, convencidos de la muerte del rey tras una ausencia tan larga, se disputaban a su esposa...

Ahora, Antubelo reía bajito, y el sonido desvió por momentos la atención de Turio. ¿Qué ocurría, a qué venía tanta chanza?

... y entonces, cantaba Ato, aquella mujer virtuosa había declarado que solo tomaría un nuevo esposo cuando terminara de tejer el manto nupcial...

Antubelo se inclinó hacia Turio y le susurró al oído:

—Pero cada noche deshacía el trabajo hecho durante el día.

Turio lo miró con asombro. Y Ato cantó:

*Miradla, noche oscura, deshaciendo
la labor hecha cuando la luz del sol brillaba...*

¿Cómo podía Antubelo conocer aquella historia que Ato acababa de componer? La cuestión era tan intrigante que Turio dejó de prestar atención al poema, aunque comprendió por el tono de voz que Ato estaba llegando al final. Y, en efecto, poco después el héroe emprendía el regreso al frente de sus hombres, hábilmente disfrazados todos ellos, y mataba a los pretendientes que aplastaban a su pueblo y codiciaban a su mujer. Ato concluía invocando a las divinidades que protegen el hogar y la familia.

Los aplausos aún resonaban cuando Turio interpeló a Antubelo:

—¿Cómo lo has sabido? ¿Cómo lo has adivinado?

Por toda respuesta, Antubelo miraba a Ato, que le sonreía.

—¿Qué opinas? Claro que, además de componer versos nuevos, he mejorado un poco la historia, que buena falta le hacía.

Antubelo asintió lentamente.

—Ya me he dado cuenta. Es... un hermoso poema. Pero, por favor, no lo cantes cuando Dovidena esté presente.

Ato se encogió de hombros, complacido. La recogida del marisco había concluido. Se alejó con los demás hombres para ayudar a llenar el carro con las vasijas repletas. Por unos instantes, Turio se quedó a solas con Antubelo.

—No entiendo nada.

El otro se rio con ganas.

—Cuando vivía en Gadir —explicó—, conocí a un marinero griego que me leyó (¿ves para qué sirve la escritura?) un poema célebre entre los griegos, compuesto hace muchos, muchos años por un ciego. Se llama la *Ilíada*. Y antes de eso, cuando todavía estaba en Myrtilis, leí otro poema, la *Odisea*, que es del mismo autor y que ha sido traducido a la lengua romana. Esos dos poemas cuentan... en fin, más o menos... lo que acabamos de oír. Hablé de ellos a nuestro amigo Ato, que reunió las dos historias y las mejoró un poco, como él dice. En fin, podría ser mucho peor. No es mal poeta, no del todo.

Guardó silencio unos instantes y luego añadió:

—Si nadie hubiese puesto por escrito lo que compuso ese poeta ciego, es muy posible que ambas historias se hubiesen perdido. Como te decía...

Pero Turio ya no pensaba en la escritura. Tenía otras preguntas que hacerle:

—Y Dovidena, ¿dónde está? ¿Por qué no puede oír este poema?

—No sé donde está —contestó Antubelo—, hoy aún no ha venido a la playa. Yo no he dicho que no puede oír el poema, sino que le he pedido a Ato que no lo cante en su presencia porque creo que se pondría triste.

La respuesta solo podía tener un resultado. Turio preguntó al instante por qué. Pero Antubelo meneó la cabeza en señal de negación y no le dio réplica, de modo que el muchacho intentó sonsacárselo de otro modo:

—Apuesto a que tiene algo que ver con las hogueras. Antubelo, ¿por qué enciende esas hogueras?

Era evidente que estaba pisando terreno resbaladizo. Antubelo se levantó, dispuesto a poner fin a la conversación.

—Esa pregunta debes hacérsela a ella.

—Ya se la he hecho, por supuesto que se la he hecho —replicó Turio—, pero no me ha contestado, no ha dicho nada.

—En tal caso, comprenderás que yo no puedo contestarte. Tampoco le cuento tus secretos a nadie.

Empezó a alejarse, pero el muchacho aún no había terminado:

—Antubelo —dijo hablándole a su espalda—, ¿por qué no te casas con Dovidena? Siempre anda sola y triste. Si fuese un poco mayor, yo mismo me casaría con ella.

Antubelo no tuvo más remedio que volver sobre sus pasos. Se sentó de nuevo, acarició el pelo negro del muchacho.

—A eso sí puedo contestarte, porque el secreto es mío y espero que lo guardes. Le propuse matrimonio y se enfadó conmigo, me costó mucho trabajo hacer las paces

con ella. Pero —añadió con un brillo risueño en la mirada— siempre puedes tentar a la suerte: propónselo tú, puede que acepte...

A cierta distancia de ahí, Ato lo llamaba. Había llegado el momento de volver a Tarróbriga.

Aquellos días, Turio entabló una nueva amistad.

Con ocasión de la fiesta del plenilunio, los tarrobrigenses organizaban juegos marciales y pruebas de destreza para hombres y mujeres, y también para niños a partir de los siete años. Era, pues, la primera vez que Turio participaba en ellos. Aconsejado por Turaino, pidió a su padre que lo incluyera en la prueba de tiro con honda y en la carrera de velocidad. Su hermano insistía en que también podría participar honrosamente en las pruebas de lucha, siempre que sacara partido de su agilidad y aplicara aquellos golpes que él le había enseñado, pero Turio se negó. Era un rasgo de su carácter que empezaba a desarrollarse: luchaba bien siempre que lo desafiaban o amenazaban, pero lo hacía sin entusiasmo, sin la devoción que Turaino ponía en tales actividades.

Caturo, poco interesado en las proezas físicas de su hijo más joven, se limitó a conceder la autorización que Turio le había pedido. En la prueba de tiro con honda quedó el tercero entre los cinco primeros, lo que era aceptable. De hecho, él mismo no esperaba más. En compensación, se preparó con mayor esmero para la carrera. Esta tenía lugar en la llanura, al final de la tarde, pero desde mediodía Turio se abstuvo de probar ningún alimento sólido. Solo bebió agua y una infusión fortificante que su madre le preparó según una receta que la abuela le había enseñado.

Solemne y callado pese a los comentarios jocosos que oía murmurar a su alrededor —era difícil mantener a los muchachos tranquilos—, asistió a las preces al viento Norte, que en Tarróbriga trae el buen tiempo y en honor al cual corrían los más jóvenes. Sin embargo, hasta que se colocó en la línea de partida, no se concentró verdaderamente en la prueba. Entonces, momentos antes del inicio, el chico que estaba a su izquierda le tocó levemente el brazo. Volvió la cabeza para mirarlo: tenía el pelo cobrizo, ojos claros, una boca que parecía siempre dispuesta a la sonrisa.

—¿Eres Turio, hijo de Caturo, nuestro jefe? —preguntó.

Sin pensar, el interpelado contestó:

—No. Hoy soy Turio, hijo de los dioses que nos hicieron a todos nosotros.

(¿De dónde habría sacado aquellas palabras?).

No pudieron seguir hablando: en ese momento, Tiomace dio la señal de partida.

Aquella respuesta que había dado, que le había surgido, inesperada, como venida del Más Allá, operó en él una transformación, una suerte de superación de sí mismo.

Corría sin esfuerzo y sin pensamientos, no sentía siquiera el golpear de los pies en el suelo, no oía los gritos de ánimo ni las aclamaciones, sino solo un fuerte zumbido que le llenaba la cabeza. Ante sus ojos danzaban, se arremolinaban, puntos de luz que

de pronto se juntaron para formar la silueta de un hombre empuñando una espada. La visión fue momentánea, y la figura se desvaneció enseguida. Siguió corriendo hasta que, súbitamente, oyó el ruido ensordecedor de la multitud, que lo aturdió. Le faltó el aire, tuvo que abrir la boca para tragarlo con ansia. Ahora estaba parado y le daban palmadas en los hombros y la espalda. Comprendió entonces que había sido el primero en cruzar la meta.

El cansancio era tan grande, y el calor de su cuerpo tan intenso, que empezó a perder el conocimiento, pero alguien lo roció con agua fresca, lo que lo animó al instante. Ante sí, sonriendo, sujetando entre las dos manos una escudilla de barro repleta de agua, había una chica de su edad.

Era Andaitía, hija de Dovilo. Y así se hicieron amigos.

Ambos habían olvidado el pequeño percance del lanzamiento de piedras. Desde aquel día, dos años atrás, en el que Turaino había anunciado en broma que Turio y Andaitía se casarían, apenas se habían visto y en ningún momento se habían dirigido la palabra. Sin embargo, a partir de aquel momento, al final de la carrera, se hicieron casi inseparables. A ello no sería del todo ajeno el hecho de que la familia de Andaitía veía con buenos ojos aquella amistad. Quizá no les importara el hecho de que Turio fuera hijo del jefe, ya que el poder no era hereditario, pero pertenecía a la familia más ilustre de la ciudad, y eso sí contaba. Además, todo parecía indicar que se convertiría en el primer augur de Tarróbriga, lo que, en cierto modo, compensaba el fallo de no ser el primogénito. Finalmente, con vistas a los hijos —las hijas, sobre todo— que la muchacha llegara a tener algún día, sería bueno, aunque no esencial, casarla con un hombre apuesto. Pues bien, a sus siete años, Turio encerraba una gran promesa de belleza. Sus rasgos se mantenían quizá delicados en exceso, pero al fin y al cabo aún era un niño. Llegado el momento, harían una hermosa pareja.

Naturalmente, los dos jóvenes ignoraban por completo estos complejos razonamientos.

Turio y Andaitía estaban en lo alto de la muralla. Era un lugar prohibido a los niños, pero los centinelas solían hacer la vista gorda cuando uno de esos niños era el hijo del jefe, y más tratándose de aquel hijo en concreto.

En realidad, los guerreros preferían a Turaino, que conversaba con ellos y con el que se sentían cómodos. El más joven, por el contrario, les producía un temor que no osaban confesar. Nunca se sabía, podía darle por echar un mal de ojo a quien osara contrariarlo. De hecho, eran sus ojos negros, ojos de muchacha en el rostro de un chico, lo que más los impresionaba. Ojos peligrosos que despertaban extraños sentimientos, ojos de quien ve cosas ocultas a los mortales.

Hacía un día despejado, limpio de niebla. Por el lado norte de la muralla, donde se encontraban Turio y Andaitía, se avistaba perfectamente la vasta llanura, mucho más allá de Lanutai, hasta la desembocadura del Limia, ese río misterioso acerca del cual ambos habían oído vagas leyendas. Se decía que Nabia lo guardaba con celo y que era peligroso cruzarlo.

Andaitía recordó esas leyendas al muchacho, que comentó:

—Puede que sea peligroso, pero no es imposible. Los de Etóbriga viven al otro lado y lo cruzan para venir a atacarnos...

Al decir esto, Turio señalaba con el dedo el lejano promontorio sobre el que se erguía Etóbriga, junto a la desembocadura del Limia. Desde aquella distancia, las murallas y las casas de la ciudad enemiga se reducían a una mancha imprecisa.

—Y además —prosiguió—, si mi padre hubiese enviado a nuestros hombres por la muerte de aquel guerrero, habrían tenido que cruzarlo...

—Y entonces, ¿por qué dicen esas cosas?

Turio se encogió de hombros.

—No lo sé, pero lo averiguaré. Lo preguntaré... ¿qué es esto? —añadió, frunciendo el ceño.

Andaitía contestó:

—¿No lo sabes? Hablabas de la muerte de ese guerrero, Tancino, hijo de Apino. Pues su madre ha muerto esta madrugada. «Esto» son las plañideras.

Hasta ese momento, los lamentos rituales por la mujer de Apino no habían pasado de una letanía sorda cuyo sonido había permanecido prisionero de las paredes de la casa en la que tenía lugar la vigilia fúnebre. Ahora, por algún motivo, las voces subían de tono, estallaban en gritos desenfundados.

Los dos amigos se volvieron hacia la cara interna de la muralla. Desde ahí alcanzaban a ver la residencia de la familia de Apino, cuyo patio estaba repleto de gente. De pronto, se abrió la puerta de una de las casas, posiblemente aquella en la que el cuerpo de la difunta recibía el homenaje de los lamentos, y de su interior salió un hombre fácilmente identificable por su estatura y porte: era el propio Apino.

Intercambió algunas palabras desabridas con quienes lo rodeaban, después empujó a quien le cerraba el paso, se dirigió a la verja del muro que cercaba la residencia, la abrió con gesto violento y salió. Detrás de él salieron también cuantos se hallaban en el patio.

—Se van a la puerta grande —observó Turio—. ¡Ven conmigo!

Andaitía lo miró de hito en hito, sorprendida por aquella inusitada curiosidad.

—¿Por qué? —Y después, fijándose mejor en él—: ¿Qué te pasa?

Turio había empalidecido, presa de gran agitación, y tenía la frente perlada de sudor.

—No lo sé. Tengo que ir a ver qué pasa.

El camino más rápido era la propia cintura defensiva. Corrieron por ella, arriesgándose a tropezar con las piedras que formaban un sendero irregular, y llegaron a la puerta grande poco antes que Apino, que mientras cruzaba la ciudad se había visto obligado a detenerse al encontrarse con conocidos que le preguntaban el motivo de aquel cortejo. Se había negado a dar explicaciones —estaba demasiado trastornado para hacerlo— pero, aun así, había perdido algo de tiempo esquivando a los inoportunos.

Llegado a la puerta grande, Apino se detuvo y se volvió hacia la estatua de Turón el Fundador. A su lado se apostaron sus tres hijos, dos de sus hermanos y, un poco más alejados, los parientes y amigos que lo habían acompañado hasta ahí, engrosados por una pequeña multitud de curiosos.

Con su potente voz de mando, Apino se dirigió al Fundador en una larga y apasionada arenga. Sin duda, decía, Turón había recibido en el Más Allá a su hijo Tancino, luz de sus ojos, alegría de sus días, al que había matado, había asesinado vilmente un cobarde que no había osado luchar con un guerrero tan joven y ardiente. Ese criminal seguía impune, riéndose de los dioses y también de los hombres que no se preocupaban por hacer justicia...

Había en estas últimas palabras un claro reproche al jefe de la ciudad, que era el juez supremo del pueblo. Si bien de modo indirecto, la arenga se había vuelto política.

Apino proseguía: nadie se había molestado en aplacar su dolor de padre o procurarle el instrumento con el que poder lavar la afrenta a la que había sido sometida su sangre, sangre de una familia ilustre entre las más ilustres, que acababa de sufrir una nueva pérdida: aquella mañana, al rayar el alba, Maela, su amada esposa, que la muerte de Tancino había transformado en una sombra silenciosa, vencida por la pena, había entregado su alma a los dioses. Su muerte era, pues, el fruto ponzoñoso de la primera y él, Apino, renovaba el juramento ya prestado de no conocer reposo ni placer mientras no viera el asesino a sus pies. Y, perdida la fe en los vivos, suplicaba a Turón que se lo señalara. Turón, padre de Tarróbriga, el guerrero invencible. Solo Turón, el antepasado común, podía valerle, ya que no le quedaba descendencia directa...

Los presentes contuvieron la respiración. Adivinaban que las palabras siguientes habrían de contener un insulto irreparable a Caturo, cuya familia representaba, justamente, el linaje directo del Fundador. Pero en ese momento sonó un toque de corneta que anunciaba al gobernante de la ciudad, y la multitud se apresuró a abrir paso ante las insignias de Tarróbriga de los Brácaros que portaban dos guerreros. Caturo venía justo detrás.

Se había enterado de la muerte de Maela y esperaba que Apino reaccionara de aquel modo. Cuando uno de sus consejeros dio la voz de alarma, ya estaba listo para salir. Comprendía que, si no intervenía al instante, se abriría una crisis cuya única salida sería un conflicto sangriento.

Su llegada provocó cierta confusión, que Turio aprovechó para bajar de la muralla y mezclarse con la gente que llenaba la calle y bloqueaba la puerta grande. Andaitía lo siguió, pero lo cogió del hombro y exclamó:

—¿Adónde vas?

Turio meneó la cabeza sin contestar. Tenía un nudo en la garganta, sentía un profundo malestar. Una ráfaga de aire caliente le golpeó la cara, transportando un olor repulsivo que lo aturdió. Pese a ello, se fue abriendo paso entre la multitud, demasiado distraída por los acontecimientos para reparar en los dos jóvenes. Empujando aquí y allá, deslizándose entre los cuerpos, gateando, se fueron abriendo paso.

Turio vio a su padre, ladeado por las insignias, rodeado por consejeros, notables y algunos de los Ancianos, que habían gravitado naturalmente hacia el campo de su gobernante. Frente a todos ellos se erguían Apino, los hijos de este y algunos de sus hombres de confianza, entre los que se hallaba Catueno, uno de los que habían encontrado a Tancino y transportado su cuerpo sin vida hasta la ciudad.

Caturo hablaba: ¿qué hacía Apino invocando al Fundador sin observar los rituales apropiados? Todos los allí presentes, y él más que nadie, comprendían el dolor y la ira de un padre cuyo hijo había sido muerto a traición, y hacían suyos esos sentimientos. Pero se había hecho todo lo posible, excepto la guerra contra Etóbriga, y no por temor o falta de empeño, sino por recomendación de los Ancianos, que él había acatado según ordenaba la costumbre ancestral. Si Apino deseaba solicitar la intervención de Turón el Padre, no sería él quien se lo impidiera. Sin embargo, su deseo, natural y justo, debía satisfacerse de acuerdo con el ritual, en presencia de los sacerdotes, los augures y él mismo, primer oficiante de la ciudad. Solo de ese modo escucharía Turón sus ruegos.

La respuesta de Apino fue desabrida, si bien un destello de sentido común le impidió, en el último momento, pronunciar palabras que después no habría podido borrar. Pero ese momento llegaría pronto. Los ánimos se estaban caldeando.

Andaitía había vuelto a posar la mano sobre el hombro de Turio en un gesto protector. Sintió bajo sus dedos cómo el calor abandonaba su piel.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

Turio no podía hablar, aunque quisiera. Aquel hedor dulzón que le provocaba náuseas. La película de sudor frío que le cubría el cuerpo. Y todos los músculos tensos, tirantes, constriñéndolo como un anillo de hierro.

A su alrededor la discusión se había generalizado y se estaba convirtiendo rápidamente en tumulto. El cruce de argumentos era el preludio al cruce de armas. Muy cerca de allí, Catueno, que apoyaba a Apino y era de los más exaltados, se llevó la mano al puñal, y este gesto, demasiado brusco, hizo saltar la llave que también colgaba de su cinturón, sujeta por una correa ya gastada que se partió. Era presumiblemente la llave de hierro que abría el portón de acceso al patio de su residencia. Se trataba de un objeto macizo, más grande que la mano de un hombre.

La llave cayó y rodó sobre el suelo empedrado hasta los pies de Turio. El muchacho se estremeció. El olor que lo molestaba se hizo más intenso, apenas le permitía respirar.

—Sangre —murmuró con dificultad.

Catueno se acercó a él, recuperó la llave y se alejó, tan exaltado que ni lo reconoció. Turio luchaba desesperadamente por respirar. Con un esfuerzo doloroso, logró introducir en el pecho la cantidad de aire suficiente para repetir, un poco más alto:

—Sangre. Me huele a sangre.

Su voz no logró sobreponerse al clamor desordenado. Solo la escuchó Andaitía... y Ato.

Este, que había ido hasta allí con Caturo, no había tardado en distinguir a los dos jóvenes. En lugar de intentar sacarlos de allí —conociendo a Turio como lo conocía, sabía que sería inútil—, había optado por acercarse a ellos discretamente para protegerlos cuando empezara la lucha. Estaba, pues, lo bastante cerca para oír las palabras de Turio, pero también para darse cuenta de que algo le ocurría, y que no se trataba de nerviosismo ni temor ante el conflicto inminente.

—¿Qué pasa? ¿Qué has dicho? —le preguntó, inclinándose hacia delante.

Y Turio, con la misma voz estrangulada:

—Sangre. Me huele a sangre. Y es sangre de...

Se calló, cerró los ojos para dominar las náuseas que sentía. Ato le tocó el brazo y sintió su mano mojada de sudor helado. No había duda: estaba ante una manifestación de las fuerzas ocultas que en ocasiones se apoderaban del muchacho.

Se enderezó, echó la cabeza hacia atrás, soltó un alarido. Su voz, poderosa, acostumbrada a hacerse oír en las asambleas y competiciones poéticas, dominó el tumulto. Si no obtuvo un silencio total, logró al menos llamar la atención de los presentes. Entonces, con el mismo tono de encantamiento que utilizaba para recitar sus poemas, proclamó: allí estaba Turio, el hijo más joven de Caturo que, como todos sabían, ya había sido visitado por la divinidad en otra ocasión. Apino había invocado al Fundador; pues bien, Turio daba señales de una visitación y acababa de hablar. Bueno sería que escucharan al más joven descendiente del guerrero ancestral.

—¡Estás loco! —bramó Apino. No había olvidado que, por culpa del muchacho, la embajada que debería haber exigido explicaciones a Etóbriga no había partido.

Locura, replicó Ato, locura sería no escuchar la respuesta de Turón el Fundador, despreciar por estúpida y quizá sacrílega arrogancia la oportunidad que este les ofrecía. ¿Qué pretendía Apino, a fin de cuentas? ¿Justicia para su hijo o una guerra intestina?

Esta vez, hubo silencio. Todas las miradas se dirigieron hacia Turio, que por fin había logrado normalizar su respiración, aunque seguía pálido como la cera.

—¡Habla! —le ordenó su padre a voz en grito.

Y Turio, una vez más, pronunció la palabra «sangre».

—Me huele a sangre...

Lentamente, en un movimiento seguro, alzó el brazo derecho y señaló la llave que Catueno sujetaba en la mano.

—Viene de ahí. Me huele a sangre... sangre de Apino.

Las últimas palabras las pronunció bien alto, todos las escucharon.

—¿Mi sangre? A qué se refiere con...

—¡Sangre de Apino!

Después de este grito, Turio se tambaleó y se habría caído si Ato no lo hubiese impedido. Apino abrió la boca para volver a protestar, pero no llegó a pronunciar palabra alguna. Su mirada se había detenido en Catueno. Lo que vio en el rostro del amigo y confidente lo impulsó a dar un salto en su dirección para arrebatarse la llave. Después, desenfundó el puñal y exploró con su punta los relieves de hierro.

Nadie hablaba, se diría que toda la ciudad estaba paralizada. Los segundos se hicieron eternos mientras Apino seguía raspando la llave con el extremo aguzado del puñal. Luego, levantó la cabeza lentamente y declaró con voz ronca:

—Es cierto. Nadie lo hubiera pensado, pero esto puede aplastar la cabeza de un hombre. Y aquí hay sangre, seca ya. ¿Mi sangre, Catueno?

No fue esta pregunta la que turbó al interpelado, sino los ojos de Turio, que lo miraban fijamente. Se lanzó hacia delante en una fuga desesperada, pero no bien había dado dos pasos cuando lo rodearon y dominaron. Y el tumulto volvió a estallar. Sin embargo, ahora que no había enfrentamiento entre facciones, Caturo logró imponer el orden. Mandó atar de pies y manos a Catueno y ordenó que lo trajeran ante sí. Ato se encargó de llevar a casa a Turio, que se había desmayado en sus brazos. Andaitía lo acompañó. Y fue incluso posible, aunque difícil, convencer a Apino para que envainara el puñal y no matara allí mismo al asesino de su hijo.

Catueno fue conducido a la presencia del jefe. Se había rehecho del golpe y trató de justificar el intento de fuga por el temor a una conjura contra su vida. Acusaba a Caturo de haber inducido a su hijo a acusarlo para acallar las críticas de Apino y humillarlo a la vez, lanzando falsas acusaciones sobre un hombre de su confianza. La explicación no convenció a nadie, había en ella demasiadas incongruencias. Sin embargo, quedaba una pregunta en el aire: qué lo había llevado a matar a Tancino, del

que siempre había sido amigo. Y Catueno se aferró a esta incógnita como un náufrago a su tabla de salvación: no tenía motivo alguno, y por tanto no lo había matado.

El interrogatorio degeneraba en discusión, Apino se impacientaba y quizá empezaba a dudar. Exigió que se echaran los huesos divinatorios. Entonces, una mujer declaró, alto y claro:

—Sí hay un motivo. Yo soy el motivo.

Era Dovidena. Le exigieron que se explicara, y volviéndose hacia Apino, dijo:

—Hacía ya mucho tiempo que Tancino, tu hijo más joven, me asediaba con propuestas de matrimonio. Eso ya lo sabes tú, porque le prohibiste que me buscara...

Guardó silencio unos instantes, y sus labios dibujaron un mohín de desprecio.

—Creías que era demasiado vieja para él, y no lo bastante noble, ni rica. Pero no tenías por qué preocuparte: yo misma lo rechacé, por razones que todos conocen. Tu hijo se desesperó, me buscó en secreto, amenazó con matarse o matarme... nada grave, Apino. Estaba sencillamente enamorado. Espero que aún lo recuerdes de tus tiempos de juventud.

Intentando ocultar el embarazo y la irritación que sentía, Apino objetó que esa historia pasada nada tenía que ver con el asunto que allí se debatía.

—Te equivocas... —replicó Dovidena—. He hablado de lo que ya sabías, ahora te hablaré de lo que no sabes. También Catueno me ha perseguido con promesas de amor y peticiones de mano. Tu hijo era un muchacho bien educado, pero ese de ahí no pasa de un bellaco. Estoy convencida de que si no me ha tomado a la fuerza es porque sé defenderme y lo he demostrado. Esto es lo que tenía que decirte.

—¿Y por qué no lo has dicho hasta ahora? —explotó Apino.

—¿Por qué? Porque nadie había encontrado sangre en la llave de la casa de Catueno. Porque tú no me habrías creído. ¿O acaso has olvidado lo que dijiste de mí a tu hijo?

Dovidena saludó brevemente a Caturo e hizo ademán de partir, pero se volvió un momento para añadir:

—Me es indiferente que lo ejecuten o no, porque todo me es indiferente. Si no lo matáis y vuelve a acercarse a mí, yo misma lo mataré.

Dicho esto se retiró. Nadie intentó retenerla.

Turaino afilaba su cuchillo en una piedra del borde del pozo cuando oyó la voz de Ato llamando desde fuera. Fue él, por tanto, quien le abrió el portón de acceso al patio y vio a su hermano inerte en los brazos de Ato y a Andaitía a su lado, seria y solemne. El grito que soltó hizo que Pelia, ocupada hilando en el interior de una de las casas, lo dejara caer todo al suelo y acudiese corriendo.

—¡Chis, no grites! Se ha desmayado, nada más —dijo Ato a media voz.

Con la mirada, interrogó a Pelia, que ya se encontraba allí. Ella le indicó la casa

donde dormían los chicos y le precedió para acomodar la paja de la cama. Mientras lo acostaba, Ato dijo que debían tapanlo, pues estaba cubierto de sudor frío.

—Eso ya lo veo —replicó la madre, echando mano de la manta de lana que descansaba doblada a los pies de la cama—. ¿Qué ha pasado?

Ato le narró la escena a la que había asistido, y Pelia lo escuchó sin interrumpir. Concluido el relato, ordenó a Turaino que acompañara a Andaitía a su casa, pero ni esta quería marcharse ni el muchacho apartarse del lecho de su hermano. Pelia insistió: se pondría bien, lo único que necesitaba era reposo y no debían molestarlo.

Cuando se fueron, empapó un paño de fino en un líquido aromático con el que frotó la frente de Turio. Luego, se volvió hacia Ato.

—Si he comprendido bien, ha transmitido la respuesta de Turón a la invocación que se le dirigió...

—Eso parece —repuso Ato con una breve sonrisa—. Y, al mismo tiempo, acabó con las complicaciones, los resentimientos que flotaban en el aire, como una pestilencia. En el fondo, ha abierto la crisis y luego la ha zanjado...

—No —replicó Pelia—. No ha hecho nada de eso. Los dioses lo han hecho por él. Eso es lo que la gente no comprende, ni siquiera su propio padre.

Catueno fue juzgado aquella misma tarde. Nada podía esperar ya, así que prefirió evitar la tortura y confesó cómo había visto a Tancino partir de cacería, cómo lo había sorprendido solo en el bosque y no había resistido la tentación de eliminar a un rival que, estaba convencido, acabaría por conquistar a Dovidena. Cuando le preguntaron por qué no había usado el puñal ni la espada, respondió que si hubiera desenvainado un arma habría puesto a Tancino sobre aviso, porque había hablado con él. De hecho, habían conversado durante bastante tiempo, hasta que Catueno logró, en un movimiento aparentemente casual, colocarse detrás del joven para romperle la nuca con la llave. No dijo que el crimen había sido planeado fríamente y con antelación, pero tampoco hacía falta que lo dijera. Una vez más, los presentes tuvieron alguna dificultad para convencer a Apino de que no lo matara en pleno juicio.

A la mañana siguiente, como era habitual, lo llevaron a Lanutai y lo lanzaron desde la cima de un monte, al precipicio de los condenados.

Una vez ejecutada la sentencia, Caturó regresó a Tarróbriga y fue a purificarse, en nombre de todo el pueblo, en los baños sagrados. Después se dirigió a su residencia para la comida del mediodía, donde se enteró de que Turio ya se había levantado. Acababa de hacerlo tras haber dormido sin interrupción desde la tarde del día anterior. Lo llamó y lo llevó a la casa ceremonial, por ser el lugar donde podía hablar a solas con él.

—Tu madre —empezó Caturó— me ha dicho que ya no sientes nada... en fin, que te encuentras bien. ¿Es cierto? ¿Estás seguro?

—Así es —contestó Turio—. Ahora me encuentro bien. —Tras una pausa, añadió—: Siempre es así: cuando ocurren estas cosas me invade un gran cansancio, pero al día siguiente casi no me acuerdo de nada.

Caturo respiró hondo.

—Tanto mejor. Ahora quiero preguntarte otra cosa. No sé si comprendes bien lo que hiciste ayer, pero tampoco importa. Basta que sepas que me has quitado un gran peso de los hombros. Pero dime: ¿por qué no lo hiciste antes? ¿Por qué no desvelaste antes que la llave de aquel hombre aún tenía restos de la sangre de Tancino? No estoy enfadado contigo, solo trato de entenderlo.

Hablaba en un tono serio, de hombre a hombre, y Turio notó el cambio en su actitud.

—No lo sé, padre. Porque yo no descubrí la sangre. Noté un olor pero no sabía lo que era, y cuando hablé... Ato dice que hablé, pero yo no me acuerdo...

—Sí, claro —repuso Caturo—, era la presencia del dios... ¿o de Turón...?

La respuesta que entonces oyó lo dejó boquiabierto, pues no era la respuesta de un muchacho de siete años, y por un momento se preguntó ante quién estaría, si su hijo o algún otro ser:

—Yo soy un vaso, nada más.

Después, se quedaron los dos en silencio. Caturo observó a su hijo, pensando: ¿a quién tengo ante mí? Turón, ¿es esta tu descendencia? ¿Qué has hecho con tu sangre, Ancestro? ¿Qué destino quieres dar a tu linaje?

Fuera, Turaino acababa de llegar y entonaba, desafinando, un cántico marcial. Como por arte de magia, su voz restableció la normalidad. Turio se estremeció, parpadeó varias veces.

—No sé si era un dios o Turón, padre. No sé quién era. Cuando «ellos» se marchan me siento vacío. Es muy molesto.

Caturo lo observó en silencio. De pronto, sacudió la cabeza para conjurar las sombras que creía ver a su alrededor.

—Bueno, bueno. Al fin y al cabo, no importa. Olvida lo que te he preguntado. Hay cosas peores que tener un... eh... un augur en la familia. Me han dicho que ya montas a caballo razonablemente bien...

Turio asintió con la cabeza.

—Pues a ver si te perfeccionas. El año que viene tendrás un caballo para ti solo.

Turio y Andaitía.

No se puede decir que la relación entre ambos fuese de novios, porque solo tenían siete años. Sin embargo, cuando Turaino decidió recordarles en clave de broma el episodio de la «profecía» sobre la boda entre ambos, enmudecieron los dos, como si hubiesen caído presas del mismo encantamiento.

Mucho más tarde, aquel mismo día, Andaitía —que había estado rumiando en silencio lo que Turaino les había dicho— preguntó:

—¿No te acordabas de aquello, pero nada de nada?

En sus palabras no había ninguna referencia explícita al tema del que trataba, pero Turio la entendió al instante.

—Nada. ¿Y tú?

—Tampoco, de verdad.

Tras una breve pausa, Turio susurró:

—Pero... si fuese verdad, no me importaría. Quiero decir que me gustaría. ¿Y a ti?

—También.

No, no era todavía un noviazgo en toda regla, ni tan siquiera una promesa, sino tan solo un juego, estimulado por la certeza de que les gustaba estar juntos. Sin embargo, aunque solo fuera jugando, y en un alarde de feminidad, Andaitía empezó a hacer planes por el puro placer de hacerlos, de usar su imaginación: si llegaran a casarse vivirían, claro estaba, en la residencia de los padres de Turio, suponiendo que hubiera sitio para ellos, ya que Turaino tenía prioridad por ser el mayor de los hermanos. En el caso de que no hubiera sitio para ellos, habría que construir una nueva residencia... extramuros, pues no había alternativa. Aunque no era más que una niña, Andaitía había comprendido que la ciudad ya no podía seguir creciendo dentro de la cintura protectora. Eso era tan cierto como que Caturó pensaba ya en la necesidad de construir otra muralla.

Turio oía sus planes, se reía, asentía.

—¡Ah, y los hijos!, ¿cuántos hijos te gustaría tener?

El silencio fue tan largo que la muchacha lo miró, intrigada por lo mucho que tardaba en contestar. La sonrisa había desaparecido de su rostro.

—No... no lo sé, aún no había pensado en eso.

Y así, por primera vez, como buen futuro esposo, Turio mintió a Andaitía.

No por los motivos que llevan a un adulto a mentir, y ni tan siquiera por los de un niño. Sus motivos eran exclusivamente individuales, suyos. La pregunta ingenua, cuántos hijos te gustaría tener, desencadenó en su interior una agitación y una angustia inexplicables que asoció a la imagen de una niebla negra que lo envolvía y lo tragaba.

Haciendo un gran esfuerzo por ocultar lo que sentía, improvisó una respuesta evasiva y propuso que se fueran a ver la esquila de las ovejas.

Poco después, otros acontecimientos reclamaron la atención de todo el pueblo, sin exceptuar a los niños como Andaitía y Turio: la guerra con Etóbriga, que solo había quedado pospuesta, estalló de forma súbita, sin embajadas ni rituales, sin previo aviso.

Nadie la esperaba en aquel momento, aunque no se hubiera disipado la secular enemistad entre ambas ciudades. Y nadie sabría decir con total sinceridad cómo había empezado, si bien en ambos bandos corrían versiones contradictorias que aseguraban la incuestionable justicia de cada cual. Muy probablemente, todo se reducía al robo de un caballo o al rapto de una mujer, aunque el correr del tiempo y las ofensas acumuladas habían trocado la inicial desavenencia en odio hereditario.

De todos modos, la nueva guerra la iniciaron los etobrigenses, sin motivo reciente, tras siete años de frágil paz. Y era evidente que pretendían la aniquilación del enemigo, porque el objetivo era la propia Tarróbriga, y no el fruto de su pesca o su ganado.

Las huestes de Etóbriga se desplazaron al sur con cautela, no a lo largo de la costa sino por el interior, al amparo del bosque, de modo que los centinelas de Nabi y Lanutai no pudieran avistarlas. Esta última debía ser tomada sigilosamente, antes del alba, y con ese objetivo se destacó a una pequeña fuerza mientras el grueso de la hueste aguardaba escondido. Una vez neutralizada Lanutai y controlados los caminos que partían de Nabi y Argibai, los que permitían impedir o demorar el envío de refuerzos, atacarían la ciudad por sorpresa.

Pero no hubo sorpresa, porque los guardas de Lanutai presintieron oportunamente a los hombres que escalaban el monte por el lado menos accesible, donde esperaban que la vigilancia fuese menor. En cuanto sonó la alarma, el jefe de guerra etobrigense comprendió que urgía impedir la salida de los guerreros de Tarróbriga y ordenó el asalto simultáneo a la ciudad y a Lanutai.

Cuando el sol salió, los baños sagrados estaban en poder de Etóbriga puesto que, por su ubicación al pie del monte, no contaban con la protección de la muralla. Sacerdotes y acólitos lucharon valerosamente pero se vieron obligados a batirse en retirada hacia la ciudad, dejando cuatro muertos en el terreno, entre ellos el anciano Tiomace, que murió empuñando la espada. Esa fue la pérdida humana más dolorosa. En cuanto a los animales, los invasores se apoderaron de los rebaños de cabras y ovejas, fáciles de conducir, y arrasaron con buena parte de los cultivos.

Mientras los hombres que guarnecían la muralla resistían al primer embate ayudados por los habitantes de la zona extramuros, Caturo, que había saltado de la cama a la primera señal de alarma, reunía a la hueste con una urgencia febril antes de que el desorden o el pánico paralizaran la defensa. Al cruzar el patio a la carrera, vio

a sus dos hijos a la puerta de la casa donde dormían. Turaino empuñaba una espada y le pidió que le dejara ir con él. Lo mandó callar con un grito y salió a la calle. Apenas reparó en Turio, que estaba muy quieto, en el umbral de la puerta, envuelto en el manto negro de lino con el que se tapaba en las noches más frescas.

Por unos instantes, los dos muchachos se quedaron a solas en el patio. El aire de aquella mañana sin viento vibraba con los gritos de alerta, las llamadas, el batir de espadas. Y de pronto apareció su madre, armada. Ya había mujeres combatiendo en los muros, y solo se había retrasado un poco para ayudar a su marido a prepararse.

—Quedaos aquí —ordenó—. Turaino, no quiero verte en la calle. Y, Turio...

Se interrumpió. Se inclinó hacia él.

—Turio... ¿cuál será el resultado? ¿Venceremos? ¿Puedes ver, puedes sentir algo? Habla, deprisa. Es muy importante.

El chico arrugó la frente en un esfuerzo, pero enseguida negó con la cabeza.

—No puedo, madre, no puedo. «Ellos» no me dicen nada. ¡No siento nada, madre!

Pelia quería insistir, pero al ver la desesperación estampada en el rostro de su hijo, desistió. Hizo un esfuerzo por sonreírle.

—No pienses más en eso —le dijo—. Entiéndelo, los nuestros se sentirían más valientes si tú les aseguraras... no, no le des más vueltas. Quédate aquí, con tu hermano. Turaino, cuida de él.

Tenía que darse prisa, sabía que su presencia era importante, pero aún perdió unos instantes besando a sus hijos. Al fin y al cabo, era posible que no volviera a verlos, con el enemigo al pie de la muralla. Sacudió la cabeza para alejar esta idea.

—Quedaos aquí —repitió.

—¡Madre!

—No, Turio, no tengo tiempo para...

—Madre, llévame a lo alto de la muralla, ahora.

Pelia lo miró. Es su voz, los ojos no han cambiado, la respiración parece normal. Pero ¿qué sé yo del modo en que los dioses lo visitan? Y si fuera una visitación... mi hijo de siete años, en el campo de batalla. Los dos, porque el otro no se quedará en casa, de eso estoy segura. Mis dos hijos. ¿Y si se quedan aquí? Si los de Etóbriga entran, ¿qué será de ellos?

Sin hablar, envainó la espada y cogió a Turio.

No les costó tanto como había pensado llegar a la zona de la muralla, precisamente porque casi toda la población había convergido hacia allí y las calles estaban desiertas. Después, al acercarse, irguió a su hijo bien alto, como si fuera un estandarte. Turaino avanzaba a su lado, empuñando de nuevo la espada que antes había sostenido.

Las gentes de Tarróbriga reconocieron a Pelia, le abrieron paso. Porque era la mujer del jefe pero también —quizá sobre todo— porque llevaba consigo al pequeño augur. En lo alto de la muralla, los guerreros se quedaron boquiabiertos al verlos.

Piedras y dardos volaban a su alrededor, y un grupo de tarrobrigenses se batía con furia, tratando de impedir que los de Etóbriga empezaran a escalar.

Pelia dejó en el suelo a Turio, que seguía envuelto en la sábana negra.

—¡Solo, tengo que quedarme solo! —exclamó el chico.

Después de haberlo llevado hasta allí, lo que le pedía era una locura mayor aún. Pero en aquel momento la locura se había apoderado de ella. Pelia se alejó e indicó por gestos a los guerreros que hicieran lo propio.

Turio levantó la cabeza, abrió los brazos.

Locura, sí. Pero locura mágica. La sábana negra, a los ojos de cuantos lo veían, era un manto sacerdotal.

Turio abrió la boca.

Tarróbriga de los brácaros...

No era una profecía. Era el primer verso del himno triunfal del pueblo de Tarróbriga, que todos conocían, incluidos los niños, aunque solo lo cantaran los guerreros al volver de una campaña victoriosa.

Inexplicablemente, fue escuchado pese al tumulto y al fragor del combate. Lo escucharon quienes estaban en la muralla y quienes luchaban del lado de fuera; lo escuchó la hueste de Caturu cuando salió, a caballo y con las insignias, para repeler al enemigo.

La voz de Turio se perdió entonces, ahogada por el recrudescimiento de la batalla, pero —todos lo dirían después— había encendido un extraño fuego en la sangre de los defensores que la habían escuchado. Y aunque ya no lo oyeran, podían verlo con solo mirar hacia la muralla: un pequeño bulto negro que lograba dominar la ciudad, el monte, la planicie hasta el mar.

Aquel fuego que bullía en la sangre transformó el esfuerzo de la refriega en un placer casi sensual, redoblando las fuerzas de los combatientes de Tarróbriga. Los atacantes fueron barridos hacia la llanura.

Atrincherada en su monte, Lanutai también resistía. La hueste de los etobrigenses se hallaba ahora dividida en varios contingentes —el que se enfrentaba a Caturu, el que combatía en Lanutai y los que debían asediar a las gentes de Nabi y Argibai, cuando estas aparecieran—, y dichos contingentes no podían comunicarse entre sí.

Hacia el mediodía, se hizo evidente que la expedición había fracasado. Los invasores, al fin reagrupados pero con bajas considerables, se internaron en el bosque y pusieron rumbo al Limia. Si lograban llegar hasta allí, al cruzar el río entrarían en tierras de los seurbos, un pueblo vecino suyo con el que tenían alianzas, lo que esperaban evitaría su destrucción total. Como quiera que fuese, la guerra para ellos había terminado.

No así para Caturu. Esta era su oportunidad: la distancia hasta el Limia era grande, el terreno bien conocido. Juró que pocos o ninguno serían los etobrigenses que alcanzaran la orilla del río. Argibai y Nabi, avisadas por mensajeros, enviaron a sus hombres, y Bocuntí también quiso participar (supuestamente en nombre de la

alianza firmada, aunque el verdadero motivo era que Ambato, el sucesor del viejo coronero, necesitaba una guerra para reafirmar su autoridad, por no hablar del saqueo de la ciudad enemiga, que prometía un rico botín).

Engrosada por estos refuerzos, la hueste partió hacia el norte persiguiendo a los invasores. En Tarróbriga se mantenía el estado de alerta para evitar nuevas sorpresas. Desde Lanutai llegó una fuerza para guarnecer la ciudad, privada de efectivos, y proteger a las mujeres cada vez que salían a los campos, pues tradicionalmente recaía sobre ellas la mayor parte del trabajo agrícola, y más ahora, con tantos hombres ausentes. Había que averiguar qué se podía hacer por los cultivos, recuperar el ganado disperso, hacer un balance de los estragos.

Mientras se ejecutaban estas y otras tareas, todos comentaban la prodigiosa intervención de Turio, el hijo menor de Caturu. En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa.

Al volver a casa con los hijos, Pelia había querido darle una poción y acostarlo, como siempre hacía después de un trance, pero Turio la sorprendió diciendo:

—No hace falta, madre. Esta vez, «ellos» no han venido.

—¿Cómo?

«Ellos» no habían venido, repitió Turio. Pero había comprendido lo que su madre le había dicho, que los hombres necesitaban ánimos, y se le había ocurrido aquello, cantar desde lo alto de la muralla...

—Solo eso, no ha ocurrido nada más.

Y dice esto, pensaba ella, mirándolo con un nuevo respeto, dice esto sinceramente, convencido de que nada ha ocurrido. No comprende que ahora tiene el poder en sí mismo, aunque la divinidad no se manifieste.

Los funerales por Tiomace y todos los que habían caído defendiendo Tarróbriga se realizaron en ausencia de Caturu. No podía ser de otro modo, ya que no se sabía cuándo regresaría el jefe y hacía demasiado calor para hacer esperar a los cadáveres. También en su ausencia se inició la reparación de los daños causados por el enemigo en las instalaciones de los baños sagrados.

La hueste regresó quince días más tarde. Los vigías la avistaron a gran distancia porque avanzaba a lo largo de la costa, a campo abierto.

Caturu y Ambato habían flagelado sin descanso a los etobrigenses durante toda su retirada hasta la margen del Limia. Dos veces intentaron los fugitivos enfrentarse a ellos y contraatacar, y en las dos fueron aplastados. Hasta llegar al Limia, perdieron más hombres que los que habían muerto desde el inicio de la expedición. Al amparo de la noche, los supervivientes lograron vadear el río y entrar en territorio de los seurbos, que les proporcionaron alimento y les cedieron monturas para transportar a los heridos. Sin embargo, dejaron claro que no entrarían en guerra con Tarróbriga y Bocuntí a menos que fuesen invadidos.

Dicha invasión era innecesaria. Caturu y su cuñado podían atacar Etóbriga sin hostilizar a los seurbos. Les bastaba seguir el curso del río por la margen sur. No muy lejos de la desembocadura había un vado y, con solo cruzarlo, estarían en territorio etobrigense.

Sin embargo, cruzar el Limia no era algo que pudiera hacerse a la ligera, sin orar y sacrificar a la divinidad y, por encima de todo, sin obtener su consentimiento. Pues bien, la divinidad en cuestión era Nabia, señora de las aguas, pero además en aquella región imperaba Nabia de los etobrigenses. No era de extrañar, pues, que los presagios resultaran abiertamente desfavorables. Los guerreros dudaron, recordaron las viejas leyendas que se contaban acerca del río y acabaron por pedir a los dos jefes que no ordenaran la travesía. Así se salvó Etóbriga.

Pero esto no empañó el brillo de la victoria. La hueste volvió cargada con los despojos de los enemigos muertos: armas, ropas, torques y virias de bronce, plata y oro. Y también con veinte prisioneros. Ambato y los suyos recibieron la parte del botín a la que tenían derecho, participaron en el banquete de los vencedores y regresaron a Bocuntí. Solo después de eso tuvo Caturu tiempo para llamar a su presencia al más joven de sus hijos.

En cuanto lo vio acercarse, notó en él una nueva transformación: una nueva seguridad, una afirmación de sí mismo que se traducía en la expresión del rostro, en el caminar, en el más pequeño de sus gestos.

—Ven, Turio, te quiero más cerca. Te vi en lo alto de la muralla, cuando salimos a defender la plaza, y tu madre me contó el resto, la idea que tuviste. No hace falta que te diga que nos fuiste de gran ayuda en aquellos primeros instantes, los más difíciles... nuestros guerreros hablan mucho de ti últimamente. ¿Crees que ya puedes cuidar tú solo de un caballo?

Los ojos de Turio se iluminaron.

—Sí, padre. Y, si hiciera falta, Ato me ayudaría.

Caturu soltó una breve carcajada.

—Sí, ya sé que haría cualquier cosa que le pidieras, pero creo que no sería justo sobrecargarlo con esa tarea. Debes ser tú quien cuide del animal. En fin, elegiré uno de nuestros caballos para ti. Te dije que lo haría el año que viene, es cierto, pero he cambiado de idea. El primer augur de los tarrobrigenses no puede seguir sin montura.

Había dicho esto con bonhomía y un toque de ironía condescendiente. A continuación, sin embargo, adoptó una expresión seria, grave incluso.

—Ahora, escúchame con atención. Dentro de dos días rendiremos homenaje a Bandúa de Tarróbriga, y en ese momento haremos también tu presentación al dios. Es algo que debería ocurrir mucho más tarde, pero los Ancianos están de acuerdo conmigo.

Turio le dio las gracias e hizo ademán de retirarse, pero su padre lo retuvo.

—Espera, aún no he terminado. El homenaje será una ceremonia importante, especial, como nunca has visto ninguna, ni tú ni los demás muchachos de tu edad. Ni

tan siquiera tu hermano, pues esta guerra que hemos vencido es la más importante desde que yo asumí el gobierno de Tarróbriga, y creo incluso que nuestro pueblo nunca estuvo expuesto a un peligro tan grande desde los tiempos de Turón. Por tanto, repito, será distinto a todo lo que hayas visto hasta ahora.

El muchacho, que bebía sus palabras, quiso saber qué diferencias eran esas, qué ocurriría. Caturó negó con la cabeza. No podía revelárselo antes de su presentación, y después no habría tiempo ni oportunidad para hacerlo. Por lo demás, Boutío — sucesor de Tiomace— insistía en que Turio debía permanecer en la más absoluta ignorancia hasta el momento de la lectura de ciertos presagios.

—Presagios —añadió— que deberás leer personalmente. Sé de sobra que aún no has aprendido la ciencia sagrada, pero el dios hablará por tu boca, o eso esperamos. Presta atención a lo que voy a decirte: durante el homenaje a Bandúa, a una señal mía, te acercará a mí. A partir de ese momento serás un sacerdote, aunque de modo temporal, y tendrás que comportarte como tal. Sé que esto no es fácil de entender para un chico de tu edad, por más que... en fin, por más que seas un chico especial. Sin embargo, es necesario. ¿Lo entiendes?

Turio se limitó a decir «sí, padre». Seguía siendo poco hablador. Caturó le acarició el pelo y lo dejó irse. El chico salió apresuradamente, pues había quedado con Andaitía junto a la fuente del lado sur.

Unos instantes más tarde, Pelia decía:

—Esa idea no me gusta, todavía es muy pronto, es demasiado joven pese a todo. Ni yo misma entiendo por qué tenemos que conservar «ese» homenaje. Nunca lo he entendido.

—En tal caso —replicó Caturó—, que todas las mujeres hablen delante del Consejo, y no solo tú. Y que antes de hacerlo consulten muchas veces sus oráculos, porque el ritual solo puede cambiar si los dioses así lo quieren. Pero eso no ocurrirá antes de este homenaje que es debido a nuestro Señor Bandúa. Y estarás presente porque tal es el deber de nuestra familia, tan importante como el que cumpliste llevando a tu hijo a la muralla cuando los de Etóbriga nos atacaban. Más importante aún, porque eso no te lo ordenó Bandúa.

Pelia irguió la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? Fue Turio quien me lo pidió. Pero no estoy negando mi asistencia. Nunca he faltado a mi deber.

—Llevarás a nuestros hijos contigo —puntualizó Caturó.

—Lo de Turaino lo entiendo. Es el primogénito, ha cumplido ya once años. Pero el otro todavía es frágil...

—¿Frágil? —La risa de Caturó resonó en el espacio circular de la casa ceremonial—. ¿Frágil? ¿Habré oído bien lo que me contaste, lo habré visto bien, a él, con los brazos abiertos, mientras cargábamos contra el enemigo? Esto va mucho más allá de ti y de mí. —Y remató, con un murmullo ronco—: Él, más que el otro, deberá estar presente.

El santuario de Bandúa no era muy grande, pero aunque lo fuera no habría podido acoger a aquella muchedumbre —casi toda la población de la ciudad, más las delegaciones llegadas de Lanutai, Nabi y Argibai—, por lo que se hizo necesario acotar los espacios reservados al Consejo de los Ancianos y a los demás notables, así como garantizar el acceso al santuario. Con las primeras luces del alba, la guardia personal de Caturó tomó posiciones para cumplir esa misión.

Al rayar el día, los sacerdotes, con Boutío a la cabeza, se presentaron en la residencia del jefe acompañados por un escolta que portaba las insignias. Solo entonces comprendió Turio que saldrían todos en solemne comitiva, incluido él mismo.

Se sentía un poco aturdido, había dormido mal. La ciudad había despertado a medianoche para los últimos preparativos, y estos transcurrían al son de cánticos que formaban ya parte del ritual. Además, una exaltación sorda, una tensión en todo el cuerpo no le había dejado reposar. Pero el aturdimiento se disipó en cuanto llegaron al santuario y ocupó su lugar junto a Pelia y Turaino.

Los sacerdotes cantaron el himno de Bandúa, aquel que alababa al dios como urdidor de los lazos mágicos que paralizaban los miembros del enemigo. A continuación los guerreros más jóvenes ejecutaron una danza marcial que evocaba los principales pasos de la guerra recién librada. Cuando la danza terminó, Caturó subió hasta la mesa de las ofrendas y entonó la oración de agradecimiento.

Mientras tanto, llegaba al santuario el carro sacrificial que Turio conocía bien, pues en los últimos dos años lo había visto en diversos festivales. En esta ocasión, las víctimas —tres machos cabríos, elegidos por su corpulencia— iban acostadas y presas con gruesas cuerdas. Los acólitos los cogieron y los posaron en el suelo. Los dos carreteros maniobraron a los animales de tiro, llevándolos a dar media vuelta y a enfilar el camino por el que habían llegado. En cuanto a las víctimas, drogadas como estaban tras haber comido su ración de hierbas con jugo de amapola, fue difícil lograr que subieran los escalones del santuario, pero Boutío y los demás sacerdotes tenían ya mucha experiencia en tales menesteres.

Fue el propio Boutío quien ejecutó los sacrificios y abrió a los animales de la forma prescrita por el ritual. Caturó se acercó y examinó largamente la disposición de las venas que habían quedado al descubierto. Hecho esto, se volvió hacia el pueblo y anunció que el dios estaba satisfecho con Tarróbriga y que los bendecía a todos. Entonces, miró a Turio y le hizo la señal acordada.

Pelia murmuró:

—Ve, ha llegado el momento de que seas presentado al dios.

Con paso firme, el muchacho se dirigió a la mesa sacrificial mientras un vago murmullo recorría a los asistentes: «es Turio... es Turio hijo de Caturó, el más joven... sí, sí, fue él quien inspiró a los hombres durante la batalla... los dioses lo han elegido... ¡tan niño todavía! Y tan hermoso... parece un espíritu de las aguas, o una

ninfa...».

Eran las mujeres, conmovidas, quienes esto decían. Los hombres, esos, guardaban casi todos un silencio grave, y muchos ocultaban una perturbación que no habrían sabido explicar. Entre ellos, se referían a Turio como «el chico mágico».

Él no oía los murmullos, su atención se centraba enteramente en la ceremonia. El padre posó las manos sobre sus hombros y lo volvió hacia el fuego que crepitaba detrás de la mesa de piedra, destinado a consumir las porciones de las víctimas reservadas al dios. Su poderosa voz se alzó de nuevo, recitando las palabras de presentación. Después, mojó el índice en la vasija que había recibido la sangre de los animales inmolados y trazó en la frente de Turio la señal sagrada, la rueda solar. Se había consumado la presentación.

No bien sintió la sangre en su piel, el muchacho tuvo una sensación de vértigo. Al ver que amagaba un movimiento, Caturó creyó que quería volver con su madre y murmuró:

—No, acuérdate de lo que te dije: ahora, te quedas a mi lado.

Pero Turio no había tenido intención de alejarse, ni siquiera había oído la advertencia.

En su interior, más en el alma que en el cuerpo, se manifestaban dos fuerzas opuestas, como si dos entidades rivales se lo disputaran y él se dilacerara en la lucha. Quiénes eran, qué eran, no lo sabía, solo sabía que se estaba librando un duelo, un combate violento que le robaba toda la energía.

Un velo rojo le nubló la vista. Le faltaba el aire, la luz del sol huía de él, se hizo de noche a su alrededor, podía ver una media luna brillando en un cielo negro, poblado de sombras.

—¡Turio, Turio!

El padre lo sacudía. Recobró la conciencia, avergonzado por no haber sabido resistir.

—Sí, padre. Estoy aquí.

Aliviado, Caturó posó la mano sobre su hombro. Con ese gesto de posesión, reclamaba —aun sin darse cuenta— su hijo a los invisibles.

—Presta atención a lo que va a ocurrir. Tendrás que leer los presagios.

Turio recordó entonces lo que le había dicho dos días antes. Pero ¿qué presagios? Las venas de las víctimas ya habían sido examinadas.

El carro volvía al santuario, sin animales pero cargado de seres humanos. Eran los prisioneros etobrigenses, sentados en bancos de madera que habían sido apresuradamente fijados a la estructura. Iban amarrados, no tanto para evitar una fuga como para que no cayeran, pues también ellos estaban sedados por el jugo de amapola, mezclado en la carne de la comida que les habían dado al rayar el alba. Lucían la vestimenta del sacrificio, una larga túnica en forma de saco, sin mangas ni huecos para los brazos.

Quizá porque sus facultades sufrían aún el extraño efecto de la unción con sangre,

Turio no comprendió al instante lo que ocurría. Los prisioneros fueron alineados ante los escalones de piedra. Boutío se colocó ante el jefe, sosteniendo con ambas manos un pesado bastón de madera labrada que irguió y bajó una vez. Volviéndose hacia las llamas, Caturó recitó:

*Acepta ahora, Bandúa invencible,
Bandúa de Tarróbriga,
acepta la ofrenda suprema...*

Solo entonces comprendió Turio lo que estaba a punto de suceder. Con terrible nitidez, recordó la primera fiesta del dios Mar a la que había asistido cuando tenía cinco años: el mismo vértigo, la llamada, la excitación teñida de pavor, todo eso sintió de nuevo, pero con más intensidad. Por unos instantes, se creyó uno de los prisioneros, vestido también con la túnica sacrificial; por unos instantes, experimentó el embrutecimiento causado por la comida drogada.

Lentamente, recorrió con la mirada a la multitud, que escuchaba en silencio. Sabía que Andaitía no se encontraba allí, pues nadie de su edad podía asistir a aquella ceremonia excepto él mismo. Distinguió a Antubelo y su atención se fijó en él: estaba muy pálido, con una mueca de sufrimiento estampada en el rostro. A escasa distancia de él estaba Dovidena, el gesto solemne y aparentemente impasible, aunque cerraba los labios con fuerza.

Caturó terminó la invocación. Despacio, se volvió hacia Boutío y los prisioneros, alzó los brazos abiertos en cruz con las palmas de las manos hacia abajo. Boutío hizo un ademán y los sacerdotes que lo acompañaban avanzaron hacia los etobrigenses. También estos sostenían bastones de madera, y les seguían acólitos armados con puñales de bronce. Se oía el sonido de flautas.

Las víctimas, pese a estar drogadas, presintieron que se acercaba el momento. Algunos de los hombres ensayaron torpes pasos de fuga, otros gritaron o suplicaron, pero sus voces se perdieron, amortiguadas por la música.

Uno a uno, fueron abatidos. Primero, el sacerdote ejecutor les asestaba un golpe en la cabeza con el bastón y observaba el movimiento de caída, muy importante por cuanto revelaba ya el sentido general de los presagios; después, un acólito le entregaba el puñal, que este hundía en el pecho del hombre, aunque ya no estuviera vivo.

Así, los etobrigenses cumplieron la función que les había sido destinada desde que los capturaron, que era también el único motivo por el que no habían muerto en el campo de batalla. Quedaba ahora la lectura de los presagios, que debía confirmar o negar los que habían propiciado las víctimas animales. Los sacerdotes empuñaron los cuchillos rituales, rasgaron las túnicas de las víctimas y abrieron los cuerpos a fin de dejar las venas al descubierto.

Las flautas callaron, dejando oír el tenso respirar de la muchedumbre, dominada

por una suerte de trance: todas las miradas convergían en las víctimas. Expuestas a la luz del sol, las entrañas se estremecían aún, agitadas por un último impulso vital. La sangre que no había sido recogida para ser lanzada en libación sobre el altar se derramaba sobre las losas del suelo, formando un lienzo oscuro que fluía hacia la tierra y era así lentamente bebido por la Diosa Madre. Su olor saturaba el aire.

Caturo se volvió hacia el hijo con gesto solemne.

—Ahora te toca a ti, Turio. No lo olvides: en este momento, eres un sacerdote, como Boutío. Tienes que mirar las venas y... intentar comprender, intentar... —se interrumpió. Recordó que no debía romper el silencio sagrado. Además, Turio no lo escuchaba.

Durante el ritual sangriento, su reacción había sido contenida. Solo se había estremecido ligeramente al oír el ruido seco de cada golpe de bastón sobre una nueva víctima. Observándolo ahora, Caturo vio de nuevo aquellos ojos abiertos hacia otro mundo, todavía más negros y profundos, más brillantes también, y pensó: no, ya no es él el que está aquí.

No era del todo cierto. En realidad, Turio se encontraba entre dos mundos, no había perdido por completo la conciencia. Ahora había en su interior una única presencia, o mejor dicho, una sola predominaba. La otra se había retirado de la contienda y había entrado en reposo, aunque se trataba de un reposo vigilante. Poco importaba: debía seguir el impulso de la divinidad triunfante, por momentáneo que fuese.

Al bajar los escalones, se sintió transportado por esa divinidad y la reconoció. Lentamente, pasó delante de los cuerpos abiertos y desventrados. Alguien —que no él— los observaba, y al apostarse junto a la escalera, vuelto hacia su padre, aunque la voz fuese suya y pudiese oírla, alguien —que no él— proclamó:

Escuchad, todos vosotros: nunca Tarróbriga de los brácaros será vencida por Etóbriga. Nunca Tarróbriga de los brácaros será vencida por sus vecinos, ni por los túrdulos del sur, ni por los seurbos y grovios del norte. El dios ha hablado.

Caturo debía seguir guardando silencio, pero no resistió la tensión.

—¿Y las gentes del este? ¿Y las que vienen del mar? ¿Y... —¿por qué se acordaría de hacer esa pregunta?— y los romanos?

Yerto, inmóvil, Turio dejó pasar un largo instante. Después, sencillamente repitió:

—El dios ha hablado.

Dos días después, Turio se dirigió a la playa montado en el caballo que su padre le acababa de ofrecer.

El homenaje a Bandúa había concluido en estricta observancia de las reglas: las víctimas humanas se incineraron en una pira común, al tiempo que el fuego del santuario consumía las porciones de los animales debidas a Bandúa. Finalmente, una vez lavadas las losas del suelo, la mesa de ofrendas y los paramentos litúrgicos, Caturó se reunió con los sacerdotes y los Ancianos delante del santuario para comulgar con el dios consumiendo la carne de las víctimas animales que no se había arrojado al fuego.

Turio se había retirado en compañía de su madre y Turaino. De toda la ceremonia, los gritos, los bastonazos, los cadáveres descuartizados y la sangre, solo le había quedado una mezcla de cansancio y aturdimiento, como si acabara de despertarse de una pesadilla.

Y dos días más tarde, es decir, aquella misma mañana, su padre le había ofrecido el caballo prometido, un bayo recio de constitución y manso de carácter que consentía que el chico se le agarrara al cuello para poder izarse y montarlo a fuerza de brazos y agilidad. De hecho, su mansedumbre había sido una de las razones por las que Caturó lo había elegido.

Como cualquier chiquillo al que le gusta enseñar su juguete nuevo, Turio había pasado el resto de la mañana exhibiendo el caballo delante de Andaitía y los demás muchachos. Pero quedaban aún dos amigos, Dovidena y Antubelo. No los encontró en la ciudad, así que después de la comida del mediodía decidió acercarse a la playa de la Roca Sagrada. Ato le buscó una escolta de dos hombres, más por principio que por cautela, pues el resultado de la guerra hacía innecesario, al menos de momento, tomar grandes precauciones.

Encontró a Dovidena sentada cerca de la Roca. Se había llevado consigo rueca y huso para hilar lino, pero su mirada se perdía en el mar. Lo saludó con prontitud, con ternura incluso, como si temiera que lo sucedido dos días antes lo hubiese perturbado. De hecho, ni siquiera se fijó en el caballo; era Turio quien la preocupaba.

—Estoy bien, Dovidena —le aseguró él—. Ya ha pasado todo.

—Sí, ya ha pasado... —murmuró ella—. Si los hombres comprendieran que los dioses nos han hecho verdaderamente, y que solo ellos tienen el derecho y el poder de llevarnos, no les ofrecerían prisioneros.

Dijo esto porque no había testigos, ya que los dos hombres de la escolta se divertían cogiendo erizos de mar. Era, pensó Turio, un razonamiento femenino, y por tanto incomprensible, aunque por unos instantes algo en su interior se manifestara a favor de dicho razonamiento, algo relacionado con aquella fuerza misteriosa que había intentado disputar su posesión al dios al finalizar la presentación. Sacudió la

cabeza para alejar aquel espectro y preguntó por Antubelo.

Dovidena señaló las rocas planas que se alargaban mar adentro. Sobre aquel pequeño bajío se recortaba un punto oscuro en movimiento.

—Ha estado pescando, allá abajo. Creo que no tardará en volver a la cabaña.

Turio se despidió de ella, montó a caballo y partió al galope por el rompiente, agitando la mano y gritando.

Un poco más tarde, Antubelo y él se encontraron junto a la cabaña de madera. El caballo descansaba amarrado a un poste, después de que Antubelo lo hubiese contemplado y elogiado como era debido. Este preparaba ahora dos de los peces que había pescado para la cena. Mientras ejecutaba esta tarea, dijo:

—Mereces felicitaciones, y no solo por el caballo. Te portaste muy bien en el homenaje. Solemne e imponente. Me dejaste impresionado. Casi tuve miedo de ti.

Estas palabras permitieron a Turio abordar un asunto que hasta entonces no se había atrevido a mencionar.

—Te vi. Me pareció que estabas raro, muy pálido...

Ante el mutismo de Antubelo, el muchacho prosiguió:

—Dovidena me acaba de decir que no le gustó ver cómo mataban a los de Etóbriga, pero claro... es una mujer.

—¿Y tú? ¿Acaso te gustó?

Turio se sintió acorralado.

—Gustarme, no —contestó al fin—. Pero eran enemigos ofrecidos al dios Bandúa. Mi padre me explicó...

Antubelo lo interrumpió sin mirarlo:

—Sé lo que te explicó tu padre. Yo también fui criado así, es una costumbre que viene de nuestros antepasados. Lo que ocurre es que yo...

Respiró hondo. ¿Cómo hacérselo entender al muchacho, por muy especial que fuese?

—No olvides, Turio, que he vivido entre los romanos. Era un esclavo, es cierto. Mis señores me trataban bien, pero tuve ocasión de comprobar lo que pasaba con otros esclavos. No me gustan los romanos, de eso estoy seguro. Sin embargo, me he acostumbrado a otras cosas, otras ideas.

A la memoria de Turio acudieron conversaciones que había escuchado de labios de sus padres, de Ato, incluso de Turaino.

—¡Los romanos son malos! Mataron a todos los habitantes de una ciudad, traicionaron a los lusitanos...

Antubelo asintió en silencio.

—Sí, lo sé, y ya te he dicho que no me gustan. Pero, por ejemplo, ellos no ofrecen prisioneros a los dioses. Y sus leyes están escritas, de modo que todos las pueden conocer. Hay... ¿cómo decirlo? Hay cosas a las que me he acostumbrado, repito. Entre ellas —añadió aún, sonriendo— a la comida preparada con aceite de oliva en lugar de mantequilla, y al aceite de baño perfumado... los esclavos no tenían derecho

a tales lujos, claro está. Me lo daba la mujer del amo porque... en fin, no importa por qué.

Se calló unos instantes. Luego, de pronto, añadió:

—Es otro mundo, muy distinto al nuestro. Los romanos dicen que no tenemos dioses porque no los representamos mediante imágenes...

—¡Son estúpidos! —replicó Turio en tono tajante.

—Digamos que son ignorantes en todo lo que nos atañe. Pero debo confesar que aprecio el hecho de que no ofrezcan sacrificios humanos.

En un murmullo, dirigido más a sí mismo que a Turio, concluyó:

—A veces, no sé quién soy ni a qué mundo pertenezco.

El muchacho guardó silencio. Aquello le daba mucho que pensar. Las palabras de Antubelo seguían dando vueltas en su cabeza cuando este añadió:

—Espero que no le cuentes nada de esto a nadie. Te lo he contado porque somos amigos.

—Claro. Pero entonces... ¿añoras tu vida allá en el sur?

—No —replicó Antubelo—, porque no era libre. No es nostalgia, sino algo distinto. A veces, echo de menos ciertas cosas. Es en esos momentos que escribo en mis tablillas de cera o releo el libro que traje y que robé de la biblioteca de mis señores al huir.

Turio no sabía qué era una biblioteca, por lo que Antubelo hubo de explicárselo: un lugar, una sala grande, más grande que cualquiera de las casas de Tarróbriga, donde se guardaban muchos rollos de papiro escrito, libros como aquel que Turio ya había visto en sus manos.

—¿Muchos, muchos libros? Y este que has traído ¿qué es?

—Ya te he hablado de él: es una traducción de la *Odisea* —respondió Antubelo con una sonrisa—, uno de los poemas de los que se ha servido nuestro amigo Ato. Pero ya basta de hablar de eso.

Se levantó, arrojó el pescado al interior de una tinaja con sal.

—Dentro de poco, ya podré cocinarlos. Me he traído aquí una sartén y mantequilla para freídos. También he traído pan. No tengo cerveza, pero el agua de esa fuente es buena. ¿Quieres comer? Creo que hay bastante para los dos.

Turio le dio las gracias pero rechazó la invitación, diciendo que los guerreros que lo habían escoltado también debían de tener apetito y, además, su madre lo esperaba. Todo esto era cierto, pero en el fondo no pasaban de excusas. Quería volver a la ciudad porque Antubelo había dicho, con gesto decidido «ya basta de hablar de eso» pero él necesitaba pensar en el tema, y por el camino tendría tiempo de hacerlo.

Hasta ese momento, los romanos eran una especie de lejano hombre del saco, y nada más. Atacaban ciudades, realizaban matanzas, dominaban pueblos, imponían tributos, convertían a hombres libres en esclavos, como había sucedido con Antubelo. Representaban el mal absoluto, que por fortuna se mantenía en su lejano cubil, en las tierras del sur. Ahora, aquel puñado de palabras que había escuchado bastaban para

que se formara en su espíritu una imagen ligeramente distinta, todavía vaga, pero sin duda perturbadora.

Leyes escritas. Dioses que no aceptaban sacrificios humanos. Salas llenas de libros.

Un mundo tan otro, tan ajeno al suyo, que Turio dejó que el caballo siguiera al paso, olvidada la emoción del galope, sumido y absorto en un torbellino oscuro en el que percibía extrañas visiones y oía voces desconocidas.

Un año transcurrió lentamente en la suavidad de la paz reencontrada, puntuado tan solo por los trabajos de labranza y de los metales, las fiestas y juegos en honor de los dioses, la pesca y las partidas de caza, único consuelo de los guerreros en tan largo período de inactividad. Caturo no ordenó ninguna expedición militar; consideraba que no debía hacerlo antes de que se hubiesen reparado del todo los estragos provocados por el ataque de los etobrigenses. No eran solo los edificios de los baños ni las murallas de la ciudad los que habían sufrido con la embestida; muchos cultivos habían quedado destrozados, las cosechas fueron más pobres, había menos trigo, cebada y centeno en los graneros.

Llegado el verano, pasaron por Tarróbriga mercaderes oriundos del sur. Venían por tierra; habían preferido dejar sus naves en Cale, confiando en las armas que llevaban consigo y en la protección que les brindaban ciertas ciudades. Por ellos supieron que proseguía la guerra entre Roma y Cartago, si bien esta noticia pareció poco relevante a los tarrobrigenses comparada con otra que traían los visitantes.

Por fin, los lusitanos habían puesto en práctica su plan de venganza tantas veces pospuesto: al empezar la primavera, una hueste de diez mil guerreros había entrado en Beturia y había bajado como un huracán hasta Turdetania. Allí, sin embargo, los esperaba Cayo Vetilio, el procónsul romano de la Hispania Ulterior. Pocos lusitanos habían escapado con vida de la batalla que entonces se había librado. Al embarcar los mercaderes en la ciudad de Balsa, en Cineticum, los supervivientes se hallaban cercados por las legiones de Vetilio, y la destrucción final de ese último contingente se daba ya por cierta.

Caturo escuchó estas nuevas con cierta inquietud. No temía un peligro inmediato, pero consideraba que los pueblos de allende el Durius —los túrdulos y, muy en especial, los lusitanos— eran el principal bastión contra Roma. Lamentaba que el intento de coalición militar liderado por Brácara hubiese fracasado y que las gentes de Lusitania se hubiesen enfrentado a los romanos sin el apoyo de sus vecinos del norte. Ahora de nada servían tales lamentos, pero la nueva derrota lo preocupaba. Convocó a los sacerdotes, echó los huesos divinatorios y buscó nuevos presagios, pero todo fue en vano. Las respuestas fueron poco precisas, solo logró leer la ausencia de un peligro inmediato.

Durante toda la ceremonia, vio en los rostros que lo rodeaban el mismo

interrogante mudo: ¿por qué no llamaba a su hijo más joven, que había demostrado ser el mejor augur de la ciudad?

Era una pregunta muda, y Caturio la dejó sin respuesta. Creía haber entendido, al fin, que el muchacho no era un adivino como los demás, como él mismo. «Soy un vaso», habían sido sus palabras, sorprendentes en boca de un chiquillo. Un vaso, un envoltorio usado por Bandúa cuando —y solamente cuando— el dios quería manifestarse. Pero, justamente en los últimos tiempos, Bandúa había guardado silencio, y a nadie se le ocurriría llamar a la puerta de un dios.

Turio había cumplido ocho años en invierno. Ciertamente era que no había vuelto a profetizar, ya fuera en trance o en vigilia, desde la guerra con Etóbriga. Había asistido a todos los festivales, a todas las ceremonias y sacrificios realizados desde entonces sin que la divinidad lo visitara una sola vez. Él mismo tenía la noción, algo confusa, de hallarse en reposo, entregado a sí mismo...

Pero no del todo. En determinados momentos —por la noche, al acostarse, o cuando paseaba por la playa sin los amigos, o en ciertos días señalados, como el de la fiesta del dios Mar— sentía un temblor sordo que le recordaba la dilaceración, la lucha de las dos entidades antagónicas que disputaban su posesión. Sabía entonces que nada había quedado resuelto, que aquellas dos fuerzas estaban tan solo adormecidas, a la espera.

Caturio no era el único jefe que se preocupaba por la victoria de los romanos en el sur. Mediado el estío, llegó a Tarróbriga un mensajero de Celtio, jefe de los fiduéneas, para proponerle un nuevo intento de confederación. Según explicó el mensajero, Celtio consideraba urgente que los pueblos que vivían entre los ríos Durius y Minus unieran sus fuerzas para prestar auxilio a los lusitanos, que hablaban la misma lengua y —salvo escasas diferencias— seguían las mismas costumbres. Con ese objetivo, invitaba a los tarrobrigenses a hacerse representar por su jefe en una magna asamblea que tendría lugar en Fidóbriga. No se trataba, añadió el enviado diplomáticamente, de imponer ninguna supremacía, sino de establecer un acuerdo general sellado por compromisos solemnes, coordinar esfuerzos y trazar un plan de campaña.

Era el proyecto que Brácaro había intentado poner en marcha, apenas alterado con tal de no herir susceptibilidades. Sin embargo, razonó Caturio, sin un mando unificado ninguna expedición militar pasaría de una serie de incursiones sin más consecuencia que irritar a los romanos, o peor aún, desviar su atención hacia el norte. ¿Y cómo designar a un jefe aceptado por todos? La cuestión se le antojaba imposible de solucionar.

Pese a ello, dio su conformidad al proyecto. Consideraba útil desplazarse a Fidóbriga en tales circunstancias, aunque nada se decidiera sobre la posible ayuda a los lusitanos, pues albergaba la esperanza de obtener algunas informaciones que, de

otro modo, no llegarían a sus oídos. Así pues, el enviado de Fidóbriga fue recibido con honores de aliado, entregó y recibió regalos de hospitalidad y luego partió hacia Bocuntí, adonde se dirigía con la misma misión. Caturó inició los preparativos de su partida.

En la antevíspera de la fecha acordada, Boutío, el sacerdote, fue a buscarlo a su residencia. Caturó temía que hubiese recibido un presagio desfavorable, pero el motivo de su visita era otro.

Según anunció entonces, tenía que hacerle una revelación. Cerca de medio año antes de morir a manos de los etobrigenses, el venerable Tiomace le había confiado algo relacionado con el segundo hijo del jefe.

—¿Por qué te lo dijo a ti y no a mí? —preguntó este.

Boutío se encogió de hombros. Solo sabía que Tiomace le había advertido de que el asunto debía mantenerse en secreto hasta que llegara el momento adecuado, si es que llegaba. En otras palabras, si el muchacho demostraba, más allá de toda duda, poseer ciertas cualidades. Tiomace, añadió, había acompañado discretamente pero con mucha atención el crecimiento de Turio y las primeras manifestaciones de aquello que parecía ser la presencia de un dios en él. Había reconocido dicha presencia sin dificultad, pero las cualidades a las que se había referido eran distintas, aunque guardaran relación con la visitación de la divinidad.

—Fue cuando subió a la muralla, en la madrugada en que fuimos atacados, y el ánimo que dio a los nuestros; fue también el modo en que se comportó cuando ofrecimos los prisioneros a Bandúa... esas cosas confirman las señales que Tiomace esperaba, pero que no vivió para ver.

—Bien. ¿Y qué debo hacer con él, pues? Según la opinión de Tiomace y la tuya, claro.

El sacerdote esbozó una sonrisa fugaz. Turio, contestó entonces, debería recibir las enseñanzas de un hombre excepcional, alguien que fuese semejante a él. Esa era la certeza de su antecesor. No una opinión, sino una certeza, subrayó.

—Ahora bien, solo conozco a dos hombres que respondan a tales características. Uno de ellos estaba en Brácara, pero no sé si vive aún. Era un anciano hace ya cerca de diez años, cuando tuve noticias de él. El otro es Latrio, el gran sacerdote de Coso de los fiduéneas, en Fidóbriga. Es el padre de Celtio, el jefe de la ciudad. También es un anciano, pero sigue vivo y, según me han informado, goza de buena salud.

Caturó respiró hondo, como tratando de dominar su irritación.

—Veo que no he sido yo el único que ha hablado con el enviado de Fidóbriga. Pretendes que me lleve al muchacho conmigo pasado mañana. ¿Qué dirá su madre, por no hablar de Turaino? Ese sí, debiera quizá acompañarme en el viaje, pues al fin y al cabo ya tiene doce años. Y una vez en Fidóbriga, ¿quién cuidará de él?

Pero Boutío no se mostró demasiado interesado en los problemas domésticos del jefe. Se había limitado, replicó, a transmitirle las instrucciones de Tiomace y a indicarle un modo de llevarlas a cabo. No podía hacer más.

Así, Caturó comunicó a su familia que Turio lo acompañaría a Fidóbriga. Turaino fue más fácil de convencer, pues bastó con mandarlo callar. En cuanto a Pelia, sus objeciones fueron barridas con dos argumentos: era la voluntad de Tiomace, por cuya memoria sentía una gran veneración, y no habría peligro porque viajarían en compañía de su propio hermano, Ambato, y la doble escolta de Tarróbriga y Bocuntí bastaría para mantener a distancia a los salteadores y otros enemigos.

El único que no tuvo derecho a opinar fue el propio Turio. Si se lo hubiesen preguntado, habría dicho que no tenía el menor interés en ir con su padre a Fidóbriga para recibir lecciones de un viejo sacerdote al que nunca había visto. Además, el viaje rompería el estado de quietud en el que se hallaba, la dulce rutina de los juegos con los amigos, los paseos con Andaitía, las charlas con Ato, Dovidena y Antubelo, mientras el otro mundo que habitaba mantenía sus puertas cerradas y le permitía ser un niño. Incluso sin comprenderlo, necesitaba esa tranquilidad para recomponerse de las tensiones del año anterior. Fuerza y resistencia son cualidades que dan lo mejor de sí cuando se juntan, pero en Turio se hallaban disociadas. Su resistencia era física, mientras que su fuerza residía tan solo en el espíritu.

Por tanto, no se sentía entusiasmado al despedirse de la madre y el hermano, y eso pese a que era la primera vez que le ceñían una espada a la cintura, una espada forjada a su medida, no mucho más pequeña que las de los adultos, pues Turio era excepcionalmente alto para su edad. Pero su arma preferida seguía siendo la honda y no perdió la oportunidad de llevar una consigo.

Partieron de madrugada, en dirección al este, al encuentro de la embajada de Bocuntí, que debía reunirse con ellos al pie del monte sobre el que se alzaba dicha ciudad. En su inicio, el viaje transcurrió sin incidentes, y así seguiría para todos los viajeros menos para Turio. Su tranquilidad se vio perturbada antes de la cuenta por el simple hecho de salir de Tarróbriga en su primer gran viaje, integrado en una fuerza militar liderada por su padre. Pero en breve se vería perturbada de nuevo, y de un modo más dramático.

Avanzaba entre los guerreros, montado en el caballo que Caturó le había ofrecido. A su lado cabalgaba Ato que, aunque nadie se lo había pedido, había asumido la tarea de acompañarlo y velar por él. Charlaron, intercambiaron bromas y cantaron, o mejor dicho, el bardo cantó algunos de sus poemas, mientras que el muchacho lo acompañó solamente en los pasajes que ya conocía. Al cabo de un rato, sin embargo, Turio empezó a guardar largos silencios y su rostro se endureció en un gesto circunspecto y sombrío.

Ato lo notó y prefirió respetar el cambio de humor del muchacho. Nada habría dicho si este no hubiera preguntado de pronto:

—¿Dónde estamos?

Un tanto intrigado, Ato contestó:

—Todavía estamos en nuestro territorio. Vamos camino del río, que es la frontera que nos separa de Bocuntí.

—¿Qué río?

En su voz había una aspereza, un tono agudo que no era habitual en ella. Ato lo miró al replicar:

—El río Aleste, vaya una pregunta, eso te lo enseñé hace ya mucho tiempo. Si estuvieras allá delante, con tu padre, ya lo habrías avistado.

Y entonces, al ver que el muchacho palidecía, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Turio meneó la cabeza como queriendo decir «nada, no pasa nada». No era cierto: en su interior, en el cuerpo y el espíritu, la vieja lucha se había vuelto a desencadenar, las fuerzas durmientes se habían despertado, y una vez más se abría el vórtice negro que solo él podía ver, y el aire se llenaba de murmullos y Turio luchaba furiosamente por dominar la agitación que lo sacudía, por huir del vórtice. Todavía no, todavía no, imploraba en silencio a las divinidades rivales; todavía estoy cansado, tan cansado.

La columna alcanzó la margen derecha del Aleste y se detuvo para que Caturo y los notables que lo acompañaban hicieran una breve oración a la divinidad que dominaba el río. Después, todos lo cruzaron fácilmente, sin tener que buscar un vado, porque el estiaje había reducido mucho el caudal. Tal como había dicho el bardo, se hallaban ahora en territorio de Bocuntí. No tardaron en avistar a los primeros batidores de Ambato, quienes les informaron de que este los esperaba un poco más allá, en las lindes del bosque, donde podrían descansar un rato antes de retomar el viaje.

A medida que se alejaba del río, Turio se iba sintiendo mejor, un poco mejor tan solo, como si le hubiesen concedido una tregua para que pudiera recuperar parte de la energía perdida. Sin embargo, no volvió a conversar ni a cantar y, cuando al fin las embajadas de Tarróbriga y Bocuntí se reunieron y, al igual que sus compañeros, pudo apearse del caballo para adelantarse y saludar a su tío, las palabras le salieron con dificultad, casi le dolían al pronunciarlas. Lo dominaba una angustia que era al mismo tiempo rebelión. Durante aquel largo período entre dos estíos se había acostumbrado a ser un muchacho como los demás, o casi. Sentirse tocado de nuevo por los peligrosos dedos de la divinidad se le antojaba una recaída. No tendría que haber venido, repetía para sus adentros, todo empezará de nuevo, lo sé.

Caturo y su cuñado cambiaron saluciones y novedades, informaciones sobre la salud de los miembros de la familia —Cadriolo, el viejo coronero de Bocuntí, había enfermado diez días antes y su estado, según contó Ambato, le tenía algo preocupado— y también sobre la evolución de los cultivos, la pesca, las hazañas de caza. Los guerreros de ambos grupos se mezclaron y confraternizaron. Había lazos de parentesco entre muchos de ellos, derivados de incontables bodas. El reposo —para los de Tarróbriga, pues los otros seguían aún a las puertas de su casa— se prolongó porque no había prisa por reanudar el viaje, y de nada serviría exponerse a lo más fuerte de la canícula.

Cuando el calor cedió un poco, se pusieron en camino. Turio seguía ensimismado,

luchando contra sus fantasmas, y ni siquiera reparó en las miradas curiosas que le lanzaban los hombres de Bocuntí. Por las preguntas que habían hecho a los tarrobrigenses —¿cómo es que lleváis a un niño con vosotros?—, sabían quién era. Todos habían oído hablar del «pequeño augur», pero este ignoraba su interés, empeñado como estaba en apartar de sí las manos invisibles cuyo peso notaba sobre los hombros, las voces incorpóreas que le susurraban cosas ininteligibles.

Su esfuerzo era en vano, el malestar iba en aumento. A media tarde, aturdido y exhausto pero sin querer dar el brazo a torcer, hizo acopio de fuerzas para preguntar en un tono de voz lo más normal posible:

—¿Estamos cerca de otro río?

—Claro —replicó Ato—. Vamos a cruzar el Avus, y cuando lo hagamos habremos salido de las tierras de Bocuntí. Pero quizá tu padre y tu tío prefieran pasar la noche a este lado del...

Se interrumpió al ver que el muchacho estaba pálido como la cera.

—Debes decirme qué te ocurre, Turio. No entiendo el motivo, pero creo que estos ríos te hacen daño.

—No... no lo sé. Pero no se lo cuentes a nadie, por favor. Debería contarlo, pensó Ato. Tendría que adelantarme, hablar con Caturu. El muchacho no se encuentra bien, debe de estar enfermo, quizá alguna fiebre.

No bien había acabado de pensar esto, la voz de Turio sonó a su lado:

—No, no es una fiebre, y no estoy enfermo, es otra cosa... ¡pero no se lo digas a nadie, prométemelo!

Ato tardó unos instantes en comprender qué había ocurrido, y al hacerlo, retuvo el aire en los pulmones al tiempo que, instintivamente, hacía con la mano derecha un gesto de protección contra encantamientos y hechizos. Enseguida se arrepintió, pues quería a Turio como a un hijo, pero no pudo contenerse:

—¿Cómo has sabido lo que estaba pensando? ¡Eso es cosa de brujas!

El muchacho lo miró con aire sorprendido.

—¿Yo? Has sido tú el que ha dicho...

—Yo no he dicho nada. No he abierto la boca. Pero lo he pensado.

Turio se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Bueno, lo he oído. No tiene importancia.

Nada tenía importancia para él, en aquel momento, a no ser la batalla que estaba perdiendo. De hecho, había perdido también en buena medida la conciencia de cuanto ocurría a su alrededor. Había dejado de oír los ruidos —el resollar de los caballos, sus cascos golpeando la tierra, el tintineo del metal, los crujidos del cuero, las risas y las conversaciones—, y sus compañeros de viaje no eran más que vagas sombras que se movían lentamente. El propio Ato, que avanzaba pegado a él, escrutándolo con aprensión, no era sino un bulto de contornos difusos. Su única inquietud en relación con el momento presente se resumía en no caerse del caballo.

Llegaron a la orilla del Avus. Aún había luz suficiente pero, tal como Ato había

previsto, los dos comandantes decidieron que lo cruzarían al día siguiente, no solo porque preferían dormir una noche más en territorio familiar, sino también porque la travesía de un río como aquel exigía una ceremonia propiciatoria y era probable que, para cuando esta hubiera concluido, fuera ya noche cerrada.

Para entonces, el crepúsculo había tomado el color del oro viejo y las sombras de hombres y animales se alargaban en el suelo. Alguien —Ato, aunque él no acertó a reconocer su voz— dijo a Turio que podía desmontar, que pernoctarían allí, que debía reunirse con su padre para la ceremonia de homenaje al río. Las palabras no lo alcanzaban, se encontraba más allá de ellas, perdido en un éxtasis doloroso.

Envueltos en una niebla rubra y brillante, un hombre y una mujer (¿serían realmente un hombre y una mujer?) combatían, armados de espada y escudo. Los veía, pero no alcanzaba a distinguir sus rostros. Cada golpe, cada nuevo choque de las hojas, provocaba en su cuerpo un dolor violento. Intentó gritarles que pararan, que lo dejaran en paz, que lo estaban matando. Pero un nudo de hierro le cerraba la garganta, el aire no entraba ni salía. La niebla roja lo envolvió, lo tiñó de sangre.

Caturo y Ambato lo observaban con gesto grave. Con ademán algo torpe, su padre limpió con la mano el sudor que le perlaba la frente. Al verlo abrir los ojos, esbozó una sonrisa fugaz y se incorporó. Ahora, era el rostro ansioso de Ato el que se acercaba al suyo.

—¿Qué tal? ¿Ya ha pasado todo?

Turio asintió ligeramente con la cabeza, y no bien lo hizo todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Aun así, intentó levantarse. Lo más que consiguió, con ayuda de Ato, fue sentarse apoyado en el tronco del árbol junto al cual lo habían tendido. Ante sí, el Avus fluía despacio; más que verlo lo notaba, pues ya había oscurecido y las únicas fuentes de luz eran las hogueras que se sucedían a lo largo de la orilla.

—Deberías comer algo —sugirió Ato.

—No, todavía no. ¿Qué ha pasado?

—¡Qué ha pasado! —repitió Ato sin dar crédito a sus oídos—. Lo que ha pasado es que te has caído del caballo, estando parado, y te he cogido en el último segundo. Y luego... pero de eso te acordarás, supongo... No, ya veo que no. Has empezado a hablar. Por lo menos era tu voz, aunque me daba la impresión de que alguien hablaba por ti. Si quieres que te diga la verdad, no he entendido gran cosa. Primero, has anunciado una gran victoria sobre Roma y el surgimiento (esas fueron tus palabras exactas), el surgimiento de un jefe, un príncipe en definitiva, un coronero tan ilustre que el mundo jamás ha conocido otro igual. Hasta aquí, buenas noticias, aunque a decir verdad no coinciden con lo que sabemos que ocurrió en Turdetania, donde como sabes los lusitanos fueron aplastados por el ejército de un pretor...

Ato guardó silencio a la espera de una explicación por parte de Turio, explicación que no llegó. Cómo iba a darla, reflexionó. Al fin y al cabo, no es más que un niño, y

estaba inconsciente. En fin, será mejor contarle el resto; puede que su padre quiera interrogarlo al respecto.

—Esta ha sido la primera parte del discurso —prosiguió—. Después, has hecho una pausa y cuando has vuelto a hablar yo juraría que eras... que eras otra persona.

—¿De veras? ¿Y qué he dicho?

—Ha sido muy confuso —respondió Ato—. Algo del tipo «es inútil, el mundo ya ha cambiado y os arrastrará a todos en su cambio». Y también: aprended a volar con el viento nuevo, si queréis resurgir algún día. Estas no fueron tus palabras exactas, ya no las recuerdo, pero el sentido era este. Todos cuantos te han escuchado (y para entonces, como podrás suponer, eran muchos) se han quedado... intrigados. Y los de Bocuntí, asustados también. Incluso los que ya te conocían, pues nunca te habían visto en ese estado. Y ahora quiero que descanses. Voy a buscar comida, necesitas comer, aunque solo sea un trozo de pan y un trago de vino, si es que le queda a tu padre, porque yo solo tengo cerveza.

No muy lejos de allí, Caturó y Ambato comentaban asimismo lo que Turio había dicho durante el trance.

—Lo que me molesta de él —decía Caturó— es que no sea capaz de darnos un mensaje claro sobre los sucesos que están por venir. Hace un año, cuando vencimos a los de Etóbriga y ofrecimos los prisioneros a Bandúa, tampoco nos lo explicó todo. Siempre queda algo por aclarar.

—Así es el lenguaje de los adivinos —replicó Ambato entre risas—. Lo cierto es que ni mi padre ni tú sacáis mucho más en claro al echar los huesos y al examinar a las víctimas. Personalmente, lo único que no entiendo es lo que ha dicho al final, pero no pienso perder el tiempo pensando en ello. En cuanto a la derrota de los romanos, no negaré que creer en ella me resulta hartamente placentero.

Caturó emitió un gruñido escéptico.

—Me cuesta creerlo, después de saber lo que les pasó a los lusitanos.

—Pero ese desastre de los lusitanos —repuso su interlocutor, mirándolo con gesto expresivo— es algo que ya ha ocurrido. Pertenece al pasado, no al futuro. Y quién sabe lo que puede ocurrir en los días que están por venir. Además... —añadió, bajando la voz—, si ha acertado, ¿quién será ese tal jefe, tan ilustre que el mundo jamás ha conocido a ninguno igual?

La pregunta no exigía respuesta, era tan solo una llamada a la reflexión. Caturó creyó leer el pensamiento del cuñado: por las noticias que le había dado sobre la salud de su padre, no pasaría mucho tiempo antes de que Ambato lo sucediera en Bocuntí. Podría ser ese el surgimiento del jefe ilustre, era esa su esperanza. Prefirió no hacer comentarios porque, si dicha esperanza se hacía realidad, el equilibrio de poderes se vería gravemente afectado y Tarróbriga notaría las consecuencias. Para rehuir la cuestión, declaró:

—Las dudas que me han quedado después de escuchado, el día del sacrificio, son uno de los motivos que me llevan a Fidóbriga. No se refirió a los pueblos del este, y

me interesa saber qué pasa en esas tierras. Estoy seguro de que Celtio también ha invitado a algunos jefes del interior. Es posible que durante la asamblea lleguen a mis oídos algunos rumores...

Y, pese a sus reservas sobre el particular, no pudo evitar añadir, con un punto de ironía:

—Quién sabe... bien podría ser que el ilustre jefe se dé a conocer en esos parajes. Ambato se mordió los labios.

—No había pensado en el este —dijo, haciendo caso omiso de la alusión indirecta—. Tienes razón, nos conviene tener alguna idea sobre lo que está sucediendo por allá.

Eres muy joven, tienes mucho que aprender, pensó Caturó. Es fácil soñar con ser el jefe de muchos pueblos, pero antes hay que saber gobernar. Y gobernar también consiste en conocer y prever.

Al día siguiente, tan pronto salió el sol, Caturó y Ambato se purificaron con el agua del río y rezaron a la divinidad tutelar del Avus y a Nabia, señora de las aguas corrientes, suplicándoles que les permitieran la travesía. A continuación, lanzaron los huesos divinatorios, que arrojaron una respuesta favorable. Los guerreros se pusieron en marcha siguiendo el curso del río en dirección al vado.

Turio temía un nuevo trance en el momento en que cruzara el río, pero al parecer los dioses se habían apaciguado. El resto del viaje transcurrió sin nuevos incidentes, y volvió incluso a conversar y cantar con Ato. Solo entonces sintió la emoción, natural en un niño, de salir por primera vez de su tierra.

Celtio de Fidóbriga recibió con solemnidad a los jefes de los distintos pueblos, les ofreció la comodidad de los baños de vapor y agua fría, regalos, banquetes, partidas de caza. Además accedió enseguida a la petición de Caturó y lo llevó a la presencia del venerable Latrio, su padre, un anciano completamente calvo pero con una magnífica barba cana y los ojos de un azul tan claro que parecían casi blancos. El efecto de veras inquietante de estos quedaba compensado por su semblante tranquilo y una sonrisa amistosa.

El sacerdote de Coso de los fiduéneas escuchó al jefe de Tarróbriga y aceptó alojar a Turio en su casa mientras su padre estuviera en la ciudad, así como adiestrarlo en ciertos secretos reservados a los augures visitados por los dioses.

Habiéndose librado de esta preocupación, Caturó se dedicó en cuerpo y alma a conocer a los jefes y notables que ya se encontraban en Fidóbriga para participar en la asamblea. Oyó conversaciones, escuchó confidencias, verdaderas unas y falsas otras, trató de entender las amistades y hostilidades que unían o alejaban entre sí a los hombres allí reunidos. Tal como había supuesto, pesaban más las segundas que las primeras —agravios verdaderos o imaginados, rivalidades, rencillas familiares, robo de ganado—, las mismas disputas que conocía en su propia región. Ninguno de los

jefes presentes le pareció capacitado para asumir una supremacía que los demás pudieran aceptar libremente. No se había revelado el jefe ilustre en que Ambato pretendía convertirse pero que tampoco él podría llegar a ser.

Al cabo de pocos días, y puesto que solo faltaban dos de los invitados, se acordó dar inicio a la gran asamblea. En la llanura al pie del monte sobre el que se erguía la ciudad, se reunieron todos alrededor de la pineda consagrada a Coso el Ardiente, dios guerrero que protegía a los fiduéneas, y juraron olvidar las querellas pasadas para emprender una expedición que les brindara gloria, vastos despojos y seguridad para sus pueblos.

Latrio fue el oficiante. A su lado, serio y meditabundo, se encontraba Turio. No obstante, cuando la ceremonia llegó a su término, el gran sacerdote de Coso se dirigió a Caturu llevando al muchacho de la mano y le dijo:

—Debo pedirte que te lleves a tu hijo.

Caturu compuso una expresión severa.

—¿Qué ha hecho?

—Oh, nada de malo —contestó el anciano con una sonrisa—. Es un chiquillo tranquilo y bien educado, me cae bien, y hasta nos hemos hecho amigos, ¿verdad Turio?

El muchacho asintió en silencio.

—Sin embargo —prosiguió Latrio—, no puedo instruirlo. No es un augur.

Caturu abrió la boca, perplejo.

—Que no es un...

—Lo que quiero decir es que no es un augur como los demás. Y, a diferencia de lo que te dijo tu sacerdote, tampoco es como yo. Esto me resulta difícil de explicar. Tu hijo es... un recipiente de la divinidad.

«Soy un vaso», recordó Caturu, y protestó en voz alta:

—Eso ya lo sabía yo.

—Quizá. O mejor dicho, no lo pongo en duda. Lo que no sabes es hasta qué punto. Y a los dioses no les gusta nuestra ingerencia cuando están presentes... tan presentes como están en este muchacho. Lo cierto es que nada puedo enseñarle, créeme.

Tras un silencio durante el que Caturu digirió lo que acababa de escuchar, Latrio añadió todavía:

—En cuanto a tenerlo en mi casa durante el resto de tu estancia, nada me gustaría más porque, insisto, el niño me cae bien. Pero este hijo tuyo no es tan solo un recipiente de la divinidad, sino también un imán de la energía divina. Allá donde esté, nadie más podrá obtener la atención de los dioses. Desde que lo tengo cerca de mí, los huesos divinatórios se niegan a formar las configuraciones que también tú conoces, y las venas de las víctimas sacrificadas nada revelan. Por eso no me es posible tener noción alguna, por vaga que sea, del resultado de la reunión que está a punto de celebrarse, como tampoco he podido hacer vaticinios sobre las cosechas de

otoño. Las pociones sagradas que he preparado estos últimos días no pasan de infusiones y decocciones sin fuerza, inútiles. ¿Comprendes por qué te pido que te lo lleves?

Las trompas sonaron, llamando a los jefes a la asamblea. Caturó apenas tuvo tiempo de despedirse del sacerdote y dejar a Turio al cuidado de Ato. No quería perderse una única palabra de las que allí se pronunciarían, y sobre todo deseaba estar presente para ayudar a Celtio a establecer un clima de concordia.

Fue un trabajo duro y poco gratificante. La noche llegó sin que se hubiese tomado una sola decisión concreta. Peor aún, se desperdició todo el día en una discusión previa sobre la propia naturaleza de la afianza propuesta por el jefe de Fidóbriga. En opinión de Celtio, la confederación militar debía ser una fuerza permanente, siempre en estado de alerta; no apostaba por una ofensiva inmediata, argumentando que antes debían conocer las proporciones exactas de la derrota lusitana, así como la disposición de los túrdulos, al sur del río Durio —y de otros pueblos, como los arevacos y los vetones— respecto a los romanos. Sin embargo, para los jefes de Brácara, Cale y tres o cuatro ciudades más, esa noción era demasiado vaga y poco realista. Una afianza, argumentaban, se forma con un objetivo preciso e inmediato. Sin él, no tenía el menor interés. De hecho, ese había sido el juramento prestado ante el Peñón de Coso: olvidar las disputas para hacer posible una expedición conjunta.

Con gran dificultad, y solo merced a numerosos argumentos, Caturó, Celtio y el jefe de los seurbos de allende el Limia lograron que la asamblea aceptara al menos la conveniencia de una coalición cuya naturaleza y finalidad concreta habrían de discutirse al día siguiente. Durante el banquete que se ofreció a continuación, a la luz de hogueras y antorchas, Caturó luchó contra la fatiga para persistir en sus esfuerzos diplomáticos. Habló con todos los comensales, a los que intentó convencer de la importancia de un acuerdo, y al alba del segundo día, no bien había roto el ayuno, empezó de nuevo.

Ignoraba lo que le estaba reservado.

Los jefes volvieron a reunirse, y Latrio, a petición de su propio hijo, compareció para dirigir una oración a Coso de los fiduéneas en la que le suplicó que inspirara un acuerdo militar. Cuando estaban a punto de restablecer el debate, llegó uno de los dos jefes que aún no se habían incorporado a la asamblea.

Era Adrono, de Etóbriga.

Al verlo, Ambato se levantó de un salto. Caturó le sujetó el brazo, aunque también él pensaba en afronta y traición. Más experimentado que su cuñado, fue el primero en dominarse. Recomendó con insistencia a Ambato que contuviese su ira y se dirigió a Celtio, al que pidió hablar en privado. Ya a solas con él, le expuso la situación que había creado al invitar al jefe etobrigense.

Celtio se deshizo en explicaciones. Evidentemente, estaba al tanto de la guerra librada el año anterior, pero ¿acaso no había sido Caturó el primero en defender, la víspera, la necesidad de una gran reconciliación? Además, en el caso de que hubiera

una expedición, ¿cómo podría partir hacia el sur con sus hombres dejando tras de sí a una Etóbriga hostil y ajena a los compromisos adquiridos?

—Quizá tengas razón en ese punto —concedió Caturu—. Pero la cuestión principal no es esa. Lo que nosotros sufrimos no fue una simple afrenta, sino una invasión en toda regla, un intento de conquista. Aunque aceptara una alianza con Adrono, mis guerreros la rechazarían. Todo mi pueblo se levantaría contra mí, créeme.

Poco después, se supo que Tarróbriga y Bocuntí abandonaban la asamblea.

Esta abrupta ruptura enfrió visiblemente la cordialidad de Celtio. No obstante, era la única decisión posible: si Caturu y Ambato permanecieran por más tiempo en Fidóbriga, sus hombres se enzarzarían en una lucha con los etobrigenses, lo que casi con total seguridad obligaría a los demás a decantarse por uno de los dos bandos, con lo que la asamblea devendría una batalla campal. Por eso, Caturu insistió en partir de inmediato.

Ni que decir tiene que el ánimo reinante durante el viaje de regreso era bastante sombrío. El único que parecía contento era Turio. A diferencia de lo que había esperado, los días pasados en casa de Latrio habían sido agradables, y aunque se resistía a admitirlo, había llegado incluso a divertirse al ver la perplejidad con la que el viejo sacerdote constataba sus malogros en la preparación de pociones y ungüentos cuyas recetas conocía perfectamente desde hacía muchos años. Y también había sido bueno volver con su padre, ya que había pasado toda la estancia en compañía de Ato, explorando la ciudad.

El segundo día del viaje, cuando habían dejado atrás el territorio de los fiduéneas, los batidores que iban en vanguardia con la misión de explorar el terreno por el que pasaría la columna volvieron al galope para avisar a Caturu y Ambato de que se acercaba un numeroso grupo de guerreros. Las escoltas de Tarróbriga y Bocuntí adoptaron enseguida posiciones de combate, pero uno de los batidores, que se había quedado a la zaga para espiar los movimientos de la hueste extranjera, volvió entonces anunciando que había reconocido las insignias: eran los Guerreros, los Compañeros de Bandúa.

El encuentro se celebró al son de trompas y alegres gritos de saludo. Hacía ocho años que no aparecían, y se creía que habían sido diezmados en una de las muchas guerras que se libraban más al sur.

Aprovechando la confusión, Turio escapó a la vigilancia de Ato y se acercó a los recién llegados para verlos mejor, movido por la curiosidad. Nunca le habían hablado de aquella hermandad militar, e ignoraba que había estado en Tarróbriga cuando él tenía tan solo cuatro meses, del mismo modo que ignoraba lo que había hecho entonces, al oír el himno de guerra de los Compañeros de Bandúa.

Ya no era Arcio quien los lideraba. El viejo guerrero había muerto tres años antes,

no en combate, como hubiera deseado, sino por haber bebido agua emponzoñada. La hermandad se podía haber disuelto entonces, pero los hombres se encontraban en territorio hostil, su supervivencia dependía de la unidad que lograran mantener y habían decidido elegir a un nuevo jefe que los llevara hasta una región más segura. La elección había recaído en Tritio, un joven que había demostrado poseer dotes de mando. Y así, su elección, que había surgido como algo provisional, acabó por institucionalizarse.

Fue el propio Tritio quien narró este y otros sucesos. Añadió que, para él y los suyos, seguían vigentes los pactos de hospitalidad con las gentes de Tarróbriga y Bocuntí, y esperaba que los jefes allí presentes fueran del mismo parecer para que dichos pactos pudiesen ser formalmente renovados, lo que podría ocurrir allí mismo, si así lo deseaban.

Caturo contestó que se sentiría honrado y feliz. En cuanto a Ambato, declaró:

—Mi padre, Cadriolo, aún vive, o por lo menos así lo espero. No obstante, antes de que abandonara la ciudad, me dio poderes para hacer tratados y alianzas, por lo que yo mismo renovaré nuestro pacto en su nombre.

Caturo preguntó entonces cuál era el destino de la hermandad. Al oír la respuesta, Fidóbriga, su rostro se endureció. Contó entonces a Tritio lo ocurrido.

—Comprenderás —continuó— que la situación es delicada: he abandonado la asamblea porque no me era posible permanecer en ella, pero no me gustaría cortar relaciones con Celtio, lo que ocurrirá si atacas Fidóbriga, a causa del pacto que nos disponemos a renovar. Piénsalo bien: si atacas ahora, habrás de enfrentarte a los jefes de...

Tritio lo interrumpió:

—¡Pero nosotros no vamos a atacar Fidóbriga! La disputa que manteníamos con los fiduéneas se resolvió tras la muerte de Ardo. —Y guiñando un ojo, añadió en voz baja—: Fue mi primera victoria como jefe de los Compañeros de Bandúa. Quiero que toda esta región entre el Durius y el Minius sea, para nosotros, una tierra de acogimiento y seguridad después de cada expedición. No, Caturo: vamos a Fidóbriga porque Celtio me invitó a tomar parte en la asamblea que Ambato y tú habéis abandonado.

Pero Celtio nada le había dicho al respecto. En la conducta del jefe de los fiduéneas, Caturo empezaba a distinguir el cálculo, el juego, incluso la duplicidad de quien pretende la supremacía.

—Y es una lástima —prosiguió Tritio— que Celtio no haya sabido evitar ese incidente. Este es el momento ideal para atacar a los romanos, después de aquel increíble cambio de tornas que se produjo en el sur...

Se interrumpió al reparar en los rostros de Caturo y Ambato.

—Veo que todavía no lo sabéis.

Ambato contestó:

—Cuando partimos hacia Fidóbriga, sabíamos que los lusitanos estaban vencidos,

su hueste destrozada y los supervivientes cercados por los romanos.

—¡Así es! —exclamó el joven jefe—. Cercados y sin esperanza. Pero entonces uno de ellos, un hombre llamado Viriato, garantizó a sus compañeros que los llevaría a romper el cerco si lo elegían como jefe. Lo hicieron y cumplió su palabra. Y después, justo después, en lugar de retirarse hacia un lugar seguro, ¡atacó el campamento del pretor! Ignoro los pormenores, pero al parecer lanzó varios ataques por sorpresa hasta que logró atraer a las legiones hacia el terreno donde había preparado una emboscada, cerca de Tríbola. Una batalla en toda regla, que los romanos perdieron, así como perdieron al pretor, Cayo Vetilio, que cayó muerto. Cuando cruzamos el Munda, solo se hablaba de Viriato en toda Lusitania.

Tritio se calló. Casi se podía oír el silencio. Y, como si de un imán se tratara, todas las miradas de los guerreros de Tarróbriga y Bocuntí se concentraron en Turio.

La divinidad desconocida que había hablado por boca de Turio no había mentido: el mundo estaba cambiando. En el año que siguió al de la ascensión de Viriato, los ejércitos de Roma tomaron e incendiaron Cartago, su gran rival. El equilibrio de fuerzas en el Mar Interior se vio así perturbado y la República, liberada del principal obstáculo a sus proyectos imperiales, podía lanzarse a nuevas conquistas.

Sin embargo, por esas mismas fechas, el nuevo jefe lusitano derrotaba a los pretores Cayo Plaucio y Claudio Unimano, el primero en la Hispania Ulterior y el segundo en la Citerior. En muy poco tiempo, Viriato se convirtió en un flagelo para los romanos, que lanzaron contra él sucesivos ejércitos, todos ellos derrotados. Solo obtuvieron un pequeño desquite al cuarto año después del desastre de Vetilio: el cónsul Quinto Fabio Máximo Emiliano, enviado a la Ulterior al frente de diecisiete mil hombres, tuvo la sensatez de comprender que, pese a su superioridad numérica, no podía enfrentarse a los lusitanos con los soldados novatos que formaban el grueso de su ejército. Esquivó el combate tanto cuanto pudo, y prefirió incluso ceder algunas ciudades a perder la guerra en una ofensiva prematura. Esperó la llegada del invierno, durante el cual entrenó duramente a sus hombres. Mientras, su consulado concluyó, pero el Senado lo mantuvo en el gobierno de la Ulterior. Como procónsul, Emiliano poseía la autoridad suficiente para imponer también su estrategia al mando militar de la Hispania Citerior, por lo que, llegada la primavera, y siguiendo un plan conjunto, las fuerzas de las dos provincias emprendieron la guerra contra Viriato.

Este, derrotado en ambos frentes, se refugió en Baikor, pero ni sus efectivos habían sido aniquilados ni él se sentía desmoralizado. Esperó a que Emiliano fuese sustituido y, mientras tanto, se desvivió por ganar nuevos apoyos. En la Citerior logró convencer a belos y titos para que rompieran su alianza con los romanos y, más importante aún, incitó a los arevacos a la rebelión, muy especialmente la poderosa ciudad de Numancia. Después, entró él mismo en campaña y venció a las legiones de Pompeyo y Quincio. Y ahora ya no eran solo lusitanos los que luchaban bajo su mando: a la hueste se habían unido guerreros vetones y calaicos. La confederación proyectada por Celtio nunca llegó a tomar forma, pero muchas hermandades guerreras emprendieron el camino del sur para combatir bajo la insignia del hombre cuya fama había llegado hasta Roma e infundía pánico al mismísimo Senado.

Una vez más, la divinidad no había mentido a Turio: había, de hecho, un jefe ilustre en las Hispanias.

Después de aquella visitación, el muchacho obtuvo lo que tan desesperadamente había pedido: descanso. Durante cuatro años, las entidades del Otro Lado no se habían manifestado en él, quizá porque durante ese tiempo Tarróbriga vivió en un estado de paz relativa, al igual que Bocuntí, donde su tío fue consagrado coronero tras la muerte de Cadriolo.

Fue el último período en que Turio pudo creerse un joven como los demás. Aprendió a cazar, se entrenó en la lucha y el manejo de las armas, participó en los festivales religiosos —primero con temor, receloso de una nueva crisis, que no llegó— y se entregó a los juegos propios de su edad. La amistad con Andaitía no se debilitó, sino que seguían viéndose y pasando largos momentos juntos.

Y, en muchos de esos momentos, Turio sentía una emoción especial. A medida que crecía, su cuerpo despertaba. Y si bien aún no había alcanzado la pubertad, no por ello su agitación era menos intensa.

Era algo natural, lo sabía ya por Turaino y otros muchachos que también tenían hermanos mayores. Lo mismo les sucedía a todos, y al final de ese proceso habría de casarse y tener hijos. En eso no eran los hombres muy distintos de los animales: solo las yeguas sagradas que vivían junto a la desembocadura del río Tagus eran, según se decía, fecundadas por el viento sin haber conocido macho.

Turio sabía todo esto, pero no pensaba en ello. Al menos de momento, le bastaba con saborear —o sufrir, no estaba del todo seguro— la emoción.

Mientras tanto, cumplió los doce años, edad en la que debía someterse, como todos sus contemporáneos, al ritual iniciático de los baños sagrados.

Dominio exclusivo del sacerdote Boutío, como lo había sido antes de Tiomace, los baños eran semejantes a los de Fidóbriga y tenían la misma finalidad: lavaban los cuerpos, pero eran asimismo un santuario consagrado a Nabia y servían, en determinadas ocasiones, para lavar las almas, permitiendo a veces, a quienes eran lo bastante fuertes para soportarlo, un contacto directo con los dioses. La primera experiencia tenía lugar a los doce años, y eran pocos los que osaban repetirla.

El día de su iniciación, Turio se despertó más temprano de lo habitual, antes de que saliera el sol. Se quedó inmóvil, oyendo los ruidos de la madrugada: el canto de los gallos, los ladridos de los perros, el resollar del caballo preferido de su padre que se agitaba en el pequeño establo, al otro lado del patio.

A pesar de las historias que los chicos ya iniciados contaban a los más jóvenes para asustarlos, no temía lo que iba a pasar. Dudaba que pudiese compararse siquiera con lo que había sentido antes y después de las manifestaciones divinas que había recibido. Turaino lo había tranquilizado al respecto: «es solo una especie de vértigo», le había dicho, «quizá veas unas sombras... yo no vi nada, y creo que todo eso que se dice son invenciones». Sin embargo, Turio no las tenía todas consigo; su hermano era ostensiblemente impermeable a cualquier influencia de lo invisible. A los diecisiete años, su vida parecía definida con trazos claros: ante todo un guerrero, y después un padre de familia. De hecho, ya tenía novia, una muchacha de Argibai hermosa y de buen linaje.

Como si reaccionara ante estos pensamientos que tan directamente le incumbían, Turaino, que dormía al otro lado del hogar, cambió de posición y empezó a roncar.

Aunque Turio quisiera volver a dormirse no lo conseguiría, así que se levantó, se vistió y salió con cuidado para que la puerta de la casa no hiciera ruido. Mientras remoloneaba en la cama, el sol había trepado disimuladamente por el cielo; el día se anunciaba caluroso, sin viento ni nubes. En el momento en que el muchacho salió, la luz del sol inundó el patio, tiñendo de oro pálido las losas del suelo y las piedras del muro, al tiempo que realzaba el ocre de las casas. Durante un instante mágico, Turio se vio envuelto en luz.

Entonces se abrió la puerta de otra casa y su madre apareció en el umbral. Lucía su mejor túnica, toda bordada, y de sus orejas colgaban enormes arracadas de oro afiligranado. Además, se había puesto el gran collar que solo acostumbraba a usar en la fiesta del plenilunio. Madre e hijo se sonrieron a modo de saludo. Entonces oyeron el sonido de flautas y trompas en la distancia.

—Es la llamada —dijo Pelia—. Los baños están fistos, habrán empezado a prepararlos hace ya bastante tiempo. También tú debes prepararte. Ven conmigo.

Lo llevó hasta la cocina. Al entrar, con un gesto instintivo, Turio alargó la mano hacia un trozo de pan de trigo y bellota que descansaba en una vasija de madera, pero Pelia le sujetó el brazo.

—No. Todavía no puedes comer. Bebe un poco de agua, nada más.

Destapó un bote de barro en cuyo interior había guardado una pequeña cantidad de tierra negra amasada con mantequilla. Hundió un dedo en esta pasta y untó ligeramente las mejillas de Turio mientras murmuraba una frase ritual. Cuando terminó, él le enseñó las manchas y el polvo de su ropa:

—No me has dado nada más, he tenido que ponerme esto.

—Lo sé. Estás muy bien así. Cuando llegues allí tendrás que desnudarte y no volverás a usar esa ropa.

—¿Y qué más? ¿Qué más tendré que hacer?

Pelia negó con la cabeza, al tiempo que decía:

—Por ahora, no puedes saberlo.

Entonces entró su padre, adornado con las virias y la torques de oro, el gran casco de tres plumas en la mano derecha. Anunció que había llegado el momento de partir.

Al cruzar el patio encontraron a Turaino, que se había despertado con la música. Caturo le ordenó que saliera a ejercitar el caballo en cuanto acabara de comer, y que no se olvidara de limpiarlo tras el paseo. El joven asintió en silencio y guiñó un ojo a Turio.

—¡Hasta luego, hermanito! Cuando vuelvas, ya serás un hombre... ¡bueno, casi!

Abandonaron la ciudad por la puerta noble y bajaron por la falda del monte. Alrededor de los edificios de los baños se agolpaba una pequeña multitud, compuesta por los padres de los muchachos que habrían de iniciarse aquella mañana. En cuanto a los jóvenes, formaban un grupo reducido pero bullicioso al que Turio se unió. Los sacerdotes solo esperaban al jefe para dar comienzo a la ceremonia, por lo que Turio apenas tuvo tiempo de cambiar alguna palabra con sus compañeros de juegos. La

música no tardó en cesar, y el mayor de los acólitos impuso silencio con un grito.

Siguiendo las órdenes de los sacerdotes, los jóvenes —con alguna que otra colleja en el caso de los que se resistían a callarse— formaron una doble fila en la que, para su propia sorpresa, Turio quedó en la retaguardia, junto a Pintamo, un pelirrojo con pecas al que apenas conocía. Entonces, las puertas del recinto se abrieron y recibieron la orden de avanzar lentamente, al paso marcado por el acólito, que se había situado a la cabeza del cortejo.

Dentro del recinto, el espacio era reducido y estaba ocupado por los sacerdotes, amén de dos filas de muchachas, también de doce años y listas para la iniciación. Andaitía se encontraba entre las jóvenes; Turio y ella cruzaron una larga mirada, prometiéndose un encuentro, pero no aquel mismo día. La iniciación de las chicas tendría lugar por la tarde y no habría tiempo para reuniones. En aquel momento, las jóvenes solo debían recibir a los que llegaban entonando un cántico. Turio sabía ya que aquella tarde ocuparía el lugar de las chicas junto con sus compañeros, y cuando ellas pasaran cantarían un himno semejante, aunque no el mismo, que habían aprendido a lo largo de los días anteriores.

El cántico que ahora sonaba alababa a Nabia como señora de las aguas que corren, dispensadora de la fuerza que hace brotar el trigo de la tierra, Nabia de Tarróbriga, diosa de la Medialuna, Nabia la Terrible, protectora de las aguas fieras, Nabia la Compasiva que conduce las almas en el Más Allá. Y saludaba a los futuros iniciados, infundiéndoles coraje, recordándoles que serían guerreros y que aquel era el primer día de esa nueva vida.

Mientras, dos acólitos recorrían las filas transportando cestos que contenían pequeños panes de centeno —el centeno sagrado, cultivado exclusivamente por los sacerdotes en un terreno adyacente a los baños— y entregaban uno a cada muchacho con la orden de consumir el pan enseguida.

Mientras masticaba, Turio miró a su alrededor con cierta curiosidad. No vio gran cosa, más allá de las personas: a la izquierda, la fuente y el estanque para la inmersión en agua fría; ante sí, se erguía a cierta distancia una columna de humo que se elevaba muy recta en el aire detenido y, un poco más cercana, la puerta del edificio principal.

De este, no alcanzaba a ver sino la fachada, por lo que no podía tener noción de su profundidad. Más tarde comprendió que debía de tener una capacidad reducida porque, cuando por fin se abrió la puerta, entraron tan solo seis muchachos. Los demás se quedaron fuera, manteniendo la formación.

La espera fue larga y fatigosa, y los muchachos tenían el estómago casi vacío. De cuando en cuando, salían los iniciados en grupos de dos, totalmente desnudos y exhibiendo las marcas de la experiencia por la que habían pasado: unos caminaban con paso incierto, como si estuvieran enajenados, la mirada perdida; otros lloraban; había incluso quienes caminaban a trompicones, agitados por una risa nerviosa. Entonces los conducían al estanque, donde se zambullían. Al verlos, crecía la

inquietud entre quienes aún no habían sido llamados.

Por fin entraron los últimos seis, con Turio y Pintamo siempre a la cola. El primero se encontró de pronto en una pequeña sala con bancos corridos apoyados contra la pared sobre los que se amontonaban las ropas de quienes los habían precedido. Flotaba en el aire un desagradable olor a ropa sucia, impregnada de sudor y polvo.

Boutío, flanqueado por otros dos sacerdotes, estaba de pie en medio de la sala.

—Desnudaos y guardad silencio —ordenó.

La segunda orden era inútil, pues ninguno de ellos tenía ganas de hablar. Cuando se hubieron desembarazado de la ropa, Boutío les dio nuevas instrucciones: para empezar, debían volver a formar la doble fila, tal como habían entrado allí. Una vez hecho esto, pasarían a la segunda cámara, donde deberían sentarse, guardando siempre las mismas posiciones y absteniéndose de pronunciar una sola palabra. Llegado el momento, alguien los llamaría y al oír su nombre deberían adentrarse en la cámara de iniciación o primera cámara. A continuación les explicó el modo más fácil de hacerlo. Se quedarían en la primera cámara, tumbados en el suelo con los brazos cruzados sobre el vientre, a menos que la divinidad les ordenara otra cosa. Permanecerían allí hasta que los llamaran, o hasta que sintieran que no podían seguir allí por más tiempo; en este último caso, la iniciación no tendría el mismo valor, aunque se diera por celebrada, y solo recibirían las virias más tarde, cuando cumplieran catorce años.

Boutío guardó silencio. Los demás sacerdotes recitaron una larga oración en tono de salmodia. Al final, Boutío se dirigió al fondo de la estancia, abrió una puerta e hizo una señal a los seis muchachos.

La segunda cámara era muy similar a la anterior, y al igual que aquella también tenía bancos de madera. La única diferencia era que estaba saturada de vapor de agua, una niebla tibia que se adhería a la piel. En el lado opuesto a la entrada, la pared, hecha de un solo bloque de piedra, mostraba un pequeño hueco en forma de arco redondo que se recortaba a ras de suelo y por encima del cual había una gran talla. Era por aquel hueco por donde se escapaba el vapor.

Se sentaron, tres a cada lado. Apenas se veían los unos a los otros a causa del vapor, pero también —y sobre todo— porque la luz del día solo se colaba en la estancia a través de los estrechos orificios de ventilación situados junto al techo.

Al cabo de cierto tiempo, los muchachos empezaron a sentirse ligeramente aturdidos. A sus ojos, la sala se había hecho más amplia, como si la pared —en forma de círculo imperfecto, ya que la sección del fondo, por donde salía el vapor, era plana— se hubiese ensanchado. Tenían la sensación de que la cámara se había dilatado, lo que no dejaba de ser inquietante.

De pronto, la puerta se entreabrió y oyeron la voz de Boutío pronunciando el nombre de dos chicos que se encontraban delante. Estos cumplieron las instrucciones recibidas: para entrar en la primera cámara, de uno en uno, debían sentarse en el suelo

e introducir las piernas en primer lugar; luego, sujetándose con ambas manos a la talla excavada en la piedra, por encima del hueco, tomaban impulso e introducían el resto del cuerpo en el interior de la cámara.

Los cuatro que quedaron del lado de fuera los vieron entrar con movimientos cautelosos. Justo después, oyeron una suerte de silbido y la primera cámara liberó una nueva bocanada de vapor.

Habían perdido, todos ellos, la noción del tiempo. Turio apenas había reparado en que la bruma tibia empezaba a disiparse cuando la puerta se entreabrió de nuevo y Boutío nombró una vez más a sus compañeros, ordenándoles que abandonaran la cámara. Salieron con esfuerzo, los cuerpos cubiertos de sudor, el pelo pegado a las mejillas, la frente, el cuello, y mostraron cierta dificultad en levantarse. Dos acólitos fueron a buscarlos y se los llevaron rápidamente hacia el exterior. La puerta se cerró y, un instante después, volvió a entornarse. Boutío nombró a los dos siguientes. La escena anterior se repitió con una sola diferencia: cuando se les ordenó que regresaran a la segunda cámara, uno de los muchachos no obedeció. Había perdido el conocimiento. Un acólito se apresuró a sacarlo de allí tirando de los brazos y se lo llevó, inconsciente.

Llegó entonces el turno de Pintamo y Turio, quien por expresa voluntad de Boutío fue el segundo en entrar.

La cámara de iniciación era un compartimiento mucho más pequeño que el anterior, y en ella no había asientos de ninguna clase. En cambio, en la pared opuesta a la del hueco de entrada había una cavidad rectangular. Allí, sobre una parrilla de hierro, se extendía una gruesa capa de cantos rodados, sin duda cogidos a la orilla del mar. Por debajo de los cantos ardía una hoguera cuyo humo se escapaba por la parte de atrás, que era abierta pero no resultaba visible para quien se encontrara en el interior de la cámara.

A la altura del techo había un orificio ancho y destapado que servía para observar lo que ocurría en la cámara y poseía también otra finalidad: cuando los dos muchachos entraron, un acólito arrojó a través de él un buen puñado de granos de centeno y, tras unos breves instantes, vertió cierta cantidad de agua procedente de la fuente del santuario. Al entrar en contacto con las piedras calientes, el agua se transformó en vapor y el pequeño recinto se llenó una vez más de espesa bruma preñada con el intenso olor del centeno.

Turio dejó de ver a su compañero. Estaba solo a todos los efectos.

Se tumbó boca arriba. Respiró hondo, llenó los pulmones de bruma, tosió un poco. El ligero aturdimiento que había sentido en la segunda cámara se hizo más intenso. El techo de la sala se alejaba, el espacio volvía a dilatarse. La niebla se volvió más densa. Ante sus ojos bailaban sombras que poco a poco iban tomando forma humana. Un zumbido llenó sus oídos y fue aumentando de intensidad hasta adquirir la solemne armonía de un toque de trompa...

Envuelta en ese acorde interminable, una voz se hizo oír:

¡Turio!

La voz, de mujer, resonó en la estancia como si esta fuera enorme. Y entonces la vio, vestida de sombra, flotando entre el techo y el suelo, mirándolo fijamente con ojos brillantes, del color de la luz de luna. Y la reconoció, aunque no empuñara la espada con la que, cuatro años antes, se había enfrentado a un dios, disputándole su posesión.

Turio, levántate.

«A no ser que la divinidad ordene otra cosa», había dicho Boutío. Se levantó con dificultad, pues la cámara había empezado a rodar lentamente a su alrededor.

Turio, no me resistas. Me perteneces desde el día en que naciste, y antes incluso. Te he asignado una tarea y habrás de cumplirla, tarde o temprano.

Turio retrocedió. Una nueva ráfaga de bruma ardiente le envolvió el rostro. El sudor que le corría por la frente lo encegueció, y sin embargo seguía viendo a la mujer. Quién eres, quiso preguntar, por qué me persigues desde hace tantos años, qué tarea es esa, quién es el dios contra el que luchaste. Casi sofocado por el vapor, no logró articular palabra.

Pero la diosa lo escuchó.

Todo te será revelado, con o sin palabras. En este momento, debes saber tan solo que me perteneces. Recuérдалo cuando intentes escapar a mi dominio. Hoy, te pongo mi sello.

Dicho esto, alargó el brazo derecho. Turio tuvo la sensación de que su mano le rozaba la frente, y justo después un terrible vértigo se apoderó de él y un escalofrío helado le bajó desde la base del cráneo hasta los órganos genitales, que el joven cubrió instintivamente con ambas manos. Retrocedió hasta darse de espaldas contra la pared recubierta de agua tibia.

Sonidos, colores, murmullos, gritos, un segundo escalofrío helado, más fuerte, sacudiéndolo. Iba a caerse, pese a haber cerrado los ojos para resistir al vértigo... pero no: resbaló lentamente, siempre pegado a la pared, hasta quedar sentado en el suelo.

Cuando abrió los ojos, la visión había desaparecido y la bruma no era más que un velo transparente. A dos pasos de él, Pintamo, todavía acostado, el cuerpo reluciente de sudor, contemplaba con una sonrisa idiota los cantos, que volvían a acumular calor después de que el agua se hubiera evaporado.

Sonaron los nombres de ambos. Era Boutío, ordenándoles que volvieran a la segunda cámara. Pintamo no reaccionó. Turio, que ahora ansiaba respirar un aire libre de aquel olor cargado de humedad, lo sacudió por los hombros, lo obligó a sentarse y lo empujó hacia el hueco, a través del cual pasaron las manos de un acólito que tiró de él hacia fuera.

Turio rechazó su ayuda. Salió tal como había entrado, y por su propio pie se encaminó a la puerta del santuario y, una vez fuera, avanzó hasta el estanque de agua fría. En realidad, su resistencia solo se rompió cuando lo vistieron con una túnica

blanca y le colocaron una torques en el cuello y una viria en cada brazo. No bien lo habían hecho, levantó la cabeza bien alto, arqueó el cuerpo... y se habría caído hacia atrás si su padre no lo hubiese tomado en brazos.

Así lo llevó a casa. No fue posible despertarlo para que comiese, ni se levantó por la tarde para volver a los baños y recibir a las chicas con cánticos. Andaitía, que contaba con verlo, esperó en vano.

También a la mañana siguiente esperó en vano.

El sol ya iba alto cuando Turio se despertó, y si bien es cierto que su primer pensamiento fue para ella, el recuerdo de lo que había ocurrido en la cámara de iniciación se impuso enseguida a todas las demás ideas, llegando incluso a quitarle el hambre que sentía pese a haber pasado una noche y un día en ayunas. Solo por orden insistente y severa de su madre accedió a comer, pero no logró tragar más que un caldo de carne y Pelia no lo obligó a más, pues sabía que la iniciación en los baños provocaba extrañas reacciones.

Lo que Turio necesitaba, y con urgencia, era hablar con alguien, pero no con Andaitía ni con sus padres, ni tan siquiera con su hermano. Salió de la residencia en busca de Antubelo. No estaba en la ciudad, y su cuñada le dijo que se había ido a la playa el día anterior y seguramente había dormido ahí, en la cabaña de madera. Así pues, Turio se dirigió al establo grande de la familia, situado extramuros, donde estaba su caballo.

Cuando llegó a la cabaña, Antubelo volvía de pescar tres rodaballos. Se saludaron, y este dijo a Turio:

—Los dioses me han inspirado al hacerme pescar más de lo que podía comer. Esta vez Turio, el iniciado, me concederá el honor de compartir mesa conmigo. Tengo incluso algo de vino, como conviene a un futuro guerrero...

Se interrumpió al reparar en el rostro del muchacho. Finalmente, murmuró:

—Muy bien, ya me hago cargo. Venga, cuéntame qué te pasó en la primera cámara.

Turio se lo contó.

—Todavía me parece sentir aquel escalofrío, aquel hielo —dijo al final—. Fue lo peor de todo, porque a la presencia de los dioses ya me he acostumbrado. Eso y lo que dijo, que yo le pertenecía, que tengo una tarea que cumplir. ¿No basta con lo que me obligan a hacer cuando usan mi cuerpo?

El otro lo escuchaba al tiempo que pasaba el filo de un cuchillo sobre una piedra de afilar para limpiar el pescado. No habló después de que Turio concluyera su relato, como si reflexionara sobre la respuesta a aquella pregunta final, pero cuando al fin rompió el silencio no se refirió a ella:

—Yo soy un hombre sencillo —empezó—, y mi modo de verlo también lo es. A lo que me alcanza la memoria, tú fuiste consagrado a Bandúa en el año de la gran

guerra contra Etóbriga. Por tanto, el dios habrá de reclamarte. Quiere que seas un guerrero, como tu padre y todos tus antepasados.

—¿Y mi visión, lo que ocurrió ayer? ¿Debo resistirme a la diosa?

Antubelo se encogió de hombros.

—Yo no he dicho eso. Nabia es soberana, tanto como Bandúa. Pero las visiones que tenemos en la primera cámara son, ante todo, inspiradas por el centeno sagrado que los acólitos nos hacen comer y que lanzan sobre las piedras. Esas visiones no siempre son claras, y no siempre podemos interpretarlas del modo correcto. En tu lugar, yo dejaría pasar el tiempo, y mientras tanto prepararía el cuerpo y el alma para la guerra, pues es lo que todos esperan de ti. Si el centeno no te ha engañado, si la diosa te quiere bajo su dominio, intervendrá de nuevo...

Mientras esto decía, había empezado a escamar el pescado. Con un guiño de ojo, remató:

—Es pronto para que te preocupes por eso. Si algo aprendí mientras era esclavo de los romanos, es que de nada sirve intentar anticiparse a los designios de los dioses.

—¿Tienes hambre?

—Ahora sí —contestó Turio.

Ya fuera una secuela de la experiencia de la iniciación o por cualquier otro motivo, Turio no se sentía del todo tranquilo tras las confidencias hechas a Antubelo. Después de comer, este se fue a buscar su libro, que había dejado en la cabaña, se dispuso a leerlo y se ofreció incluso para traducir algunos pasajes. Turio le dio las gracias pero rechazó el ofrecimiento, alegando que necesitaba ejercicio. No mentía, ya que el largo sueño reparador —una tarde y una noche, ininterrumpidas— lo había dejado entumecido.

Dejó a Antubelo sentado a la sombra de un arbusto, sumido en el extraño mundo de la *Odisea*, y montó a caballo. Mucho después, al pasar al galope por delante de la cabaña por cuarta o quinta vez, vio que su amigo ya no estaba allí. Seguramente había regresado a la ciudad. En compensación, encontró a Dovidena.

Había envejecido visiblemente en aquellos cuatro últimos años. Ya no ardía en su interior la llama que había hecho vibrar a dos hombres bastante más jóvenes que ella, y que había llevado a uno de ellos a cometer un crimen. Las gentes de Tarróbriga decían que estaba perdiendo la cordura, quizá porque la veían hablando sola. Seguía encendiendo hogueras junto a la Roca Sagrada, y cuando Turio la avistó transportaba precisamente una brazada de leña menuda.

Turio desmontó, sujetó el caballo y se ofreció para ayudarla al tiempo que decía:

—Hace una tarde tan bonita, ni siquiera hay niebla... ¿a qué viene la hoguera?

Por entonces, ya le habían contado la historia de Dovidena, que tanto lo había intrigado de pequeño. En realidad, se trataba de algo muy sencillo: se había casado muy joven con Auledo, un joven guerrero de espíritu aventurero. Al cabo de tres

años, él se había hecho a la mar en un navío de guerra cartaginés que había ido hasta allí a reclutar hombres para luchar contra Roma. Se decía que le había prometido regresar en cuanto la campaña terminara. Pero no había vuelto.

Nada de extraordinario, por tanto. Los cartagineses solían reclutar en las Hispanias mercenarios para su ejército. De estos, unos morían en combate o de enfermedad, otros se buscaban una nueva familia y se quedaban en tierras de África, y otros acababan por regresar.

Solo la actitud de Dovidena podría calificarse de extraordinaria, porque no había aceptado la idea de que Auledo hubiese muerto o que, estando vivo, no regresase. Volvería por mar, tal como había partido, y por eso, para guiar al barco que habría de traerlo, encendía hogueras en los días de niebla o siempre que la bruma o la lluvia pudieran velar la tierra a los ojos de los marineros. La reacción de los vecinos ante su comportamiento —y, andando el tiempo, la de toda la población de la ciudad— había sido en un primer momento de compasión, luego de asombro y, con el pasar de los años, se había transformado en una suerte de sorda hostilidad ante una actitud que no comprendían. Las mujeres le reprochaban su obstinación, y aquellas que en sus mismas circunstancias se habían declarado viudas para volver a casarse sentían hacia ella un desprecio secretamente entreverado de malestar. Los hombres, sobre todo los solteros y viudos, consideraban un derroche y una ofensa tener entre ellos a una mujer tan apetecible que rechazaba todas las proposiciones.

Turio nunca le había dicho una sola palabra al respecto, y sentía confusamente que ese era el motivo por el que Dovidena lo quería tanto. Pero aquel día se había operado en él un cambio que aún no acertaba a explicarse y que lo llevó a tomar una decisión. Y formuló la pregunta: ¿A qué viene la hoguera?

Dovidena contestó tranquilamente:

—Porque sé leer el tiempo, sé que mañana vendrá del mar una niebla que cubrirá la playa. Y quizá llueva, también.

Entonces, sencillamente, el muchacho susurró:

—Escucha, quería saber... cuando él se marchó, yo aún no había nacido. Quería saber si, después de todo este tiempo, el dolor aún es muy fuerte.

No hizo, por tanto, la pregunta que ella detestaba oír y que la habría alejado, quizá para siempre: «¿por qué insistes, por qué no te das por vencida?». A sus palabras, Dovidena podía e incluso quería responder, porque necesitaba desesperadamente compartir todos aquellos años con alguien.

Hablándole como lo haría a un adulto, narró su historia. No como la ciudad la conocía, sino como era en su realidad íntima, la única que de veras contaba:

—Sí, el dolor es igual que el primer día. Trata de entender, Turio, amo a Auledo, mi marido, con un amor que nadie más ha conocido. No sé si te han dicho que era el joven (y era muy joven cuando nos casamos) más apuesto de toda esta región, y no solo de Tarróbriga. Si te lo han dicho no han mentado, pero eso es decir muy poco, casi nada. Nada dice sobre la luz de su mirada, su voz, su sonrisa, sus movimientos.

Como un dios perdido entre los hombres. Sí, lo amo, y él también me ama, de eso puedes estar seguro. Nadie entiende que me quiera y se haya marchado lejos, pero un dios no puede vivir aprisionado, comprendes. Sus pies lo llevan como el viento arrastra las hojas, sus pies tienen que pisar tierras distantes, solo así puede vivir en este mundo. Auledo nació con hambre de distancia, con sed de estar en varios lugares. Lo supe desde la primera vez que lo vi. Se lo dije y no lo negó, no mintió. Los de la ciudad, esos, mienten o han olvidado e inventan. Ahora dicen: Auledo te dejó al tercer año. Pero no fue así: partió varias veces, acudiendo a la llamada de la distancia. Partió y siempre regresó, y yo lo esperaba y me tomaba en sus brazos y reíamos y me llevaba entonces a la casa donde dormíamos. Por mí, habría tenido suficiente con verle el rostro y la risa. Lo demás era un añadido para mi cuerpo y nada para mi alma. Nunca un hombre, créeme, Turio, nunca un hombre hizo tan feliz a una mujer. Y sé que también yo lo hacía feliz a él, aunque pasado algún tiempo volviera aquella ansia y partiera de nuevo, porque esa era su naturaleza divina, Turio. Así fue nuestra vida durante tres años, y nadie ha tenido una vida igual.

Por unos instantes, solo se oyó el mar y las gaviotas. La voz de Dovidena tomó una nueva entonación al concluir:

—Los dioses pueden apartarse para siempre de nosotros, pero no mueren. Y él me juró que volvería a bordo de un barco, tal como partió. Por eso enciendo hogueras junto a la Roca Sagrada. Y tengo que darme prisa, pues necesito juntar toda la leña y dejarla lista para mañana, antes de que salga el sol. Y tú tienes que volver a la ciudad, porque no tardará en hacerse de noche.

—Voy a ayudarte —replicó Turio.

Un hombre enamorado de la distancia. Una mujer que lo quería como... no, no se podía añadir nada más: lo quería con un amor absoluto y el absoluto no admite otros calificativos.

Turio era demasiado niño aún para razonar en estos términos exactos, pero si no razonaba intuía. Conocer aquellos sentimientos de los labios de Dovidena había sido para él como desembarcar por unos instantes en otra tierra poblada de gentes y animales desconocidos. En el trayecto de regreso a casa obligó al caballo a avanzar a un paso más lento de lo que el animal hubiera deseado en cuanto captó el olor del establo y el forraje que lo esperaban. Pero necesitaba pensar. Se sentía perturbado por la fuerza con la que ciertas personas podían amar y se preguntaba ¿seré capaz de hacerlo, de amar así a los dioses, la guerra, los viajes a tierras lejanas y, ante todo, a una mujer? Cuando llegue el momento, ¿podré amar así a Andaitía?

Para cuando llegó al establo, sin embargo, ya había recuperado la serenidad. Tal como había dicho Antubelo, todavía era pronto, muy pronto. Solo tenía doce años.

Pero, al poco de entrar en la residencia, comprendió que en realidad no era tan pronto. Los padres lo llamaron a la casa noble para decirle que aquella misma tarde, mientras estaba en la playa, habían acordado su boda con Andaitía.

—Ella está conforme, se ha mostrado incluso muy feliz —dijo su padre. Y añadió, en tono de censura—: Solo nos falta tu respuesta, porque has estado ausente durante todo el día. ¿Y bien?

Turio tragó en seco.

—¿Tengo que casarme... ya mismo?

Era una pregunta tonta, comprendió enseguida, y solo la había hecho porque se sentía confuso. Caturo soltó una carcajada.

—Por supuesto que no. Solo cuando ambos tengáis dieciséis, diecisiete años. Pero los temas como este deben tratarse con tiempo, por eso debes contestar ahora: ¿quieres casarte con ella?

No había motivo para aquel nudo que le cerraba la garganta. Quería a Andaitía. De hecho, era la única muchacha por la que se sentía atraído, y lo sabía porque otras habían intentado acercarse a él y siempre las había esquivado. Bien mirado, su boda se había decidido mucho antes, cuando a los cinco años había echado las piedras en el juego de la adivinación.

—Sí, quiero. Lo deseo con todas mis fuerzas —contestó con sinceridad.

Lo que lo había asustado, pensó, había sido la idea de una boda inmediata. Una idea absurda, porque jamás había visto casarse a nadie de su edad.

Por eso no comprendió la agitación que le impidió dormir durante buena parte de la noche, ni los sueños desgarrados, sin sentido, que le ocuparon las cortas horas de sueño y lo dejaron exhausto al despertar de madrugada.

En cuanto salió el sol, se fue en busca de Andaitía. La encontró junto a su madre, hilando, y no bien la vio tuvo la sospecha de que las relaciones entre ambos se iban a ver alteradas.

Había ahora un sonrojo, un azoramiento hecho de miradas furtivas y sonrisas apenas esbozadas. Más embarazosa aún era la expresión risueña y cómplice de la madre. Por suerte, hubo de ausentarse, pues la yegua que había llevado hasta el patio de la residencia por estar preñada empezó el trabajo de parto y ella declaró que el animal necesitaba asistencia. O quizá quisiera darles una oportunidad para estar solos, oportunidad que aceptaron de buen grado. El parto de una yegua no era una novedad para ninguno de los dos.

Turio llenó el pecho de aire que liberó con ruido, en un suspiro exasperado:

—¡No me digas que a partir de ahora será siempre así! ¿Ya no podemos salir ni jugar lejos de tu madre?

La muchacha negó con la cabeza, riendo.

—Si no salimos ahora es solo porque tengo todo este lino por hilar. Todavía somos muy jóvenes, a ellos les da igual.

Turio dio por sentado que «ellos» eran el padre, la madre, los adultos en general.

—¡Qué bien! —replicó, aliviado—. Otra cosa: ayer no vine porque...

—Ya sé por qué —atajó la joven.

Turio también sabía cuál había sido la excusa que habían dado sus padres: no les había parecido adecuado discutir la futura boda de los hijos estando ellos presentes. Pero creía que esa mentira, buena para los adultos, sería una deslealtad para Andaitía, así que le contó la verdadera razón, que explicaba igualmente su ausencia en el santuario de iniciación de las chicas, cuando debería haberse integrado en el coro que había salido a recibirlas. Sin embargo, la verdad que narró fue parcial: no habló —sería incapaz de hacerlo— del extraño frío que le había dejado un recuerdo tan vivo en el cuerpo y el alma.

De todos modos, Andaitía recibió las explicaciones encogiéndose ligeramente de hombros. Nada de todo aquello tenía importancia; lo único que importaba era que, dentro de pocos años, se casarían.

—Yo ya lo sabía, pero está bien que nuestros padres crean que la idea ha sido suya. Está claro que no lo ha sido, es algo que decidieron los dioses. ¿Recuerdas lo que nos contaron, cuando éramos dos niños?

Sí, Turio lo recordaba. Y recordaba también una conversación en torno a la boda. Y porque la recordaba, se levantó diciendo:

—Tienes mucho que hilar. Puedo volver más tarde.

Andaitía le pidió que se quedara un poco más. Y, fatal como las decisiones divinas, Turio escuchó aquello que precisamente quería evitar:

—Ahora ya podemos hablar de ciertos asuntos. A mí me gustaría tener muchos hijos, ¿y a ti?

El joven se estremeció. Al igual que la primera vez, se vio rodeado por una niebla oscura que amenazaba con devorarlo. Y Andaitía se percató de que sus pupilas negras se dilataban y perdían expresión, al tiempo que ganaban un brillo duro y frío. Soltó la rueca y el huso, se levantó.

—Qué te pasa, dime qué te pasa —suplicó, temerosa de que la divinidad lo visitara y ella sin saber cómo actuar, ahí sola con Turio. Posó la mano sobre su brazo, le notó la piel helada, lo sacudió por los hombros, gritando su nombre.

Turio respondió a su llamada, sus ojos recuperaron el aspecto normal pero habló con dificultad, la voz embargada:

—Estoy bien, ya ha pasado, no tengas miedo. Estoy bien.

Instantes después, pidió a Andaitía que lo dejara partir y ella no protestó ni quiso saber la razón. Se limitó a darle un beso en la boca, el primero que le daba. De nuevo a solas, retomó el trabajo y pensó: antes de casarme tengo que aprender a impedir estas cosas. Los dioses no tienen derecho a utilizarlo de esta manera. Me lo han dado, y ahora es mío.

La posesión que Andaitía reclamaba tenía otros obstáculos naturales, además de las manifestaciones divinas. Unos días más tarde, Turio empezó a recibir la instrucción que se les daba a todos los chicos de su edad tras la iniciación, lo que equivale a decir que el entrenamiento en el arte del combate y el ejercicio de la caza pasaron a ser su ocupación regular y no una parte de los juegos propios de la infancia.

Las previsiones de sus padres se confirmaban: nunca sería un guerrero como su hermano, pues para eso le faltaba la fuerza muscular y la dedicación entusiasta de Turaino. Sin embargo, razonaba Caturó, aunque no fuera capaz de imponerse por la fuerza ni de tener a un grupo de hombres bajo su mando, podría al menos cuidarse a sí mismo y no dejarse matar en la primera escaramuza. Pelia estaba de acuerdo con él: en su fuero interno, sabía que la guerra no sería el destino de su hijo más joven, pero convenía que supiese defenderse, y con eso le bastaba.

Turio aceptó bien el cambio, que lo mantenía ocupado fuera de la ciudad durante la mayor parte del día, hiciese frío o calor, buen o mal tiempo. Si bien es cierto que no sentía el entusiasmo de Turaino, no lo es menos que demostraba una aplicación fría, calculada, en todas las pruebas, y apreciaba de veras las largas cabalgatas, sobre todo cuando Ato, que tenía a su cargo el entrenamiento de los más jóvenes, les permitía galopar por la playa, junto a la orilla del mar.

Pero, por encima de todo, aquella nueva vida lo ayudaba a olvidarse de sí mismo. Porque el aturdimiento que había sentido cuando Andaitía le había hablado otra vez sobre los hijos que tendrían no había sido solamente el resultado de la proximidad de un dios.

A partir de entonces, el miedo no dejó de acompañarlo. Al principio era un fantasma difuso, pero fue ganando contornos precisos durante los dos años siguientes, a lo largo de los cuales Turio entró en la pubertad y comprendió que le estaba vedado conseguir una erección plena.

Sin embargo, su cuerpo, que había despertado antes, no volvió a dormirse ni él perdió el interés por Andaitía, y se sorprendió incluso mirando a otras chicas con igual deseo. No obstante, era un deseo físicamente débil. Lo sabía por varios motivos: por haber visto cómo hacían los animales, por las conversaciones con los chicos mayores que él, por haberlos oído presumir de sus proezas sexuales, aunque sospechaba que muchas de ellas eran inventadas.

Y, peor aún, por una experiencia humillante, vivida cuando contaba ya trece años. Una madrugada, su hermano se despertó, miró por casualidad hacia el lado opuesto de la habitación y sorprendió a Turio intentando algo que nadie le había enseñado, que había aprendido por sí mismo, como todos los chicos, con la salvedad de que él nunca lograba terminar.

—¿Qué haces? —le preguntó con una carcajada—, pero ¿qué haces? Solo los niños lo hacen así, no da demasiado placer y te mancharás la ropa. Mírame, yo te enseño cómo se hace.

Apartó la manta hacia un lado, se deshizo de la prenda de dormir. Turaino nunca había necesitado grandes incentivos, aquel era el único campo en el que su imaginación se revelaba fértil y eficiente. Con la mano derecha se masajeó el pene mientras decía:

—Ves, así se hace. —El masaje produjo rápidamente el efecto deseado—. Y ahora, fíjate bien, la coges un poco más fuerte... presta atención, para que veas cómo se hace —añadió, porque Turio, que sentía el rostro en llamas, había apartado los ojos del órgano tumefacto del hermano. El climax también fue rápido: un chorro de semen, proyectado violentamente en el aire, cayó en grandes gotas sobre el suelo mientras Turaino emitía un sonido ronco, ahogado, para que no lo oyeran desde el exterior; ya tenía la práctica de pensar en tales pormenores.

»¿Has visto? Así es como se hace. Pruébalo. Yo voy a seguir durmiendo, que me he quedado cansado.

Se vistió, se cubrió de nuevo con la manta, se volvió hacia la pared. Y Turio, sin saber si su hermano se había dormido de veras, se sintió obligado a probar. Pero la erección no llegó. Exhausto y dolorido, y sobre todo temeroso de que su hermano aún estuviera despierto, simuló el orgasmo imitando el gemido sordo que había oído a Turaino. Después se levantó y salió al patio.

Aquel día, todos lo notaron, puso especial empeño, cierta rabia incluso, en los ejercicios marciales, hasta el punto de hacer verdadero daño al muchacho con el que

practicaba el combate cuerpo a cuerpo. Ato los separó, le habló con severidad y le impuso como castigo rodear corriendo la muralla por el lado externo. No podía imaginar la razón de aquel comportamiento tan inusual, pero intuyó que una carrera era justo lo que necesitaba. Decidió tener una charla con Turio al final del día, cuando fuesen a los baños de vapor —aunque no a la primera cámara—, pero el joven desapareció antes de que tuviera ocasión de llamarlo, y Ato cambió de parecer. Cuando alcanzaban aquella edad, los jóvenes se volvían difíciles, sujetos a súbitas angustias e impulsos violentos. Era el precio de su paso al mundo de los hombres, una suerte de segundo nacimiento cuyos dolores debían soportar sin pociones ni ungüentos que pudieran mitigarlos. Y aquel muchacho era especialmente reservado, de sobra lo sabía. Mejor sería dejarlo a solas con las divinidades y los espíritus que lo acechaban.

Llegó el invierno en el que Turio cumplió catorce años. El día del aniversario, su padre le regaló otro caballo, más veloz y fogoso que el anterior. La comida del mediodía se sirvió en la casa noble y todos bebieron en su honor. Después, por la tarde, se fue en busca de Andaitía.

Por una conversación que había tenido con Pelia había comprendido ya que, del mismo modo que la relación entre ellos se había ido alterando progresivamente tras el acuerdo matrimonial hecho por los padres de ambos, su décimo cumpleaños había provocado otro cambio, más profundo aún: ya no eran dos niños, no podían correr a solas por la ciudad y los campos que la rodeaban. Los contactos entre ambos serían formales y tutelados por las familias. Así pues, iba preparado para una visita ceremoniosa y, a ser posible, breve.

Fue, en efecto, ceremoniosa, hasta el momento en que Andaitía, que no había crecido solamente en edad sino también en astucia femenina, logró esquivar a su madre y a la mayor de sus hermanas durante unos instantes. Entonces se acercó a él y murmuró:

—Tengo un regalo para ti, pero no puedes enseñárselo a mi familia.

Sacó de la manga un amuleto: una presa de jabalí tallada que representaba la luna en cuarto creciente rodeada de una guirnalda de flores. Un cordón de cuero la atravesaba por un orificio situado en la parte más gruesa.

—Cuélgatelo al cuello, pero escóndelo debajo de la ropa —le advirtió—. No tengo nada más que pueda darte. Hace unos días, le dije a mi madre que el cordón se había roto y lo había perdido. ¡Deprisa, antes de que vuelvan!

Turio obedeció. Y, ajeno al inminente regreso de las mujeres, la abrazó largamente y la besó. Después, apoyó el rostro en su hombro para que no viera lo mucho que le había perturbado aquel beso. Se quedó así hasta que oyeron pasos. Solo entonces la soltó y, no bien encontró un pretexto, se despidió.

El amor, o lo que él creía ser amor, no lo habría turbado de aquella manera. Era

una ternura intensa, tan fuerte que se hacía dolorosa, mezclada con un sentimiento de culpa. Era también el sentirse acorralado por sus propias emociones y las de Andaitía, el hallarse prisionero, incapaz de huir a sabiendas de que aquel matrimonio no podría o no debería realizarse, a menos que él se curara de aquel mal cuyo nombre desconocía y para el que era incapaz de pedir auxilio a Boutío o a su madre. Y antes quería morir que verse al borde de los caminos, acechando a todo el que pasara, como era tradición entre los enfermos, para preguntarle si conocía un tratamiento eficaz. ¿De dónde iba a sacar valor para confiar en alguien?

Y sin embargo, necesitaba hablar, y pronto, antes de perder la cordura. Por eso, al salir de casa de Andaitía, se fue a buscar el caballo que había recibido como regalo y galopó hasta el mar.

La cabaña de Antubelo estaba desierta. Turio pasó por delante sin refrenar al animal. De todos modos, nunca haría una confidencia de aquella naturaleza a Antubelo, no había ido hasta allí para verlo a él. Su destino era la Roca Sagrada.

Como siempre, Dovidena cargaba leña. Con el paso de los años, en lugar de ir a menos su obsesión se había ido agravando, y ahora encendía una hoguera todas las madrugadas, hiciera el tiempo que hiciese. Pasaba todo el día en la playa, y a menos que lloviera también era allí donde dormía. Turio, que no la veía desde hacía tiempo, absorbido como andaba por el aprendizaje de la guerra y la caza, sintió un pequeño estremecimiento al percatarse, solo entonces, de que Dovidena se había convertido en una anciana. Al verla, un poco encorvada, no por el peso de la leña sino porque sus huesos empezaban a deformarse, se preguntó a sí mismo: ¿valdrá la pena? ¿No tendrán razón quienes dicen que ha perdido el juicio? Sin embargo, cuando desmontó y la miró a los ojos, los vio lúcidos.

Dovidena también lo observaba fijamente. Posó su carga en el suelo y murmuró:

—Bueno, bueno... el muchacho ha crecido y pese a ello sigue siendo guapo. Pero algo lo reconcome, podría jurarlo. Cuéntame, cuéntamelo todo.

Cogido por sorpresa, Turio todavía intentó algún rodeo mientras hacía acopio de valor, pero Dovidena lo interrumpió.

—Como sigas yéndote por las ramas —dijo—, acabarás por perder el coraje. Veo que te cuesta hablar, y por eso mismo, cuanto antes lo hagas, mejor. Cuéntamelo.

Y Turio se lo contó. Mientras lo escuchaba, ella iba asintiendo en señal de comprensión. Al final, sentenció:

—No debes atormentarte. Es algo que ocurre a veces. No creas que eres el único. Hay hombres hechos y derechos que... —Se encogió de hombros—. Para eso existen unas hierbas, solo hay que hervirlas en agua o macerarlas en cerveza, o mejor aún, en vino.

Turio conocía la existencia de dichas hierbas, y ya las había probado. Sí, pero ¿había tomado la cantidad necesaria?, inquirió Dovidena.

—Hasta vomitar. No, lo que yo me temo es que...

Se calló. Dovidena se sentó en la arena, le indicó por señas que se sentara él también. Cuando lo tuvo cerca, ordenó:

—Enséñamelo.

—¿Cómo dices?

—Enséñamelo —repitió ella, señalando fugazmente con la mano.

El muchacho notó que se ruborizaba, pero ni la voz ni la expresión de la mujer revelaba nada más que un puro interés de curandera, aunque no se dedicara a tal actividad. Obedeció con gestos lentos.

Dovidena se curvó ligeramente para observar mejor, mientras él pensaba: como nos vea alguien, no sabré qué decir, ni qué hacer. Por suerte, el examen fue rápido.

—Tiene un aspecto perfectamente normal —le aseguró Dovidena—. Si las hierbas de las que hemos hablado no han dado ningún resultado, solo te queda esperar hasta que ocurra. A menos que...

Turio se incorporó, la miró con insistencia:

—¿A menos que qué? Acaba, Dovidena.

A menos, concluyó ella con una sonrisa triste, que fuera cierta la convicción de Turio, la convicción secreta que no le había confesado: que fuera aquel el sello de la diosa, de acuerdo con la visión que había tenido en la cámara de iniciación.

Turio se levantó de un brinco.

—No. ¡No!

Dovidena siguió hablando en un tono suave, como si temiera que el mero sonido de las palabras le hiciera daño.

—Escúchame bien: si fuéramos seres totalmente perfectos seríamos dioses y no humanos. Y si te fijas bien en las cualidades de cualquier hombre o mujer, siempre encontrarás una mancha oscura en medio de la luz. Es el precio que tenemos que pagar. Yo fui una amante y esposa perfecta, Turio, tan perfecta que mi amante y marido era el objeto de todos mis deseos. A diferencia de las demás mujeres, no sentí la necesidad de tener hijos. Hasta eso me fue concedido, y se convirtió en un castigo. No tuve hijos, y hoy no tengo cerca de mí un solo fruto de Auledo, nada suyo a no ser el recuerdo, y con ese recuerdo tendré que vivir hasta que regrese.

—No. No es justo.

Apenas la había escuchado. ¿Qué le importaba, en aquel momento, la historia de Dovidena, en la que, por lo demás, no veía la menor similitud con la injusticia de la que era víctima?

—Escúchame, Turio: eres el hijo del jefe de Tarróbriga. Eres inteligente. Seguramente, el más apuesto de los muchachos de tu edad. Has nacido tocado por los dioses, te has ganado el respeto... (y en muchos casos, el temor...) de todo nuestro pueblo. Ves y oyes a los inmortales. Nabia de los tarrobrigenses te ha confiado una misión. Todo eso tiene un precio, y ahora sabes cuál es.

—¡No quiero oírte! —gritó él. Corrió hasta el caballo, montó y partió envuelto en

una nube de arena.

El mismo viento que le azotaba el rostro le iba secando las lágrimas.

—No quiero —repetía en voz alta, al ritmo del galope—, no quiero. Fui consagrado a Bandúa, él luchó por mí, él me ayudará. A cambio, moriré en combate, y cuanto antes mejor.

Aparentemente —solo aparentemente—, el dios respondió a su llamamiento.

El invierno había declarado una tregua en la lluvia y frío cuando los Compañeros de Bandúa llegaron a la ciudad. Aprovechaban la estación para reposar en tierras hospitalarias, mientras esperaban la llegada de la primavera para cruzar el Durius y reunirse con Viriato, quien según todos los indicios tenía por delante una nueva campaña, pues se decía que la República había enviado a un nuevo cónsul, Quinto Fabio Máximo Serviliano, al frente de otro ejército.

Como siempre, Tarróbriga sacó sus mejores galas para recibir a la huésped. Tras la bienvenida y el intercambio de regalos, Caturio ofreció en su residencia un banquete en honor de Tritio y sus notables: Vaucano, el lugarteniente, y Taporo, augur y curandero, amén de otros dos guerreros igualmente eminentes.

La casa ceremonial se llenó de luces, música y alegres conversaciones, mientras la comida circulaba según el orden prescrito. Hubo intercambio de noticias y rumores, y se contaron historias de caza, de guerra, de familias. Tritio, que a todas luces había consolidado su posición como jefe incontestado, habló de sus proyectos para aquel año. El vino corrió hasta agotarse, momento en que los comensales se pasaron a la cerveza. Empezaron entonces los bailes en corro, acompañados de flautas y cornetas.

Era la primera vez que Turio participaba en un banquete, al lado de su hermano. Cuando empezó el baile, se quedó sentado en el banco, no por timidez, sino porque esperaba el momento propicio para llevar a cabo la determinación que había tomado en cuanto la hermandad de Bandúa había llegado a Tarróbriga. También por este motivo, no había bebido más que agua, pues temía que el alcohol quebrantara su voluntad.

El momento que tanto ansiaba llegó cuando los bailarines, fatigados, regresaron a sus asientos y la cerveza volvió a llenar los vasos. Entonces, aprovechando el relativo silencio propiciado por el cansancio, se levantó y proclamó:

—Tritio, ya me conoces, me viste cuando ibas hacia Fidóbriga, tenía yo entonces ocho años. Hoy tengo catorce. Tritio, acéptame entre tus compañeros.

El silencio se adueñó de la sala. Aquella petición era un acto de rebeldía deliberado, pues Turio todavía se hallaba bajo la autoridad de sus padres. Las miradas de los invitados convergieron hacia Pelia y Caturio.

Esta bajó la cabeza. No se había borrado de su memoria aquel momento, catorce años atrás, en que su hijo, con escasos meses de vida, débil aún, y al que habían

augurado una existencia efímera, se había incorporado solo al oír el canto de guerra de los Compañeros de Bandúa. Ya sabía yo que aquello era una señal, se dijo. Pero hasta hoy no la he comprendido. Y, sin embargo, Turio sigue siendo muy distinto de su hermano, y no me lo imagino como un gran guerrero. Nunca lo he comprendido, pero ahora me parece un extraño.

La primera reacción de Caturu fue de irritación ante la impertinencia de Turio. El muchacho ya se cree un hombre, cree que nada me debe, tendré que darle una lección. Pero después recordó todo lo que había ocurrido, los trances, las visitaciones, los vaticinios. ¿Cómo saber cuándo es él quien habla o una divinidad? Si lo castigo, ¿estaré castigando a mi hijo o a un dios? Tritio rompió el silencio:

—Puesto que tienes catorce años, esa petición tendría que haberla hecho tu padre, a no ser que él te haya dado permiso para hablar en su nombre...

Para salvaguardar su dignidad —y de paso, la del propio Turio, o la del dios que quizá lo había inspirado— Caturu se apresuró a mentir:

—Así es. He preferido que fuera él quien se ofreciera para que no te sientas obligado a aceptar por cortesía. La idea no ha sido mía.

El jefe de los Compañeros pidió entonces a Turio que se acercara a él. Lo examinó atentamente y sonrió.

—Ante todo, me siento honrado por tu petición. Viniendo del hijo de un jefe tan ilustre como Caturu de Tarróbriga, es una señal de distinción...

Aquel comienzo no auguraba nada bueno y, en efecto, Tritio estaba preparándose para rechazar la petición:

—Pero todavía eres muy joven, Turio... y la respuesta es no. Seré sincero contigo, porque esa es la mejor forma de manifestar mi respeto. Nosotros llevamos una vida muy dura, más de lo que puedas imaginar, y no me refiero solamente a la guerra. Jóvenes bastante más fuertes que tú no han resistido a las enfermedades...

—¡Yo nunca me pongo enfermo! —interrumpió Turio, pero Tritio hizo caso omiso de su protesta.

—... al hambre y la sed que a veces, demasiadas veces, nos acompañan. Una cosa es que alguien aprenda a luchar y defenderse, a sí mismo y a los suyos, como sin duda es tu caso. Otra, muy distinta, es buscar la guerra y enfrentarse, como hemos hecho y volveremos a hacer nosotros... (así lo quiera Bandúa...) a los ejércitos de los romanos. Si te llevara conmigo, por ser quien eres, tendría que pensar constantemente en tu protección, y eso me resulta imposible. De todos modos, brindo por tu valor.

Apuró de un trago la escudilla de cerveza que sostenía con la mano derecha. Sus compañeros hicieron lo mismo, acompañando el brindis con gritos alegres. Todo muy decente, todo muy honroso y amistoso, lo que no impidió que Turio se notara las mejillas ardiendo, como si lo hubieran abofeteado. De todos los comensales, solo Vaucano pareció entender lo que pasaba por su cabeza, porque no bebió ni gritó, limitándose a esbozar una discreta sonrisa. Más tarde, cuando ya se retiraban, se acercó a Turio y le dio una palmada en la espalda.

—No te desanimas, muchacho —murmuró—. Algún día volveremos a Tarróbriga, y entonces, quién sabe...

Era un consuelo, pero no bastaba para curar la herida.

Los Compañeros de Bandúa partieron al día siguiente. Turio subió a la muralla para verlos y los acompañó con la mirada hasta la linde del bosque. Cuando los últimos caballeros desaparecieron bajo las copas de los robles, sintió que, al igual que la hueste, su vida se había perdido en las tinieblas.

III

LA ORILLA DEL OLVIDO



Los Compañeros de Bandúa se encontraban todavía entre los ríos Durius y Minius cuando Viriato, en la Bética, entró en combate con Quinto Fabio Máximo Serviliano. Roma había vuelto a enviar contra los lusitanos a uno de sus cónsules, que era además un buen general, y un ejército compuesto por dieciocho mil hombres de infantería y mil seiscientos de caballería. Pero este contingente, de por sí importante, contaba también con el apoyo de un cuerpo de trescientos caballeros y diez elefantes, enviados por un aliado de Roma, Micipsa, rey de Numidia.

El pueblo de Tarróbriga lo supo de un modo inesperado. Por orden de Caturio, una embajada se había desplazado a Cale para intentar resolver por las buenas una disputa entre ambas ciudades: los tarrobrigenses habían vendido cierta cantidad de oro —los de Cale tenían tan buenos orfebres como ellos mismos— y el pago acordado en forma de vino, artefactos de vidrio, cerámica y cueros se demoraba demasiado. Los deudores argumentaban que desde la destrucción de Cartago se había reducido el número de mercaderes que llegaban a la desembocadura del Durius y a los que solían comprar parte de dichos productos. Pero este argumento era poco convincente, ya que la ruina de los cartagineses había traído consigo un incremento del comercio con los gaditanos. De todos modos, fue esa embajada la que, a su regreso, llevó no solo un pago todavía parcial sino también noticias sobre los efectivos romanos llegados a la Ulterior.

Turio las escuchó cuando, al volver de una larga cacería, fue a descansar y a asearse en los baños de vapor. Le habría gustado evitar aquel lugar, pues le traía recuerdos aún recientes y demasiado dolorosos. Ahora estaba seguro de que el mal que lo aquejaba le había sobrevenido durante su permanencia en la primera cámara, en el preciso instante en que, en su visión, había recibido el sello de Nabia. No obstante, después de cazar o efectuar los ejercicios marciales, era incapaz de prescindir de un baño de vapor y agua fría, y tampoco habría podido hacerlo sin que su ausencia diera pie a comentarios. Aquel día, al entrar en la segunda cámara se encontró con Antubelo, que había estado de guardia en lo alto de la muralla. Fue él quien le transmitió las nuevas que traían los emisarios y que ya corrían por la ciudad.

Sentados lado a lado, respirando el vapor caliente, esta vez libre de los humos de centeno, ambos comentaron que los guerreros de Bandúa debían partir cuanto antes hacia la Bética, donde al parecer se encontraba Viriato, si querían tomar parte en la lucha.

—Lástima que me haya hecho demasiado viejo —apuntó Antubelo—, porque esta sería una buena ocasión para vengarme de quienes me esclavizaron y robaron tres años de vida. Además, me gustaría ver a los elefantes. Nunca he visto ninguno, quien me habló de ellos fue un hombre de Gadir que había estado en Cartago de joven.

Turio no sabía exactamente qué eran los elefantes. Antubelo se lo explicó, añadiendo:

—Por lo que he oído, son casi invencibles en campo abierto, porque los dardos apenas si pueden traspasar su piel, pero en terreno montañoso debe de ser otro cantar, y siempre cabe la posibilidad de cavar hoyos y poner trampas. Seguro que Viriato ya lo ha pensado.

Antubelo se había animado al hablar del combate que se estaría librando en algún lugar de la Bética, pero Turio, que recordaba cierta conversación, creyó ver en su rostro algo más que entusiasmo guerrero. No se lo dijo enseguida porque, en aquel espacio reducido y lleno de gente, era imposible hablar sin que los demás escucharan. Por el mismo motivo, guardó silencio mientras salían y se dirigían a la sala de agua fría. Solo más tarde, cuando enfilaron juntos el camino que conducía a la ciudad, observó:

—Todo ese interés por la guerra de los lusitanos... me pregunto si tienes realmente ganas de vengarte y ver los elefantes númeridos cayendo en las trampas, o si es que te gustaría ver de nuevo esas tierras en las que has vivido... no, no contestes, solo estaba pensando en voz alta.

Antubelo soltó una breve carcajada.

—Es peligroso hablar con un adivino —replicó—. La verdad es que ni yo sabría contestarte. Sé que prefiero vivir en libertad, de eso puedes estar seguro, pero al mismo tiempo... ya recito la *Odisea* de memoria y no me quedan más libros. Me gustaría tener otros. Me gustaba incluso aprender griego; empecé a estudiarlo en Gadir, pero entonces me surgió la oportunidad de embarcar. Y me gustaría volver a ver a ciertas personas que me trataron con amistad. Y me gustaría...

—¡Ya lo sé: comer cosas cocinadas con aceite en lugar de mantequilla!

—Te burlas —dijo Antubelo—, pero te aseguro que eso también cuenta. Y me gustaría beber más y mejor vino del que llega hasta nosotros.

—Hablas de beber y yo estoy muy sediento. Apretemos el paso.

Pero Antubelo, cuya casa quedaba casi pegada a la muralla, contestó que tenía buena cerveza y también carne de cabra asada, que la mujer de su hermano había cocinado aquella misma mañana. Turio no tenía por qué volver corriendo a casa. Y poco después, ya entre los muros de su vivienda, lo invitó a sentarse, trajo la bebida y le preguntó, entre dos tragos de cerveza, si no le gustaría a él también ver las tierras de allende el Durius.

—Lo que tú me quieres preguntar —corrigió Turio— es si sigo enfadado por el hecho de que Tritio no me aceptara entre los Compañeros...

Toda la ciudad sabía que el hijo más joven del jefe se había ofrecido a la hermandad de Bandúa y había sido rechazado. Antubelo había evitado hablar directamente del tema para no herirlo.

—La respuesta es que el enfado se me ha pasado, pero me siento triste. Es cierto que me da lástima no poder acompañarlos hasta la Bética. También a mí me gustaría

ver a los romanos, pero solo en el campo de batalla... y las ciudades donde viven, pero solo una vez que las hubiésemos conquistado.

Antubelo le contestó, o eso le pareció, pues vio cómo movía los labios, aunque no oyó sus palabras. No bien terminó de hablar, se sintió entumecido, aletargado por un sueño invencible que lo invadió sin aviso y sin resistencia por su parte. Esto es la cerveza, pensó, la cerveza después del baño de vapor. Le resultaba imposible mantener los ojos abiertos, necesitaba un breve descanso.

De pronto oyó una voz. Era un sueño sin imágenes. La voz hablaba en tono monótono, privado de entonación. No acertaba a comprender lo que decía.

Después, notó un peso en el hombro izquierdo, un peso que lo molestaba. Hizo un movimiento para liberarse, en vano. Abrió los ojos.

Antubelo apartó la mano que había posado sobre su hombro. Estaba muy serio, y parecía perturbado.

—¿Ya ha pasado? ¿Cómo te encuentras?

—No te preocupes —repuso Turio—, solo he cerrado los ojos un momento. El vapor caliente y el agua fría me han dado sueño. Pero sí, ya ha pasado, no tienes por qué preocuparte.

Lentamente, Antubelo contestó:

—No ha sido sueño, sino una visitación. Y no ha sido un momento, porque el sol casi se ha puesto ya.

Así pues, había vuelto a ocurrir. Turio se tragó la frustración y la rabia, que su amigo no habría comprendido. Tras un instante, preguntó:

—¿He dicho algo?

Antubelo señaló el díptico que descansaba en el suelo, a su lado. Las tablillas recubiertas de cera estaban casi completamente cubiertas de letras, esas señales misteriosas por las que Turio sentía aún cierto recelo.

—He tenido que resumir mucho —dijo, todavía despacio, como si le costara—, y no ha sido fácil seguir el habla con la escritura, no tengo costumbre de hacerlo. Pero aquí está lo esencial.

Se calló y se abstuvo de coger el díptico.

—¿Y bien?

Antubelo vaciló. De pronto, se encogió de hombros, cogió las tablillas y leyó: «No volveréis a ofrecer guerreros al ardiente Bandúa. Yo quedaré cuando todos hayan partido, yo, invicta y solitaria, pero no exigiré ofrendas. Vuestro trigo será segado y quemado. Ello es necesario para que haya una nueva siembra. No os opongáis a los segadores, pues ellos lanzarán a la tierra vuestro grano, más grande y fértil que hoy, aunque distinto».

—¿Yo he dicho eso?

El otro levantó la cabeza, lo miró de hito en hito.

—Si no lo has dicho tú, alguien lo ha hecho por tu boca... no, espera, aún no he terminado. Hay algunas palabras más, que te atañen directamente:

»“Turio, Turio, más importante que tus deseos es el sendero que he trazado para ti. Serás el último guardián del secreto. En ti he puesto mi sello...”. Esto es todo. Quiero decir, ha habido muchas más palabras, pero, como te he dicho, esto es un resumen. Sin embargo, al llegar a este punto has enmudecido y te has quedado muy quieto, tanto que he pensado que no respirabas, y eso ha durado bastante tiempo, hasta que me pareció mejor hacer algo para que te despertaras.

—La primera parte —dijo Turio tras un silencio—, no la entiendo demasiado, pero no me gusta. Y la segunda tampoco. El sello de Nabia. Sé perfectamente en qué momento me señaló... pero tú también lo sabes, te lo he contado. Entonces, me recordaste que he sido consagrado a Bandúa de Tarróbriga, lo cual es cierto. Y luego está todo eso de nuestro trigo quemado, de no oponernos a los segadores.

Antubelo sirvió más cerveza y bebieron. Mientras posaba su escudilla, el chico dijo con un hilo de voz:

—Tengo miedo, Antubelo. Tengo miedo, y no solo por mí.

—Los dioses hablan mediante enigmas. ¿Has aprendido tú a descifrarlos? Yo tampoco. Habría que consultar a tu padre, o mejor aún, a Boutío. Él sabrá qué significado...

Movido por un impulso, fruto de su propia voluntad o acaso del mundo invisible, Turio lo interrumpió:

—No. Es mejor no decirles nada. Es mejor que nadie lo sepa. Si la diosa así lo quisiera, habría hablado delante de Boutío, hemos estado con él hace poco, en su santuario.

—Si lo prefieres —replicó Antubelo—. Pero repito, es inútil e incluso peligroso sacar conclusiones de las palabras de un oráculo si no conocemos la clave que nos permite entender su verdadero significado. Así que no pienses demasiado en lo que acaba de ocurrir.

Cogió el estilo de bronce y, con el extremo achatado, empezó a borrar las palabras grabadas en la cera del díptico.

La primavera no tardó en llegar, y con ella un grupo de caballeros que los vigías avistaron a lo lejos, al galope, procedentes de Lanutai. Eran poco numerosos y dicha ciudad no había dado señal de alarma, de modo que nadie salió a cortarles el paso. No tardaron en reconocerlos: Tritio, Vaucano y Taporo iban en cabeza, y los demás pertenecían todos a la hermandad de Bandúa.

Tritio venía de mal humor. No bien echó pie a tierra, pidió que lo llevaran hasta Caturó. Este había salido de la ciudad. Pelia condujo a los tres notables de la fraternidad hasta la casa noble y, una vez allí, les dijo que su marido se encontraba en el santuario del Mar, adonde había ido con Turio para iniciar los preparativos de la fiesta en honor del dios. Quizá por eso el jefe de los guerreros de Bandúa se sentía menos agitado cuando Caturó llegó, y no se refirió enseguida a lo que le había

molestado.

Explicó que había enviado el grueso de su hueste hacia la orilla del Durius, y que sus hombres se disponían a cruzarlo tan pronto él se uniera a ellos. Añadió que la partida era urgente. La guerra en la Bética no había sido favorable a Viriato. Según las informaciones de que disponía, el lusitano había vuelto a dar muestras de una gran astucia y los romanos habían sufrido graves pérdidas —de hecho, el cónsul se había visto obligado a atrincherarse en Itucci—, pero sus efectivos eran muy superiores en número y Viriato no había tenido más remedio que batirse en retirada y refugiarse en Lusitania. Serviliano había tomado cinco ciudades de Beturia y luego, poniendo rumbo al sur, había entrado en Cineticum. Su intención era evidente: avanzar hacia el norte y entrar en las tierras entre el Tagus y el Anas a las que llamaban Mesopotamia.

—Ese es el motivo de nuestra premura —añadió Tritio—. Si el romano logra cruzar el Tagus... que la divinidad lo ahogue, si es que lo intenta... pero si lo logra, habrá entrado en Lusitania, y nosotros prometimos a Viriato que eso no ocurriría sin que el invasor pasara por encima de nuestros cadáveres.

Por último, planteó sus quejas. No contra Tarróbriga, sino contra los sacerdotes del Oráculo de los Muertos. Al oír esto, Caturó, que no se dejaba impresionar fácilmente, hizo un gesto para alejar a los espíritus.

Junto al monte de Lanutai había tres lugares sagrados, construcciones tan antiguas que nadie podía alcanzar a imaginar siquiera su edad. Cuando Turón el Fundador vivía, ya estaban allí: cámaras hechas con piedras gigantes, erguidas por gigantes. Para acceder a su interior, quienes podían hacerlo debían recorrer un pasillo también de piedra. Nada se veía desde el exterior, pues tanto el pasillo como la cámara estaban cubiertos de tierra.

Eran las tumbas de los primeros antepasados, a los que los dioses habían dado aquel país para que lo poblaran y les ofreciesen sus frutos.

Los sepulcros formaban un triple santuario servido por un cuerpo de sacerdotes, hombres misteriosos que jamás se presentaban en la ciudad ni recibían a los visitantes de buen grado. Los espíritus de los muertos hablaban a veces por boca del gran sacerdote cuando este los llamaba por sus nombres —nombres cargados de poderes mágicos que solo él conocía y que transmitía a su sucesor cuando sentía que la muerte se acercaba—, lo que solo ocurría en ocasiones excepcionales. Exactamente qué ocasiones, nadie lo sabía con seguridad, aunque se decía que debía tratarse de una gran calamidad. En cualquier caso, no se podía perturbar el descanso de los Antiguos por una cuestión cualquiera, aunque esta fuera importante.

Por todo esto, el santuario, conocido como el Oráculo de los Muertos, inspiraba temor a todos, y ni siquiera los etobrigenses al atacar Tarróbriga habían osado acercarse a él. Y ahora Tritio se quejaba de los sacerdotes.

—¿Has estado allí? —preguntó Caturó, sin acabar de dar crédito a sus oídos.

Sí, contestó el interpelado, ese era el único motivo de su presencia allí mientras la hueste seguía hacia el Durius. Había querido consultar al oráculo porque, al fin y al

cabo, la expedición que se disponía a iniciar era la más importante de su vida, pero la consulta le había sido negada, así como las ofrendas. Había recibido una respuesta negativa, y grosera, añadió.

Caturo negó con la cabeza al tiempo que se acariciaba la barba, que empezaba a encanecer.

—Nada puedo hacer por ti. No tengo autoridad sobre el oráculo. Ni yo, ni nadie. Ignoras, es evidente, que el gran sacerdote es un rey y tiene incluso ese título. Si yo intentara imponerle mi voluntad o reprimirlo, estaría cometiendo un sacrilegio. Creía que lo sabías.

Tritio no lo sabía y, ahora ya completamente apaciguado, lo lamentaba.

—Pero —añadió— también lamento que los Antiguos no quisieran oírme. Es importante saber si los romanos se dirigen al norte del Tagus, Además, todos mis compañeros y yo servimos a Bandúa, fuerte en la victoria...

Una voz juvenil sonó a su espalda:

—Quizá los Antiguos fueran hombres de paz.

Turio había entrado con su padre en la casa noble, pero se había apoyado en la pared y allí se había quedado, en un segundo plano, mientras los visitantes, demasiado preocupados para percatarse de su presencia, discutían sobre el Oráculo de los Muertos. En aquel momento rompió a hablar por impulso. Era un impulso consciente, pero su propia voz resonaba ligeramente dentro de su cabeza.

—Los Antiguos —apuntó aún— vivieron muchas generaciones antes de Turón, antes de las guerras, y solo usaban armas para la caza.

Caturo se aclaró la voz y comentó:

—Es posible que el muchacho esté en lo cierto, él ve y oye cosas que nos son desconocidas. —Después, volviéndose hacia Turio—: No sé si puedes hacerlo, pero intenta ayudar a nuestros huéspedes. Por mi parte, echaré los huesos divinatorios en su nombre...

Tritio intervino entonces: Taporo, ahí presente, ya lo había hecho sin obtener respuesta alguna. Entonces, viendo que Turio lo miraba fijamente, le dijo:

—Aun sin ser adivino, sé lo que estás pensando. Sigues deseando unirme a nuestro grupo, pero ya te he explicado los motivos de mi decisión, y créeme cuando te digo que no la he tomado solo por mí, sino también por ti. No vivirías mucho tiempo entre nosotros.

En efecto, no era adivino, y estaba equivocado. Por descontado, Turio seguía sufriendo a causa del rechazo y lo habría hecho feliz que lo aceptaran, pero lo que había en su mirada no era una súplica muda. En aquel momento leía el rostro de Tritio con tanta seguridad como Antubelo al releer su preciada *Odisea*. Y lo que en él leía le causaba un gran malestar:

—Olvida mi petición y escúchame: duerme en Tarróbriga esta noche. Mañana, cuando partas, avanza siguiendo la línea costera. No te alejes del mar hasta que llegues a la desembocadura del Durius.

Habló con su tono de voz normal, pues solo él oía el eco en su interior. Si hubiese entrado en trance, Tritio, que había oído incontables historias al respecto, lo habría creído. Así las cosas, pensó que el joven augur, en su afán por impresionarlo, hacía lo mismo que muchos otros, más viejos y respetables: cuando les fallaba la inspiración divina, la simulaban. Para no ofender a Caturro, fingió aceptar parcialmente el consejo. Contestó que tomaría el camino de la costa, aunque eso le supusiera un retraso, ya que la hueste lo esperaba río arriba, mucho más allá de Cale, pero que por ese mismo motivo no podía perder más tiempo. Con su reducido grupo y sin apenas bagaje, podría cubrir una distancia razonable aquella misma tarde.

Cuando salieron de la casa noble, Vaucano esbozó una breve sonrisa al pasar junto a Turio y murmuró:

—Has hecho lo que has podido. Paciencia.

No estaba tan seguro como Tritio, pero también se le había ocurrido la posibilidad de que Turio hubiese inventado aquella advertencia.

Los hombres de Bandúa partieron. Quien los observara desde lo alto de la muralla vería que no se dirigían al mar, sino que tomaban la dirección de Fidóbriga, lo que les permitiría alcanzar el Durius siguiendo un itinerario oblicuo por el interior.

Cinco días más tarde estaban de vuelta, y algunos venían heridos. Tras dejar atrás las fronteras de Bocuntí, habían caído en una emboscada. No sabían quiénes eran los atacantes —salteadores, probablemente, cinco de los cuales habían muerto en combate, y los demás habían huido—, pero Tritio había recibido un dardo en pleno pecho. Había sido la única baja sufrida por el grupo. Traían su cuerpo para prestarle las últimas honras.

Después del funeral, Vaucano mantuvo una conversación privada con Caturro, durante un largo paseo por los campos sembrados que rodeaban la ciudad. A su regreso, buscó a Turio.

Lo encontró en la residencia familiar: venía de entrenarse en el arte del combate y estaba bañado en sudor, por lo que se disponía a acudir a los baños. Vaucano fue directo al grano:

—Como supondrás, no teníamos ninguna necesidad de volver a Tarróbriga, y cuanto más tiempo dejemos a la hueste en el Durius, peor. Hemos vuelto porque tenías razón al avisar a Tritio, y yo pienso... Taporo también opina como yo... que debes unirse a nosotros.

—Pero yo no soy un buen guerrero... —replicó Turio, y añadió rápidamente—: No es ironía, y no me estoy haciendo de rogar. Tritio debía de saber lo que decía, es posible que estuviera en lo cierto y no quiero ser un lastre para los Compañeros de Bandúa.

Estaba siendo sincero. Había pensado en el tema durante los últimos días, lo que no había contribuido a mejorar su estado de ánimo. Mientras hablaba, se iba quitando

la ropa, húmeda de sudor, para enfundar la sencilla túnica que solía vestir cuando se dirigía a los baños. Lo hizo adrede delante de Vaucano, para que este pudiera apreciar su constitución física. El ejercicio constante lo había fortalecido, pero todas las previsiones hechas durante su infancia se confirmaban: no había ganado en volumen ni solidez, lo que era en cierto sentido un prodigio, teniendo en cuenta la vida que ahora llevaba. Conservaba su aspecto de adolescente frágil y, aunque su fragilidad fuese más aparente que real, estaba claro que, en combate, jamás podría hacerse valer por la fuerza, sino solo por la agilidad.

Vaucano comprendió lo que quería enseñarle, pero se encogió de hombros.

—Tritio era nuestro jefe y nuestro mejor guerrero, y míralo ahora. Sus cenizas ni siquiera reposan en la tierra que lo vio nacer. No voy a mentirte: te queremos sobre todo como augur... y algo más.

¿Algo más?, preguntó el muchacho, frunciendo el ceño. Entonces, Vaucano le habló de Taporo: era él quien les leía los presagios, pero también conocía hierbas mágicas y las usaba para tratar heridas y enfermedades, lo que era muy importante para una hueste en campaña. Pero, por encima de todo, Taporo era el poseedor de algo que la hermandad conocía como el secreto de Bandúa.

—¿Un secreto? ¿Como los nombres de los primeros antepasados, al pie del monte de Lanutai?

—No lo sé. Solo él lo conoce. Arcio también lo conocía y nos dijo muchas veces que un día, cuando todo pareciera perdido... hablaba de la guerra, claro... el secreto sería nuestra única defensa. Pero Arcio, al morir, solo lo transmitió a Taporo, que a su vez tendrá que transmitírselo a alguien antes o después. —Y añadió—: Tritio tendría que haber comprendido el gesto inesperado de Turio, al ofrecerse a la hermandad de Bandúa, como una clara señal de que había surgido un nuevo portador del secreto. Sin embargo, era un hombre poco sensible a las cosas sagradas. Quizá su muerte fuese un castigo.

»Y de este modo, Turio, no hace falta que te ofrezcas de nuevo. Soy yo el que te propone que nos acompañes...

—¿Cuándo partimos?

Vaucano sonrió y trató de contener su entusiasmo con un gesto de la mano.

—Espera, he dicho que no quería mentirte, así que debo advertírtelo: hay un riesgo. Tritio me eligió como su sucesor, pero la decisión final pertenece a la hueste. Los Compañeros de Bandúa pueden rechazarme, preferir otro o incluso decidir volver a sus tierras. Si eso ocurre, me comprometo a acompañarte de vuelta a casa, y creo que Taporo también vendrá porque le caes bien, pero seremos solo dos.

Turio replicó repitiendo la pregunta:

—¿Cuándo partimos?

—Lo más pronto posible. Después de lo ocurrido, prefiero que seas tú quien me lo diga, y también la ruta que debemos tomar...

El muchacho se encaminó a la puerta al tiempo que contestaba:

—Mañana, de madrugada. Por el camino que gustes.

Desde el santuario de Nabia galopó hasta la playa. Dovidena estaba sentada junto a la Roca Sagrada. Al reparar en las profundas ojeras que le surcaban el rostro, se preguntó si no estaría enferma.

(Quién sabe si vivirá aún cuando yo vuelva a Tarróbriga; quién sabe cuándo volveré. Quién sabe si volveré. Será mejor que no vuelva).

—Así que te vas —dijo la mujer—, te vas con los Compañeros de Bandúa. Juraría que no es ese tu destino. Has sido reclamado por la Señora de las Aguas.

Turio protestó:

—Antes que eso también fui ofrecido a Bandúa.

—Por voluntad de tu padre. Pero Nabia te eligió por su propia voluntad. ¿Cuál de las dos vale más?

Turio la corrigió: no había sido por voluntad de su padre. Todos los varones eran ofrecidos a Bandúa. La ley, o costumbre, venía desde los tiempos de Turón, y Dovidena no lo ignoraba. Pero después, abandonando súbitamente el tono tajante de sus últimas palabras, añadió en un susurro:

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Qué alternativa me queda? Bien sabes de qué te hablo, eres la única que lo sabe.

Entonces Dovidena se levantó y fue a abrazarlo.

—¡Mi pequeño Turio, eres poco más que un niño y qué difícil es ya tu vida! No me hagas caso, soy una vieja tonta, odio ver partir a los hombres a los que amo, y por eso te hablo así. Si Nabia te ha impuesto su sello, nada podrá quitarlo. Si la diosa tiene una misión para ti, la cumplirás, así sea combatiendo junto a los Compañeros. Quizá sea una forma de obedecerle.

Al regresar a Tarróbriga, se despidió de Antubelo, de Ato y de los amigos de su edad. Le quedaba lo más difícil.

Su madre ya lo sabía, evidentemente. Caturó había hablado con ella. Aun así, le costó abordar el tema. Empezó diciendo, en un tono evasivo, que la verdadera despedida tendría lugar a la mañana siguiente, pero Pelia lo atajó:

—No. De madrugada todavía estaré en el santuario.

Turio se mordió los labios, azorado. Había olvidado que, aquel año, la fiesta de la luna llena tendría lugar antes del gran festival del mar, y que la fecha señalada estaba muy cerca. Como siempre, su madre debía participar durante tres noches seguidas en las oraciones, danzas y cánticos. Aquella sería la primera de esas tres noches. Se le ocurrió que Nabia le habría hecho olvidar para amargarle la partida.

Pelia prosiguió:

—No reprocho tu decisión, aunque crea que Tarróbriga te necesita más, a ti y a los poderes que en ti reposan, que los Compañeros de Bandúa. Pero tu padre ha echado los huesos divinatorios en tu nombre y el resultado ha sido favorable...

De pronto, se calló.

La partida de su hijo, especialmente de aquel hijo, la destrozaba por dentro y

necesitaba dominarse. Era la esposa del jefe supremo de Tarróbriga, nieta, hija y hermana de gobernantes de Bocuntí. Pero en aquel momento le costaba mantener la calma. Siempre había hecho lo posible por ocultar a los demás que Turio ocupaba un lugar especial en su alma. No siempre había logrado ocultar esa preferencia, como cuando, nada más nacer, lo había ido a presentar a Turón, y la marca de su mano aún se encontraba en la casa noble, bajo una alfombra de lana. De pronto, recordó también aquella otra fiesta del plenilunio, diez años atrás, en la que Turio había desaparecido y lo habían encontrado en lo alto de la muralla, adonde habría acudido, sin duda, siguiendo la llamada de la diosa a la que ahora abandonaba.

Y no era solo la diosa a la que abandonaba:

—Tienes una novia. ¿Acaso no has pensado en ella? ¿No vas a despedirte?

(No pienso más que en ella últimamente. Es por ella que me marchó... no, es por nosotros dos. Si muero en combate, y haré cuanto esté en mi mano para que así sea, todo acabará bien, sin deshonra ni vergüenza).

Pero eso no se lo podía decir a su madre.

—Las despedidas entre novios dan mala suerte —contestó—. Te pido que lo hagas por mí.

Al besarlo, Pelia se estremeció, y por un momento temió no ser capaz de contenerse. Se apartó del hijo y se encaminó rápidamente a la casa, donde ya tenía listas las vestimentas propias para la vigilia en el santuario.

Turio se levantó antes del alba para preparar la impedimenta y el caballo. Los hombres de Vaucano también se disponían a partir; oía en la distancia los cascotes de los caballos sobre el empedrado, junto a la puerta grande de Tarróbriga.

Aunque se habían despedido la víspera, Ato lo buscó en el establo, y le hizo incontables recomendaciones sobre los cuidados que debería tener durante los viajes, sobre cómo debía combatir y —lo que lo obligó a disimular una sonrisa amarga— sobre el modo en que debería tratar a las mujeres extranjeras que sin duda tomaría cuando conquistaran una ciudad.

Insistió también en acompañarlo hasta que se uniera a Vaucano, pero cuando ya tenían la puerta a la vista, se detuvo en seco y refunfuñó:

—Será mejor que sigas tú solo. Suerte, muchacho.

Se marchó sin darle tiempo a replicar. Había visto antes que Turio el pequeño bulto que se acercaba y cuya vestimenta blanca resaltaba bajo los primeros rayos de sol. Era Andaitía.

Turio sintió que le flaqueaban las piernas. Tuvo la certeza de que su madre había avisado a la muchacha, seguramente cuando había salido para dirigirse al santuario de Nabia. No es justo, pensó. Voy a partir con una escena de lágrimas y reproches (merecidos, le susurró una voz interior).

Sin embargo, Andaitía no dijo nada de lo que él temía escuchar. Se acercó a él y lo abrazó mientras murmuraba:

—Da mala suerte llorar. Solo te pido que vuelvas...

—¡Quiero volver! —mintió él.

La muchacha se apartó un poco para poder mirarlo a los ojos.

—Tienes tres años por delante. Nos casaremos cuando tengamos diecisiete. Es una buena edad, ¿no crees?

Necesitaba decir algo. Titubeante, farfulló:

—Sí, es una buena edad, diecisiete años, es lo acordado. —Y entonces, movido por un impulso, añadió—: Escucha, si no vuelvo es porque he muerto en la guerra. Si eso ocurriera, te enterarás, te lo prometo. Y quedarás libre.

—No. Volverás.

Lo besó largamente y huyó. Corría tan ligera que sus pasos no se oían, ahogados por el ruido que los viajeros hacían a escasa distancia de allí.

Faltaba un día para que llegaran al Durius cuando hicieron un alto en el camino para descansar, y fue entonces cuando Vaucano mandó llamar a Turio y se alejó con él, llevándolo hasta los límites de una castañeda. Una vez allí, le preguntó si la expedición le estaba resultando demasiado dura. Turio sonrió.

—Soy menos frágil de lo que crees, Vaucano. Es cierto que nunca, hasta hoy, había hecho un viaje tan largo...

—Y no hemos hecho más que empezar.

—Lo sé —prosiguió Turio—, pero recuerda: cuando viniste a invitarme, acababa precisamente de volver a casa después de los ejercicios. Esa era mi vida diaria en Tarróbriga. Estoy preparado para esto y mucho más. Por no decir que he descubierto que me gusta viajar.

A continuación, Vaucano le preguntó si se llevaba bien con Taporó, en cuya compañía había hecho el itinerario hasta el punto en el que se encontraban.

—Taporó —contestó el muchacho— es un maestro muy exigente, pero lo aprecio. No me deja descansar demasiado cuando nos detenemos; tengo que ayudarlo a cuidar las heridas de aquellos que fueron alcanzados por los salteadores, y nos internamos en el bosque para buscar hierbas. No me quejo, muy al contrario. Por favor, dispénsame el mismo trato que concedes a todos los demás.

Vaucano estalló en una carcajada ruidosa.

—¡Que el Cielo y la Tierra me asistan! Los demás no son íntimos de los dioses. Ahora escúchame con atención: mañana, según mis cálculos, nos uniremos a la hueste. Ya te he hablado de este tema, pero tengo algo más que decirte. El encuentro con nuestros compañeros será un momento... delicado. Llegamos con la noticia de la muerte de Tritio pero sin su cuerpo, delante del cual hubieran querido batirse en la celebración de los juegos fúnebres en su memoria...

Turio observó que no habría sido posible transportar el cadáver durante tantos días, era algo que todos sabían.

—Muy al contrario: habría sido posible, si no hubiésemos vuelto a Tarróbriga para traerte con nosotros. La decisión la tomé yo y no me arrepiento, pero los demás, y los que nos esperan, pueden pensar de modo distinto. En fin, lo que quiero decirte es esto: el peligro, si lo hubiere, estará en los primeros instantes del reencuentro. Por tanto... y esto no es una petición, sino una orden... mañana, cuando montemos para reanudar la marcha, tú te quedarás en la retaguardia, a cierta distancia. Más tarde, cuando nos encontremos con la hueste, deberás mantenerte alejado y siempre a caballo. Destacaré a dos hombres para que te protejan. Taporó no estará contigo. Lo necesito a mi lado, pues los Compañeros lo respetan y su testimonio será importante.

Hasta oír estas palabras, Turio, que no conocía las leyes de la hermandad de Bandúa, no se había dado cuenta de la gravedad de un hecho como la muerte de su

jefe. Temió entonces que una vez llegaran a la orilla del río, dominio de Nabia, esta, irritada por su abandono, los castigase a todos y no solo a él inspirando una mortandad. Si lo hiciera, él sería el culpable.

En el cielo, hacia el norte, se arracimaban las nubes de tormenta y se oía un estruendo difuso, como un rumor de tambores lejanos. Pero sobre el río y en ambas orillas el tiempo era más benigno. Se anunciaba una lluvia que, al caer, sería iluminada por el sol.

La asamblea se había reunido junto al vado, alrededor de un peñasco al que Vaucano y Taporo se habían subido para que todos los viesen y para que los escucharan tantos hombres como fuera posible. Habían necesitado bastante tiempo para dominar la conmoción provocada por la noticia, y más todavía para acallar el clamor de lamentos, llantos y protestas. Ahora el tumulto se había ido acallando y los hombres escuchaban a Vaucano con atención. Turio logró convencer a sus dos guardianes de que podían acercarse un poco más, aunque no se apearan de las monturas.

Brevemente, sin rodeos, Vaucano contó lo sucedido: al salir de Tarróbriga habían cruzado las tierras de Bocuntí, dejando atrás el tío Aleste. Avanzaban por campo abierto, teniendo a su izquierda un bosque. El territorio, como bien sabían todos los allí presentes, no les era hostil. De pronto, Tritio había lanzado el caballo al galope, adelantándose mucho respecto a los demás, y Vaucano había ordenado a cuatro de sus hombres que lo siguieran y lo rodearan una vez lo hubieran alcanzado. Instantes después, un dardo había surcado el aire, disparado por un hombre que había surgido bruscamente detrás de un arbusto grande, y había alcanzado a Tritio, desprevenido. Una veintena de hombres armados y montados había salido de entre la maleza, lo bastante alta para ocultarlos. Los cuatro guerreros que iban a proteger al jefe se vieron obligados a repeler el ataque hasta que sus compañeros acudieron en su auxilio. Habían luchado valerosamente, y los salteadores se habían dado a la fuga dejando a varios de los suyos muertos en el terreno. Sin embargo, Tritio, herido de muerte, había entregado el alma a los dioses tras una breve agonía. Nadie había mostrado cobardía y todos tenían la clara conciencia de que nada habrían podido hacer para salvarlo. No había deshonor, por lo que Vaucano había prohibido los suicidios rituales.

Aquellos que habían sido destacados para la protección de Tritio subieron a la roca para enseñar las heridas y corroborar las palabras de Vaucano. Cuando se retiraron, hubo un silencio tenso y empezaron a llover las preguntas: ¿por qué solo se habían adelantado cuatro guerreros para alcanzar al jefe y no todo el grupo, que formaba su guardia personal?, ¿por qué no les habían llevado el cuerpo, para que pudieran honrarlo?, ¿por qué había regresado Vaucano a Tarróbriga? La asamblea empezaba a agitarse, se oyeron gritos, algunos insultos.

Vaucano no se dignó contestarles. En su lugar, Taporo, que hasta entonces se había mantenido en silencio, se adelantó un poco y empezó a hablar. Y los hombres, que sentían por él un respeto no exento de temor, como siempre sucede con los augures, lo escucharon:

—Es justo que lamentéis la muerte de Tritio, un gran guerrero que tantas veces nos condujo a la victoria, y vuestra pena no es más honda que la nuestra, puesto que lo vimos morir. Pero ¿quién entre vosotros será tan sacrílego que no comprenda que nuestro verdadero jefe es Bandúa, el Rojo, el Señor de la Guerra? Tritio era un hombre, y como tal podía errar. No debemos acusarlo, sino pedir a los dioses que no nos induzcan a errores semejantes a los suyos. Porque yo os digo: Tritio, al que yo quería como a un hermano, Tritio erró. Pretendió consultar al Oráculo de los Muertos de Tarróbriga, lo que ya de por sí era una osadía temeraria; se irritó cuando su pretensión fue rechazada y profirió palabras duras contra el sacerdote rey. Después, intentó convencer a Caturu, el jefe ilustre, para que lo forzara a perturbar el sueño de los Antepasados. Finalmente, en Tarróbriga, se le aconsejó que partiera en determinada fecha y que viniese hasta el Durius siguiendo la línea de la costa, pero despreció esta advertencia, y escuchad bien: quien lo avisó fue Turio, hijo de Caturu, el que es visitado por los dioses. Los dioses hablan por su boca. ¿Algún hombre puede hacer más para merecer la ira de la divinidad? Turio está entre nosotros, que él os diga si miento.

Al decir esto, alargó el brazo derecho hacia Turio. El joven se estremeció. Comprendía lo que le pedían pero, sin la fuerza que le venía del mundo invisible, sabía que era incapaz de enfrentarse a aquella multitud, y por primera vez se sintió muy solo y deseó el vértigo o la inconsciencia que acompañaban las visitaciones.

Sin embargo, todas las miradas convergían en su persona. Se apeó del caballo, avanzó hasta el peñasco. Sin que hubiese de pedirlo, uno de los hombres, un gigante de pelo y barba desgreñados, lo cogió en volandas y lo alzó hasta la cima de la peña. Taporo lo tomó de la mano, lo presentó ante la asamblea.

—He aquí a Turio —proclamó—, el que transmitió a nuestro jefe la advertencia del dios. Él os hablará.

Por fortuna, no fue necesario. Algunos de los Compañeros —sobre todo los tarrobrigenses— lo conocían de sobra, o por lo menos conocían su nombre y sabían quién era y lo que representaba. Gritaron su gratitud por la advertencia hecha al jefe, y el grito fue repetido por los demás. Solo entonces sintió Turio en su interior la vibración que le anunciaba una presencia, y le obedeció: no habló, sino que retrocedió dos pasos, de modo que Taporo quedara de nuevo a la vista de todos.

—Turio, hijo de Caturu —dijo este—, es la razón por la que Vaucano ordenó el regreso a Tarróbriga. Para aplacar a la divinidad, trayéndolo hasta vosotros. Escuchadme: nos hallamos en la orilla del Durius, delante del vado, nos disponemos a cruzar el río y acometer grandes hechos de armas que honrarán nuestros nombres y nos reportarán beneficios. Aquí tenéis a Vaucano, al que conocéis sobradamente, al

que Tritio consideró el más digno para sustituirlo en su ausencia. ¿Cuál es vuestra voluntad?

La pregunta era innecesaria. Antes de que terminara de hablar, los hombres ya rugían su aplauso. Vaucano sería el nuevo comandante de los Compañeros de Bandúa, lugarteniente del dios. Sin embargo, poco antes de que la asamblea se dispersara, los notables de la hermandad se acercaron a él y le dijeron que los hombres ponían una condición: antes de su investidura, debían realizarse los juegos fúnebres en honor de Tritio.

Dicha condición no podía ser rechazada. Vaucano accedió de inmediato, aunque Turio leyó la contrariedad en su rostro. Intrigado, le preguntó en voz baja el porqué, a lo que este contestó:

—Porque nos vamos a la guerra, Turio. Y no me gusta la idea de perder aquí a muchos de nuestros mejores guerreros.

Su previsión era demasiado pesimista. Veintitrés hombres murieron en combate en los juegos fúnebres de Tritio, para servirle en el más allá. Los veteranos comentaron que eran pocos, en comparación con los que habían partido durante los juegos en honor de Arcio, pero también es cierto que este había sido el fundador de la hermandad. Puesto que urgía reanudar el viaje, la investidura de Vaucano se realizó poco después.

Cruzaron el río dos días más tarde, una vez cumplidos los rituales propiciatorios destinados a obtener el permiso de Nabia y Reva. Comprobaron entonces que el Durius aún llevaba demasiada agua para que pudieran usar el vado, pero las gentes de la ciudad más cercana cedieron a los Compañeros sus embarcaciones de cuero. Los caballos, libres del peso de hombres y bagajes, cruzaron fácilmente a nado.

Turio temía que, al entrar en el barco, al confiarse al río, la diosa que lo había reclamado se apoderase de él. Por algún motivo, no había sentido ese temor en el Avus, ni en el Aleste, quizá porque estos ríos, así como otros cursos de agua menos importantes, habían permitido que los cruzara montado en su caballo. En el barco era distinto, estaría totalmente a merced de las aguas que Nabia dominaba.

El avance de la hueste fue lento. Las embarcaciones eran pequeñas, hubieron de hacer numerosos viajes. Turio se las arregló para quedarse en la orilla hasta la última travesía. Taporo, que estaba junto a él, presintió su aprensión:

—¿Sabes nadar? —preguntó. Y como viera que este asentía en silencio, añadió —: Muchos de los nuestros no saben, pero confían en los presagios favorables.

—No tengo miedo de que el barco vuelque. Es otra cosa...

Se calló. Ahora sentía algo, sí. Era como si se encontrara sumergido en el agua que corría: una leve caricia tibia, y al mismo tiempo una gran paz. La diosa acepta, pensó. Bandúa y ella han hecho las paces, han dejado de luchar por mí.

Se volvió hacia Taporo con una sonrisa:

—No tiene importancia. Ya puedo embarcar.

Una vez cruzado el río, los Compañeros de Bandúa retomaron la ruta del sur y pasaron por las inmediaciones de Longóbriga. Se hallaban ahora en Lusitania, donde se hablaba una lengua casi idéntica a la suya y donde tenían alianzas con varias tribus, por lo que solo atacaron a las poblaciones locales cuando estas les negaron el derecho de paso o de caza.

En cualquier caso, fue durante aquel viaje cuando Turio combatió de verdad, por primera vez, contra un enemigo real. Vaucano evitó, en la medida de sus posibilidades, exponerlo a situaciones demasiado arriesgadas. En realidad, solo hubo de defenderse para conservar la vida, pero se las arregló bastante bien.

Descubrió entonces dos cosas importantes: la primera, que no amaba la guerra por la guerra, aunque no la temiese; la segunda, que ya no deseaba encontrar deliberadamente una muerte heroica.

Taporo había despertado en él un nuevo interés. Después de cada nueva incursión, había hombres heridos a los que había que curar. Incluso en ausencia de combates, algunos enfermaban y era necesario comprender las señales de la enfermedad, saber cuál era el ungüento, poción o infusión que podía aliviar su sufrimiento. Durante el viaje, Taporo buscaba y recogía incansablemente plantas, hierbas, cortezas de árboles, al tiempo que explicaba al muchacho su utilidad. Y Turio experimentaba una sensación indefinible pero agradable al ver la mirada de esperanza de heridos y enfermos cuando él se acercaba, o mejor aún, al saber que había vencido, que una herida se estaba cerrando, que una fiebre remitía, que un dolor había desaparecido. Sin duda, era una forma de poder, y la prefería de lejos a la angustia y el malestar que le causaban las manifestaciones divinas. La última, muy pasajera, había ocurrido junto al Durius. Desde entonces, nada más había sucedido. Siempre que era necesario, Taporo leía los presagios en el vuelo de los pájaros o en las víctimas inmoladas por Vaucano. También eso él aprendía, porque todos esperaban que lo hiciera, pero se limitaba a desempeñar el papel de acólito.

Y luego estaba el secreto de Bandúa, cuya revelación le había sido prometida y que había despertado su curiosidad.

Esperó a que Taporo abordara el tema, pero este no lo hizo. Por eso, cuando se disponían a cruzar el río Munda, por encima de Conímbriga, él mismo se encargó de sacarlo.

Taporo, que era un hombre de risa fácil, se volvió muy serio de pronto, tan serio que su rostro pareció oscurecer físicamente, como si una sombra lo envolviera.

—El secreto... —murmuró—. Sí, debo revelártelo. Pero creo que todavía es pronto, por lo menos en lo que se refiere a la parte más importante del mismo.

Turio replicó:

—Entiendo que debo demostrar ser digno de recibirlo. Dices que hay una parte

más importante; ¿por qué no empezar por las demás?

Por unos instantes, Taporo guardó silencio. Luego, la sombra se disipó y el curandero soltó una carcajada.

—A veces olvido que solo tienes catorce años. La juventud es impaciente. Escucha: el secreto se compone de dos revelaciones. Para la segunda, como te he dicho, aún no ha llegado el momento. Para la primera, no es este el lugar. Pero sí puedo, y quizá deba incluso, decirte a qué hace referencia. ¿Qué sabes del río Limia?

El primer impulso de Turio fue contestar: sé que es un río. Sin embargo, no lo hizo porque Taporo no merecía una respuesta irónica, y porque sí sabía algo más acerca del río. Le vino a la memoria el poema que Ato había compuesto sobre la fundación de Tarróbriga, la invasión de pueblos guerreros llegados de la orilla septentrional del Durius, la ascensión de Turón y el castigo final de los invasores, alcanzados por las flechas del olvido que Nabia había arrojado sobre ellos en el momento en que cruzaban el Limia. Esa fue su respuesta.

—Era lo que esperaba oír —dijo Taporo—. El Limia es la morada permanente de la diosa Nabia. Es un río mágico, el río del olvido. Aquel que toca, bebe o cruza sus aguas olvida el pasado. Deja de saber quién es, quiénes son sus padres, cuál es su pueblo y su tierra, de dónde viene y adónde se dirigía. Sin ese conocimiento, un hombre es poco más que un animal. Lo que nos asegura una tradición muy antigua es que, en caso de una invasión a la que no podamos resistir, cuando todo parezca perdido, el Limia será nuestra última defensa. Estaremos seguros en la otra orilla, porque nadie podrá cruzarlo sin caer víctima del olvido, y entonces quedará a nuestra merced.

Taporo se calló, mirando a Turio. Al cabo de unos instantes, este protestó:

—No lo entiendo. ¿Entonces nadie cruza el Limia? Pero los de Etóbriga lo hicieron cuando vinieron a atacarnos. Y si nosotros mismos nos viésemos obligados a huir hacia la otra margen, también seríamos alcanzados por las flechas de Nabia.

—Bien pensado. Sí, mucha gente lo cruza. Esa es la primera revelación: el ritual que permite el paso. Es distinto del que se ejecuta al cruzar otros ríos. Solo lo conocen los augures y los jefes de los pueblos cercanos al Limia. Te enseñaré ese ritual cuando nos encontremos a orillas del río.

—¿Y la segunda revelación...? —aventuró Turio.

El rostro de Taporo volvió a ensombrecerse.

—Esa es la parte oscura del secreto de Bandúa. Nada te diré sobre ella, solo podrás recibirla más adelante.

Días después, cuando se encontraban a medio camino entre el Munda y el Tagus, les dieron alcance unos mensajeros que Viriato había enviado en su búsqueda. Habían pasado por Longóbriga, donde les habían informado de la dirección que habían tomado los Compañeros, y habían seguido su rastro sin dificultad desde el Munda, pues conocían todos los vados.

Viriato los saludaba y les informaba sobre los movimientos de Serviliano: tal

como esperaban, el cónsul había partido de Cineticum con su ejército y había entrado en la Mesopotamia entre el Tagus y el Anas, en dirección a Lusitania. En cuanto a Viriato, estaba en Igedium, intentando formar nuevas alianzas y dando un descanso a sus hombres. No obstante, desde la Mesopotamia dos jefes locales, Curio y Apuleyo, se oponían al avance de los romanos, y Viriato pedía a los Compañeros de Bandúa que los buscaran y ayudaran a contener el avance del enemigo a fin de darle tiempo para recomponer la hueste. El mensaje iba destinado a Tritio, pero los enviados lo habían corregido, pues en Longóbriga se habían enterado de la aclamación de Vaucano.

Este les contestó:

—Decidle a Viriato que soy fiel a nuestra alianza; buena prueba de ello es que nos encontráis de camino al sur. Buscaremos a Curio y Apuleyo. Si no los encontráramos, atacaríamos a Serviliano sin más apoyo que el de Bandúa y nuestro ardor guerrero...

Por lo general, Vaucano era más sobrio en el discurso, pero sus hombres lo estaban escuchando y había decidido impresionarlos.

Los enviados se despidieron y partieron hacia el este, posiblemente portando mensajes para otros jefes, mientras los Compañeros seguían su camino, que los llevaría a Ammaia, allende el Tagus.

Al sur de Ammaia quedaba el santuario de Endovélico, el dios de aquella región, ya cercana al Anas. Allí, Vaucano esperaba conocer noticias sobre el paradero de Curio y Apuleyo. Allí también, al pasar por las casas en las que vivían los sacerdotes y artesanos que fabricaban los exvotos que los fieles ofrecían a la divinidad, Turio reparó en un extraño instrumento que servía para moler grano. Se componía de dos ruedas de piedra sobrepuestas; la de arriba, que giraba sobre la otra por la fuerza mecánica de los brazos, tenía en el centro un agujero por el que se echaban los granos de trigo o centeno. Muy distinto, pues, de las simples muelas que él conocía, pequeñas piedras de superficie redondeada que las mujeres hacían rodar sobre una laja en la que se esparcía el cereal.

El santuario tenía un oráculo con cierta fama, pero la consulta del mismo exigía una larga preparación, y Vaucano decidió abstenerse al saber que los jefes a los que buscaba se hallaban cerca de allí. No obstante, dejó ofrendas para Endovélico y sus servidores antes de partir rumbo a Eborá.

Al segundo día tras su partida encontraron por fin a la hueste de Curio y Apuleyo, acampada junto a la ribera de un río cuyo caudal había menguado a causa del estío. Sus centinelas dieron la voz de alerta, y los brácaros hicieron señas de paz. Vaucano y Taporo avanzaron entonces, acompañados por una pequeña escolta de honra, para entablar las conversaciones.

Aquella hueste no era, como la de los Compañeros de Bandúa, una hermandad consagrada a un dios. Se había formado, sencillamente, como resultado de la alianza

entre dos jefes y, quizá por eso, su cohesión era menor. Este fue el comentario de Taporo cuando volvió con los suyos y Turio le preguntó qué pensaba de los nuevos aliados.

—Es algo que salta a la vista para quien tiene experiencia en estas lides —añadió—. Apuesto a que antes de cada acción que emprenden se llevan a cabo dos asambleas, una de los hombres de Curio y otra de los de Apuleyo, y después se reúnen los dos para discutir los pormenores. En nuestro caso, las cosas son muy distintas: al ser elegido, nuestro jefe recibe el mandato de Bandúa. Nadie discute sus órdenes, y solo él puede convocar la asamblea. Por eso somos mejores.

Turio repuso que la hueste de Viriato no era una hermandad, y sin embargo plantaba cara a los romanos con gran eficacia. Taporo negó con la cabeza y contestó:

—Eso es distinto. Y la diferencia se llama Viriato. Pero no quiero ser injusto. Creo que estos hombres son buenos guerreros, pese a todo. Sea como fuere, no tardaremos en saberlo.

No era un presagio, sino una certeza, porque iban justamente al encuentro de los romanos. Diez días después se hallaban en la región de Myrtilis y atacaban a dos legiones que según se decía, marchaban hacia Eborá.

Las habían seguido al abrigo del bosque, evitando los batidores. Así fue como Turio vio al fin los soldados de la mayor potencia del mundo conocido, que había derrotado a Cartago, que dictaba su voluntad sobre príncipes y reyes, que se había adueñado del Mar Interior. Los vio avanzar por la llanura ondulada con las insignias erguidas, los cascos reluciendo bajo la luz del sol. Taporo, a su lado, hablaba en voz baja, dándole la primera lección sobre el enemigo: aquellos son los vélites, la infantería ligera, y los de más allá son los triarios, los veteranos, la gran fuerza de las legiones. Cada legión se divide en manípulos...

Esto ocurrió en el primer día en que avistaron a los romanos y empezaron a seguirlos. Dos días después, el sol estival de la Mesopotamia había cumplido su cometido: los legionarios no soportaban los cascos, que les abrasaban la cabeza, ni el peso de las corazas, que les herían la carne. Habían venido de Italia, no de África. Fue entonces, al tercer día, cuando brácaros, célticos y lusitanos atacaron.

No se podía decir que la táctica estuviera planeada de antemano. Taporo había exagerado un poco al hablar de asambleas constantes, pero solo un poco. Mientras vigilaban a los romanos, se hizo evidente la diferencia entre los Compañeros de Bandúa y la hueste aliada, cuyos dos jefes debatían constantemente —entre sí y con quienquiera que estuviese cerca— lo que había que hacer a continuación. No obstante, llegado el momento se batirían con valor.

Poco después del inicio de la acción, Vaucano pasó cerca de Turio y le dijo:

—Quiero que permanezcas aquí, con los que se quedan de reserva. Ya tendrás tiempo de combatir.

Turio intentó contestar, pero Vaucano ya se había alejado. Segundos después sonaron las trompas, y las dos huestes corrieron al ataque lanzando sus respectivos

gritos de guerra.

Pilladas por sorpresa, las dos legiones demostraron que Serviliano había sabido entrenar a sus hombres. Para cuando los atacantes les dieron alcance, ya se habían colocado en formación de combate y eran pocos los soldados que no estaban perfectamente equipados. Sin embargo, el efecto de la sorpresa no se perdió del todo. Curio, Vaucano y Apuleyo prolongaron la batalla durante el tiempo necesario para causar bajas considerables. Luego, al comprender que el enemigo se preparaba para contraatacar, dieron orden de retirada. Su objetivo no era la destrucción total de las legiones —sabían que no podían aspirar a tanto— sino sencillamente reducir sus efectivos y apoderarse de todo el botín que pudieran.

En esta clase de guerra, la retirada era una operación tan importante como el ataque, y aquella se ejecutó a la perfección. Una vez instalados en lugar seguro, los jefes evaluaron las bajas: ninguno de los Compañeros de Bandúa había muerto, aunque diez de ellos habían resultado heridos. La otra hueste, en cambio, había perdido a cinco hombres y contaba una veintena de heridos, pero de estos solo cuatro revestían cierta gravedad. Como siempre, Turio asistió a Tabora en la tarea de cuidarlos a todos, pues eran los únicos que sabían hacerlo. Mientras, Curio enviaba un destacamento al campo de batalla con la misión de esperar que los romanos se alejaran y recuperar entonces los cuerpos de los guerreros muertos para rendirles las honras debidas.

Después, hubo otra discusión. Vaucano era partidario de seguir a las dos legiones para atacarlas de nuevo, flagelándolas sin descanso, de modo que no llegaran a Eborac, si ese era efectivamente su destino. Así, conseguirían una victoria concreta que infundiría valor a los pueblos de la zona. Curio y Apuleyo, por su parte, preferían buscar otros objetivos —tenían noticias de más tropas en movimiento— antes que avanzar contra unos legionarios que ya se encontrarían en estado de alerta.

Vaucano estaba en minoría. Las huestes se acercaron a Sirpa, donde esperarían el paso de otras unidades. Sin embargo, cuando las encontraron vieron que tenían ante sí algo más que dos legiones: era el propio cónsul, Serviliano, con el grueso de su ejército. Aun así, decidieron atacar. Vaucano quería embestir la retaguardia, pero Curio y Apuleyo insistieron en elegir las impedimentas como objetivo. Sin embargo, estas viajaban bien custodiadas en medio de la columna, lo que permitía al enemigo una maniobra envolvente.

Fue lo que ocurrió, y los atacantes tuvieron serias dificultades para abrirse un corredor de retirada, y esta se hizo en total desorden. No fueron aniquilados, y mataron a un buen número de legionarios, pero a un precio elevado: Vaucano resultó herido en el brazo izquierdo; Curio, alcanzado por un dardo, volvió de la incursión sin armas, agarrado a las crines del caballo.

Era tarde ya cuando dieron por terminada la tarea de curar a los heridos, aquellos heridos para los que había tratamiento posible. Turio sentía un cansancio mortal, ya que también había combatido durante la retirada. No tenían vino ni cerveza, así que

bebió de un trago una de las infusiones que había preparado Taporo y se sentó en el suelo junto a un pedrusco que le sirvió de apoyo para la espalda. Pensó que no tendría fuerzas para moverse durante algún tiempo y decidió que aquella noche dormiría ahí mismo; no tardaría en oscurecer.

Iba a cerrar los ojos cuando Vaucano surgió ante él y dijo, al ver que amagaba un movimiento:

—No te levantes, ya me siento yo. Todavía no he podido descansar ni un momento.

—El descanso te conviene —repuso el muchacho—, por la herida.

Vaucano se encogió de hombros.

—No ha sido nada, un rasguño. Más me duelen los errores que se han cometido esta tarde. Les dije que no debíamos atacar el centro, y tenía razón. No solo no hemos podido llegar a los bagajes, sino que además hemos perdido todo lo que habíamos tomado a los otros.

—Quizá a partir de hoy, Curio y Apuleyo... —empezó Turio.

—Curio —interrumpió Vaucano— ha resultado herido de gravedad. Taporo sigue con él, pero no alberga grandes esperanzas.

Su voz se sumió, ahogada por un grito de centenares, un millar de voces al unísono. Se inclinó hacia Turio, le dijo al oído:

—Tal como me temía, Curio ha muerto. No te muevas de aquí.

De madrugada sonaron las cornetas, despertando a los hombres aún fatigados. Los Compañeros de Bandúa recibieron órdenes de ponerse en marcha. Solo cuando ya estaban montados pudo Turio preguntar a Taporo por qué motivo se apartaban de la otra hueste sin participar en los homenajes al jefe muerto.

—Una decisión acertada de Vaucano —contestó este—. Yo asistí a la muerte de Curio. Intentaba reanimarlo, aunque sabía que era imposible, pero Apuleyo y los suyos no me hubieran dejado desistir. Los vi y oí después de que Curio entregara su alma a los dioses: si de algo estoy seguro es que consideraban los funerales algo privado, algo a lo que solamente la hueste debía asistir. Vaucano ha pensado lo mismo. Se ha acercado para comunicar su pena, y sobre todo para llevarme consigo... un curandero nunca está seguro cuando el paciente muere, especialmente si se trata de un jefe..., y le dijo a Apuleyo que los Compañeros de Bandúa asumirían la tarea de impedir que los romanos atacaran durante el ritual fúnebre.

El sol empezó a asomar por detrás de una colina. De pronto, Turio pensó que la forma de esa colina era semejante a la del seno de una mujer, idea que enseguida apartó de su mente para prestar atención a las palabras de Taporo:

—Debo confesar que prefiero este alejamiento. Son buenos guerreros, sin lugar a dudas, pero Apuleyo no es precisamente el mejor de los jefes, y lo mismo podría decirse de Curio. Ahora, por lo menos, sabemos qué hacer. Vaucano tiene una idea

muy precisa.

Los planes de Vaucano consistían en espiar la progresión del ejército consular para decidir en qué lugares podría montar emboscadas. Sin embargo, al segundo día se vio obligado a interrumpir la marcha porque la herida que tenía en el brazo se había infectado y le provocaba una fiebre tan alta que no era capaz de mantenerse erguido sobre el caballo. Era la consecuencia de su negativa a permitir que le aplicaran un vendaje. Taporo la lavó con agua pura de una fuente y, sin pedirle permiso, envolvió el brazo con una tira de tela. Después, obligó al paciente a beber una poción amarga.

La fiebre solo remitió al cabo de tres días. Mientras tanto, regresaron los batidores que se habían enviado para conocer los movimientos del enemigo con la noticia de que las legiones estaban cruzando el Anas. Serviliano regresaba a la Bética.

Aquel regreso significaba que el cónsul abandonaba la ofensiva para retirarse a su cuartel de invierno. Al menos durante lo que quedaba de año, Lusitania estaría a salvo de una invasión.

Vaucano aún quiso cruzar el Anas para atacar a la retaguardia romana, pero la fiebre lo había debilitado mucho, hasta el punto de que le costaba montar a caballo. Cuando al fin se restableció, ya era tarde. No tenía efectivos para cercar el cuartel de Serviliano, y además no conocía bien los caminos de la Bética.

Le quedaba decidir adónde se dirigiría la hermandad y qué haría. Reunió a los hombres con los que acostumbraba a tomar consejo. Muchos de ellos entendían que la razón de ser de los Compañeros era combatir en honor de Bandúa, por lo que cualquier guerra era buena siempre que se hiciese en nombre del dios. Así mandaba la tradición. Podrían retomar la vieja costumbre de atacar aquí y allá a los pueblos que les eran hostiles o con los que sencillamente no habían hecho pactos de hospitalidad.

Vaucano comprendía este deseo, del mismo modo que comprendía y compartía la idea de que los Compañeros debían mantenerse libres de ataduras porque Bandúa era su único señor. Pero el honor también le decía que tenía un compromiso con Viriato y debía mantenerse fiel al mismo.

Mientras los notables de la hermandad discutían los planes de acción, Turio buscaba el aislamiento. Había sentido esa necesidad en los últimos días, y el motivo era pueril, tal vez absurdo, pero lo bastante fuerte para forzarlo a ceder. Veía, con los ojos de la memoria, la colina tras la cual había asomado el sol, la colina que por su forma y un extraño efecto lumínico se le había antojado tan semejante al seno de una mujer.

Aquella forma lo obsesionaba, y su propia obsesión le daba motivos para esperar que su cuerpo se dispusiera finalmente a obedecer a la naturaleza. De no ser así, ¿por qué iba a pensar en mujeres hasta el punto, del todo despropositado, de acordarse de ellas al contemplar una elevación del terreno? El rechazo de su cuerpo frente al deseo físico quizá no fuera más que el reflejo de su timidez. Además, había crecido con Andaitía, y tal vez no lograra dissociarla de la imagen que tenía de su amiga de la niñez. Una extraña, una mujer desconocida, le sacudiría los sentidos... pero ¿dónde encontrarla, a menos que atacasen un poblado? Y, en tal caso, ¿sería capaz de tomar a una mujer por la fuerza, como hacían muchos otros?

Confió sus dudas a Bandúa en una oración silenciosa. Le recordó que, aunque la guerra fuera su dominio, tenía el deber de velar por aquellos que lo honraban, que le habían consagrado su vida.

La tranquilidad que sintió después de orar era a todas luces la garantía de que el dios había escuchado sus preces.

Tras escuchar a los consejeros, Vaucano tomó una decisión: ofrecería auxilio a Numancia, que seguía ofreciendo resistencia a las tropas romanas de la Citerior. Viriato había convencido a los numantinos para que se rebelaran, y estos recibirían gratamente cualquier muestra de apoyo. Más adelante, al año siguiente, cuando el jefe lusitano entrara en campaña, los Compañeros de Bandúa se unirían a su hueste.

Partieron enseguida, porque la distancia que debían recorrer era larga, y pocos días más tarde estaban de nuevo junto al santuario de Endovélico. Entonces, Vaucano mandó llamar a Turio.

—No hemos hecho más que empezar el viaje —le dijo—, y conviene saber si los presagios nos son favorables. Esta mañana, Taporo ha lanzado los huesos divinatorios pero no ha obtenido respuesta. El vuelo de las aves tampoco le ha indicado nada, y él es experto en ambas artes. Lo que necesito saber es si estás dispuesto a intentar escuchar lo que los dioses tengan a bien decirte.

Era un modo educado de decir: estás entre los compañeros de Bandúa en calidad de augur, así que cumple tu deber.

Turio estaba cansado de que lo miraran como un prodigio capaz de producir trances y profecías a voluntad. Dejando a un lado sus experiencias en Tarróbriga, no era raro que uno de los Compañeros acudiera a él para saber si el día sería propicio para cazar, o si su hermano mayor, heredero del rebaño familiar que pastaba en las faldas de la Sierra Sagrada, a muchas leguas de allí, seguía vivo, o incluso dónde estaba la hebilla de bronce que había perdido la víspera. Pero Vaucano era el jefe de la hueste y le estaba agradecido. Armándose de paciencia, le explicó:

—Cuando los dioses quieren usarme, no me preguntan si estoy o no dispuesto a ser usado. La verdad es que nunca lo estoy, pero eso no los detiene... solo puedo decirte que últimamente no he sentido nada, ninguna presencia.

Vaucano hizo un mohín de resignación.

—Entiendo. Siendo así, consultaré el oráculo de Endovélico. Pensándolo bien, sería una descortesía pasar por aquí de nuevo sin hacerlo, y quién sabe qué sortilegio podrían echarnos los sacerdotes... Sabes, aquellos que vienen a este oráculo deben ayudar durante dos días y pernoctar en el recinto sagrado. En fin. De este modo, mientras yo me sacrifico, nuestros hombres recuperan fuerzas antes de que partamos hacia Numancia. Será un viaje largo.

El santuario era lo bastante importante para que lo conocieran los pueblos de toda aquella región y de más allá incluso, lo que lo mantenía a salvo de saqueos y destrucciones durante las frecuentes contiendas locales. La seguridad que ofrecía había atraído no solo a los artesanos y vendedores de ofrendas y exvotos, sino también a pequeños mercaderes y otras gentes que se beneficiaban de los suministros y servicios que brindaban a los peregrinos. Entre dichos servicios se incluía inevitablemente el sexo. En el poblado que había nacido a la sombra del recinto sagrado vivían algunas mujeres que eran —o por lo menos así lo anunciaban—

maestras en las artes del amor.

Turio había oído a los Compañeros numerosas conversaciones acerca de aquellas mujeres poco antes de que la hueste llegara allí. Lo único que no había oído era la ubicación exacta del lugar en el que vivían, y no tuvo valor para preguntarlo. Se imaginaba arrastrado casi a la fuerza, en medio de una alegre barahúnda, por los que más lo querían, empeñados en ser testigos de su iniciación sexual (no le había confesado su virginidad a nadie, pero podrían suponerla fácilmente, habida cuenta de su corta edad).

Decidió buscar a las meretrices por su cuenta. No le resultó difícil, porque no eran demasiado discretas. Le bastó seguir a una de ellas, que llevaba a tres o cuatro hombres pegados a las faldas, para encontrar el lugar: junto a un vetusto alcornoque, por cuyo porte se conocía que había visto pasar muchas generaciones de hombres, se alzaban tres casuchas en las que se ejercía la prostitución —del todo profana— en el poblado de Endovélico. Sin embargo, en su ingenuidad, Turio no había previsto que encontraría allí a muchos otros Compañeros. Se alejó rápidamente antes de que lo vieran.

Sería mejor que volviera al campamento y fuera con Tapora en busca de hierbas y plantas. Siempre, claro, que Tapora no estuviera también en una de aquellas casuchas. En tal caso, no sabría cómo llenar el tiempo.

Caminaba con los ojos fijos en el suelo porque el sendero por el que avanzaba era muy irregular. Solo cuando levantó la cabeza reparó en ella: una mujer alta, con grandes ojos grises que contrastaban con el pelo marrón, casi negro, que le caía sobre los hombros, suelto y sedoso. La túnica se amoldaba a su cuerpo firme, rico en curvas.

Turio se estremeció y apartó rápidamente la mirada, aunque alcanzó a ver en el rostro de la desconocida una sonrisa breve y secreta. Soy un idiota, ni siquiera me ha visto, seguro que hay alguien detrás de mí. Simulando un gesto casual, se volvió: no había nadie, excepto un perro y una anciana que pasaba cargando un cántaro.

Con ella sí, con ella sería capaz.

La vibración que sentía en el cuerpo, la vaga ansiedad que le contraía el estómago, el sudor que sin motivo alguno le humedecía el rostro, eran señales seguras.

Con ella sería capaz, pero soy un idiota, no es posible. Ni siquiera me ha visto.

Pero la mujer lo había visto, y se había detenido. No era una prostituta, de eso estaba seguro. Pero entonces, ¿qué era? De nuevo aquella sonrisa, un poco más pronunciada.

No, no es posible.

Como un sonámbulo, se dirigió a ella, que lo esperaba. Con un nudo en la garganta, incapaz de hablar, la miró fijamente. En realidad, no había podido apartar su mirada de aquellos ojos grises que lo aturdían.

—Ven, sígueme —invitó la mujer en un murmullo.

En el bosque, a escasa distancia del poblado, las ramas de los robles y alcornoques se entrelazaban formando una bóveda por la que la luz del sol pasaba tamizada, dividida en finos haces luminosos. Saltaba a la vista que la mujer no frecuentaba aquellos parajes, pues no lo condujo directamente a un lugar conocido, sino que hubieron de buscarlo entre los dos, riendo, intercambiando breves palabras a media voz. Cuando lo encontraron, un rincón donde el suelo estaba cubierto por un lecho de hojarasca, se quedaron frente a frente, se tocaron. Las manos de ella eran ásperas, acostumbradas a trabajar la tierra, pero también eran cálidas y sabían acariciar. Y sabían desnudarlo. Casi sin darse cuenta, Turio se encontró desnudo, al igual que ella. Su sonrisa contenía un mensaje: no quería un acto apresurado que calmara los deseos retenidos durante demasiado tiempo; quería algo más que eso: caricias, ternura, quizá incluso amor.

(De otro modo, ¿por qué iba a elegir a un muchacho de catorce años, demasiado frágil y dulce para darle un placer violento?).

Sobre la piel de ambos, la puntilla de luces y sombras trazaba caprichosos dibujos. Estoy aquí, pensaba Turio, la deseo y va a ocurrir, y es como si estuviera soñando. Es como un sueño...

De pronto, el sueño se rompió en mil pedazos.

Comprendió, con cruel nitidez, que aunque sintiera placer al dar y recibir aquellas caricias, su cuerpo no estaba, no estaría jamás, preparado para el acto. En aquel preciso instante los juegos de luz y sombra desaparecieron, tragados por una nube negra. Turio, susurraba una voz que solo él podía oír porque resonaba en su mente, Turio de Tarróbriga, he luchado por ti, me quedaré cuando todos hayan partido, yo, invicta y solitaria, serás el último guardián del secreto, en ti he colocado mi sello.

En ti he colocado mi sello.

Recuperó la conciencia a las puertas del campamento.

Debió de correr a ciegas, topando con los árboles y rozando los zarzales, porque tenía arañazos en las piernas, los muslos, los brazos. Algunos sangraban. Cerca de allí había un riachuelo al que se dirigió con la intención de desnudarse y bañarse, aunque pronto comprendió que no tendría fuerzas para tanto, porque estaba agotado, vacío. Se lavó las piernas, los brazos, se pasó las manos mojadas por el rostro.

No es justo, murmuraba en un lamento perdido, solitario. No es justo.

Pero ¿qué puedo hacer yo?

Junto a la orilla del arroyo, cuyo cauce había mermado a causa del calor estival, el agua apenas corría, era como un pequeño espejo. Turio se asomó a él. Vio a un muchacho de ojos y cabello negro, tan joven aún que su barba no era más que una leve pelusa que le sombreaba el rostro, en aquel momento carente de expresión.

Vaucano regresó del santuario con el estómago revuelto tras dos días de ayuno y una vaga respuesta: el oráculo le había anunciado viajes y combates, pero nada más.

Lo que, observó Taporo encogiéndose de hombros, era una profecía fácil de hacer para los Compañeros de Bandúa, que no tardaron en retomar el camino.

Fácil o no, la profecía se cumplió con extraordinario rigor. Al partir, Vaucano anunció a sus hombres la prohibición de atacar excepto si se cruzaban con tropas romanas por el camino, pues el verano iba avanzando y Numancia quedaba lejos. La orden se cumplió y los Compañeros no buscaron la guerra, pero la guerra los buscó a ellos. Fueron atacados varias veces y otras tantas les negaron el derecho de paso, lo que los obligó a abrirse camino por la fuerza. Y, mientras tanto, el verano tocó a su fin. El otoño trajo primero algunos días dorados, todavía cálidos, y después las primeras lluvias. Siguieron avanzando trabajosamente, atentos a las emboscadas, tomando la precaución, siempre que los jefes de algún pueblo se mostraban hospitalarios, de alabar a sus antepasados, ofrecerles regalos de amistad y honrar con sacrificios a los dioses locales.

Esto significaba que, a menudo, la paz les consumía casi tanto tiempo como la guerra, y esta, obligándolos a desplazamientos tácticos, acabó por desviarlos de la ruta de Numancia y del noroeste. Siguieron hacia el norte mientras el otoño avanzaba y el aire se iba haciendo cada vez más frío. Finalmente, cuando habían rodeado ya los Montes Herminios, hubo una madrugada en la que el cielo, cargado de nubes, fue tomando un tono gris lechoso a medida que el día se afirmaba. Poco después, empezó a nevar. Había llegado el invierno.

Vaucano decidió que no podían dirigirse a Numancia antes de saber cuál era la situación militar. Además, necesitaban reposar durante unos días en tierra amiga, libres de amenazas. Azotada por el viento, empapada por la nieve y después por la lluvia, la hueste logró cruzar el Durius al nordeste de Longóbriga, usando un vado todavía practicable, y prosiguió, a duras penas, en la dirección del Limia.

Tarróbriga ya no quedaba muy lejos, pero Turio no tenía intención de volver a casa tan pronto. Lo que había ocurrido junto al santuario de Endovélico le había dejado heridas que no quería reabrir. Era cierto que la furia inicial había dado lugar a una resignación tranquila. A la pregunta angustiada que se había hecho a sí mismo, ¿qué puedo hacer yo?, se había contestado: puedo seguir siendo lo que soy hoy, el ayudante de Taporo. Lo demás es cosa de los dioses, y no quiero saber nada de eso. Sí, pero no deseaba poner a prueba su tranquila resignación tan pronto con un regreso a casa y un reencuentro con Andaitía, que por más señas seguía siendo su prometida. Le quedaban todavía dos años para aclarar la situación, y hasta entonces quizá la diosa le confiase la misión que le estaba reservada y lo liberase después, levantando el sello... no, eso sería esperar demasiado. Pero en dos años muchas cosas podían ocurrir, incluyendo su propia muerte en combate, aunque ya no la deseara como antes.

Cuando llegaron a orillas del Limia, en un punto situado a cierta distancia de la desembocadura, el invierno se había instalado definitivamente, húmedo y desapacible. Los pueblos locales recibieron a los Compañeros con muestras de

hospitalidad: les ofrecieron comida, cerveza, leña para las hogueras, madera para construir cabañas improvisadas que los protegieran mejor de la lluvia. Algunos hombres de la hueste cuya tierra natal se hallaba cerca pidieron permiso a Vaucano para ir a visitar a los suyos. El jefe decidió complacerlos, tanto más cuanto que, según los habitantes de la región, el mal tiempo impedía avanzar hacia el interior.

Aun así, Turio no se apartó de los Compañeros. El día de su cumpleaños vino y se fue. Tenía ahora quince años. Cuando se enteró, Taporo le dijo:

—Ha llegado el momento de que conozcas el ritual que permite cruzar el Limia. Ven conmigo.

Se dirigieron al río. Caía una débil llovizna, más niebla que lluvia, diminutas gotas que se adherían a la piel. Al acercarse a la orilla, Turio contempló con un estremecimiento las aguas mágicas del Limia, que provocaban el olvido a quien las cruzaba. Aguas habitadas por Nabia. Había esperado que, vistas de cerca, su aspecto fuese distinto a las de los demás ríos, pero no había en ellas nada singular. Ahora que había aceptado su destino, la diosa que lo había reclamado para sí se manifestaría, sin duda.

Caminaron a lo largo de la orilla hasta encontrar un lugar al que nadie podría acercarse sin ser visto. Entonces, Taporo le enseñó las palabras y gestos del ritual. En cierto modo, fue una desilusión para Turio. Era más complejo que las ceremonias propiciatorias empleadas para cruzar los demás ríos, pero no se distinguía demasiado de estas. Y Nabia no se manifestó.

Pese a ello, se esforzó por aprender correctamente las fórmulas mágicas y los movimientos que debía ejecutar. Luego, mientras volvían al campamento, observó:

—Ahora solo me falta conocer la segunda parte del secreto. ¿Tardaré mucho en estar listo?

—No lo sé.

Taporo hablaba con gravedad, en voz baja.

—No tengas prisa. El verdadero secreto es... o puede ser... aterrador para quien no está preparado. E incluso un hombre valiente y con experiencia podría, en ciertas ocasiones, desear que no se lo hubiesen revelado. No tengas prisa, Turio.

Y ya en un tono de voz normal, añadió:

—Esperaba que quisieras ir a Tarróbriga. El camino es llevadero, incluso en esta época del año.

Turio negó con la cabeza.

—No. No quiero volver allí, al menos de momento.

El curandero lo miró con extrañeza, pero no replicó. Entonces, en un arrebato, Turio decidió contarle el motivo. Al fin y al cabo, ahora estaban unidos por un secreto que, entre los Compañeros, solo ellos conocían. Se detuvo.

—Hay una razón, Taporo. Una razón muy fuerte.

El curandero lo escuchó sin interrupciones. Después, movió la cabeza en señal de negación.

—Comprendo. Me alegro de que hayas confiado en mí. Esa carga es demasiado pesada para que la soportes tú solo.

Retomaron la marcha lentamente, sin hablar, hasta que Taporo rompió el silencio:

—No conozco a ningún otro hombre con esa... como tú. O quizá sea más correcto decir que ningún otro hombre ha tenido el valor de confesármelo, y hace falta mucho valor. Ahora escúchame: aquellos sobre los que se posa la mano de los dioses no son como el resto de los hombres.

—Lo sé —contestó Turio—, lo he aprendido a duras penas. No te preocupes por mí, he aceptado mi sino. Pero ¿comprendes ahora que todavía es muy pronto para que vuelva a casa?

—Comprendo —asintió Taporo.

Sin embargo, la diosa le había dicho: «Más importante que tus deseos es el camino que he trazado para ti». Diez días después, los Compañeros de Bandúa recibían la visita de tres emisarios de Caturu de Tarróbriga, uno de los cuales era Ato. El mensaje que traían era sencillo: el jefe se había enterado de que los Compañeros se hallaban en las cercanías del Limia y solicitaba a Vaucano que le diera permiso a su hijo, Turio, para que fuese a la ciudad. Su madre deseaba verlo, y además el propio Caturu quería hablarle sobre una cuestión importante para la familia.

Al oír este mensaje, Turio sintió que se le helaba la sangre, y no era el frío del invierno lo que lo destemplaba. Se sintió acorralado: era su padre quien lo llamaba; ninguna excusa sería aceptable y ni siquiera podía pedirle a Vaucano que se negara a dejarlo partir, pues tal acción se habría considerado hostil por parte de un aliado. Además, no sabría qué motivos invocar.

No buscó a Taporo, que nada podría hacer o decir para ayudarlo. Se dispuso a partir.

La lluvia, que no había cesado de caer en los últimos días, los acompañó durante la primera parte del viaje, pero el aire ya no soplaba frío como antes. La única molestia considerable era la atención constante que debían prestar a los barrizales y los caminos, demasiado resbaladizos para los caballos. Por eso, los cuatro jinetes guardaron silencio mientras elegían la mejor ruta. Más tarde, pasado ya el mediodía, se abrió un jirón azul en el cielo y la luz del sol se derramó sobre los campos vestidos de agua, haciéndolos resplandecer. Poco después, los enviados enfilaron un sendero que conocían bien.

—Ahora nos alejaremos del río —explicó Ato—. No queremos llegar a la desembocadura, pues los de Etóbriga la vigilan. La desembocadura que buscamos es la del Celadus, o mejor dicho, el vado que queda más cerca de esta. Desde allí, seguiremos siempre a lo largo de la costa. El camino es un poco más largo, pero también más seguro.

—No tengo prisa por llegar —retrucó Turio.

Ato le lanzó una mirada inquisitiva. Esperó, sin hablar, que alcanzaran un punto a partir del cual el sendero se ensanchaba. Entonces indicó por señas a los compañeros que se quedaran a la zaga y se adelantó, de modo a situar su montura en paralelo a la de Turio. La maniobra no pasó desapercibida a los ojos del muchacho. Como Ato guardara silencio, dijo:

—En otro tiempo, ya me habrías contado por qué me ha hecho llamar mi padre.

—Ya has oído el mensaje —replicó Ato—, es una cuestión familiar, no sería adecuado que yo me pronunciara al respecto antes que él. —Sin embargo, al ver que el rostro de Turio se endurecía, añadió tras un largo y resignado suspiro—: De acuerdo, más vale que lo sepas. A finales del verano pasado, la prometida de tu hermano murió. No sé exactamente de qué, y tampoco viene al caso. Murió pocos días antes de la boda. Ya te puedes imaginar el golpe, el disgusto. Pero en este momento eso tampoco importa ya. Lo que importa es que Turaino se ha quedado sin mujer y que un compromiso te ata a los Compañeros de Bandúa.

—Mi hermano quiere desposar a Andaitía.

Lo ha comprendido más deprisa de lo que esperaba, pensó Ato. Tenía que haberlo sabido, Turio nunca ha tenido un pelo de tonto.

—No ha sido Turaino el que... quiero decir, él no quería, por no molestarte. Fue la familia de ella la que habló con tu padre, ¿comprendes?

—Comprendo. Él es el mayor y lo heredaré todo. Y Andaitía, ¿qué dice?

La aparente serenidad de Turio molestaba a Ato, más que si manifestara cólera o resentimiento. No era normal que aceptara tan pacíficamente el fin de su noviazgo.

—Lo que ella dice, lo ignoro. Solo la he ido viendo de lejos. Se ha transformado en una muchacha muy hermosa. Según he oído, se resistió con mucha firmeza, y si

ella no hubiera dado su conformidad nada se podría hacer. Pero últimamente, al parecer...

—Comprendo —repitió Turio.

Guardaron silencio durante algún tiempo. De pronto, Ato soltó una interjección y dijo:

—Tienes que comprenderlo. ¿Qué vida le esperarías, casada con un hombre que se ha consagrado a Bandúa, que vaga por los caminos combatiendo aquí y allá? Además, debes reconocer que no te has mostrado especialmente interesado en ella. No has tomado la iniciativa de ir a verla, y acabas de decir que no tenías prisa por llegar. No es mi intención censurarte, pero es la verdad. Y tu familia necesita más herederos, vosotros solo sois dos y vuestro padre se hace mayor. La familia de Andaitía es una de las más importantes de Tarróbriga. Turaino, créeme, Turaino dudó y sigue dudando. Por ti. Ese es el motivo principal por el que tu padre te ha llamado.

—Eso y la necesidad de que yo libere a Andaitía de su compromiso —puntualizó Turio.

—Claro. Pero bastaría que me dieras una respuesta, tu presencia no sería imprescindible. Tu hermano así lo ha exigido.

Tras esta réplica de Ato, guardaron silencio de nuevo. De hecho, no volvieron a referirse al asunto, ni siquiera cuando se detuvieron a pasar la noche en unas casas abandonadas en las que Ato y sus dos compañeros ya habían pernoctado a la ida, de camino al Limia.

Turio tuvo dificultad en conciliar el sueño. Se quedó tumbado, envuelto en su manta de lana —la temperatura había bajado en picado a medida que un viento alto barría el cielo—, con los ojos abiertos en la oscuridad, digiriendo lentamente lo que Ato le había dicho. El hecho —implícito en las palabras de Ato— de que Andaitía hubiese aceptado a Turaino era un golpe que no había sabido encajar. Ella no conocía los motivos que lo habían llevado lejos. Ahora, ahí acostado, oyendo el poderoso ronquido de sus compañeros de viaje, Turio pensaba con alivio en aquel desamor, si es que podía creer en él. Había sido obra de Nabia, la diosa inexorable que lo conducía hacia sus designios, que lo había hecho siempre, incluso cuando él creía afirmar una voluntad propia al partir con la hermandad. Se dejó invadir por un sentimiento de tranquila indiferencia mientras pensaba que, en su vida, nada tenía importancia excepto la misión que aún no le había sido revelada. Lentamente se durmió, estando el alba a punto de rayar.

Llegaron a Tarróbriga con sol, a media mañana del día siguiente. Mientras vencían la ladera del monte con los caballos al paso, Turio miraba alrededor. Hacía tan solo un año que había dejado la ciudad, pero le sorprendió un poco comprobar que todo seguía igual, como si los cambios hubieran sido inevitables en aquel corto período de tiempo.

—No, la ciudad no ha cambiado. Yo sí lo he hecho. Y, después de lo que Ato me ha dicho, creo que los demás también han cambiado.

El encuentro con sus padres fue menos penoso de lo que temía. Ato era el portador de un mensaje de Vaucano dirigido a Caturu en el que loaba la conducta de su hijo, e insistió en transmitirlo antes de que se celebrara la entrevista. Quizá por eso, Turio no hubo de escuchar recriminación alguna sobre su escaso interés por volver a casa.

Caturu se limitó a preguntarle si era su deseo seguir entre los Compañeros de Bandúa, a lo que Turio contestó sin vacilar:

—Sí, padre. Me necesitan.

En realidad, solo al dar esta respuesta comprendió hasta qué punto era cierta, no en el presente, sino de cara al futuro. El porqué y en qué sentido, lo ignoraba, era algo que la divinidad reservaba para sí. Pero, como Turio no dio ninguna muestra de haber recibido aquel amago de revelación, Caturu prosiguió: en tal caso, debía liberarse de otros lazos y liberar asimismo a las personas que se hallaban sujetas por estos. Le expuso la cuestión de su noviazgo con Andaitía del mismo modo en que lo había hecho Ato, y terminó manifestando su voluntad de que esta se casara con Turaino lo antes posible. Por eso era, si no estrictamente necesario, sí lo más recomendable que fuese Turio quien tomara la iniciativa de romper el vínculo que los unía.

El joven se apresuró a contestar, para que su vacilación no se tomara por resentimiento:

—Desde luego. Declaro a Andaitía libre. Te pido que se lo digas a su familia. Teniendo en cuenta que se va a casar con Turaino, sería impropio que volviera a verla y que hablara con ella antes de la boda.

El suspiro que su padre dejó escapar fue perceptible. También Caturu se sentía aliviado por el modo en que aquel encuentro se estaba desarrollando. En el ámbito familiar, su autoridad sobre Turio era absoluta, pero a nadie le gusta contrariar a un augur tocado por los dioses, aunque se trate de un hijo menor. Además, el muchacho mostraba una contención y madurez que lo sorprendían gratamente. Convino, por tanto, en que era preferible que fuera él quien comunicara a los padres de Andaitía que nada se oponía al nuevo proyecto de boda y abandonó la casa noble, donde se encontraban.

Turio se quedó a solas con su madre. Esta aún no había hablado. Con su presencia se había limitado a dar un apoyo tácito a las palabras del marido. Pero Turio había sentido, más que visto, su mirada escrutándole el rostro, la atención con la que observaba sus movimientos y calibraba el tono de su voz.

Pelia, que había permanecido sentada durante la conversación entre Turio y su marido, se levantó entonces y dio algunos pasos hacia su hijo.

—Me pregunto cuál es la verdadera causa de tu resignación. Solías querer a Andaitía. Todavía la quieres, de eso estoy segura. Me pregunto, repito, cuál es tu motivo, si no habrá una razón que callas.

Un escalofrío de pánico lo sacudió. ¿Lo habría adivinado? Pero ¿cómo? Se

tranquilizó un poco diciéndose a sí mismo que eso no era posible. A lo sumo presentía que él ocultaba algo, lo que, pensándolo bien, tampoco era de extrañar. Las madres tenían esa intuición especial, tan incómoda a veces, que las hacía capaces de intuir lo que los hijos sentían o pensaban.

—Hay algo —continuó Pelia— que sé con seguridad, que siempre he sabido: la guerra no es tu vocación. Por eso jamás he comprendido, ni comprendo ahora, tu voluntad de pertenecer a los Compañeros de Bandúa.

Ya más dueño de sí, Turio replicó con una sonrisa:

—Yo no hago la guerra, madre. Solo me bato cuando tengo que defenderme.

—Sí —repuso ella—, he sabido que eres útil curando a los heridos, y supongo que también lees presagios. Pero augur y curandero, podrías serlo en Tarróbriga. Siempre podrás decirme que Bandúa te llamó para que te unieras a los suyos...

Turio la interrumpió, y hablaba con total sinceridad:

—Hoy, no sé si el impulso me vino de él o de Nabia. ¿Quién puede saberlo?

Pelia rindió la cabeza en señal de respeto, pero Turio comprendió que su madre no acababa de dar crédito a una supuesta intervención divina.

—Sea como fuere. Es inútil discutir sobre esta cuestión. No te vayas aún. Tu hermano quiere hablar contigo.

La casa noble le pareció muy grande, vacía como estaba. Se sentó en el banco, se apoyó en la pared, cerró los ojos. Sí, no había duda de que la diosa dirigía su vida, pero sería un consuelo recibir alguna señal suya. Tal como le había sucedido a orillas del Durius, se dijo a sí mismo que el malestar que experimentaba durante las manifestaciones sería ahora una bendición, una prueba de que no estaba solo, de que era algo más que un simple instrumento, una piedra en el gran juego de los inmortales. La presencia de la divinidad, cuando lo visitaba, era fuerte hasta el punto de robarle la conciencia, pero una vez pasados aquellos instantes se convertía en un recuerdo lejano, tan difuso que casi podría confundirse con un sueño o un producto de la fantasía.

—Turio.

Abrió los ojos. Su hermano se encontraba ante él.

—Nuestra madre me ha dicho que estabas aquí... no te levantes, me sentaré yo también. Este es un buen lugar para hablar.

Físicamente, no había cambiado, ni sería de esperar que lo hubiese hecho. Sin embargo, había algo distinto en el modo en que lo miraba, al igual que en su tono de voz. Había una reserva y una distancia a las que Turio no estaba acostumbrado, y a las que presentía que debería acostumbrarse en adelante.

—Seamos francos —empezó Turaino—. No voy a repetir lo que ya sabes, y nuestro padre me ha dicho que has dado tu consentimiento sin reservas. Lo que quiero explicarte es que no busqué a Andaitía, que ni siquiera había pensado en ella antes de que nuestras familias empezaran a hablar del tema. Hasta entonces, pensaba encontrar otra novia en Bocuntí, Nabi o incluso Lanutai.

No importa, se dijo Turio para sus adentros. No importa, la decisión se ha tomado, ¿por qué tenemos que torturarnos sin motivo?

Turaino prosiguió:

—En realidad, solo me permití mirarla cuando me informaron de que los Compañeros de Bandúa estaban a orillas del Limia y tú no te habías presentado en Tarróbriga. Al mismo tiempo, me decían que ambas familias deseaban que nos casáramos. Entonces sí, volví los ojos hacia ella, y debo confesarte que me gustó lo que vi.

—Naturalmente —murmuró Turio.

—Tu consentimiento —continuó Turaino— era importante para mí. Es importante, quiero decir. Mientras sea absolutamente sincero. Porque...

Dudó unos segundos antes de completar la frase.

—Porque siempre nos hemos querido, aunque mi amor de hermano fuese más grande que el tuyo... no lo niegues. Y por otro motivo aún: a partir del momento en que me case con Andaitía, nuestra relación habrá de cambiar un poco. No es que no confíe en ti, pero toda la ciudad sabe que estuviste prometido a Andaitía, y no sería adecuado que te recibiera en mi casa ni que la vieras de cerca. Esto no será difícil, ya que siempre estarás lejos, con los Compañeros, pero prefiero dejar este punto muy claro. Y bastante habrá ya con ese distanciamiento; no quiero que además haya motivos para el resentimiento entre nosotros.

«Siempre nos hemos querido, aunque mi amor de hermano fuese más grande que el tuyo». Aquella frase se le había quedado grabada en la memoria. Extrañas palabras, sobre todo si se comparaban con lo que Turaino había dicho a continuación. No quería ser injusto: nadie podría negar la corrección con la que había actuado su hermano, la preocupación de este por la dignidad y los sentimientos de Turio, su justa noción de lo que era adecuado y decente. ¿A qué se debía, entonces, la amargura que sentía?

Se debía, le insinuaba una voz —maliciosa, desde luego— a que hubiera preferido que el amor de su hermano fuese más fuerte que lo adecuado y lo decente, lo bastante fuerte para acallar la advertencia sobre el necesario alejamiento entre ambos. Tanto más cuanto que, en efecto, Turio estaría casi siempre lejos, estaría allá donde estuvieran los Compañeros de Bandúa. El «distanciamiento» del que había hablado Turaino. De pronto, comprendió —solo entonces, lo que demostraba su ingenuidad— que la separación se traducía para él en una nueva necesidad, completamente material, porque no heredaría ninguno de los bienes familiares.

Se levantó, abandonó la casa noble. Para dejar reposar a su caballo del viaje desde el Limia, fue a pedir uno de los caballos de su padre. Quería ver a Dovidena y Antubelo. Ahora que el sol salía por fin tras tantos días de mal tiempo, este último estaría sin duda pescando en la playa.

No salió de la ciudad por la puerta grande, siempre más concurrida, para no tener que hablar con mucha gente. Sin embargo, un poco más adelante, ya en la falda del monte, al pasar junto a la pequeña fuente consagrada a Reva, se cruzó con la única persona a la que de veras deseaba evitar. Allí estaba Andaitía, llenando una vasija. El agua de Reva aliviaba los dolores de huesos, un mal que padecía su madre.

Dar media vuelta hubiera sido ofensivo, pues la muchacha lo había visto y las miradas de ambos se habían cruzado. Decidió seguir adelante y saludarla brevemente, sin detenerse. No contaba con la iniciativa de Andaitía, que posó la vasija y fue a plantarse delante del caballo. Más aún: echó mano a las riendas mientras decía:

—Espera, Turio. No hay motivo para que no nos hablemos.

—Ya está todo dicho —replicó él—, y no creas que estoy ofendido o enfadado. Sencillamente, creo que es mejor dejar las cosas como están.

A lo que la muchacha contestó:

—Tienes razón, pero necesito decirte unas palabras. ¿No vas a apearte?

—No. Acabo de hablar con Turaino. No quiere que nos veamos. Si alguien nos descubre, sin duda llegará a sus oídos.

—¡Todavía no estamos casados! —replicó Andaitía en un arrebato. Después, ya más tranquila, añadió—: De acuerdo, quédate ahí arriba. Es muy poco lo que quiero decirte.

Angustiado, Turio miró alrededor. Lo último que deseaba era desencadenar un conflicto en la familia, inevitable si alguien los veía juntos.

—Por favor, habla deprisa —suplicó—, esto puede ser más grave de lo que crees.

—Lo supongo. Pero necesito decirte que no ha sido tu ausencia. Siempre me has gustado... no: siempre te he amado. Desde siempre y para siempre, escúchame bien. Igual que en este momento. Si ahora mismo me pidieras que saltara a la grupa de tu caballo y partiera contigo adónde fuera, no tendrías que pedírmelo dos veces. No, no ha sido tu ausencia, sino el haber comprendido que nunca te casarías conmigo. No puedes negarlo sin mentir, Turio. Lo sé. Ignoro el porqué, pero lo sé. Casarme con tu hermano es lo único que puedo hacer para estar cerca de ti.

—Eso es horrible —contestó él con un escalofrío—, no debes decírselo a nadie más, no debes pensarlo siquiera. Andaitía asintió en silencio.

—Por supuesto que no se lo diré a nadie, yo también he crecido a lo largo de este último año. Pero el pensamiento, ese solo a mí me pertenece, y es lo único que me queda.

Soltó las riendas, retrocedió dos pasos.

—Ahora vete, antes de que nos vean. Supongo que querrás ir a hablar con Dovidena... —¿Por qué artes había logrado conocer su intención?—. La encontrarás muy cambiada. Ha empeorado mucho, creo que ha perdido el juicio completamente. Ve, puede que tu visita la ayude.

Y, como el muchacho siguiera mirándola, un poco aturdido por lo que acababa de escuchar, insistió:

—¡Vete! ¡Puede venir alguien!

Turio lanzó el caballo al galope, huyendo no solo de aquel lugar, sino también de la confesión de Andaitía. Avanzaba ahora por la llanura que separaba Tarróbriga del mar, saltando los arroyos que la cruzaban.

Solo entonces reparó en las hogueras.

No las había visto desde la ciudad, pues no había subido a la muralla, y mientras bajaba por la falda del monte los árboles y construcciones situadas extramuros ocultaban la línea de la costa. Eran cinco o seis hogueras, esparcidas en torno a la Roca Sagrada. ¿Quién las había encendido y por qué? No podían ser obra de Dovidena.

A medida que avanzaba, empezó a distinguir mejor la escena. Vio un bulto vestido de negro, alguien que corría incesantemente de una hoguera a otra, echándoles más leña. Después, se percató de que aquella figura lucía una larga cabellera blanca, pero solo cuando ya estaba muy cerca logró, no sin esfuerzo, reconocer a Dovidena.

La llamó a voz en grito. La mujer no dio señales de haberlo oído. Turio desmontó, sujetó al caballo —no lo conocía, y el animal bien podía decidir volver al establo— y corrió hacia ella. Pero Dovidena pasó delante de él sin detenerse, cargando una brazada de leña. Su aspecto era terrible: iba enfundada en la túnica que usaba para dormir, sucia y rota, tenía el pelo enmarañado y grasiento, el rostro consumido, surcado de arrugas; parecía incapaz de fijar la mirada. Cuando pasó por tercera vez delante de Turio, este la detuvo sujetándola con ambas manos, y se sorprendió al notar tan frágil un cuerpo otrora rebosante de vigor.

—¿Dovidena, no me conoces? Turio, soy Turio. ¿A qué viene todo esto?

La interpelada no lo miró a los ojos ni reaccionó al escuchar su nombre.

—Déjame, déjame —susurró—, mi marido está a punto de llegar, su barco viene llegando, no quiero que se equivoquen, que vean bien dónde está Tarróbriga. Déjame, las hogueras tienen que arder, ya falta poco.

—Escúchame, por favor. Mírame.

Pero Dovidena solo tenía ojos para el fuego y el mar. Sin embargo, no intentó apartarse, y Turio aprovechó su pasividad para liberarla del peso de la leña, aunque en realidad no era más que encendaja. La arrojó sobre la arena, tomó entre las suyas las manos de la mujer. Estaban calientes y temblorosas. Las acarició, le habló con ternura, insistiendo:

—Turio, soy Turio, me conoces desde hace tanto tiempo, ven, nos sentaremos allá, a la sombra, tengo tantas ganas de hablar contigo.

La condujo, amparándola. Ella se dejó llevar mientras repetía: «El barco viene de camino, está al llegar». Lo decía siempre con la mirada vuelta hacia el mar vacío de embarcaciones, hacia la línea perfecta del horizonte. Logró que se sentara. Debía de estar exhausta, pues soltó un largo suspiro. Al menos, pensó Turio, conseguiré que descanse.

Entonces, aun sabiendo que Dovidena no lo escuchaba —y, si lo escuchaba, no lo entendía—, le habló de sus viajes, de los combates, de las experiencias de aquel año vivido lejos de Tarróbriga. Esperaba que el sonido de su voz la hiciera entrar en razón, al tiempo que pensaba: no sé de ningún ungüento o poción para este mal, solo la diosa puede ayudarme. Pero seguía hablando. Le contó incluso lo que había sucedido en el santuario de Endovélico.

De pronto, en medio de una frase suya, Dovidena se levantó con una rapidez inesperada y corrió hacia la hoguera más cercana. Turio la siguió, reprimiendo la frustración que lo invadía. La cogió por la ropa, la obligó a volverse hacia él, gritó los nombres de Reva y Nabia, la sacudió por los hombros.

—¡Mírame, Dovidena! ¡Dime que sabes quién soy!

Había invocado a las diosas esperando un prodigio, y lo obtuvo, pero no el que hubiese querido. Finalmente, los ojos de Dovidena se fijaron en él. Una gran sonrisa rasgó sus labios, y por un instante Turio vio de nuevo a la mujer que había conocido, la que tantas pasiones había despertado y había convertido involuntariamente a un hombre en asesino.

—¿Me reconoces ahora? ¿Sabes quién soy?

En un tono suave, sorprendentemente joven, Dovidena murmuró algo. Turio hubo de acercarse más para escuchar sus palabras:

—Auledo.

Poco a poco, empezó a deslizarse hacia el suelo, y Turio comprendió que de nada serviría intentar mantenerla de pie. Se estaba muriendo, y era preferible que partiera de aquel modo. Acompañó el movimiento de su cuerpo, sosteniéndola siempre, hasta que sus rodillas tocaron la arena. Después la acostó y posó la mano derecha sobre su cabeza para que notara su calor.

—Auledo.

(Ha sido la voluntad de los dioses que yo llegara a tiempo. De este modo no ha muerto sola, para que la encontraran no se sabe cuándo).

Una sombra proyectada en la arena. Miró hacia arriba, vio a Antubelo. Con cuidado, retiró la mano que descansaba bajo la cabeza de Dovidena y se levantó. Se abrazaron. Era la primera vez que lo hacían desde que se conocían.

—Yo estaba allá —dijo Antubelo—, a la puerta de mi cabaña. Te he visto llegar, pero he preferido esperar a ver qué ocurría. Además, en los últimos tiempos Dovidena me tenía un gran odio.

»Había perdido por completo la lucidez —explicó, al ver el gesto interrogante de Turio—. Decía que yo me había llevado a su marido lejos, lo que no es cierto, como seguramente sabrás. Auledo partió después de que lo hiciera yo. La he vigilado de lejos siempre que he podido, y he logrado impedir que la gente de la ciudad la molestara, los muchachos y también algunos mayores, a los que irritaba ver tantos fuegos en la playa. Le dejaba comida y agua, porque ella no se movía de aquí. Como te he dicho, había perdido la cordura.

—Ha muerto pensando que yo era su marido —murmuró Turio.

Antubelo movió la cabeza, soltó una carcajada breve, sin alegría.

—Mejor así. Pero tu llegada en este preciso instante no ha sido un prodigio menor de lo que hubiera sido el regreso de Auledo. Estoy por creer que alguna divinidad te ha guiado hasta aquí. Lo que, conociéndote, tampoco sería de extrañar.

Turio contemplaba el cuerpo de Dovidena.

—Puede que tengas razón, no lo sé. Debo confesar que no he pensado en ella mientras he estado lejos de Tarróbriga. Si he sido guiado, ha sido sin darme cuenta. Tú en cambio has sido para ella un verdadero amigo, nadie más habría hecho lo que tú has hecho.

Encogiéndose de hombros, Antubelo replicó:

—Mi mérito es pequeño, Turio. Verás, Dovidena es la única mujer de la que he estado enamorado, antes incluso de que se casara con Auledo... ¿te sorprende saberlo? Es cierto, y esa pasión fue uno de los motivos que me llevaron a partir rumbo al sur. Así que, ya ves, mientras la cuidaba, incluso contra su voluntad, estaba en cierto modo tratando de mantener vivo mi propio pasado.

El cuerpo fue incinerado en una pira que Turio preparó con la ayuda de Antubelo. Ellos y un perro que tenía la costumbre de seguir a Dovidena fueron los únicos que asistieron al ritual y permanecieron al pie de la hoguera hasta que el fuego consumió su cuerpo. Después recogieron las cenizas, y Antubelo las guardó en la casa en la que dormía, junto a la sepultura de sus padres y sus abuelos.

—Me marcho mañana —anunció Turio—. Los Compañeros aún tardarán en abandonar el Limia, pero es posible que Taporo me necesite, y todavía tengo mucho que aprender de él. Además, no me queda nada que hacer en Tarróbriga.

Ato hizo un ademán de asentimiento. Se encontraban ambos en el taller de un alfarero al que Ato había ido a pedir que pusiera dos grapas en su jarrón favorito, por el que sentía un especial afecto y que se había roto. Era una pieza de buena cerámica cartaginesa, adornada con figuras geométricas. Mientras esperaban que el hombre concluyera su trabajo, se sentaron bajo el soportal del taller. Turio jugaba distraídamente con un trozo de barro fresco, modelando figuras que deshacía nada más completarlas.

—No me gusta verte partir de nuevo, pero tienes razón... de momento —dijo Ato—. En el futuro, no estoy tan seguro, y hablo de un futuro cercano. Creo que tu presencia aquí será necesaria.

Viendo que Turio se encogía de hombros, insistió:

—Sí, estoy seguro de ello. Tu padre se hace mayor, y en breve habrá que elegir nuevo jefe. Hay quienes ya empiezan a hablar de Cilio, el primogénito de Apilio. Sería una elección nefasta; en esa familia todos son impulsivos y demasiado orgullosos. No tardarían en surgir disputas. El sucesor ideal sería Turaino, porque...

Turio lo interrumpió:

—Eso es muy difícil, de sobra lo sabes. A los Ancianos no les gusta que el poder pase de padres a hijos, va en contra de nuestras costumbres.

A lo que Ato replicó:

—Es la costumbre en Bocuntí, y en mi opinión es lo mejor, porque sabemos con qué contar, y de ese modo el sucesor podría prepararse desde niño. En fin, lo que importa es que no tardará en llegar el momento en que nos hará mucha falta un augur por cuya intermediación los dioses puedan indicarnos quién debe suceder a Caturo.

—Si los dioses desean interferir en esa cuestión —replicó Turio, encogiéndose de hombros una vez más—, lo harán con o sin mi presencia, y en el caso de que la necesiten puedes estar seguro de que me traerán de vuelta a Tarróbriga. ¿No se te había ocurrido?

No, no se le había ocurrido, pero además algo había desviado su atención:

—¿Qué es eso? ¿Qué estás haciendo?

Se refería al objeto que Turio moldeaba con el barro de forma mecánica, sin mirar. Para responder a su pregunta, el muchacho bajó la vista, vio lo que tenía entre las manos y soltó una interjección.

Sus dedos habían trabajado solos, sin que él los dirigiera, para construir una pequeña réplica de la muela giratoria que había visto en el santuario de Endovélico.

—Es extraordinario. Te juro que no había vuelto a pensar en esto ni tenía la menor intención de...

—Te creo, pero ¿qué es?

Turio se lo dijo y le explicó cómo funcionaba. Ato, que hasta entonces se había mostrado serio, rompió a reír.

—Estaba en lo cierto —observó—, al decir que nos haces falta. Incluso cuando estás distraído, tus manos trabajan por ti. No sé a qué divinidad agradecer esta revelación, ¡son tantas las que te habitan! Pero cuidado, no destruyas lo que has hecho. Valdrá la pena fabricar eso en piedra y ver qué ocurre al echar el grano por ese agujero.

El alfarero había concluido su trabajo. Un trabajo inútil, en realidad, porque Ato no tardaría en volver a romper, y esta vez de forma irremediable, su precioso jarrón cartaginés. Salió de la alfarería con Turio y se dirigieron a la calle central, que conducía a la puerta noble. Habían dado media docena de pasos cuando Turio, que llevaba un buen rato con dolor de cabeza y cierto malestar, trastabilló y fue a apoyarse en un muro. Ato lo miró, vio su rostro encendido, la expresión ausente. Se dio cuenta de que estaba a punto de caer al suelo. Logró asirlo en el último momento, aunque para hacerlo hubo de soltar el condenado jarrón, que se hizo añicos en el suelo enlosado.

Ah, por desgracia ya no eres el muchachito ligero al que solía llevar en hombros, pensaba mientras cargaba en sus brazos el cuerpo inanimado de Turio. Ni yo tengo ya la edad que tenía entonces. Entre la gente que pasaba, enseguida hubo quienes se

ofrecieron para ayudarlo, pero Ato los rechazó. Solo pidió que alguien se adelantara para avisar a Pelia, y también a Boutío, para que fuera a tratar al muchacho. A pesar del esfuerzo al que le obligaba, se empeñó en hacer aquello solo, y a decir verdad sentir a Turio en sus brazos le producía incluso cierto placer no exento de dolor.

Posiblemente porque, en el fondo, siempre he lamentado que no fuese mi hijo.

Este pensamiento no le impidió llegar extenuado a la residencia de Caturó.

Aquella era la primera enfermedad que aquejaba a Turio desde su infancia, y Pelia se preguntó angustiada si no sería la última. Durante tres días, la fiebre le devoró el cuerpo y se llevó su espíritu lejos entre alucinaciones: primero vio Tarróbriga entre llamas, ardiendo no como arde una ciudad, sino más bien como lo haría un campo sembrado. «Vuestro trigo será segado y quemado». Después, con la lógica absurda de los sueños, volvía a ver la ciudad de nuevo, intacta pero cambiada. Y después guerreros con armas extrañas, y barcos enormes, panzudos, con grandes velas, y escribas que no usaban estilos sobre cera, sino plumas de aves sobre un material que se parecía vagamente al del único libro que Antubelo poseía, y muchas otras imágenes, confusas, incomprensibles.

Regresó de aquel delirio tres días más tarde, aunque entonces no fuera consciente del tiempo que había transcurrido. Turaino estaba de pie junto a su cama. Al ver que abría los ojos, tosió ligeramente para aclararse la garganta y salió de la casa. Instantes después, apareció su madre. Le posó la mano sobre la frente, dijo que la fiebre había remitido. Después, le dio de beber un poco de agua y murmuró:

—Ahora debes dormir, porque el sueño de la fiebre no permite descansar. Cuando te despiertes, te daré un caldo, pan y queso blanco. Debes alimentarte para recuperar las fuerzas.

Se encaminó a la puerta, pero se detuvo y volvió atrás para decirle:

—Durante los tres días que has estado inconsciente, tu hermano no ha comido, ni dormido, ni salido de aquí. He pensado que deberías saberlo.

Turio ya se había restablecido cuando se presentó en la ciudad un emisario de Vaucano: con la primavera a punto de llegar, los Compañeros de Bandúa se disponían a abandonar la margen del Limia y partir hacia el sur. Por tanto, el jefe convocaba a todos aquellos que se habían ausentado. El muchacho reunió su impedimenta y se unió a los doce tarrobrigenses que, como él, pertenecían a la hermandad. Antes de partir, se despidió de los padres, de Ato y de Antubelo. No así de Turaino, que había salido de caza. De hecho, durante el tiempo que había durado la convalecencia, los dos hermanos no habían intercambiado una sola palabra.

A su llegada al Limia, Turio supo la verdadera razón de la prisa de Vaucano por partir hacia el sur: Viriato había enviado una nueva petición de ayuda. Serviliano, que permanecía en la Ulterior, había emprendido una nueva ofensiva, o mejor dicho, había reactivado la ofensiva del año anterior, ahora que el invierno había pasado. El jefe lusitano pedía a los aliados que se reuniesen con él en Beturia.

Así pues, la hermandad se puso en marcha tan pronto se reincorporaron a la hueste todos los guerreros que se habían dispersado por la región entre el Durius y el Minius. Los Compañeros de Bandúa avanzaron rápidamente por caminos conocidos, atravesando territorios cuyos pueblos eran aliados suyos. Una vez cumplidos los rituales de apaciguamiento de las deidades, cruzaron sin mayores dificultades los ríos crecidos a causa del invierno, y alcanzaron el Durius en los primeros días de la primavera. Una vez ahí, hicieron un alto en el camino para dejar reposar a los caballos y obtener provisiones.

Se encontraban en el mismo punto por el que habían cruzado el río un año atrás, y donde Vaucano había sido elegido e investido. Nadie excepto Turio parecía recordar especialmente aquel momento. El tiempo transcurrido no era mucho, pero los combates librados y la distancia recorrida lo habían dilatado. La elección ya no parecía algo reciente.

Pero Turio no había olvidado aquel día, y muchas veces volvía la mirada hacia el peñasco desde el que Vaucano había hablado a los hombres. No pensaba en el río, ni temía cruzarlo esta vez. No obstante, aquel pedrusco de granito ejercía sobre él una extraña atracción. Al atardecer, se sentó para comer la última comida del día y eligió una posición que le permitía verlo. Solo se movió cuando se hizo de noche y se acomodó para dormir.

Taporo, que empezaba a conocerlo bien, reparó en su quietud y en su expresión, y le preguntó si tenía algún presentimiento.

—No —contestó—. No siento nada especial, solo me apetece subirme a esa peña.

—¡Ah! —repuso Taporo riendo—. Eso no es más que el vigor de la juventud. No creo que tengas tiempo de andar escalando riscos. Mañana cruzaremos el río al alba.

De madrugada, la hueste se dispuso a partir. Los barcos estaban alineados en la orilla, listos para la travesía, y Vaucano ejecutó el ritual correspondiente, asistido por Taporo y Turio. Pero este, que durante la noche había soñado con la roca, no conseguía apartar los ojos de ella. Era estúpido, ridículo incluso, porque no había en aquel peñasco cualidad sagrada alguna, pero había aprendido a no menospreciar sus impulsos súbitos, sobre todo si eran inexplicables.

Vaucano irguió el brazo derecho. Iba a dar la orden de cruzar el río. Turio, que estaba de pie a su lado, no pudo evitar gritarle:

—¡Espera! ¡Todavía no!

Corrió hacia la roca mientras Vaucano, sin salir de su asombro, bajaba el brazo y dirigía una mirada interrogante a Taporo, que le contestó encogiéndose de hombros, aunque después murmuró:

—Déjale. Espera.

Ninguno de los hombres lo ayudó a subir —pocos habían reparado en lo que hacía— pero apenas sentía la aspereza de la piedra en las manos. El peñasco era fácil de escalar, por lo que no tardó en llegar a la cima. Ya mientras trepaba, empezó a sentir algo que nunca hasta entonces había experimentado: fuertes pinchazos en los miembros, el pecho, la cabeza, una fuerza que tiraba de él, como si su espíritu estuviese a punto de ser arrancado del cuerpo. Cuando por fin alcanzó la cima del peñasco, esta disociación se hizo completa: flotaba por encima de su cuerpo y ligeramente detrás de este, que sin embargo no se veía inanimado, ni tan siquiera inmóvil, pues había abierto los brazos. Pero ¿quién lo habita, quién lo anima?, preguntó. Verse a sí mismo desde fuera lo perturbó hasta el punto de querer gritar. Intentó hacerlo, pero no fue capaz, lo que no era de extrañar. *Guerreros, escuchad mi voz.*

¿Y qué voz era aquella, profunda y grave, tan distinta de la suya? Era la primera vez que Turio la escuchaba, porque era la primera vez que profetizaba estando plenamente consciente, aunque fuera de su propio cuerpo.

Escuchad mi voz, la voz de Bandúa, vuestro dios y señor. Cruzad el río, guerreros, seguid adelante para honrarme y servirme, y yo os daré una victoria como jamás habéis soñado. Bandúa ha hablado, Bandúa, vuestro dios y señor.

Un breve instante de silencio atemorizado. Y una aclamación atronó, sacudió el aire quieto de la mañana. Los hombres alzaron sus armas, las insignias se elevaron por encima de las cabezas, las trompetas sonaron con furioso entusiasmo. En un primer momento, Turio no vio ni oyó nada. Sus rodillas se doblaron y apoyó las manos en la superficie áspera de la roca para no caerse. Ahora sí sentía la roca, había recuperado la posesión de la carne, de los huesos y músculos... el clamor de los Compañeros se le hizo entonces audible, le estalló dentro de la cabeza, aturdiéndolo aún más. No podría bajar de allí por su propio pie. Temiéndose eso mismo, Tapora llamó a dos hombres para que lo ayudaran en el descenso. Fue necesario ampararlo mientras iba al encuentro de Vaucano, que rindió la cabeza en un homenaje mudo. Solo entonces acertó a hablar:

—La salutación no es necesaria, Vaucano. El dios se ha retirado. Solo yo estoy aquí.

—Sí —replicó el jefe—, pero es lo propio saludar a su vehículo.

Después, echando la cabeza hacia atrás, gritó:

—Bandúa ha hablado, nosotros obedecemos. Cruzad el río.

El cruce del Durius se hizo alegremente, al son del cántico de guerra de los Compañeros, el mismo que quince años atrás había hecho que Turio se incorporase en su pequeño lecho. Pero él no cantó durante la travesía. Se mantuvo inmóvil y

callado, los ojos fijos en el agua. Los demás respetaron su recogimiento, creyendo que la visitación de Bandúa había dejado al joven augur fatigado.

Se equivocaban. Turio no cantaba porque, en su interior, oía ahora otra voz que le decía:

Inútil, todo inútil. Yo quedaré cuando todos hayan partido, yo, invicta y solitaria. Vuestro trigo será segado y quemado.

El entusiasmo con el que avanzaban se vio considerablemente mermado al poco de entrar en Beturia. Viriato, que mantenía bajo vigilancia todos los caminos de acceso a la región, no tardó en enterarse de la presencia de los Compañeros de Bandúa y en enviarles un guía que era a la vez mensajero, y el mensaje que portaba no hablaba de victorias, sino todo lo contrario. Serviliano había aplastado al más importante aliado de los lusitanos en Turdetania, un príncipe llamado Connobas. El procónsul había aceptado su rendición y le había perdonado la vida, pero había hecho cortar la mano derecha a todos sus guerreros. En el momento de la partida del mensajero, él y sus hombres se dirigían a Beturia, al parecer con el objetivo de atacar la ciudad de Erisane. Como siempre, los efectivos de Viriato eran muy inferiores a los de los romanos, pero ahora la desproporción era mayor aún.

Aunque no podría decirse que desmoralizaran a los Compañeros, estas palabras los llevaron a pensar que debían reflexionar con más cautela sobre las palabras escuchadas a orillas del Durio. Varios hombres abordaron a Turio al respecto, haciéndole preguntas a las que este no sabía qué contestar. Irritado con tanta insistencia, el muchacho acabó proclamando a voz en grito:

—Yo soy el menos indicado para desentrañar el significado de las palabras del dios. ¡Al fin y al cabo, ni siquiera estaba presente!

No era del todo cierto, pero había decidido no hablar sobre la extraña separación de cuerpo y espíritu que se había operado en él durante la manifestación de Bandúa.

Vaucano puso un fin abrupto a las especulaciones proclamando que los Compañeros habían recibido una orden desde las alturas y que no les quedaba otra que obedecer, por lo que retomarían el viaje enseguida, siguiendo al guía que Viriato les había enviado. Sus instrucciones eran sencillas: debía conducirlos hasta las cercanías de Erisane, donde se había ocultado el grueso de la hueste lusitana. Una vez ahí, recibirían nuevas órdenes, que dependerían de los movimientos de Serviliano.

Y así, los Compañeros de Bandúa se unieron a los guerreros de Viriato cinco días más tarde, y supieron que los romanos ya estaban montando el cerco a Erisane. Lo que se preparaba era una forma de invertir la situación, de sitiar a los sitiadores. Para conseguirlo, las tropas ahí presentes tomarían posiciones en el valle y se mantendrían a cubierto. El resto quedaba en manos de Viriato, que una de las noches siguientes intentaría entrar en la ciudad sin que el enemigo se percatara.

Dicho plan —en el que los Compañeros de Bandúa tenían un papel importante,

que desempeñaron con valor aunque no lo comprendieran— se cumplió con magnífica precisión. A la noche siguiente, Viriato entró en Erisane con un cuerpo reducido de caballería y al alba lanzó una ofensiva contra los sitiadores. A sus hombres se habían unido los defensores de la ciudad, pero lo que tomó por sorpresa a los romanos y los hizo retroceder, presas del pánico, fue reconocer al jefe lusitano, que hacían muy lejos de allí. Su única vía de escape era el valle, donde los esperaba el resto de la hueste.

Turio participó en la batalla. Ni las órdenes de Vaucano, que lo quería a salvo para tratar a los heridos, según la costumbre establecida, ni su propia reticencia a causa de las palabras de Nabia, fueron suficientes para vencer la exaltación que sentía. Se lanzó al ataque tan pronto oyó sonar las trompetas de guerra, combatió como los demás —si bien Tapora, que lo había visto, se mantuvo cerca de él en todo momento, ladeado por otros dos guerreros, para cubrirle la retaguardia— y su ímpetu solo decayó cuando los romanos cedieron y empezó la matanza. Entonces se retiró en cuanto pudo, pues se acordó de los heridos a los que debía asistencia.

Al finalizar la mañana, lo que quedaba del ejército de Serviliano se concentraba en el fondo del valle, en torno al procónsul, a merced de los lusitanos y sus aliados.

Bandúa había cumplido su promesa de victoria.

Era, en efecto, una victoria como jamás habían soñado. Podían dictar condiciones a un general romano o, mejor aún, podían ofrecerlo, junto con sus últimos legionarios, a los dioses de la guerra. Esta última solución habría sido la elegida por los Compañeros de Bandúa, que deseaban mostrar debidamente su gratitud al dios, pero las órdenes que recibieron fueron distintas y las acataron. Si se avenían a negociar, los romanos conservarían la vida.

Se avinieron, pues su única alternativa era la muerte en un combate sin esperanza. El sol del mediodía fue entonces testigo de un espectáculo único: Viriato jefe supremo del ejército lusitano, rodeado por sus comandantes y precedido por su insignia, cabalgando vencedor al encuentro de Quinto Fabio Máximo Serviliano, procónsul de la Hispania Ulterior, el vencido.

Fue aquella la primera vez que Turio vio al jefe que hacía ya siete años, al frente de unos pocos miles de hombres, desafiaba a la República romana y llevaba a los demás pueblos peninsulares a alzarse en armas contra la misma. Lo vio lo bastante de cerca para distinguir sus facciones marcadas, la sonrisa con la que aceptaba las aclamaciones de los guerreros. Jamás olvidaría ese momento, que no habría de repetirse.

El resultado de las conversaciones fue un tratado de paz y el reconocimiento de Viriato como «amigo del pueblo romano», lo que encerraba un significado muy especial, pues la República solo concedía el título de *Amicus Populi Romani* a los reyes aliados. Viriato no era rey, ni los lusitanos una nación unificada. El

otorgamiento de aquel título surgía así como una señal precursora de grandes cambios.

Los guerreros lusitanos no regresaron a sus tierras tras la victoria y, por lo que respecta a los aliados, se les pidió que permanecieran con la hueste mientras Serviliano partía hacia Corduba. Era necesario esperar para ver si respetaba el tratado, y si el Senado romano aceptaba ratificarlo. El clima de confianza que reinaba no debía estar reñido con la cautela. Pero los Compañeros ya hacían planes, porque eran hombres de guerra y no de paz: primero, un regreso a las tierras de allende el Durius, quizá con algunas expediciones por el camino, y después Numancia, que mantenía la guerra con Roma, puntuada por treguas inciertas.

La espera fue demasiado larga para su gusto, pero el resultado los compensó con creces. Serviliano no solo mantuvo el compromiso asumido, sino que envió un emisario con el anuncio de que el tratado había sido ratificado. Se confirmaba así la paz, la victoria era definitiva y Viriato podía pensar en la mejor forma de convertir Lusitania en algo más que una región de fronteras difusas en la que coexistían, no siempre pacíficamente, varias tribus sin cohesión alguna.

Por fin había llegado el momento de que los Compañeros partieran hacia el norte. Tal era su voluntad, a la que Viriato no se opuso, pues tenían intención de prestar auxilio a Numancia. En su opinión, la paz recién conquistada tendría una garantía adicional si las fuerzas romanas estuvieran ocupadas en cualquier frente de batalla.

La víspera de la partida, Turio se enteró por casualidad de una noticia en apariencia poco importante. La relataron los guerreros lusitanos que habían guiado y escoltado al emisario de Serviliano hasta el campamento: se decía en Corduba que el procónsul partiría en breve hacia Roma, y que su sustituto sería Quinto Servilio Escipión, uno de los cónsules de ese año. Curiosamente, esta noticia, que se refería tan solo a la rendición de un gobernador romano en unas condiciones que no eran nuevas, perturbó profundamente a Turio.

Durante los días de ocio que siguieron a la batalla, había entablado amistad con varios lusitanos, algunos de ellos cercanos a Viriato. En realidad, si no lo había conocido personalmente era tan solo porque el jefe lusitano recorría infatigablemente las tierras de Beturia e iba más allá todavía con tal de mantener vivas las alianzas y evitar posibles deserciones. Sin ostentar ninguna posición de mando, Turio gozaba ya de un prestigio considerable entre los guerreros como alguien cuyos augurios jamás fallaban. En sus conversaciones con los lusitanos —con los notables, sobre todo— había aprendido lo suficiente sobre la organización romana para saber qué era un cónsul de la República, y aunque ningún presentimiento hubiera venido a ensombrecerle el espíritu, el simple nombramiento de uno de esos magistrados para gobernar la Ulterior se le antojaba un mal presagio.

Sin embargo, no lo comentó al hablar con Taporo, sino que se limitó a mencionar este hecho:

—Viriato —dijo entonces— es la única razón que ha llevado al Senado a enviar

cónsules a la Ulterior. Los cónsules son los jefes supremos de la República. Pero ahora hay un tratado de paz. Si los senadores quieren respetarlo, ¿por qué envían a Quinto Servilio Escipión a las Hispanias? Taporo se encogió de hombros.

—Posiblemente porque las tropas romanas están desmoralizadas tras la derrota sufrida. Me parece evidente. Podría interrogar a los huesos divinatorios sobre la llegada de ese cónsul, pero si hubiese un riesgo inminente de guerra, tú darías la señal de alarma. No he olvidado, ni olvidaré, lo que ocurrió a orillas del Durio.

Turio no respondió. Lo que sentía era demasiado vago, demasiado confuso. En esencia, se resumía en una sola idea recurrente que lo asaltaba cuando estaba a solas.

Inútil, todo inútil. Yo quedaré cuando todos hayan partido, yo, invicta y solitaria. Vuestro trigo será segado y quemado.

Empezó entonces el año en que Cneo Pisón y Cayo Popilio fueron nombrados cónsules, y en el que el Senado romano rompió el tratado de paz con Viriato que había firmado a regañadientes el año anterior.

Los Compañeros de Bandúa habían montado su cuartel de invierno en la margen sur del Celadus —es decir, a escasa distancia de Tarróbriga— y enviado a algunos de los suyos a indagar sobre la situación en Numancia. Los emisarios regresaron con la noticia de que la ciudad había firmado la paz con Roma y accedido a pagarle un tributo de treinta talentos de plata. Añadieron aún que los numantinos no estaban demasiado contentos con la solución y solo esperaban el momento oportuno para sublevarse de nuevo, momento que aún no había llegado. Privada de su objetivo inmediato, la hermandad permaneció donde estaba, a la espera de la primavera para retomar la vida errante.

Durante ese tiempo de reposo, Turio se abstuvo de visitar Tarróbriga. Al cruzar el territorio de Bocuntí, se había enterado de que Andaitía y su hermano se habían casado. Por tanto, Turaino vivía con la que ahora era su mujer en una de las casas de su padre, la misma en la que ambos hermanos habían dormido siempre, y eso significaba que no había lugar para él en la residencia familiar. Tampoco lo habría tenido aunque no existiera el vínculo que lo había unido a la muchacha; era la costumbre, y no había motivo alguno para el resentimiento.

Pero los resentimientos no necesitan motivos, y mientras había estado lejos, en Beturia, los había alimentado inconscientemente. No le dolía el alejamiento de Andaitía, del que él —o, mejor dicho, la diosa— era responsable. Le dolía, eso sí, la frialdad de Turaino al decirle: las relaciones entre nosotros deben cambiar. Era cierto (había acabado reconociéndolo) que hasta entonces siempre había adoptado una actitud pasiva respecto a su hermano mayor. Sencillamente se había dejado querer y proteger por él, pero eso no impedía que se sintiera herido hasta el punto de ni siquiera conceder gran valor a lo que su madre le había dicho, que Turaino lo había asistido durante su enfermedad. Quería que hubiese seguido a su lado cuando se había despertado, que le hubiese hablado y sonreído.

Absorto como estaba en estos íntimos resquemores —que, al mismo tiempo, le causaban algún remordimiento—, dejó pasar su decimosexto aniversario sin acordarse de él. Después, se operó en él un cambio súbito: se vio asaltado por un deseo irracional de volver a Tarróbriga, de volver a ver a sus padres y al hermano. Había, sin embargo, algo más en aquella urgencia que lo llevaba a sospechar que él no era el único que deseaba su regreso a la ciudad.

El sentimiento de urgencia se mantuvo, y se vio incluso reforzado, si es que eso era posible, cuando llegó al campamento un emisario de Viriato medio muerto de hambre y cansancio, pues venía de lejos y había viajado sin descanso, había matado

de agotamiento a su caballo y había cubierto a pie una distancia considerable hasta conseguir nueva montura en Igedium. Lo que traía era la noticia de la ruptura del tratado. Escipión, ya como procónsul, había empezado por hacer incursiones en las tierras de los vetones y los calaicos del interior. Después había atacado a los lusitanos, secundado por las fuerzas de Popilio Léñate, procedentes de la Hispania Citerior. Al menos cuando él había partido, Viriato se encontraba atrincherado en una remota montaña, en los confines de Lusitania, intentando al mismo tiempo negociar con el enemigo y reavivar las viejas alianzas. Nunca su situación había sido tan desesperada.

Al oír estas noticias, Vaucano inició inmediatamente los preparativos para la partida. Pero antes era necesario dejar reposar al mensajero lusitano, que debía guiar a los Compañeros, así como acometer una serie de tareas urgentes: llamar a todos aquellos que, según la costumbre ancestral, habían vuelto a sus tierras, mandar limpiar las armas y reunir la impedimenta.

Entonces, Turio tomó una determinación. Aquella sería su última oportunidad de volver a Tarróbriga en los tiempos más cercanos. Vaucano frunció el entrecejo al oír su petición.

—¿Ahora? ¿Ahora quieres volver a Tarróbriga?

—Estaré de vuelta mañana o pasado —contestó—, a tiempo para la partida. No es un capricho, Vaucano. Quiero decir, no es un capricho mío, y no puedo darte otra explicación, pero creo que me entiendes.

Vaucano lo miró fijamente.

—Bueno —dijo al fin—. Contigo, siempre hay que tener en cuenta lo que «ellos» quieren. En el fondo, quizá nos sea de utilidad. A ver si convences a tu padre para que nos mande más hombres, no faltarán quienes ansíen participar en una buena batalla. Pero atención: te necesito aquí pasado mañana a más tardar.

Turio ya iba camino de Tarróbriga cuando se acordó de la principal razón por la que hasta entonces había preferido quedarse en el campamento: ¿dónde se alojaría, si no quería o no podía quedarse en casa de sus padres?

No importa, pensó. Antubelo me cederá la cabaña de la playa.

Rechazó la escolta que Vaucano quería ofrecerle, celoso de la seguridad de su augur. No solo la distancia era corta, argumentó, sino que estaba seguro de que ningún peligro lo acecharía, lo que solo era cierto en la medida en que no había recibido ninguna señal, buena ni mala. El simple impulso que lo movía era garantía suficiente. Además —y fuera porque los dieciséis años le habían aportado algo de madurez o por cualquier otro motivo— sentía ahora una nueva seguridad en sí mismo. Una seguridad negativa, por así decirlo, la de alguien que se sabe en manos de un poder superior y que, estando a merced de este para bien o para mal, no necesita temer a otros poderes.

Eligió el camino que lo llevaría, en sentido perpendicular, hasta la costa, un poco por encima de Tarróbriga. De este modo, con algo de suerte, encontraría a Antubelo en la playa, cerca de la Roca Sagrada, y le pediría que le prestara la cabaña durante una noche o dos (ni él mismo lo sabía, también eso lo dejaba en manos del azar, o de los dioses).

Y los dioses —o el azar— decidieron complacerlo colocando a Antubelo justo donde Turio quería encontrarlo: pescando, sentado en una roca. Se abrazaron, intercambiaron novedades, Turio habló de la victoria sobre Serviliano y de la guerra que Escipión había reabierto, mientras que Antubelo le habló de las intrigas políticas locales en torno a la previsible elección de un nuevo jefe, y también —a petición del muchacho— de la boda de Turaino. Sin embargo, cuando Turio le pidió que le dejara usar su cabaña, contestó con firmeza:

—Ningún amigo mío, y menos si se trata del hijo del jefe y un augur escogido por los dioses, duerme en una cabaña podrida.

—En sitios peores he dormido.

—No en Tarróbriga. Te vienes a mi casa, tengo una para mí solo, como bien sabes. Y aunque la residencia pertenece a mi hermano, yo soy el mayor, y eso me concede cierta autoridad. Podemos, eso sí, comer aquí antes de irnos a la ciudad, pues el sol va alto y tengo suficientes peces para los dos. No será la primera vez, supongo que lo recordarás.

Turio aceptó la invitación. Un poco más tarde, sentado junto a las brasas sobre las que descansaban las piezas recién pescadas, observó con atención a su amigo. Solo entonces se percató de que había envejecido —como cualquier otra persona, desde luego—, pero ahora la huella del tiempo pasado se hacía evidente en los pómulos marcados, en las canas que se multiplicaban en el pelo y la barba. Todo está cambiando. Mi padre ya no será durante mucho más tiempo el jefe de Tarróbriga, los chicos con los que solía jugar son hoy los guerreros de la ciudad. Dovidena ha muerto. Andaitía no tardará en ser una madre de familia.

Antubelo, que también lo estudiaba disimuladamente, sonrió.

—Tus ojos son como un libro abierto... quizá no sepas lo que quiero decir, puesto que no te gustan los libros.

—Me dan miedo —murmuró Turio.

—Es cierto que tienen un gran poder, pero no deberían asustar a alguien que vive tan cercano al poder. Sea como fuere, puedo leer en tus ojos como leería en un libro. Me hago viejo, es verdad. Yo mismo lo noto. Un día, más pronto que tarde, vendrá una enfermedad que me llevará consigo.

Sin pensar, Turio replicó:

—No una enfermedad prolongada, ni dolorosa.

Apenas pronunció estas palabras, se llevó la mano a la boca en un intento inútil de contenerlas. Bajó el brazo y cerró los puños con fuerza, clavando las uñas en las palmas de las manos. ¿Por qué?

Antubelo lo miraba fijamente, ahora muy serio.

—¿Profecía? —murmuró.

Exasperado, Turio negó con la cabeza.

—No lo sé. No sé nada. Te pido perdón, Antubelo. El poder del que has hablado no es mío y no lo domino, al contrario: soy dominado, aplastado por él. Pero te lo juro: no sé si ha sido una profecía. A veces, los dioses disfrutaban engañándonos. Me ha pasado alguna vez.

Contó episodios imaginados, inventó libremente, ansioso por restar valor a lo que había dicho. Antubelo lo escuchó sin interrumpirlo. Cuando hubo terminado, dijo en un tono tranquilo:

—No te preocupes por mí, Turio. Me alegra saber que la enfermedad no será larga ni dolorosa. Y si eso es lo que han decidido los dioses, queda escrito que así será.

—Quizá por eso me da miedo la escritura —replicó Turio a media voz.

—No vamos a discutir eso otra vez. El pescado está listo, vamos a comérmolos. ¡Eso también está escrito!

Después de la comida, se fueron a la ciudad. Turio creía que solo encontraría a su madre en la residencia, a su madre y a Andaitía, lo que lo inquietaba un poco. Sin embargo, Caturó estaba allí. Ya no salía todos los días. Los años empezaban a pesarle, y además la perspectiva de ser sustituido en el puesto de jefe lo retenía dentro de los muros de Tarróbriga, empeñado en maniobras de influencia sobre el Consejo de los Ancianos —al que pertenecería dentro de poco— y otros notables.

Sus padres le dieron la bienvenida, se interesaron por lo que había hecho durante el año transcurrido, por sus planes para el futuro. Este último asunto los llevó a hablar de hechos militares. Turio les explicó que los Compañeros de Bandúa acudirían una vez más en auxilio de Viriato, y que por ese motivo no pasaría más de dos noches en Tarróbriga. Aprovechó la ocasión para explicar también —había visto la ansiedad en el rostro de sus padres— que se había alojado en casa de Antubelo. Caturó aprobó su sensatez con gesto grave. En cuanto a su madre, Turio creyó ver en su breve sonrisa una mezcla de alivio y tristeza.

Entonces entró Andaitía. Para Turio, verla supuso un golpe violento, casi físico, porque apenas la reconoció. Habría podido cruzarse con ella en cualquier calle de la ciudad sin detenerse. Había desaparecido la muchacha graciosa y leve, había desaparecido la presencia suave que lo había fascinado. En su lugar había ahora una mujer hermosa, sin duda, pero una mujer igual a las demás, casada, sólida, con los pies en la tierra, los ojos cerrados al sueño. Había desaparecido Andaitía, y en su lugar quedaba la mujer de Turaino, hijo de Caturó, a la que saludó ceremoniosamente sin esfuerzo.

Salió tan pronto pudo y bajó al santuario de Nabia para saludar a Boutío. En realidad era un pretexto, buscaba consuelo en el baño de vapor. También allí algo había cambiado, aunque no en el lugar, sino en sí mismo: sentado en la segunda

cámara, miraba el pequeño hueco que daba paso a la cámara de las iniciaciones, que tantos recuerdos sombríos le había traído, y se sentía cómodo, libre de angustias. Lo que, reflexionó, quizá significara que el mayor —si bien el menos visible— de los cambios se había operado en él, no en los demás.

Más tarde, ya en casa de Antubelo, recibió la visita de Ato. Turio había preguntado por él a su padre, y este le había dicho que había partido hacia Bocuntí al alba portando un mensaje. Al volver, se había enterado de su visita y, tras reunirse con Caturo, se había apresurado a buscarlo.

Ato apenas había cambiado. Siempre había sido, en apariencia, un hombre sin edad.

—Creo que estás más alto —le dijo, pero lo mismo había dicho el año anterior, lo que, ahora como entonces, no era cierto—. En cualquier caso —añadió—, has causado buena impresión a tu padre. Ha hablado de ti con respeto... y los padres siempre tienden a ver a los hijos como si fueran niños.

Después, habló de su viaje a Bocuntí. Como era de esperar, el coronero veía con buenos ojos la elección de Turaino en Tarróbriga, porque tal era el asunto que había ido a tratar.

—De sobra sé —añadió, adelantándose al comentario del muchacho— que nuestra costumbre es otra, pero ocurre que (¡por fortuna!) el hijo de Apino no es popular. Al igual que su padre, ¿entiendes? Y lo cierto es que no hay nadie más, quiero decir, nadie con peso suficiente en la ciudad. Además, debemos contar con los habitantes de Lanutai, Nabi y Argibai. Para ellos, tu hermano es el jefe natural y dudo que acepten otro.

Dio todavía más explicaciones, habló de los juegos de influencias que se cruzaban y recruzaban, aumentando de intensidad a medida que se acercaba el momento de la elección. Turio lo escuchaba, pero no le prestaba demasiada atención.

—Por lo que veo, el tema no te interesa... —observó Ato—. Es curioso, porque tiene que ver con tu familia.

Turio se apresuró a contestar:

—Perdóname, claro que me interesa, pero no tanto como lo hubiera hecho en el pasado. Ya has hablado con mi padre, a la fuerza sabrás lo que le he contado. Se avecinan grandes acontecimientos, y no serán agradables. Vetones y calaicos, gentes de nuestro mismo pueblo, han sido atacados por los romanos. Viriato y sus lusitanos se encuentran en serias dificultades, y todo esto ocurre en la propia Lusitania, no en la Bética. Y eso sí es importante.

—Razón de más para que sigamos con atención la elección del nuevo jefe, ¿no crees? Dime, Turio: ¿por qué has venido a Tarróbriga?

Ato seguía molesto por su indiferencia. Turio sonrió para apaciguarlo mientras contestaba:

—He venido a ver a mis padres y a mis amigos, tú entre ellos. Y por otro motivo que todavía ignoro, pero que habrá de revelarse. Me conoces lo bastante para saber

que algunos de mis actos no son completamente míos.

Hubo un silencio, que Ato rompió para decir:

—He aquí un buen motivo: hoy tu padre dará un banquete en tu honor. Me ha encargado que te informe de ello.

Turio lo miró fijamente, la boca abierta de pasmo.

—¿Un banquete? ¿En mi honor? ¡No!

—Sí —replicó Ato—, en tu honor, el dilecto de los dioses, el anunciador de victorias. También quiere aprovechar la ocasión para demostrar a todos que tu ausencia no ha supuesto una ruptura con la familia, y no hace mucho que cumpliste dieciséis años. ¿Te parecen suficientes motivos?

Con una amplia sonrisa, Turio contestó:

—Los motivos son excelentes, aunque no siempre haya anunciado victorias. Pero sospecho que no son los únicos...

—De acuerdo, eres demasiado listo para mí —repuso Ato con gesto resignado—. Es evidente que le conviene, sobre todo en este momento, reavivar el brillo de la familia; recordar a todos, sin decirlo con palabras, que al elegir a Turaino no solamente estarán eligiendo a un buen jefe, sino también manteniendo un vínculo con el augur más extraordinario que Tarróbriga ha conocido jamás.

—Ah.

Interpretando aquel «ah» como una crítica, Ato añadió:

—Yo respeté y respeto tu decisión de unirme a los Compañeros de Bandúa y de partir con ellos. Pero eras necesario aquí, Turio. Aquí, en Tarróbriga. Y ahora le debes esto a tu padre y a tu hermano. Y, si me lo permites, a Tarróbriga.

Caturo no escatimó esfuerzos ni gastos. La mejor carne —cabrito, ternera, lechón—, los mejores pescados y mariscos. La mejor cerveza, pero solo para el final, cuando los comensales, ebrios ya, no distinguieran bien lo que bebían. Antes, correría el vino hasta que se agotaran las reservas. Y el número de invitados era considerable, tanto así que la casa noble no bastó para acogerlos y hubo que colocar bancos en el patio.

Por ser el homenajeado, Turio ocupó el lugar reservado a Turaino, que en aquella ocasión se sentó un poco más allá, con Andaitía a su lado. La disposición de los comensales al inicio del banquete reflejaba las inquietudes políticas de Caturo, que veló por que nadie —empezando por los jefes de los distintos linajes— se sintiera menospreciado.

—Es un banquete digno de un rey —murmuró Ato al pasar cerca de Turio. El joven no le contestó, y puede que ni siquiera lo escuchara, porque desde que se había sentado en el banco, a la izquierda de su padre, había empezado a sentir, a intervalos regulares, punzadas de dolor en la cabeza que lo aturdían.

Por eso, se concentraba en una oración silenciosa que incluía como destinatarios a

todos los dioses y diosas a los que conocía, y otros que pudieran existir:

—Os lo suplico —decía—, escuchad mis ruegos, permitid que hoy honre a mi padre como él me honra a mí, dejadme libre, dejadme hablar por mí mismo, dejadme ser yo.

A decir verdad, el banquete solo se animó después de que se sirvieran las viandas y sus respectivas guarniciones, cuando solo el vino circulaba. Ato cantó su poema sobre la fundación de Tarróbriga, que ya se había hecho popular, y otros cantaron después, con menos acierto pero igual entusiasmo. Y al fin empezaron las danzas en corro. Turaino era un verdadero maestro en esa arte, nadie mejor que él daba el gran salto final, de modo que caía, sin hacerse daño, de rodillas en el suelo. Caturo miraba complacido las proezas de su hijo mayor al tiempo que trataba de leer disimuladamente las reacciones en los rostros que lo rodeaban. Una discreta mirada crítica de Apino, lo que no era de extrañar, ya que deseaba ver a su hijo elegido, pero exceptuándolo a él y a sus familiares, todos los comensales importantes parecían sentir admiración, o incluso estima, por Turaino. Al final de una danza, mientras Turaino permanecía arrodillado en el suelo tras haber dado un salto formidable, Caturo se arriesgó a lanzar un anzuelo para ver quién picaba:

—¡Largo de aquí, muchacho! —le dijo al primogénito, pero en un tono de voz que desmentía sus palabras—. ¿Qué voy a hacer con semejante tarambana, que a sus veinte años todavía salta y baila como si fuese un niño?

Alguien —entre el ruido y la confusión era difícil saber quién— le contestó:

—¡Tú no tienes que hacer nada, pero nosotros lo convertiremos en nuestro jefe!

Los aplausos fueron lo bastante fuertes para que Caturo aventurara la siguiente réplica sin temor:

—Ya veremos, ya veremos si es digno del cargo... y veremos qué piensan los de Lanutai, Argibai y Nabi.

Pelia escuchaba en silencio mientras se decía a sí misma que todo aquello, empezando por el banquete, era demasiado obvio, que nadie podía hacerse ilusiones respecto a las razones que movían a su marido, y que no era de recibo que el jefe de una familia tan ilustre empujara descaradamente a su hijo en la dirección del mando supremo, cuando no era esa la ley de su pueblo. En Bocuntí, donde reinaba su hermano Ambato, todo era distinto. El coronero era el comandante en la guerra y el pastor del pueblo en la paz, lo que a menudo implicaba más sacrificios que privilegios... lo que, por desgracia, reflexionó, Ambato no comprendía. Fuera como fuese, en Tarróbriga todo era distinto. Pero no vaha la pena darle vueltas a cosas en las que poco podía influir. Se esforzó por prestar atención a la fiesta. Al hacerlo, una nueva inquietud vino a perturbarla: miró a su hijo menor y no le gustó su aspecto.

Turio no se movía ni hablaba. Había compuesto una vaga sonrisa para que nadie pensara que se aburría, pero al cabo de un rato hasta la sonrisa pasó a exigir esfuerzo. Las sienes le latían con fuerza, la música de las flautas lo ensordecía. Desistió de repetir en silencio la oración porque el propio acto de pensar le resultaba doloroso.

Sin embargo, no tardaría en tener que hablar, porque Caturó se había levantado para proponer un brindis en su honor. Al fin y al cabo, había que honrar el motivo oficial del banquete, y Turio esperaba con angustia el momento en que debería contestar, deseando que su padre siguiera hablando, que no parara de hacerlo, por lo menos hasta que le fuese posible dominar el dolor y el aturdimiento. Pero su padre no era un hombre de grandes dotes oratorias, y el momento que tanto temía llegó al fin. Todas las miradas convergieron en él, expectantes.

Se levantó despacio. De su boca brotó una voz que los tarrobrigenses no oían desde hacía largo tiempo, tanto que muchos de ellos la habían olvidado. Y las primeras palabras fueron también las mismas que aquella voz había pronunciado once años antes, cuando Turio no era más que un niño:

*¡Escucha, Tarróbriga!
Vuélvete hacia el sur...*

Turio no la oía. Tampoco veía. Había perdido el conocimiento. Cuando lo recuperó seguía en pie, y comprendió que había permanecido así durante un buen rato. A su alrededor seguían estando los invitados, pero el ambiente había cambiado por completo: ni música, ni risas, ni conversaciones, solo rostros serios, escépticos los unos, claramente alarmados los otros. Les he agitado la fiesta, pensó.

Este pensamiento se vio confirmado por el desahogo de su padre, pronunciado a media voz mientras se adelantaba para acompañar a algunos de los visitantes más ilustres, que empezaban a retirarse:

—No sé qué voy a hacer contigo.

La frase, tan semejante en la forma a la que había pronunciado refiriéndose a Turaino, era muy distinta en cuanto al fondo, porque en este caso cabía interpretarla de modo literal.

La fiesta había tocado a su fin. Turio solo se despidió de su madre, sin preguntarle qué había dicho durante el trance. Ella lo abrazó con más fuerza y durante más tiempo de lo que era habitual, pero en silencio. Caturó hablaba con Ato en tono grave, en un rincón del patio. Turio pasó rápidamente por delante de ellos y se deslizó hacia la puerta sin que lo viesan. Estaban absortos en la conversación, y además el sol ya se había puesto y empezaba a oscurecer.

Antubelo lo esperaba en la parte exterior del recinto. Había participado en el banquete, pero desde un lugar modesto, acorde con su condición, y había sido de los primeros en salir.

Caminaron en silencio a lo largo de la calle que conducía a los talleres de los tejedores. En un momento dado, Antubelo preguntó al muchacho cómo se sentía, y este se detuvo para replicar:

—Me siento como un hombre que se ha emborrachado y después no recuerda lo que ha dicho o hecho. Es muy desagradable.

Antubelo hizo un ademán de asentimiento.

—Pero no te has emborrachado. Apenas has tocado la bebida, o la comida, dicho sea de paso. De eso puedo dar fe.

Solo entonces, tras una pausa, se atrevió Turio a preguntar:

—¿Qué he dicho, Antubelo?

El otro vaciló, pero acabó contestando:

—Era confuso, la verdad. Creo que, en realidad, has anunciado la destrucción de Tarróbriga.

—¿Qué has dicho?

—No con estas palabras —se apresuró a matizar Antubelo—, y seguramente habrá quien entienda otra cosa. Pero eso es lo que yo he entendido. Eso y que llegarán nuevas terribles. Cuándo o de dónde, no lo has dicho. Vámonos a mi casa, necesitas comer y dormir.

Turio movió la cabeza en señal de negación.

—Si me lo permites, me voy a la cabaña de la playa. Quizá incluso me quede a dormir ahí.

Antubelo se opuso, recordándole que no había probado bocado durante el banquete, que las noches todavía eran frías, sobre todo a orillas del mar, que apenas si había luz suficiente para emprender el camino. Sin embargo, al observar la expresión de Turio, acabó por decirle:

—Vete, pues, antes de que los guardias cierren las puertas de la ciudad y que ni tu caballo ni tú logréis orientaros en la oscuridad.

A decir verdad, las puertas ya estaban cerradas, pero los guardias abrieron una para dejarlo pasar. En las caballerizas, uno de los mozos sacó al animal, que resopló de placer al reconocer a su amo. Y, pese a las advertencias de Antubelo, no tuvieron mayor dificultad en hallar el camino durante el largo crepúsculo.

No pegó ojo. Se quedó sentado junto a la puerta de la cabaña, con la mirada perdida en la oscuridad, distinguiendo solamente la línea blanca y móvil del rompiente, oyendo el ruido constante de las olas golpeando la arena y las rocas.

Creía que iba a tener mucho en qué pensar —la destrucción de Tarróbriga, había dicho Antubelo—, pero no lograba retener las ideas, que se perdían en un torbellino vago, sin sentido. Pasó algún tiempo intentando disciplinarlas y darles un curso definido, pero acabó desistiendo. Estaba demasiado cansado para emprender semejante esfuerzo. Se dejó perder en el torbellino, un poco como el nadador que se deja llevar por la corriente.

La noche avanzó. La luna, en cuarto creciente, apareció en el cielo, ganó altura. Al verla, Turio sintió un estremecimiento y creyó hallar en ella un significado especial, recibir de ella un mensaje que decía: ha llegado el tiempo de mi reinado. Ese fue uno de los raros momentos en los que logró mantener una línea de pensamiento

clara, pero cuando intentó buscar el sentido del mensaje se perdió de nuevo en una vorágine de ideas e imágenes.

La luna completó su tránsito nocturno y empezó a perder brillo a medida que el día despuntaba. Un ruido leve, cascos de caballo sobre la arena, seguido del relinchar de su propio caballo, puso fin al delirio. El recién llegado era Antubelo. Desmontó, se acercó a él. Traía comida y vino.

—Los augures también comen. He venido a romper el ayuno contigo —le dijo. Solo entonces comprendió Turio que tenía verdadera hambre. Dio las gracias a Antubelo y observó:

—No sé de dónde sacas la paciencia para soportar mis caprichos e incluso alimentarlos, como acabas de hacer. Nadie más lo haría, excepto quizá Ato, si supiera dónde encontrarme.

Antubelo esbozó una media sonrisa.

—Quizá porque sé que, en realidad, no son meros caprichos —contestó—. O quizá porque despiertas en ciertas personas, como Ato o como yo mismo, un sentimiento... paternal tal vez de protección en cualquier caso. Pero eso no importa. Come.

También aquellas palabras merecerían una reflexión, si Turio estuviera lo bastante lúcido, pero al cansancio de la noche en blanco se unía aquella extraña incapacidad para concentrarse que seguía afectándolo. Comieron en silencio, mientras el sol nacía y las gaviotas empezaban el ritual de la pesca, y también en silencio se levantaron para ir a lavarse manos y rostro en el agua del mar. Después, Antubelo preguntó:

—¿Te vuelves a la ciudad?

Turio negó con la cabeza.

—Esa era mi intención. Pero, sin saber por qué, creo que debo permanecer aquí algún tiempo más. A decir verdad, estoy esperando algo, no me preguntes el qué.

No tardaron en saberlo. Aún no era mediodía cuando avistaron dos barcos gaditanos que se acercaban a la costa, y pronto comprendieron que se disponían a fondear aprovechando la calma del mar y la ausencia de viento, que los había obligado a usar la fuerza de los remadores. Poco después, los centinelas de Tarróbriga y Lanutai dieron el aviso de llegada de las embarcaciones, y cuando una de estas lanzó al mar un esquife ya se avistaba a un grupo de guerreros de Tarróbriga, avanzando a galope tendido en dirección a la playa. Turaino encabezaba el grupo. Argumentando sentirse cansado, su padre se hacía representar por él con creciente frecuencia, lo que no hacía sino alimentar las críticas de quienes apoyaban al partido de Cilio, hijo de Apino.

Los mercaderes de Gadir traían un intérprete, un hombre de mediana edad que hablaba perfectamente, y con la entonación correcta, la lengua de los brácaros. Fue él quien se adelantó para saludar a Turaino. A continuación, sin embargo, no anunció la mercancía que venía en los barcos, porque antes de las transacciones debía transmitir algo tan importante que dejaba en segundo plano al propio comercio.

Lo que entonces relató fue la muerte de Viriato, en su propio reducto y a manos de tres de sus hombres, traidores vendidos a Quintio Servilio Escipión.

La noticia cubrió de silencio la playa repleta de gente. A excepción de Turio, nadie entre los presentes había conocido a Viriato ni estaba unido a él por lazo alguno, pero su nombre se había hecho famoso y, en cierto sentido, se asociaba a una idea de seguridad. Era invencible, y mientras hiciese frente a los romanos, estos jamás pisarían las tierras del noroeste. Su muerte, anunciada por gentes llegadas del mar, tan poco tiempo después de la profecía pronunciada por Turio —y cuyo contenido ya circulaba por toda la ciudad, con algunas exageraciones dictadas por la fantasía—, inspiraba un sentimiento muy cercano al terror que se leía ahora en todos los rostros, inevitablemente vueltos hacia Turio.

Este se encontraba al lado de su hermano mientras el intérprete hablaba. Al final, cuando todos guardaron silencio, Turaino se volvió hacia él y preguntó entre dientes:

—¿Es esta la noticia que anunciaste?

Turio se encogió de hombros, exasperado por su ignorancia respecto a los oráculos.

—No lo sé, no era consciente de lo que decía, ya deberías saberlo. Pero supongo que sí. Es lo bastante grave. Hay que avisar a nuestro padre.

Por un instante, creyó leer el pensamiento de Turaino: lo enviaría a Tarróbriga, portador de un mensaje. Pero cuando habló, su hermano dijo algo distinto:

—Hay tiempo. Y las nuevas como esta no corren, vuelan. Alguien habrá ido ya a decírselo. Por ahora, debo cumplir la misión que me encargó, negociar con esta gente. Te pido que no te alejes mucho, puede que te necesite.

Por encima de todo, pensó Turio, no quiere verme en la residencia, hablando con Andaitía. ¿Cómo puede preocuparse por semejantes cosas en un momento como este? ¿Qué estará ocurriendo en Lusitania? ¿Y qué hacen ahora los romanos, en qué dirección avanzan? ¿Y qué harán los brácaros, acaso se unirán? Tengo que partir, reunirme con los Compañeros. Hoy sin falta. ¿Qué idea tuve anoche, al ver el cuarto creciente? «Ha llegado mi reinado», ¿quién me dijo esto en secreto? ¿Nabia? ¿Acaso era Nabia, que vuelve a reclamarme?

De nuevo las punzadas de dolor en la cabeza, la sensación de no estar presente en su cuerpo. ¿Qué quieres de mí, señora de las aguas, señora de la Luna?

Una voz pronunció su nombre. Las sombras retrocedieron, regresó a sí mismo con un alivio intenso. Era Antubelo quien lo había llamado, y allí estaba, ante él.

—¿Cómo te encuentras? No me gusta tu cara.

—Ahora estoy bien —contestó secándose con la mano el sudor frío que le perlaba la frente—. Estoy todo lo bien que puede estar alguien que acaba de oír que Viriato ha muerto a traición y comprueba la escasa importancia que otros conceden a esa noticia.

Decía esto porque, pasado el primer momento de conmoción, tanto los hombres de Tarróbriga como los de Lanutai se interesaban ahora por las mercancías de los

barcos de Gadir y, ajenos a la conversación entre Turaino y el intérprete, entablaban negociaciones particulares con los mercaderes, ya fuera mediante gestos o frases entrecortadas en las que se mezclaban las dos lenguas.

—No es justo reprochárselo —opinó Antubelo—. Al fin y al cabo, son pocos los que han visto las legiones romanas, aunque solo sea de lejos. No alcanzan a imaginar siquiera aproximadamente su poder. Sin embargo... —añadió, frunciendo el ceño—, no me ha parecido que estuvieras refunfuñando contra nuestra gente, sino a punto de entrar en trance.

—Ya ha pasado —replicó Turio en tono seco. Y, a renglón seguido, confesó—: A veces es una sensación horrible, porque son dos impulsos contrarios. Uno de ellos me lleva a querer gritar: convocad al Consejo de los Ancianos, reunid a todas nuestras fuerzas, preparaos para una guerra como jamás habéis visto, la más grande de todas las guerras. El otro impulso me frena la voz y los movimientos, me dice que todos esos esfuerzos son inútiles y peligrosos, porque nos llevan al sufrimiento y la mortandad, porque amenazan nuestra supervivencia y contrarían la voluntad de los dioses. Pero también hay un dios detrás del primer impulso, lo sé. ¿A quién debo seguir y servir?

—Lo siento, no lo sé —contestó Antubelo—. Quizá debas seguir a la divinidad que manifiesta mayor poder sobre ti. Pero ¿quién soy yo para darte consejos sobre semejante cuestión?

Se interrumpió, pues alguien se acercaba: era el intérprete, que a todas luces deseaba abordarlos.

—Estoy buscando —empezó— a una mujer que vive en Tarróbriga. Se llama Dovidena. Traigo un mensaje de su marido, al que encontré en Gadir poco antes de partir.

Antubelo no le dio réplica. Fue Turio quien habló:

—¿Entonces Auledo está vivo? ¿Y volverás a verlo?

El forastero contestó que no lo sabía. Tan solo se había comprometido a llevar su mensaje a Tarróbriga, pero también había dado su palabra de que solamente hablaría con Dovidena, pues se trataba de un asunto que a nadie más incumbía.

—En tal caso, olvida ese mensaje —replicó Turio—. Dovidena murió hace un año. Antubelo, al que ves aquí, y yo mismo le prestamos las últimas honras porque la teníamos en gran estima. Si encuentras de nuevo a su marido, dile que lo esperó hasta el momento de su muerte.

Y, a continuación, le narró la vida de Dovidena, la perenne vigilia, el sufrimiento constante, las hogueras en la playa. Y su muerte, el único momento de felicidad, convencida de que su hombre había vuelto al fin.

—Cuéntale todo esto —remató—, para que sepa el daño que le causó.

—No podré contárselo —repuso el intérprete de los gaditanos—. Os he mentado antes. Auledo murió, y ese era el verdadero mensaje que traía. Lo conocía bien. Ya moribundo, me pidió que, si su mujer vivía aún, fuera yo y solo yo quien le diera la

noticia y le dijera que pensó en ella hasta el último momento. Pero me decís que ya no vive. Así pues, no podré cumplir la misión que acepté por amistad.

Asintió a modo de despedida y se alejó rápidamente. Solo entonces se volvió Turio hacia Antubelo, que no había abierto la boca y se limitaba a mirar fijamente al hombre, que se había reunido con los mercaderes gaditanos.

—¿Por qué no has hablado? —preguntó.

Antubelo contestó en voz baja:

—¿Para qué? Tú conocías tan bien como yo la historia de Dovidena. O mejor, incluso. Y no hay duda de que él prefería hablar contigo, que eres demasiado joven para haberlo conocido.

—Comprendo —murmuró Turio—. ¿Auledo...?

Antubelo se limitó a contestar:

—Es increíble lo mucho que un hombre puede llegar a cambiar con los años. Supongo que evitará tanto como pueda dejarse ver por la ciudad y volverá a embarcar en cuanto las naves anuncien su partida. En algo tenía razón: Auledo ha muerto.

Aquella misma tarde Turio abandonó Tarróbriga con destino a las márgenes del Celadus para reunirse con los Compañeros. Ato lo acompañó hasta la falda del monte y se despidió de él junto a los baños.

—Siempre me ha costado verte partir —le dijo—, pero esta vez más aún. Te lo repito: te necesitamos en Tarróbriga.

—Los Compañeros de Bandúa también me necesitan —repuso Turio—, y se disponen a partir hacia Lusitania, o eso creo. Algo me dice que, tras la muerte de Viriato, los lusitanos no serán capaces de contener a las legiones romanas, y debo transmitir esa idea a Vaucano. Es mejor intentar cerrarles el paso antes de que crucen el Munda y lleguen al Durius. En Tarróbriga no me necesitan, Ato.

El bardo hizo un gesto de impaciencia.

—No lo entiendes. No eres el único al que los dioses hablan. Tu padre no te lo ha dicho porque... porque el momento no es propicio, teniendo en cuenta la inminente elección de su sucesor. Podría dar pie a intrigas...

—No sé de qué me hablas.

Ato se lo explicó: por la mañana, apenas se había enterado por Turaino de la muerte de Viriato, había lanzado en secreto los huesos divinatorios para saber qué debía hacerse. La respuesta había sido ambigua, excepto en un punto: tu hijo más joven será la esperanza de la ciudad. Pero si lo anunciara públicamente no faltaría quien dijera: lo que él quiere es tener a los tarrobrigenses perpetuamente bajo el dominio de su familia, un hijo como jefe, el otro como sumo sacerdote. Pretende cambiar nuestras costumbres. Eso perjudicaría la posición de Turaino de cara a la elección.

—Si es verdad lo que dices —replicó Turio—, no hay duda de que debo

marcharme. Pero Ato no se rendía:

—Quizá. En todo caso, deberías permanecer cerca. En Bocuntí, por ejemplo. — De pronto, sonrió—. ¿Recuerdas aquel extraño objeto que moldeaste en barro, la muela giratoria que viste allá en el sur? Ya te dije que buscaría el modo de que la fabricaran en piedra, a escala grande. Da muy buen resultado, mejor que nuestras viejas muelas. Hasta en eso...

A pesar de sus preocupaciones, Turio no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿De veras crees que es tan importante? —Ya en serio, añadió—: Si me marcho no es porque sea esa mi voluntad, Ato. Siento y sé que es necesario. Adiós.

Dos días después de su partida, una tormenta se abatió sobre Tarróbriga, tan violenta que los habitantes se atrincheraron en sus casas mientras el viento, la lluvia y los relámpagos azotaban el cielo. Cuando, hacia el fin de la tarde, los dioses de la tormenta se calmaron, la estatua que representaba a Clodamo —hermano de Turón, el Fundador— yacía en el suelo. Era el guardián de la puerta sur.

La caída del guardián del sur, escasos días después del oráculo pronunciado por Turio, hizo que se instalara en Tarróbriga un ambiente cercano a la histeria colectiva. Caturu se vio obligado a emplear toda su autoridad para contener el caos. A continuación, tomó medidas, aunque no se detuvo a preguntarse si eran o no las más adecuadas. Ante todo, le preocupaba que todos vieran que había una respuesta inmediata. Así, mientras un grupo de pedreros se ocupaba en reparar la estatua, que se había roto al caer, el jefe lanzó una vez más los huesos divinatorios —ahora solemnemente y en público— para intentar averiguar el significado exacto de lo ocurrido. Además, ordenó a Boutío, en su calidad de primer sacerdote de los baños sagrados, que hiciese lo mismo, pidiendo a las divinidades que indicasen quién debería sucederle, pues consideró que si consultaba él mismo a los dioses al respecto, y la respuesta favorecía a Turaino, quienes apoyaban a Cilio no dudarían en acusarlo de haber falseado la lectura.

Ninguno de los lanzamientos arrojó un presagio claro. Por iniciativa propia, Boutío se adentró en la cámara de iniciación, en los baños de Nabia, y se expuso al vapor mezclado con los humos del centeno sagrado, pero la diosa se limitó a declarar: «Habéis recibido el augurio, leed el mensaje».

A lo que alcanzaba la memoria de los vivos, nunca Tarróbriga había conocido un momento de tanta incertidumbre. Caturu convocó el Consejo de los Ancianos, que decretó sacrificios —una hecatombe, tal como el año en que Turio había nacido— y tomó también la decisión de elegir nuevo jefe en cuanto fuera posible reunir a la asamblea de los pueblos. Boutío, que pertenecía al Consejo, hizo una declaración: tras la respuesta críptica que le había dado en la primera cámara, Nabia se le había aparecido en sueños y le había dicho que la caída de Clodamo anunciaba el inicio de una nueva era, y que Tarróbriga debía cambiar sus costumbres. Esto había dicho y nada más, por lo que cabía a los tarrobrigenses decidir a qué cambios se refería. Los partidarios de Cilio no tardaron en murmurar que, pronunciadas en tales circunstancias, sus palabras parecían sugerir la elección de Turaino, y por ende la transmisión hereditaria del poder. Y, en voz más baja todavía, algunos comentaron haber visto al sacerdote en íntima conversación con Ato, cuya simpatía por la familia de Caturu era de todos conocida. Pero Boutío gozaba del respeto general, tanto por sus funciones como por su persona, y nadie se atrevió a poner sus palabras en tela de juicio.

Se ejecutaron los sacrificios: caballos, machos cabríos y carneros, una abundante ofrenda a los dioses. La caída de los cuerpos y las venas de las víctimas indicaron que estas habían sido bien recibidas, por lo que el pueblo respiró con cierto alivio. La estatua de Clodamo, devuelta a su sitio, fue nuevamente consagrada. Solo quedaba proceder a la elección del nuevo jefe.

Se reunió la asamblea. El resultado estuvo claro desde el primer momento: ante los nuevos tiempos que se avecinaban, Turaino representaba el vínculo con el pasado. Además todos sabían que, mientras viviera, su padre lo aconsejaría. Era un buen guerrero, era popular, las gentes de Lanutai, Argibai y Nabi lo conocían bien. En el último instante previo a la votación, los propios familiares de Cilio abandonaron a su candidato.

Al día siguiente, Turaino fue investido y recibió las virias de oro, tras lo que el Consejo de los Ancianos le prestó homenaje. Fue entonces cuando uno de los Ancianos —con el que Ato había conversado la víspera, aunque podía tratarse de una simple coincidencia— se levantó para sugerir que, una vez asegurado el gobierno de Tarróbriga, convendría llamar de nuevo al joven Turio. Era cierto que los malos presagios parecían haberse alejado, pero todos se sentirían más tranquilos con la presencia en la ciudad del augur al que los dioses habían favorecido de un modo tan evidente.

Turaino escuchó esta propuesta sin dar señal de aprobación o desagrado. Se limitó a decir que dejaba en manos del Consejo la decisión de convocar o no a su hermano más joven. En realidad, las razones que habían dictado el alejamiento entre ambos se le antojaban ahora menos importantes, porque Andaitía se mostraba contenta y, además, estaba embarazada. Los Ancianos aprobaron la sugerencia, por lo que aquel mismo día dos mensajeros partieron hacia el Celadus.

Sin embargo, no lograron cumplir su misión. Los Compañeros de Bandúa habían partido. Cuando los enviados de Tarróbriga tuvieron noticias de ellos, ya habían cruzado el Durius.

Al llegar al campamento, Turio lo encontró desmantelado, y a los Compañeros listos para la partida. Vaucano se disponía a enviar a alguien a Tarróbriga para traerlo de vuelta.

—Tu intuición de profeta —comentó con humor sombrío— nos ha ahorrado tiempo y esfuerzo.

Tanto el humor sombrío como la prisa con la que partían tenían un solo motivo: desde Cale, les había llegado la noticia de la muerte de Viriato, posiblemente llevada hasta dicha ciudad por los mismos mercaderes gaditanos que habían desembarcado en Tarróbriga. Vaucano quería participar en la venganza lusitana, como homenaje al jefe traicionado y también porque eso daría a los guerreros de Bandúa la oportunidad de nuevos combates, hazañas y saqueos. Pero no podían perder el tiempo. De sobra sabía él cómo vuela el tiempo, cuan breves son la primavera y el verano para un ejército que debe cubrir una larga distancia antes de llegar a su escenario de guerra.

De hecho, treinta días después de haber cruzado el Durius, los Compañeros supieron que ya habían perdido su gran oportunidad. Justo después del asesinato de Viriato, uno de sus lugartenientes, Táutalo, había lanzado una ofensiva sobre

Saguntum, en el litoral de la Citerior. Táutalo había sido derrotado y había entablado conversaciones con Escipión. Sus hombres, desmoralizados y cansados tras siete años de guerra ininterrumpida, habían acordado entregar sus armas y aceptar las tierras que el general romano les había ofrecido.

Y así, la hueste del gran Viriato se había dispersado. Pero en Lusitania surgían ahora otros jefes dispuestos a intentar conquistar igual fama. No todos comprendían el proyecto unificador que lo había animado, aferrados como estaban a las viejas tradiciones, y ninguno de ellos poseía las cualidades que lo habían convertido en un verdadero general y un buen diplomático, pero eran hombres de valor y tenían el prestigio suficiente para reunir en torno a sí a otros guerreros que aceptaban jurarles fidelidad. Crecía el número de grupos militares: hermandades religiosas, como la de Bandúa, huestes consagradas a luchar contra Roma y no pocas bandas que vivían tan solo para saquear.

En medio de este confuso panorama, los Compañeros no encontraban su sitio, ellos que en los últimos tiempos se habían dedicado prácticamente a una sola causa. Por eso, cuando interrumpieron su avance junto al Munda para un necesario reposo, Vaucano convocó una asamblea. Quería conocer el sentir de sus hombres.

La víspera, al atardecer, Turio había convencido a Taporo para que lo acompañara a dar un paseo por la ribera. Por acuerdo tácito, se alejaron de la zona donde muchos de los Compañeros se bañaban por primera vez desde que habían abandonado el Celadus.

Fue Turio quien rompió el silencio preguntando:

—¿Cuál será la decisión de la asamblea? ¿Crees que cruzaremos el río?

—No nos quedan muchas alternativas —replicó Taporo encogiéndose de hombros—. O eso o partir hacia el este, tierra adentro. Aquí no podemos combatir, todos estos pueblos son aliados nuestros, y no es bueno que los Compañeros permanezcan ociosos durante mucho tiempo.

—Por mí —dijo Turio—, preferiría cruzar el río e intentar convencer a los lusitanos para formar un gran ejército, capaz de atacar a los romanos...

Se interrumpió porque un inesperado mareo lo hizo tambalearse, al tiempo que una voz, ya familiar, le susurraba palabras que no alcanzó a comprender pero que sonaban a censura y acusación. Aturdido, miró a su alrededor, fijó la vista en el río. Le pareció ver una figura femenina sobre las aguas, una sombra casi transparente. Y la misma voz murmuró: «¿Por qué te resistes?».

Taporo, que se había distraído contemplando el vuelo de un milano, no se percató de nada, y cuando se volvió hacia él todo había pasado.

—No albergó ilusiones al respecto, y tú tampoco deberías hacerlo. Si Viriato no lo consiguió, nadie lo hará.

Se sentaron a la orilla del río. Desde el lado opuesto a la desembocadura les llegaba el vocerío de los hombres que se bañaban, el ocasional resollar de los caballos. Turio pensó que había llegado el momento de hablar de lo que lo

inquietaba:

—Me gustaría saber cuándo vas a revelarme la parte más importante del secreto del Limia.

Al ver que el semblante de Taporo se endurecía, añadió:

—No es por curiosidad, ni por ambición... desde luego no es por ambición. Pero intuyo que se acerca el tiempo en el que deberé conocerlo. Siento una gran inquietud, Taporo. No sabría explicarlo mejor, aunque lo intentara.

El interpelado indicó con un ademán que comprendía a qué se refería. No era solamente la muerte de Viriato. Turio le había hablado del oráculo que había pronunciado en Tarróbriga, durante el banquete. De hecho, a lo largo del viaje, ambos habían comentado esta cuestión, en un intento por pesar, por valorar, las palabras de la divinidad, buscando un vínculo con aquellas otras que hablaban del trigo quemado.

—Tampoco yo estoy tranquilo —confesó Taporo al fin—. Pero, en lo tocante al secreto, no creas que deseo guardarlo para mí, ni que considere que no eres lo bastante maduro para recibirlo. Espero una señal, una señal clara e indiscutible de que debo transmitirlo. Y repito lo que ya te he dicho en alguna ocasión: no tengas prisa. El secreto contiene muchas preguntas y ninguna respuesta.

Se levantó y se alejó unos pasos para orinar. Al volver, añadió:

—De momento, lo importante es lo que no es secreto y conviene que todos sepan: aquel que no ejecute el ritual propiciatorio antes de cruzar el Limia, se olvidará al instante de quién es, de su familia, de su pueblo, de sus propósitos en la vida.

Turio, que también se había levantado, lo observó con una leve sonrisa.

—Eso todos lo saben ya.

—No todos en Lusitania. Tal vez los romanos lo sepan, y es bueno que los nuestros tengan presente que el Limia representa la seguridad y la supervivencia en el caso de que nuestras armas fallen.

No volvieron a hablar del tema mientras volvían al campamento.

A la mañana siguiente, la asamblea de los Compañeros de Bandúa se reunió y, en contra de lo que Turio esperaba, decidió que partirían hacia el este. Se unirían a las incursiones que los vetones y arevacos emprendieran contra los romanos. En el caso de que surgieran conflictos entre ambos pueblos, se decantarían por uno de los lados y le ofrecerían su apoyo.

Así lo hicieron, hasta el invierno siguiente. Entonces, regresaron a Lusitania y acamparon en las proximidades de Cinginnia, una ciudad que les ofrecía alimentos y seguridad al abrigo de un pacto de hospitalidad firmado todavía en tiempos de Arcio. Ahí permanecieron durante los meses invernales. Empezó el nuevo año, para Roma el del consulado de Publio Escipión y Décimo Junio Bruto. Y Turio cumplió diecisiete años.

Con la llegada de la primavera, los diversos grupos de guerreros que se habían formado en Lusitania se pusieron en marcha, y los Compañeros de Bandúa siguieron su ejemplo. Los ataques a las legiones y propiedades de los romanos se multiplicaron

de tal modo que la República envió a la Ulterior a un nuevo ejército, esta vez bajo el mando directo de uno de sus cónsules.

El cónsul elegido fue Décimo Junio Bruto.

Este se distinguía de los mejores generales contra los que había luchado Viriato por su decisión inamovible de no limitarse a garantizar la seguridad de las dos Hispanias romanas. Quería conquistar y ocupar la Mesopotamia del Tagus y el Anas, toda la Lusitania, y si tal fuera posible, las tierras de allende el Durus, el noroeste de la península que las legiones jamás habían pisado.

Para lograrlo, partió de Cincticum, tal como había hecho Serviliano, y venció rápidamente las sierras que formaban la defensa natural de Mesopotamia. Pero, a diferencia de aquel, evitó el enfrentamiento con las bandas de guerreros que flagelaban la retaguardia de su ejército y se abstuvo de perseguirlos. Su único objetivo eran las ciudades y demás poblaciones fortificadas.

Era una estrategia mortalmente eficaz. Poco ágiles y por tanto vulnerables en la guerra de guerrillas, sobre todo en un terreno que apenas conocían, las legiones demostraban su superioridad —material y táctica— en las estrategias de asedio a las ciudades. Además, el ataque a los núcleos de población amenazaba la cohesión del enemigo, ya se tratara de huestes guerreras o partidas de salteadores, ya que los hombres tendían a abandonar el grupo al que pertenecían para acudir en defensa de su población natal, donde tenían sus raíces, familias y dioses. En definitiva, al ocupar y guarnecer las ciudades y fortificaciones locales —o al arrasirlas, cuando estas se negaban a someterse—, Bruto conquistaba puntos de apoyo estratégicos al tiempo que decapitaba, por así decirlo, a los pueblos que se oponían a él.

Todos los medios eran válidos para el general, que alternaba el saqueo sistemático con la negociación, la paz mediante tributo con la escabechina, el terror con la clemencia. Mesopotamia, que hasta entonces había frenado el propósito de los romanos de marchar hacia el Tagus por la larga franja litoral del occidente ibérico, se vio rápidamente vencida. En poco tiempo, Bruto alcanzó el río, lo cruzó y entró en Olisipo, en torno a la cual hizo levantar una cintura de murallas. Roma había entrado en la Lusitania occidental.

Los Compañeros de Bandúa se encontraban entonces en las cercanías de Igedium. Se disponían a socorrer a Numancia, que se había rebelado una vez más y se hallaba cercada por las tropas de la Citerior, bajo mando del pretor Popilio Léñate, pero la noticia de que Décimo Junio Bruto había cruzado el Tagus vino a trastocar de nuevo su plan de campaña. Vaucano se negó a alterarlo, insistiendo en mantener Numancia como objetivo, pero muchos guerreros pensaban que, con los romanos en Olisipo, era preferible ir a batirse en la guerra que les quedaba más cerca.

Tal era el asunto que todos discutían en torno a las hogueras la noche anterior a la partida. Todos menos Turio, que había comido poco y en silencio, con el rostro vuelto

hacia las llamas. Lo suyo no era propiamente indiferencia, sino más bien fatiga. Amío, uno de los Compañeros, hombre de confianza de Vaucano, había caído enfermo cinco días antes y los síntomas eran los de un envenenamiento, lo que era grave, no solo para el propio Amío, evidentemente, sino también para la hermandad. Hasta entonces, las rencillas personales entre los guerreros se solucionaban recurriendo al juicio del jefe o a un duelo abierto y leal. El veneno era un arma traicionera, un arma de débiles y cobardes. Era necesario descubrir al culpable y aplicarle un castigo ejemplar. Pero ¿cómo desenmascararlo y probar su culpa sin lugar a dudas? Vaucano presentía que la hermandad no tardaría en verse dividida por la duda y las hostilidades, ocultas o declaradas.

Mientras ayudaba a Taporo a administrar las primeras curas al enfermo, Turio había sido iluminado por una idea súbita. Amío era conocido por su gula desmedida, así que quiso saber qué había comido exactamente el ilustre guerrero. Hubo de esperar a que el enfermo pasara por un momento de lucidez, y entonces, casi a la fuerza, le arrancó la revelación. Además de lo que habían comido sus compañeros, entre otras proezas dictadas por su apetito, Amío había decidido probar unas pequeñas bayas silvestres, negras como uvas maduras...

—¡El muy idiota! —exclamó Taporo al enterarse—. Conozco esas bayas. Se ha envenenado a sí mismo.

Una vez alejadas las sospechas de crimen, había que intentar salvar al glotón. Afortunadamente, lograron provocarle el vómito, pero durante cuatro días nadie supo decir si viviría o no. Finalmente, ya fuera gracias a las pociones de Taporo o a su propia constitución, pareció mejorar. Sin embargo, seguía siendo necesario vigilarlo, obligarlo a tomar las pociones e impedir que bebiera vino a escondidas. Ahora estaba a salvo, aunque muy débil. Y Turio, agotado tras varias noches en blanco, descansaba junto a la hoguera, sin ganas de comer ni hablar. Ni siquiera escuchaba lo que decían quienes se encontraban a su alrededor, y se estremeció cuando Taporo le tocó el brazo y dijo:

—Me gustaría saber qué piensas.

Se desperezó y contestó:

—Perdona, estoy demasiado cansado para pensar. En realidad, no sé muy bien de qué estáis hablando.

Taporo lo observó atentamente. El muchacho parecía exhausto, y tenía motivos para estarlo. El esfuerzo realizado aquellos últimos días había sido excesivo y, en su opinión, injustificado. La culpa era de Vaucano, que había exigido una atención constante al estado de Amío, quien visto lo visto no merecía tantos desvelos. Era posible que Vaucano tuviera en gran aprecio su lealtad, pero eso no lo hacía menos estúpido, arrogante, ávido. Era injusto sacrificar a Turio, que resultaba mucho más valioso para la hermandad, y al que Taporo necesitaba, especialmente en aquel momento.

Le tendió el odre con su última reserva de vino.

—Bebe. Después, tienes que dormir. Veo que no estás en condiciones de contestar a lo que quería preguntarte.

Turio rechazó el vino con una sonrisa de gratitud, al tiempo que replicaba: estoy en condiciones, si sé la respuesta y si estos amigos nuestros nos lo permiten. Decía esto porque los guerreros que se encontraban con ellos en torno a la hoguera habían empezado a cantar, sin demasiada armonía pero con gran potencia de voz. Taporo les ordenó que se callaran, a lo que estos obedecieron sin rechistar, porque el augur de la hermandad gozaba de un puesto jerárquico próximo al de Vaucano.

—He aquí lo que me preocupa —dijo entonces—: me parece que el avance de los romanos hasta Olisipo puede representar una amenaza a nuestra propia tierra. De hecho, no hace mucho hablamos del tema, tú y yo. No me opongo a la decisión de Vaucano; luchar al lado de Numancia será honroso, y eso es lo único que le pedimos a Bandúa, pero en este momento creo que necesitamos una orientación venida de las alturas. Más que una orientación, una voz de mando, un liderazgo.

Turio cerró los ojos, respiró hondo. Taporo comprendió el gesto, y se apresuró a explicar:

—No te estoy pidiendo nada. Bien sé que es la divinidad quien elige el momento, no tú. De todos modos, quisiera saber si alguna vez has intentado provocar el trance, llamar al dios.

No debería haber hablado, pensó no bien lo había hecho. Parece tan frágil esta noche, parece un niño.

Turio observaba las llamas. Taporo las vio reflejadas en sus ojos. Vio que el brillo aumentaba de intensidad. Qué he hecho, pensó. El muchacho no está preparado para una visitación.

El cuerpo de Turio se agitó con un temblor violento, tras lo cual enderezó el tronco y se quedó rígido. Un rugido sordo brotó de sus labios. Los hombres que estaban con ellos alrededor del fuego se apartaron rápidamente con gesto temeroso, e incluso Taporo se distanció un poco, impresionado por la transformación física, las arrugas que de pronto surcaban las mejillas antes lisas del muchacho, el aura de poder sombrío que lo envolvía.

Escuchad, guerreros...

Era la misma voz que habían oído cuando Turio se había encaramado a aquel peñasco a orillas del Durius.

... Bandúa os habla. Bandúa, vuestro jefe y dios. Llamad a vosotros a los calaicos y traedlos a Lusitania. Lusitania está en peligro y es vuestra muralla. Bandúa, vuestro jefe y dios, Bandúa ha hablado.

El eco de la voz —un eco insólito, pues nada había ahí que pudiera provocarlo— se extinguió, y Turio dejó caer la cabeza sobre el pecho. Taporo iba a acercarse a él, a ayudarlo para evitar que se desplomara de espaldas, desamparado, pues sabía que se quedaba sin fuerzas tras una manifestación, pero aquella era una noche especial, una noche de prodigios, una noche en la que todas las divinidades estaban despiertas.

Turio irguió de nuevo la cabeza, bien alto, volviéndose hacia la luna, y Taporo sintió un escalofrío al ver que el trance no había terminado. Constató entonces que una nueva transformación se había operado en su rostro, ahora terso, resplandeciente, tocado por una juventud inmortal. Es una mujer, pensó Taporo, paralizado por el terror. La ilusión se veía reforzada por la delicada belleza del chico. Su barba, que muy a su pesar nunca había pasado de fina pelusa, se había vuelto invisible, disimulada por el juego de sombras que las llamas de la hoguera proyectaban sobre su piel. Era una mujer la que estaba ahí, y era de mujer la voz grave que salió de sus labios entreabiertos:

Yo os anuncio el caos y las tinieblas. Yo, Nabia, señora de las aguas y las almas. Si llamáis a las gentes de allende el río, habrá gran mortandad, las madres degollarán a sus hijos, pueblos enteros perecerán, la tierra quedará cubierta de ruinas y llanto. Entonces, yo, Nabia, os conduciré hasta la Luna. La elección es vuestra.

Antes de que Taporo pudiera reaccionar, sucedió lo que había tratado de evitar: Turio cayó hacia atrás, sobre la hierba. Con un salto, Taporo se situó junto a él. Posó la mano sobre su pecho, después sobre el cuello, y respiró aliviado al notar signos de vida.

—Agua, traedme agua —ordenó a los hombres más cercanos. Cuando llegó el agua en un cuenco de madera, empapó una manga de su túnica y la pasó despacio por el rostro del muchacho.

Turio abrió los ojos, vio la expresión ansiosa de Taporo, inclinado sobre él. Con un hilo de voz, contestó a una pregunta que aún no había sido formulada:

—Roto.

Y repitió: roto, me siento roto en dos pedazos.

Después, se durmió.

Mucho más tarde, Vaucano sentenció:

—Los dioses se complacen en jugar con los hombres.

Taporo le había contado lo sucedido. Los Compañeros dormían, excepto los que estaban de guardia en el campamento.

—Oráculos contradictorios —prosiguió—. ¿Qué debemos hacer? ¿Has logrado alguna respuesta?

Después de haber echado una manta sobre Turio y de haber reavivado el fuego, Taporo se había retirado a rezar y había lanzado los huesos, pero no unos huesos cualesquiera, sino los que reservaba para las grandes ocasiones. Eran las falanges de la mano derecha de un antepasado suyo, adivino célebre en su tiempo. Sin embargo, la configuración obtenida nada había revelado. Al oír esto, Vaucano tomó una decisión.

—Las palabras que más me interesan son las de Bandúa, evidentemente, pero es

demasiado tarde para intentar convencer a los brácaros, por no hablar de los demás, para que formemos una gran afianza. Para cuando lo consiguiéramos, el invierno se nos habría echado encima. Además, no estoy seguro de que lo lográramos. Mañana partiremos hacia Scalabis y haremos la guerra allá donde la encontremos. Es nuestra vocación y nuestro compromiso con el dios.

—¿Y Numancia? —preguntó Taporo.

—Más tarde. En eso, por lo menos, obedecemos inmediatamente a Bandúa.

Por la mañana, los Compañeros levantaron el campamento. Amío, todavía demasiado débil para viajar, quedó al cuidado de los igeditanos. Turio estaba lo bastante restablecido para montar a caballo.

Y así, la hermandad de Bandúa pasó lo que quedaba de año realizando incursiones contra los romanos sin obtener grandes victorias ni sufrir grandes pérdidas. Llegó el invierno, y con él un nuevo año, el décimo octavo de la vida de Turio y el último en el que los guerreros de Lusitania pudieron conservar el ímpetu que les había dado Viriato.

Décimo Junio Bruto inició la campaña más pronto de lo habitual y se apoderó de Morón, una pequeña población lindante con Scalabis cuya posición estratégica era envidiable y que él se encargó de fortificar para convertirla en su centro de operaciones. Los pueblos más cercanos creyeron que quizá el procónsul se detendría allí —otros generales habían procedido de modo similar: ocupaban un lugar, lo fortificaban y entraban en reposo—, pero se equivocaron. La verdadera invasión no había hecho sino empezar. Desde Morón, las legiones avanzaron hacia el norte sin alejarse demasiado de la costa, donde una flota romana seguía por mar en la misma dirección, suministrándoles apoyo y víveres.

Fue una guerra como jamás había conocido aquella generación. Fiel a su táctica, Bruto atacaba y saqueaba las ciudades, destruyendo lo que quedaba de ellas. En realidad, destruía todo o casi todo lo que encontraba a su paso, y no porque su campaña de conquista fuera fácil. Muy al contrario, se cumplieron las palabras de Nabia: los pueblos se levantaron en armas. Guerreros, ancianos, mujeres y niños se dejaban masacrar en los campos de batalla. Las mujeres que lograban escapar se mataban, pero antes degollaban a sus hijos para que no vivieran como esclavos. Los vencidos que no morían a manos de los romanos ni se suicidaban huían hacia los montes llevando consigo lo poco que podían transportar.

Una a una, las ciudades fueron cayendo, treinta en total. La última fue Cinginnia, a la que los Compañeros de Bandúa, retenidos en combate junto al río Vacua, no pudieron auxiliar. Bruto ofreció a los habitantes paz a cambio de un tributo, y estos le contestaron que sus antepasados les habían dejado hierro para defender la ciudad, y no oro para vendérsela a un general codicioso. Y Cinginnia fue tomada.

La caída del último bastión lusitano llevó a los Compañeros a batirse en retirada hacia Calecia. Vaucano decidió entonces cumplir las órdenes que contenía el oráculo pronunciado por Turio en Igedium. Dividió a sus hombres en grupos cuyo mando

entregó a los mejores guerreros (y los más sensatos), y los envió por toda la tierra entre el Durius y el Minius a propagar la noticia del desastre lusitano e implorar a los jefes de los pueblos que se unieran para detener a los romanos. Vaucano sugería una concentración en la orilla norte del Durius.

La tarea resultó más fácil de lo que había supuesto. En realidad, la coalición militar que él pedía ya se estaba formando, pues la situación en Lusitania era de todos conocida. Por fin, los pueblos habían decidido dejar a un lado rivalidades y rencillas tribales, jurar treguas, firmar pactos de amistad, enviar a sus tropas. Las primeras llegaron de Cale, cuyo territorio sería el primero en sufrir la invasión en el caso de que Bruto lograra cruzar el Durius. Pero también llegaron fuerzas procedentes de Brácaro, Fidóbriga, Bocuntí y muchos otros lugares. Turio no necesitó cumplir las órdenes de Vaucano; la víspera de su partida hacia Tarróbriga, llegó al Durius el contingente de tarrobrigenses liderado por Turaino. Y a una distancia prudente de la hueste de Turaino —prodigio concebible tan solo en semejante situación de emergencia— iban los guerreros de Etóbriga.

Los dos hermanos se abrazaron. Turio se enteró entonces de que sus padres seguían vivos y gozaban de una salud razonable, habida cuenta de su avanzada edad, y que el año anterior Andaitía había dado a luz a una hermosa niña.

—No se puede decir —observó Turaino— que me haya hecho muy feliz. Especialmente en los tiempos que corren, quería un varón, evidentemente. Un sucesor y un guerrero. Pero en fin, la niña está sana y su madre aún es joven, tengo esperanzas.

Turio preguntó por sus amigos Ato y Antubelo, a los que no había visto en la hueste. Ato, le dijo su hermano, se ha quedado en Tarróbriga como lugarteniente de nuestro padre, que gobierna en mi nombre. Tampoco tiene ya edad para una campaña. En cuanto a Antubelo, créeme que lo siento: murió el invierno pasado. La familia lo enterró con todas las honras.

Desde su último encuentro, Turio sabía o sospechaba que no le quedaba mucho tiempo de vida, lo que no impidió que se le formara un nudo en la garganta. Era otro lazo roto. Tarróbriga le parecía ahora muy distante.

—Dime —añadió Turaino, tratando de impedir que cayera en la melancolía—, ¿en qué grupo combatirás? Me gustaría tenerte a mi lado.

Turio esbozó una sonrisa, movió la cabeza en señal de negación.

—También a mí me gustaría combatir con los de Tarróbriga. Pero pertenezco a los Compañeros, les he jurado fidelidad y debo obedecer a Vaucano. Ni siquiera vale la pena mencionárselo, jamás aceptaría.

Lo sabía porque el jefe se lo había dicho aquella misma mañana, en previsión justamente de una petición de semejante naturaleza.

En escasos días, la orilla del río se llenó de guerreros. Se habían cumplido las órdenes de Bandúa. Además de brácaros y fiduéneas, habían llegado contingentes de grovios, leunos, seurbos y otros pueblos del litoral y del interior, de las montañas y

las llanuras. Todas las tierras hasta el Minius se habían levantado en armas contra Décimo Junio Bruto. Había llegado el momento de partir. Los hombres enviados al otro lado ya habían confirmado el acercamiento de las legiones. Según contaban, Bruto aún no daba señales de querer cruzar el Durius. Parecía empeñado en eliminar los últimos focos de resistencia en Lusitania, pequeños bandos de supervivientes de los combates anteriores. Pero estaba a tan solo dos días de marcha; demasiado cerca.

Los jefes ejecutaron los rituales de paso y ofrecieron a los dioses de la guerra un centenar de caballos y otros tantos machos cabríos llevados expresamente para ese fin. Luego, las tropas de Calecia pasaron a la margen sur del río. Eran sesenta mil hombres.

Sesenta mil guerreros, pero no un ejército. Las huestes marchaban detrás de sus insignias, separadas unas de otras y en muchos casos mirándose por encima del hombro. Los jefes se reunían constantemente para deliberar, hasta que la necesidad de un mando único se hizo tan imperiosa que todos accedieron a delegar sus poderes en un número reducido de comandantes, una suerte de estado mayor. Aun así, hubo largas discusiones estratégicas. Pero en un punto todos estaban de acuerdo: debían intentar enfrentarse al enemigo en un terreno accidentado, preferiblemente un monte o colina escarpada, de modo que las legiones tuvieran dificultad en maniobrar y no pudieran usar la caballería ni la infantería pesada.

Necesitaron tres días para encontrar ese campo de batalla ideal, una colina que se alzaba cerca de la confluencia del Tamaca y el Durius. El ejército del procónsul avanzaba a lo largo de este río en dirección a la desembocadura. Persiguiendo a los fugitivos lusitanos se había alejado demasiado de la costa y trataba ahora de recuperar la cercanía de la flota. Posiblemente, buscaba asimismo un vado seguro.

—Cuando nos vean —observó Vaucano, hablando con sus hombres— tendrán que atacarnos. No podrán hacer caso omiso de nuestra presencia, pues se arriesgarían a que los sorprendiéramos por la retaguardia y los forzáramos a echarse al río. Subirán la pendiente.

La noche en la que Vaucano dijo esto en el campamento, fue la penúltima antes de la batalla. Lo dijo junto a una enorme hoguera, ya que los calaicos querían que los romanos los vieran, ya fuera de día o de noche. Al final de la mañana siguiente, los centinelas dieron la voz de alerta: el ejército de Décimo Junio Bruto se acercaba. Entonces, un destacamento de arqueros y fundibularios tomó posiciones a media cuesta, desde donde dispararía proyectiles contra el enemigo, y los comandantes dieron sus últimas órdenes a los jefes de las huestes.

Turaino se presentó en el campo de los Compañeros de Bandúa preguntando por su hermano. Cuando lo encontró, le dijo:

—Estoy seguro de que los romanos solo podrán atacarnos mañana, porque aún están lejos y querrán descansar tras la marcha, pero es muy probable que no te vuelva

a ver hasta que empiece la acción. Tengo que cuidar de nuestros hombres. No lo olvides, Turio: esta es la batalla más importante de nuestras vidas. En Tarróbriga solo han quedado los ancianos, las mujeres y los niños. Si los romanos entran en Calecia, la defensa de la ciudad recaerá en ellos y en la población de Lanutai, porque Nabi y Argibai tendrán que mirar por sí mismos. Esto es lo que voy a decir también a nuestros guerreros.

Turio soltó una carcajada seca al contestar:

—No temas, no avergonzaré a nuestra familia, nunca lo he hecho. Y de sobra sé lo que está en juego, lo supe mucho antes que todos vosotros. Cumpliré las órdenes de Vaucano o no quedaré vivo para oír censuras.

Turaino lo miró, el semblante grave. Después sonrió y dijo:

—He olvidado que ya tienes dieciocho años. Y, además, nunca has sido un niño como los demás.

Lo abrazó largamente y se fue. Mientras se alejaba, Turio oyó una voz a su espalda:

—Hermosas palabras.

Se volvió bruscamente. Era Vaucano.

—Me alegro de que te hayas comprometido a cumplir a rajatabla lo que te ordene, porque mañana no entrarás en combate.

—¿Cómo?

Quizá no fuera un guerrero nato, como siempre había oído decir a sus padres; quizá no tuviera el instinto de la lucha. Sin embargo, al contestar a Turaino, su pensamiento estaba en la inminente batalla. Era cierto que, en su interior, algo se rebelaba contra la idea de combatir, pero no era miedo, ni tan siquiera su voluntad consciente. Era aquella fuerza externa que se había instalado en él, la marca dejada por Nabia. Y estaba dispuesto a repeler esa fuerza, porque el momento presente se había consagrado a Bandúa.

—No combatirás —repitió el jefe—. Tal como ha sucedido ya en muchas otras batallas, y por el mismo motivo. Estoy preparando un grupo de caballeros que se unirán a las tropas de reserva. Tú formarás parte de ese grupo. En una ocasión como esta, no puedo negarle a Taporo la petición que me ha hecho de combate bajo nuestra insignia. Y alguien deberá cuidar a los heridos, a aquellos que puedan ser tratados. Debes comprenderlo, Turio: todavía eres muy joven, ya vendrán otras oportunidades.

Le volvió la espalda, sin darle tiempo a exponer sus argumentos.

¿Dónde estaba Taporo? Lo buscó por todo el campamento, hasta que al fin lo encontró a solas en un pequeño claro y comprendió lo que acababa de hacer: había lanzado los huesos divinatorios, pero ya estaba recogiendo y Turio no pudo observar su posición.

—Debes de haber adivinado que quería hablar contigo —observó Taporo.

Turio le preguntó cuáles eran los presagios para la batalla, pero el interpelado le contestó:

—La pregunta que he hecho no guardaba relación con eso.

¿Qué otra cosa podría ser?, se preguntó Turio. Sin embargo, Taporo no le ofreció explicación alguna.

—Quiero que me ayudes —prosiguió— a recordar a nuestros hombres, y a los demás, que en el caso de que resultemos vencidos, el río Limia será nuestra gran defensa. Ese no podrán cruzarlo los romanos. Esto es importante. ¿Quién sabe si el enemigo no atacará durante la noche? Puedes empezar por los hombres de Tarróbriga, y aprovecha para saludar a tu hermano...

Turio lo interrumpió:

—Ya hemos hablado. Dos preguntas, Taporo. ¿Tienes un mal presentimiento sobre el resultado del combate? ¿Y no habrá llegado el momento de que me reveles el secreto de Bandúa, el secreto del Limia?

Taporo pasó a la mano izquierda la bolsa de cuero en la que había guardado los huesos y posó la derecha en su hombro.

—Dos respuestas, Turio. No soy yo el que suele tener presentimientos. Yo solo leo los presagios y, como te he dicho, no me ha parecido adecuado hacer esa pregunta. Y es muy probable que mañana te revele el secreto. Pero no antes.

Turio tenía más preguntas, pero Taporo no le prestó atención e insistió en que debían recorrer las huestes para recordar a los combatientes que la margen norte del Limia siempre les ofrecería un refugio seguro.

Por la tarde, el ejército de Décimo Junio Bruto llegó al valle y lo ocupó. Los legionarios montaron el campamento, prepararon los alimentos que comerían por la noche, guarnecieron los puestos de centinela. Los hombres de la caballería llevaron las monturas a beber en un riachuelo. Los jefes calaicos, que los observaban desde la cima de la colina, interpretaron esta actividad como una señal segura de que el procónsul lanzaría el ataque al día siguiente.

Pese a la brisa fresca de la madrugada, el aire estaba cargado con los olores de la guerra: el humo de las hogueras, los cuerpos sin lavar de miles de hombres, olor a caballos y cuero, al aceite que untaba las hojas de las espadas.

En el valle, las legiones ya habían formado en manípulos, con los escuadrones de caballería guarneciendo los flancos. Sin embargo, cuando las trompas sonaron dando la orden de ataque, los manípulos se deshicieron. Tal como habían previsto los calaicos, los vélites, los hombres de la infantería ligera, se adelantaron para vencer la pendiente, seguidos a cierta distancia por los hoplitas. En la cima, las huestes finalmente unidas en una sola muralla humana erizada de lanzas y dardos aguardaban, apeadas. Aquella sería una batalla sin caballería, al menos en su inicio. Cuando los legionarios emprendieron la escalada, un furioso rugido se sobrepuso a las trompas romanas. Los guerreros de Calecia entonaban himnos de guerra, invocaciones a los dioses, insultos al enemigo, gritos y cánticos fundidos en un

clamor que parecía capaz de hacer temblar la tierra.

La vanguardia calaica se había apostado a media pendiente, donde ya había pasado la noche. Tenía órdenes precisas, pero era tal su ardor guerrero que no esperó a que el enemigo se acercara tanto como habían recomendado los comandantes. Lanzó la primera salva de dardos, piedras y flechas no bien los legionarios emprendieron el ascenso, y casi todos los proyectiles se perdieron en el suelo. Dos hueras más bajaron para reforzarla.

Al igual que todos los hombres que constituían la reserva, Turio iba montado. Alcanzó a ver el inicio del combate, pero no logró localizar a los guerreros que conocía. Solo sabía que Vaucano, Taporo y Turaino todavía se encontraban en la cima de la colina, con el grueso de las tropas. Poco después, sin embargo, avanzaron más hueras. Eran los seurbos y grovios, que entraban en combate. La batalla se generalizó.

Los romanos resistían, pero retrocedían lentamente. Cumelio, el jefe de los leunos y guerrero de una estatura formidable, pasó cerca de él gritando a los comandantes que había llegado el momento de hacer avanzar a la caballería, bajar la falda del monte, barrer al enemigo con una carga. Él mismo iba ya montado y al galope. Es demasiado pronto, pensó Turio, es demasiado pronto. Pero ¿qué sabía él de la guerra?

Los gritos de Cumelio arrastraron a muchos otros. Antes de recibir órdenes, la caballería ya se había formado. En la falda del monte, la lucha proseguía. Los vélites retrocedían, siempre combatiendo, pero ya estaban casi en la base del promontorio. Los hoplitas acudieron en su auxilio.

Todas las fuerzas calaicas excepto las de reserva habían entrado en acción. Ahora, la infantería pesada romana cedía también a su ímpetu, retrocedía, empezaba a desbandarse...

Victoria, gritó alguien. No, todavía no, murmuró Turio, cuyos ojos le escocían en contacto con el sudor. Todavía es pronto.

La caballería atacó. Los calaicos bajaron al valle y las reservas avanzaron hasta alcanzar la posición que la vanguardia había ocupado antes.

Fue desde esta posición donde Turio comprendió el ardid de Décimo Junio Bruto. Las tropas que habían intentado escalar la colina eran tan solo la vanguardia. Ahora los calaicos estaban en la llanura, y desde todos los ángulos marchaban sobre ellos, a paso de carga, las demás legiones.

No pudo seguir observando. Los caballeros de reserva, al ver a sus compañeros envueltos por el enemigo, no esperaron órdenes y se lanzaron adelante. Turio partió con ellos, pero más tarde no sabría narrar la secuencia de los hechos. Si alguien hubiese podido observarlo, seguir sus movimientos en aquella barahúnda de hombres y animales, diría que luchó como el león y como el águila, la bravura furiosa y la rapidez tranquila y mortal. Pero en realidad solo su cuerpo luchaba, obedeciendo a los dos espíritus, león y águila, dios y diosa, por una vez unidos para arrancarlo con vida de la batalla.

En cuanto a sí mismo, obedeció, inconsciente y ciego. Solamente quedó en su

memoria la sangre, la carne perforada y cercenada, los gritos de furia y agonía. Y Taporo surgiendo ante él con el hombro derecho traspasado por un dardo, la mano izquierda aferrada a las crines del caballo. Comprendió, después, que había sido capaz de echar mano a las riendas que el otro había soltado. No trató de huir. Se vio arrastrado en la fuga por un grupo de guerreros grovios y por su propia montura. Solo recobró la consciencia mucho más tarde y lejos de allí, a orillas del Durius, río arriba. En el valle, la carnicería continuaba. Antes de que concluyera, morirían cincuenta mil calaicos.

Poco a poco, fueron apareciendo más fugitivos en pequeños grupos. Algunos venían malheridos, o tan agotados que al llegar a orillas del río se dejaron caer al suelo y allí murieron. Incluso los vivos traían la sombra de la muerte en el rostro.

Se habían quedado sin jefes, sin insignias, sin hueste. No obstante, si querían sobrevivir, debían tomar precauciones. Eligieron a Clutano, un guerrero grovio, como jefe no consagrado, tan solo alguien que pudiera establecer un mínimo de orden y llevarlos de regreso a Calecia. Para eso les bastaría con cruzar el río, pero antes necesitaban reposo y debían buscar un vado, ya que los hombres que venían de las montañas no sabían nadar. Pero por encima de todo había que evitar un ataque enemigo que les traería la muerte o la esclavitud. Clutano seleccionó a los más resistentes y los envió a patrullar cuidadosamente las cercanías. En la otra orilla del Durius aparecieron algunas mujeres, dos o tres ancianos, habitantes de una población cercana. La visión de aquel puñado de guerreros, de los cadáveres de los que habían muerto a orillas del río, les bastó para comprender el desenlace de la batalla. Desaparecieron rápidamente y, algún tiempo después, regresaron con víveres y dos barcos. De este modo, los vencidos pudieron comer y narrar el desastre con pormenores.

A su llegada al río, Turio y Taporo aún no habían encontrado a ningún otro Compañero de Bandúa. Al día siguiente aparecieron algunos y explicaron que Vaucano había muerto dignamente, rodeado por su guardia personal, que como era su derecho y deber no le había sobrevivido. De hecho, eran pocos los miembros de la hermandad que seguían con vida.

Aquel mismo día, Turio se enteró también de la muerte de su hermano y del aniquilamiento casi total de la hueste de Tarróbriga.

Esperaba aquella noticia. Le sorprendió no ser capaz de llorar, no ser capaz siquiera de sentir emoción alguna. La experiencia de la batalla había sido demasiado intensa, la conmoción demasiado fuerte. Lo mismo ocurría con cuantos lo rodeaban: habían perdido a amigos, hermanos de sangre o de armas, jefes, el honor propio por seguir con vida, pero solo respondían con silencio.

Se ocupó obsesivamente de Taporo, que había perdido mucha sangre. Le lavó la herida incontables veces con una infusión curativa, le dio a beber pociones contra la fiebre. Los víveres llegados desde la otra margen le permitieron preparar un caldo de carne, el único alimento que podría tomar.

Taporo era resistente. Al cabo de dos días, ya estaba en condiciones de hablar y sus primeras palabras fueron:

—Di a todos que tenemos que partir hacia el Limia. Es nuestra última esperanza, nuestra última defensa. Díselo, Turio. Te escucharán. Ahora mismo nada más importa.

Turio cumplió sus deseos y los hombres lo aceptaron, porque hablaba en nombre de un augur conocido y, sobre todo, porque tanto los Compañeros como los pocos hombres de Tarróbriga que allí se encontraban ya se habían encargado de difundir su propia reputación en el campo de fugitivos: el muchacho era visitado por los dioses, había anunciado una gran derrota y nadie le había prestado oídos.

Los habitantes de allende el Durius les indicaron el mejor punto para cruzar el río, y todos se prepararon para la travesía. Mientras, el contingente de los vencidos había engrosado hasta alcanzar el millar. En otros puntos, a lo largo del río, se habían ido formando nuevos grupos. De todas las fuerzas calaicas, quedaban cuatro mil guerreros que habían logrado escapar con vida del campo de batalla. Seis mil habían caído prisioneros y serían vendidos como esclavos.

El grupo de Turio cruzó el río transcurridos cuatro días desde la batalla. Las gentes que los habían socorrido no se dejaron ver, ni ellos buscaron su poblado. Ningún lugar cercano sería seguro, estando los romanos a punto de alcanzar el Durius.

En aquella retirada, caballeros y hombres que combatían a pie se mezclaron en un solo cuerpo al cruzar el vado y así siguieron. De todos modos, pocos caballos habían escapado a la matanza, y los que había eran necesarios para cargar los mantenimientos y los heridos, entre ellos Taporo. Este seguía insistiendo en que debían seguir todos hacia el Limia pero, pese a la aceptación expresa de la mayoría, era imposible mantener la cohesión de una columna formada por hombres de varios pueblos que habían perdido a sus jefes naturales. La autoridad de Clutano se había disuelto rápidamente tras cruzar el río, y este no intentó siquiera reivindicarla.

—Todos los hombres saben que el Limia es la seguridad —comentó Turio durante un alto en el camino—, pero muchos prefieren ir a defender sus tierras, y no podemos reprochárselo. Lo cierto —añadió en voz baja— es que yo también lo deseo.

La muerte de Turaino y la destrucción de las fuerzas de Tarróbriga hacían su regreso inevitable. Esta idea era su primera reacción ante la catástrofe.

Taporo lo miró en silencio.

—Tienes que comprenderlo. Mis padres están en Tarróbriga. Ahora que mi hermano ha muerto, he pasado a ser su único hijo. Es un lazo más fuerte que el voto de vasallaje a Bandúa. Y en cuanto a la hermandad, Taporo... ¿qué queda de ella?

—Todavía no lo sabemos —repuso el curandero—. Puede que hayan escapado más Compañeros, y que se unan a nosotros a lo largo de los siguientes días. Pero te entiendo. Seguiremos juntos hasta donde sea posible. O, quién sabe, quizá todavía me queden fuerzas para acompañarte en el desvío hasta Tarróbriga. Me has cuidado bien, observó con una sonrisa.

Turio hizo un ademán como restando importancia a su intervención.

—Dime: cuando leíste los presagios, antes... antes de lo que pasó, ya sabías que seríamos vencidos, ¿verdad?

—No exactamente. No te mentí. La pregunta que hice fue sobre mí mismo, y la respuesta que obtuve era acertada. Pero esa respuesta involucraba a Vaucano, porque me decía que perdería a mi comandante. Así que, cuando menos, sabía que la suerte no nos sonreiría.

La herida debía de molestarlo, pues hizo una pequeña mueca de dolor, que enseguida reprimió.

—Queda acordado, pues —remató—: seguiremos juntos mientras sea posible. Y todavía necesitamos saber, antes de elegir una ruta, en qué dirección avanzan las legiones.

No tardaron en averiguarlo, por un grupo de guerreros fugitivos cuyo rumbo se cruzó con el suyo.

Bruto había entrado en Calecia. Las ciudades más cercanas al Durius no habían podido resistir, y Cale había sido la primera en caer bajo el yugo de Roma. El procónsul seguía avanzando hacia el norte, a lo largo de la costa, pero era imposible conocer la velocidad de sus movimientos, ya que todo dependía de la resistencia que encontrara a su paso.

A duras penas, la columna avanzó siguiendo una ruta interior paralela a la de los romanos. La lentitud de la marcha empezó a hacer mella en el ánimo de los hombres, muchos de los cuales cedieron a la tentación de regresar a sus tierras y abandonaron la hueste a medida que se acercaban a las ciudades y poblados donde tenían a los suyos.

Turio también sentía esa llamada con fuerza creciente. Cuando se encontraban unos dos días de camino de Tarróbriga, anunció a Taporo que partiría hacia la costa al día siguiente y le preguntó si lo acompañaría.

—Porque si no vienes conmigo —añadió—, habrá llegado el momento de que me reveles el secreto. No he mencionado el tema estos días por respeto a tu voluntad, pero si nos separamos mañana quién sabe si volveremos a vernos. En Tarróbriga habrá derramamiento de sangre, no creo que los míos acepten la rendición.

Taporo tardó algún tiempo en contestar. Se diría que sopesaba las palabras del muchacho. Al final, murmuró:

—Si así es, si pierdes la vida en Tarróbriga, de nada servirá que conozcas el secreto. Pero déjame que busque consejo en el sueño. Mientras dormimos estamos más cerca de los dioses. Mañana te daré una respuesta.

De madrugada, Turio hizo sus preparativos, que tampoco eran demasiado complicados. Solo llevaría consigo las armas —espada y puñal— y algo de comida. Lo acompañara Taporo o no, tendría que viajar a pie, pues no le reclamaría su caballo.

Observaba al amigo, que seguía durmiendo, cuando los centinelas dieron la voz de alarma: se acercaba un grupo de caballeros.

La inquietud duró poco, porque la luz ya era suficiente para ver que no eran legionarios sino calaicos quienes se acercaban. Y Turio, con un nudo en el estómago, reconoció a algunos hombres de Bocuntí y Tarróbriga. Le costó un poco más reconocer al viejo guerrero que venía en cabeza, con el pelo desgreñado y las vestiduras manchadas de sangre. Cuando vio su rostro, gritó «¡Ato!» y corrió hacia él.

Al oírlo, Ato miró en su dirección, saltó del caballo. Abrazó a Turio con ansia, las lágrimas resbalando por su rostro, perdiéndose en la barba cerrada. Después se miraron unos instantes, cada uno midiendo los cambios operados en el otro.

—Vivo —murmuró Ato—, estás vivo y te he encontrado. No se equivocaron quienes me dijeron haberte avistado...

Pero ya Turio, impaciente, formulaba la pregunta: ¿Mis padres? ¿Tarróbriga?

La respuesta la leyó al instante en el rostro torturado y exhausto de su interlocutor.

—Si no nos hemos dejado matar, quienes me acompañan y yo, ha sido tan solo por la esperanza de encontrarte, Turio. Sobre ti descansa ahora...

Un largo grito agudo cortó el aire de la mañana, paralizando a los hombres que se disponían a partir. Un solo grito que parecía interminable, que revolvió las entrañas de quienes lo escucharon, que los dejó clavados al suelo.

Turio había recuperado al fin la capacidad de sentir emociones.

Solo mucho más tarde logró preguntar de nuevo:

—¿Tarróbriga?

Y Ato, en un susurro:

—Saqueada. Destruída. Incendiada. Nada más que ruinas.

Ningún aviso había venido de los inmortales. Ningún presentimiento, nada que lo preparara para aquello. A no ser el recuerdo de unas palabras ya antiguas: «Vuestro trigo será quemado».

Hizo un esfuerzo por articular:

—Mis padres. ¿Cómo fue...?

—No me obligues a contártelo —contestó Ato—. Basta con que sepas que combatieron ambos, lado a lado, hasta el final.

Y, para aturdido con palabras, prosiguió:

—Las demás poblaciones se rindieron, no podían hacer otra cosa. Bocuntí también se rindió, pero solo después de que el coronero cayera. Algunos huyeron, los traigo conmigo. Los nuestros querían morir luchando, pero yo convencí a estos pocos que me siguen para salir en medio del caos, porque pensaba en ti.

Dijo estas últimas palabras en un tono especial, aunque Turio no se percató de ello.

—Me disponía a partir hacia Tarróbriga. Debería haberlo hecho antes —dijo.

Ato posó las manos sobre sus hombros.

—No queda nada. Hasta los santuarios han sido destruidos. Ni el de los

Antepasados se ha salvado de la quema. En nuestra fuga pasamos por ahí cerca, vimos los cuerpos de los sacerdotes. Escucha: Tarróbriga ha desaparecido, pero todavía quedan tarrobrigenses. Los romanos han venido por la costa y no cambiarán de ruta, necesitan las naves que los acompañan. Si seguimos por el interior, podremos llegar...

La voz de Taporo lo interrumpió:

—Al Limia.

Siguieron, pues, en la dirección del Limia. Su número se había duplicado con los fugitivos de varios poblados, pero de Tarróbriga no habían llegado más de cincuenta hombres, de Bocuntí cerca de un centenar. Los Compañeros de Bandúa habían quedado reducidos a treinta y ninguno más apareció.

Turio cabalgaba, silencioso, entre Ato y Taporo. El primero había ordenado a uno de los tarrobrigenses que le cediera su montura. Lo colmaba de atenciones y le hablaba en un tono respetuoso que nunca hasta entonces había empleado con él. Y si Turio prestara atención vería que, durante los altos que hacían en el camino para descansar y comer, el antiguo bardo iba de grupo en grupo, hablando, argumentando, como si conspirara. Pero Turio estaba sumido en un mundo distinto, un mundo oscuro y silencioso al que lo había arrojado la conmoción de saber a sus padres muertos y su ciudad destruida. Toda aquella ruina se había abatido sobre él de un modo tan brusco que no lograba encajar el golpe. En una reacción pueril, se sentía como un niño al que un adulto cuenta un cuento y, por hastío o falta de tiempo, adelanta el final.

Una frase seguía obsesionándolo: «Vuestro trigo será quemado». Las palabras de Nabia. Nabia, que lo perseguía desde la infancia, que le había robado a Andaitía, que se lo había quitado todo. Hasta la muerte en combate. No tenía valor para preguntarle a la diosa qué más le exigiría aún, pues temía la respuesta.

Había otra preocupación que lo absorbía: inesperadamente, la herida de Taporo se había infectado. La fiebre volvió y el enfermo dejó de comer. Se sostenía encima del caballo, pero el esfuerzo era demasiado y lo estaba minando. Se mantenía lúcido, sin embargo, y Turio le pidió varias veces que accediera a quedarse en una de las poblaciones por las que pasaran. Pero el augur se negó siempre, diciendo:

—Cuando llegaran los romanos, no podría coger un arma. Falta poco para que alcancemos el Limia.

Y el Limia surgió, al fin, ante los ojos de los viajeros. El río del olvido, el último bastión. Taporo ya no se mantenía erguido sobre la montura, hubieron de amarrarlo.

No hizo falta buscar un vado. El verano había reducido el caudal del río. Los hombres se dispersaron por la orilla, temerosos incluso de tocar el agua antes del ritual propiciatorio. No había ahí ningún jefe que supiera ejecutarlo con las fórmulas mágicas y las oraciones adecuadas. Además de Taporo, que estaba inconsciente, solo

Turio las conocía. Le cupo, pues, esa tarea, y fue entonces cuando observó por primera vez la expresión triunfal de Ato al verlo como oficiante supremo de los refugiados.

Pasaron a la orilla norte, la orilla del olvido. El último tramo del viaje había sido demasiado largo, todos se sentían agotados. De forma espontánea, sin que nadie lo propusiera, se dispusieron a pasar la noche junto al río. Y fue a media noche cuando un hombre fue a despertar a Turio diciendo:

—Taporo te llama. Creo que se muere.

Se levantó de un brinco. Había dejado a Taporo durmiendo después de haber conseguido que comiera un mendrugo de pan de bellota remojado en cerveza. Entonces le había parecido que estaba un poco mejor, pero al llegar junto a él comprendió que se había equivocado.

Taporo debía de sufrir un dolor atroz, pero se contenía. Al verlo, le anunció:

—Turio, ha llegado el momento. Mándalos lejos, nadie puede oír lo que te voy a decir.

Movidos por solidaridad o por curiosidad, varios guerreros se habían reunido en torno a ellos. Turio levantó la cabeza y ordenó:

—Dejadnos a solas. Taporo va a confiarme un secreto. Es algo que solo yo debo escuchar, porque es sagrado.

Los hombres se alejaron. Turio acomodó mejor la manta que cubría al moribundo.

—Ya puedes hablar, Taporo. Despacio, para conservar las fuerzas que te quedan.

Taporo esbozó una sonrisa.

—Me quedan fuerzas suficientes para decir lo que debo decir. Primero, contéstame: ¿por qué motivo es el Limia nuestra última defensa?

—Pero... —repuso Turio, confuso, temiendo que Taporo hubiese empezado ya a perder la lucidez—. Eso todos lo saben. Es la morada de Nabia. Quienes lo cruzan sin cumplir el ritual pierden el recuerdo de quienes son. El Limia es el río del olvido.

Taporo asintió levemente en silencio.

—Bien. Voy a contarte el secreto. Me gustaría ahorrarte este mal trago, Turio, hijo de Caturu. Pero alguien tiene que conocerlo. El secreto, Turio, es que eso *es falso*.

Pronunció la palabra con demasiada fuerza. Un hilo de sangre empezó a manar de su boca.

Turio lo miraba en medio de un silencio gélido.

—Falso —repitió Taporo—. Nuestros antepasados transmitieron esa mentira a sus hijos siguiendo el consejo de un oráculo secreto.

—Pero entonces... —acertó a decir Turio.

—Déjame hablar. El miedo al Limia ha pasado de generación en generación para un momento como este. Nuestros guerreros han caído prisioneros de los romanos y les habrán dicho que es imposible cruzar el río sin ejecutar un ritual que ellos no conocen. Nuestra gente también cree en eso. Todo debe seguir así. Es nuestra única esperanza.

Se calló, y Turio necesitó algún tiempo para comprender que había muerto.

Durante la noche, se formó sobre el río una niebla que cubrió ambos márgenes. El día nació así, ahogado en una bruma que transformaba a los hombres en espectros silenciosos que se movían con torpeza a causa del sueño y la fatiga.

No había leña suficiente para construir una pira. Turio la buscó por todo el campamento. Tendría que alejarse para conseguirla, y para eso era mejor esperar a que el sol devorara la bruma. Mientras tanto, quería estar a solas con el secreto, cuyo peso ya sentía sobre sus hombros como un gran manto negro.

No sabía qué hacer con él. Todos los hombres que ahí estaban se sentían seguros en aquella orilla del Limia. Tras el dolor y la vergüenza de la derrota, el cansancio de la retirada, todas las penalidades por las que habían pasado, podían al fin respirar y pensar en lo que iban a hacer con sus vidas. Pero bastaría que un solo legionario cruzara el río para que fueran destruidos, a menos que aceptaran el dominio y pagaran tributo a Roma. ¿Era ese, entonces, el verdadero significado de las palabras de Nabia?

¿Y quién soy yo para decirles que prosigan con la huida o que acepten perder su libertad?

Ruido de pasos. Se volvió. Ato se acercaba. Detrás de él, a cierta distancia, vio un muro oscuro, formado por los guerreros, inmóviles y armados. ¿Qué había ocurrido, o estaba a punto de ocurrir?

Ato se acercó a él y declaró:

—Necesito hablar contigo. Hay decisiones muy importantes que tomar.

—Quizá puedan esperar, ¿no? —replicó, impaciente—. No quiero partir sin rendirle a Taporo las honras fúnebres. Si los demás quieren reanudar el viaje, que lo hagan.

No, dijo Ato. No se trataba de eso. Partirían más tarde, cuándo y adónde se creyera más acertado. Lo importante era que no siguieran como hasta entonces, una banda desordenada y sin jefe. La derrota los había unido, hombres de varios pueblos pero que hablaban una misma lengua y veneraban a los mismos dioses o a dioses emparentados entre sí.

—La derrota —continuó Ato con énfasis creciente—, que nos ha sumido en el caos, sin tierra ni familia, exige de nosotros una renovación. No somos un ejército, pero podemos llegar a serlo y crear con él...

—¿Qué, Ato? ¿Y por qué vienes a decírmelo a mí, que no soy un jefe ni conduzco a los guerreros al campo de batalla?

—Eres hijo de un jefe —repuso Ato—, nieto de un coronero de Bocuntí, sobrino de otro. Por tus venas corre sangre ilustre. Has sido distinguido por los dioses... no, escúchame: estos últimos días he hablado con los hombres, y hoy se han decidido. Quieren un coronero, Turio. Miento: quieren un rey, un verdadero rey, que se

encuentre entre ellos y la divinidad.

La carcajada brotó de la boca de Turio antes de que pudiera contenerla.

—Has perdido el juicio.

—Escucha, escucha —insistió Ato, los ojos encendidos—. Es nuestra última oportunidad. Necesitamos un rey que defienda nuestra causa ante los dioses. Sé que nunca has ejercido el mando, sé que soy demasiado mayor para ayudarte, pero tenemos entre nosotros a Cilio, ¿recuerdas al hijo de Apino? Se batió valerosamente, la guerra lo ha cambiado mucho, está listo para...

—¿Y yo, qué sería? ¿Una imagen sagrada? Nosotros no hacemos imágenes sagradas, de sobra lo sabes.

—El pastor del pueblo —replicó Ato—. ¿No entiendes que todo debe cambiar? Aquí, protegidos por el Limia, podemos volver a empezar. Lo que no podemos es seguir como estamos. Y nadie entre nosotros proviene de un linaje como el tuyo, nadie recibe mensajes de la divinidad, nadie más conoce el ritual del Limia ni el secreto que Taporo te reveló. Turio, los hombres están decididos. No sé cómo reaccionarían ante un rechazo.

Vencido, con un largo suspiro de cansancio, Turio contestó al fin:

—Muy bien. Acepto. Pero —añadió rápidamente al ver que Ato se llenaba el pecho de aire para soltar un grito o una aclamación— quiero que me dejéis a solas unos instantes. Ahora me alejaré, y volveré dentro de poco.

La bruma bailaba sobre el lecho del río. Era un baile silencioso, los ruidos del campamento habían quedado atrás.

Sus manos actuaban solas. Desataban la bolsa de cuero que llevaba sujeta al cinturón, sacaba de su interior las hierbas secas que Taporo y él administraban a los heridos más graves para que perdieran la conciencia cuando el dolor los atormentaba.

La misión que la diosa me reserva. Es esta, sin duda. Pero ¿por qué me abandonó? ¿Qué sacrilegio he cometido sin saberlo?

Las hierbas tenían un sabor agrio, desagradable, hacían la boca áspera. Tanto él como Taporo preparaban con ellas una infusión que endulzaban con miel o frutos silvestres, pero ahí no podía hacerla, y volver al campamento hubiera sido arriesgado. Lentamente, siguió caminando por la orilla mientras masticaba con cuidado, tragando el jugo formado por la mezcla de las hierbas y la saliva.

(La víctima se prepara para el sacrificio. Una última ración antes del golpe).

No había querido saber, recordó entonces, no había querido saber el final de Andaitía, ni de la hija que había dado a Turaino. Podía imaginarlo sin esfuerzo.

Turio.

Se detuvo. La voz no perturbaba el silencio del río, sonaba dentro de su cabeza.

Turio, no te he abandonado. Siempre he estado contigo, incluso mientras te resistías a mí. Siempre.

El agua del Limia se deslizaba despacio, en un flujo casi imperceptible. Su morada.

Puedes abandonarme, si quieres. Tu misión puede quedar sin cumplir si eliges entregarte a Bandúa, Bandúa el señor de la guerra cuyos días están contados. No recibiré en contra de tu voluntad, porque te amo. Pero mis brazos siempre están abiertos para mis hijos.

Una gran paz, una paz deliciosa como no había sentido jamás, la seguridad de haber llegado por fin, al puerto de abrigo. Diosa, ¿es esta tu presencia? ¿Te he encontrado al fin?

Si quieres cumplir la misión, este es el momento. Deja que te acune, deja que te ame y proteja. Si prefieres a Bandúa, no volveré a reclamarte.

El agua estaba tibia. La sintió en contacto con su cuerpo como si estuviera desnudo. Un largo, delicioso abrazo a medida que avanzaba río adentro. ¿Dónde te escondes, diosa, dónde está el trono en el que te sientas?

Adelante. Siempre adelante. No tengas miedo. ¿No eres tú el hijo al que elegí?

Lejos de ahí, a escasa distancia de la desembocadura, el ejército proconsular permanecía parado, en formación, mirando al río. El silencio reinaba asimismo en aquella orilla, pero era un silencio amenazador, un presagio de motín.

Desde lo alto de su montura, Décimo Junio Bruto paseó la mirada por las filas de soldados. Aquellas expresiones duras, cerradas, hablaban por sí solas. De sobra conocía a los legionarios para hacerse ilusiones. De sobra conocía aquel silencio. Había ido creciendo gradualmente a medida que se acercaban al Limia y que calaba entre los hombres la superstición sembrada por los prisioneros calaicos y las gentes que habían aceptado comprar la paz a cambio de un tributo. La víspera, los comandantes de los manípulos le habían advertido de que los hombres se negarían a cruzar el río. Ahora, esa negación le golpeaba el rostro como una bofetada.

Volver atrás. Escribir al Senado diciendo que, tras una campaña brillante que las había llevado desde Cincticum hasta Calecia, las legiones regresaban a los cuarteles de invierno porque los hombres temían cruzar el río del olvido.

¿La alternativa?

Había que tomar una decisión sin demora. En pocos instantes, el mudo rechazo devendría revuelta y no llegaría mensaje alguno al Senado de Roma porque los muertos no escriben mensajes.

Bruto enderezó el cuerpo. Espoleó al caballo, lo condujo hasta el signífero. Con un gesto brusco, le arrancó la insignia de las manos y se dirigió al río.

Silencio, silencio mortal. Solo el chapoteo de las patas del caballo hiriendo el agua. No se apresuró, dejó que los hombres sufrieran la expectativa.

Estaba a mitad del río, había vencido tres cuartos de la distancia, estaba en la orilla derecha del Limia.

Forzó el caballo a dar media vuelta para mirar de frente a las legiones. Entonces, respiró hondo y alzó la voz, entrenada para hacerse oír en el campo de batalla. No hizo un discurso. Sencillamente, empezó a llamar por sus nombres a los comandantes de los manípulos. Los sabía todos de memoria, era un buen general.

Al otro lado, los hombres lo oyeron. Bruto no hubo de terminar la llamada. Mucho antes de eso, una formidable aclamación ahogó su voz. Las trompas sonaron dando la orden de marchar.

Los romanos cruzaban el río.

Epílogo

El día termina en gloria, con un sol que ha logrado rasgar la niebla y calentar las piedras de la Cividade. Y disolver el velo que cubría el mar y el caserío de Póvoa.

La joven se lleva las manos a los riñones doloridos. No debería haber pasado tanto tiempo de cuclillas. Necesito un baño, una buena cena. Y esta noche no iré a la discoteca. Estoy rendida, esta casa VII de la fase II está acabando conmigo.

Es tiempo de reunir y guardar los utensilios. Sus compañeros ya lo hacen mientras discuten, entre risas, qué restaurante favorecerán con su presencia aquella noche. Mientras no sea un MacDonal'd's, piensa ella.

Echa un último vistazo a la casa VII para apreciar el trabajo hecho durante el día y se fija en la placa circular de barro que tanto la había intrigado, que tanto la sigue intrigando. El sol, cercano ya al horizonte, la ilumina con una luz oblicua que hace más visibles los relieves. Y revela, por fin, que la marca impresa en el barro es la de la mano de un niño.

Un niño de Terroso, que vivió hace... ¿dos mil años?

Ante la visión de aquella huella humana entre frías piedras arqueológicas la muchacha siente un escalofrío que le recorre todo el cuerpo. Muy despacio, acaricia con los dedos la pequeña mano.

Está caliente, el barro está caliente. Es natural, con el sol que hemos tenido durante la tarde.

Pero antes, esta mañana, ya estaba caliente.

Nada, no es nada. Unas décimas de fiebre, eso es.

Notas autor

I. Se ha dicho ya que *El río sagrado* es un intento de respuesta a un desafío que, largos años tras la publicación de *Viriato. Iberia contra Roma*, me llevó a buscar de nuevo el ambiente y el marco histórico de la época de Viriato, pero desde un punto de vista distinto, el de los pueblos calaicos que vivían en la región comprendida entre los ríos Duero y Miño, y en especial los brácaros del litoral. Esta no es, sin embargo, la única diferencia respecto a aquella obra. En este libro he tratado además de llamar la atención de los lectores hacia una cuestión a la que deben enfrentarse todos aquellos que, fieles a una tradición muy enraizada, tienden a colocarse retrospectivamente del lado de los pueblos que resistieron a los ejércitos romanos y a considerarlos «defensores de la libertad». Resulta tentador ceder a esta tradición, y no hay duda de que esos pueblos, su historia —es decir, lo poco que conocemos de ella—, su cultura y los vestigios que de ella nos han llegado forman parte de nuestro acervo común, y como tal merecen toda nuestra atención y simpatía. Pero, al mismo tiempo, no podemos olvidar que sin la romanización Portugal no existiría. Habría, qué duda cabe, otro país y otro pueblo, pero no Portugal, ni los portugueses, ni su lengua. Así pues, por la parte que me toca, mi interés afectivo se divide a partes iguales entre los dos mundos que hace más de dos mil años se enfrentaron en toda la península Ibérica. Los hemos necesitado a ambos, y a muchos otros, para ser lo que somos.

II. Creo que hay en esta novela más fantasía que en *Viriato. Iberia contra Roma*. Sin embargo, dicha fantasía se ha construido sobre datos históricos y protohistóricos. Es cierto que, entre 138 y 136 a. C., Décimo Junio Bruto derrotó a los lusitanos y los calaicos en el decurso de una ofensiva que lo llevó desde el actual Alentejo hasta el río Miño. Hay referencias a la batalla que se libró junto al Duero, en un lugar hoy desconocido, en la que aplastó a los calaicos. Y aunque pueda parecer exagerado el número de estos —sesenta mil, de los que cincuenta mil perdieron la vida y seis mil cayeron prisioneros—, tal es el número que menciona el historiador Paulo Orósio, que a su vez utilizó a Titio Livio como fuente.

La leyenda del río Limia también aparece recogida por varios autores clásicos, que lo llamaban «el río del olvido». Algunos lo identifican incluso con el Lethes, un río que corría en los infiernos y cuya agua tenía propiedades idénticas. Lo mismo podría decirse del episodio de la primera travesía del Limia por parte de las legiones romanas, tal como aparece descrito en estas páginas. Si los calaicos creían o no en el olvido es algo que nunca sabremos. Sin embargo, no hay duda de que cruzaban el río a menudo, por lo que es de suponer que o crearon y usaron la leyenda como elemento disuasorio o creían que el ritual de travesía, fuera cual fuese, los hacía inmunes. Sea como fuere, todos los ríos eran sagrados y habitados por divinidades o genios, por lo que no se podían cruzar sin antes pedirles autorización o prestarles homenaje.

III. En mi deuda de gratitud hacia los doctores Deolinda Carneiro, José Flores Gomes y Paulo Costa Pinto, y hacia el profesor doctor Armando Coelho da Silva, debo incluir el que me hayan buscado nombres imaginados pero plausibles para Bagunte («Bocuntí»), Sanfiris («Fidóbriga») y Lerroso («Tarróbriga»), amén de «Lanutai» para Laundos, «Nabia» para Navais y «Argibai» para Argivai.

Por lo que se refiere a la Cividade de Terroso, cabe añadir que las excavaciones realizadas hasta la fecha han permitido distinguir tres fases en la vida del poblado. La fase II, que corresponde a la Edad del Puerro, concluye con la conquista romana. Una capa de ceniza y carbón la separa de la siguiente fase. Dicha capa revela una destrucción total y violenta de la Cividade, atribuida justamente al paso de Décimo Junio Bruto. Entre los hallazgos figura una pequeña muela giratoria que se cree que pertenece al período final de esta segunda fase, así como dos estilos de bronce. No se sabe con seguridad a qué fase pertenecen estos objetos, pero es posible, o al menos concebible, que daten también de la fase II, lo que les confiere un valor pongamos que enigmático, puesto que la escritura no se introdujo en toda la región hasta la llegada de los romanos. La presencia de dichos utensilios me inspiró a la hora de construir el personaje de Antubelo.

Tras su incendio y destrucción, Terroso fue reconstruida. Es la fase III, en la que ya se percibe una clara influencia de la cultura romana.

Conviene aclarar, por último, que quien visite Terroso no hallará en la Casa VII una placa de barro circular con la huella de la mano de un niño. Se trata de una invención mía. Pero sí encontrará, en el interior de las casas de la fase II, las sepulturas que guardaron las cenizas de los muertos.

IV. La importancia atribuida en esta novela a las creencias religiosas, rituales, augurios y lugares sagrados no ha sido un mero artificio para realzar el personaje de Turio. Tal como ocurría en otras sociedades, la vida del hombre castreño se hallaba totalmente condicionada por la religión y los ritos. Además, según Silio Itálico, los calaicos eran particularmente hábiles en las artes de la adivinación y lectura de presagios. En este caso, y una vez más, apoyé la imaginación en los hallazgos arqueológicos. Así, cerca de Terroso, en el lugar conocido como Alto da Vinha, se han encontrado dos inscripciones votivas de las que se deduce que existió allí un santuario dedicado al mar como divinidad, y la Roca Sagrada aún hoy es lugar de culto; se trata de la Roca de San Andrés, en la población de A-Ver-o-Mar. La cruz que allí se encuentra fue clavada sobre pequeños hoyos excavados en la piedra. Dichos «hoyuelos», como les llaman los arqueólogos, son muy frecuentes en numerosos puntos del país. En cuanto al «triple santuario», el «oráculo de los muertos», es el equivalente en mi ficción de las tres mámoas que se hallaron cerca del monte de San Félix y del castro de Laundo. Cabe añadir aún que existe constancia de la celebración de un festival religioso por parte de los calaicos coincidiendo con el plenilunio.

En cambio, los «baños sagrados» de Terroso han sido fruto de mi imaginación.

Hasta la fecha, las excavaciones no han revelado la existencia de balnearios en Terroso. Estos existen, sin embargo, en las citanias de Sanfins y Briteiros, si bien — por lo menos en el caso de la primera— pertenezcan a la fase de la romanización, y todo lleva a suponer que ya existían antes, tanto más cuanto que no se asemejan a los baños romanos y que Estrabón afirma que los calaicos se bañaban «al modo de los griegos». La idea de que esas instalaciones tuvieran asimismo un carácter religioso e iniciático me fue sugerida como hipótesis por el profesor Armando Coelho da Silva, y la descripción de los imaginados baños de «Tarróbriga» está basada en el balneario de Sanfins, incluidas las incisiones talladas en la piedra, que facilitarían la entrada de vapor en la cámara. De hecho, el doctor Flores Gomes, que nos acompañó en la visita a la citania, llevó su colaboración hasta el punto de demostrarnos en persona —con claro perjuicio de su ropa, que quedó considerablemente impregnada de polvo y tierra— cómo se habrían usado para pasar a través del orificio practicado en la pared.

Quisiera referirme también a la utilización de sustancias supuestamente capaces de inducir estados de conciencia alterados, proporcionando así un «contacto con la divinidad». Una vez más, el profesor Armando Coelho da Silva me fue de gran ayuda al sugerirme la hipótesis del uso de la amapola adormidera. Asimismo, el doctor Flores Gomes llamó mi atención hacia el cornezuelo de centeno, un hongo que ataca a los cereales, sobre todo el centeno, y que posee propiedades psicotrópicas.

En la región de Sanfins se ha hallado también una magnífica pieza, un pequeño carro votivo, que me sirvió de modelo para el carro sacrificial de «Tarróbriga». Cabe referir al respecto que la práctica de sacrificios humanos se menciona en Estrabón. A ellos se refiere el profesor Armando Coelho da Silva diciendo que son «la expresión suprema (...) en referencia a una sociedad guerrera».

Huelga decir que las descripciones concretas de los rituales, festivales y sacrificios son fruto de mi imaginación.

V. La posición que ocupaban las mujeres en la sociedad calaica debía de tener cierta importancia, tanto así que llegó a formularse la hipótesis, más tarde abandonada, de una estructura matriarcal. Sea como fuere, se sabe que podían combatir al lado de sus maridos en caso de guerra y que se les atribuían funciones importantes en el seno de la comunidad.

En cuanto a la forma de gobierno, escasean los datos concretos. En otras regiones de la península existían jefes hereditarios, reyes y príncipes, pero en el caso del noroeste no hay informaciones precisas, por lo que me permití fabular al respecto. La palabra «coronerò» surge en inscripciones de la época romana como antropónimo, aunque según el profesor Armando Coelho da Silva podría ser, al menos en su origen, el título del jefe de guerra y, por extensión, del gobernante. He considerado, por consiguiente, que a la hora de escribir una novela me bastaba con la mera posibilidad de que así fuera, y he convertido «coronero» arbitrariamente en el título de los jefes hereditarios. Además del jefe, ya fuera hereditario o elegido, había asimismo un

Consejo de Ancianos que, también según el profesor Armando Coelho da Silva, podría reunir a representantes de todos los poblados existentes en el territorio denominado citania o Cividade.

Por lo que respecta a la existencia de hermandades guerreras consagradas a una divinidad (Bandúa, Coso, etcétera), se trata de una idea defendida actualmente por varios investigadores, entre los que se encuentra Blanca García Fernández-Albalat. Esta autora sostiene igualmente que la diosa Nabia sería también una divinidad marcial, además de tener los ríos bajo su dominio y de ser psicopompa, o lo que es lo mismo, conducir las almas a su morada en el Más Allá. En el libro solo he retenido estos dos últimos atributos, porque me convenía (¡evidentemente!), pero también porque la teoría de una Nabia guerrera no parece reunir todavía un consenso generalizado.

Otra decisión arbitraria fue la de mantener la distinción entre la torques y la viria, adornos usados por los guerreros. La primera sería un collar abierto y la segunda una pulsera para los brazos. Esta distinción ha sido cuestionada por investigadores que afirman que torques y viria son sinónimos y designan el collar.

VI. «Tarróbriga», «Bocuntí» y «Fidóbriga» son, como he dicho ya, nombres imaginados para las actuales topónimos de Terroso (que en la pronunciación popular y en textos de los siglos XVIII y XIX surge como «Tarroso»), Bagunte y Sanfins, habitada por los fiduéneas.

En algunos pasajes del libro he empleado el término «Tarróbriga de los brácaros». De hecho, aparecen varias ciudades o poblados citados por su nombre real — Miróbriga, Talábriga, por ejemplo—, y aunque en el caso de un topónimo inventado no corría el riesgo de inducir a confusión, no he podido resistir la tentación de utilizar este artificio con el fin de integrar mejor mi «Tarróbriga» en el universo castreño. En cuanto a Etóbriga, el nombre existe pero se desconoce la ubicación del poblado, por lo que lo he atribuido a la citania hallada en el monte de Santa Luzia, en Viana do Castelo.

En lo tocante a los demás topónimos mencionados, he aquí las correspondencias de los más importantes:

Balsa. Luz de Tavira.

Brácara. Braga. En su actual ubicación, la ciudad de Braga data de la época romana. Puesto que el pueblo (los brácaros) ya existía, me ha parecido natural que hubiese un poblado anterior con el mismo nombre, que se situaría en un monte o promontorio cercano. Así, en mi imaginación, la Brácara de este libro es el castro de Falperra.

Conímbriga. Condeixa-a-Velha.

Ebora. Évora.

Gadir. Cádiz. El nombre latino es Gades.

Igedium. Nombre probable de la localidad de Idanha-a-Velha.

Morón. Se desconoce su ubicación exacta, pero es de suponer que corresponde a Chões de Alpompe, en la región de Santarém.

Myrtilis. Mértola.

Olisipo. Lisboa.

Scalabis. Santarém.

VII. Por último, cito las correspondencias actuales de los nombres de los ríos:

Aleste. Nombre que he inventado para el río Este.

Anas. Guadiana.

Avus. Ave.

Celadus. Cavado.

Durius. Duero.

Limia. Lima.

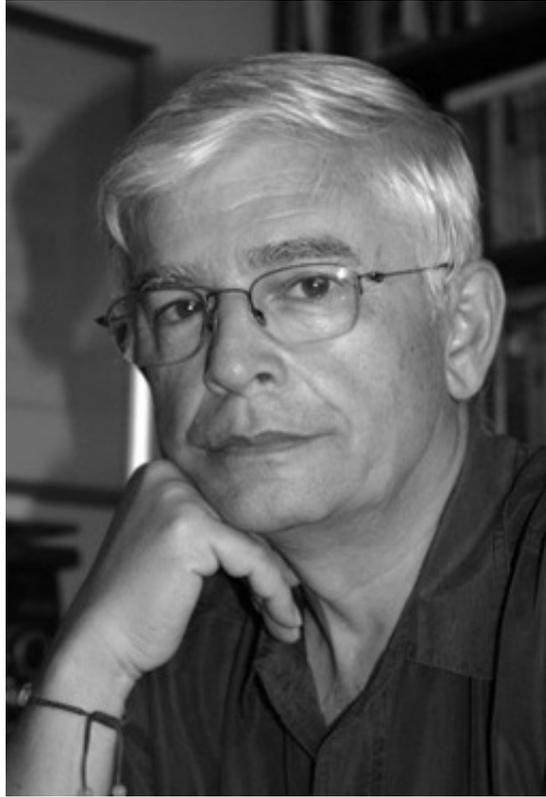
Minias. Miño.

Munda. Mondego.

Tagus. Tajo.

Tamaca. Távora.

Vacua. Vouga.



JOÃO CASIMIRO NAMORADO DE AGUIAR (Mozambique, 28 de octubre de 1943 - Lisboa, 3 de junio de 2010). Periodista y escritor portugués.

Se graduó en periodismo por la Universidad Libre de Bruselas, después de haber trabajado en el sector del turismo de Portugal en Bruselas y Ámsterdam.

Regresó a Portugal en 1976 para dedicarse al periodismo. Trabajó para la Radio y Televisión de Portugal (donde comenzó su carrera en 1963) y diversos periódicos diarios y semanales como el *Daily News*, *A Luta*, *Diário Popular*, *O País* y *Sábado*. Colaboró regularmente en la revista mensual *Superinteressante*, siendo miembro de su Consejo Asesor.

En 1981 fue nombrado secretario de prensa del entonces Ministro de Calidad de Vida.

En 1984 escribió su primera novela histórica, *Viriato*, que se convirtió en un éxito editorial. Desde entonces, ha escrito más de catorce novelas. Su obra está traducida en España, Italia, Alemania y Bulgaria.

Falleció víctima del cáncer.